



El Jugador

Claude Cueni



Una novela sobre John Law,
inventor del papel moneda
y considerado el hombre más
rico de la Historia

Lectulandia

Una novela sobre John Law, inventor del papel moneda y considerado el hombre más rico de la Historia.

Dotado de una prodigiosa capacidad para el cálculo, el elegante y mujeriego escocés John Law adquiere prestigio social gracias a sus habilidades en el juego. Sin embargo, cuando las circunstancias lo obligan a huir a Francia, Law encuentra allí el escenario idóneo para desarrollar su singular peripecia vital. Mientras perfecciona su original «sistema Law» para regenerar la economía, Law frecuenta los ambientes más elevados de una sociedad asolada por la inanidad de sus gobernantes y las maquinaciones de los banqueros y los grandes señores. Así pues, al compás de los vaivenes sociales y políticos de una época decisiva para el futuro de Europa, John Law vivirá su propio ascenso, auge y caída arropado por el amor de una mujer, que lo acompañará sin cejar en los mejores y peores momentos de su vida.

Sólidamente documentada, la novela presenta una rica galería de personajes de la corte francesa en los últimos años de Luis XIV y durante la regencia de Felipe de Orleans. El duque de Saint-Simon, el marqués d'Argenson, Montesquieu y Daniel Defoe son, entre otros, protagonistas de una historia en la que los lances de honor, intrigas palaciegas, traiciones y, sobre todo, los avatares del juego y las apuestas, resultan determinantes en el amor y la política.

Lectulandia

Claude Cueni

El jugador

ePub r1.0

Rob_Cole 22.11.2017

Título original: *Das Grosse Spiel*
Claude Cueni, 2006
Traducción: Carlos Fortea
Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Annemarie

—¿Voy a morir? —preguntó el escocés. Su nariz lacerada goteaba sobre el manto escarlata que lo envolvía. Empujó tres monedas de oro sobre la mesa de roble oscuro y corroído, como si quisiera sobornar a la Muerte. Se reclinó en la silla y miró a su interlocutor con los ojos muy abiertos. La amargura y la contrariedad se apoderaron de él—. ¿Voy a morir? —repitió con su marcado acento escocés.

—Sin duda no habéis hecho tan largo viaje, de Edimburgo a París, sólo para morir aquí —sonrió el doctor Cartier—. No temáis, monsieur Law. Con nosotros estáis en buenas manos.

Costras rojizas cubrían el cuero cabelludo de Cartier. En algunos puntos, el cabello se le había caído a mechones. Tenía el rostro cubierto de un grueso maquillaje de tono claro para camuflar las feas cicatrices de la viruela. Señaló un cuenco de cristal que había en medio de la sólida mesa. Contenía piedras de extraños colores.

—Cálculos renales, monsieur Law. Han causado terribles dolores, pero la gente a la que hemos sacado estas piedras ya no sufre. Esas personas...

—¿Qué probabilidad de sobrevivir tengo, doctor? —lo interrumpió el escocés. Estaba acostumbrado a que respondieran a sus preguntas de manera precisa y sin rodeos. Llevaba el manto escarlata de los banqueros de la orfebrería de Edimburgo.

Cartier se inclinó sobre la mesa y le dirigió una mirada penetrante.

—Monsieur Law, soy cirujano, no matemático. No tengo en mucho a esas nuevas ciencias que se han puesto de moda. El mundo entero se dedica a hacer cálculo de probabilidades. Con vuestro permiso, no son más que tonterías. Sólo Dios decide, no las matemáticas. Durante siglos los mineros suizos nos han destrozado con sus picas en los campos de batalla de Europa, y ahora los hermanos Bernoulli se lanzan sobre la humanidad con sus cálculos de probabilidades máximas. Lo que hasta ahora regía se supone de pronto erróneo. Todo ha de ser nuevamente explicado e interpretado. Y en público. Y de forma accesible a cualquiera. Hoy en día, hasta el último mozo de cuadra ha de entenderlo todo. Ésta es una nueva enfermedad, una plaga. Pero vuestra dolencia, monsieur Law, vuestra dolencia es curable. Desde hace doscientos cincuenta años practicamos la operación de cálculos renales siguiendo las mismas reglas. Esas reglas son secretas, y por buenas razones. ¿Adónde iríamos a parar si cada cual pudiera formarse su propio juicio? ¿Si hasta los campesinos de Holanda practicasen la episiotomía a sus reses? ¡Pero todo el mundo quiere llevar estadísticas y ponerlas a disposición de la humanidad! Cualquier paciente reclama de pronto tablas y estadísticas. Cada paciente un pequeño Bernoulli, un matemático, un pronosticador. ¡Es un pecado contra Dios y contra la monarquía! ¡Cifras, hechos, construir relaciones... predecir el futuro! ¡Adivinar los planes de Dios! ¡Quieren

jugar a Dios! Os diré algo, monsieur Law: los cálculos de probabilidad son para los jugadores de azar. —Se detuvo y respiró hondo, sorprendido por haberse excitado tanto.

Law asintió y se inclinó a su vez sobre la pesada mesa:

—Doctor Cartier, yo soy William Law, orfebre y monedero de Edimburgo, Escocia, asesor de la Real Casa de la Moneda. De mis siete hijos y cinco hijas, cuatro han superado la infancia. Esto corresponde a la media estadística de Edimburgo. Así me lo ha contado mi hijo John. Yo sólo quería que me dijerais cuál era la estadística de vuestro hospital, para poder decidir si asumía el riesgo o no. Porque en mi casa, en Lauriston Castle, que he adquirido hace pocas semanas, me esperan mi esposa y mis hijos, John y William.

Sentados el uno frente al otro, por un instante se miraron fijamente, ceñudos y al acecho.

Entonces Cartier suspiró, se incorporó y volvió a empujar los luises de oro hacia el centro de la mesa.

—Monsieur Law, la operación termina en muerte para treinta y un pacientes de cada cien. Pero, si morís, no será sólo un treinta y uno por ciento de vos. La propia muerte siempre es al cien por cien. Por eso no respeto esos cálculos de probabilidad. Monsieur Law, hace falta muy poco veneno para destruir un cuerpo. A veces sólo hace falta una idea. La nueva matemática es peor que la peste. Si se impone, nada volverá a ser como era.

—El mundo será distinto, eso es todo, doctor Cartier —respondió cansado el escocés—. Algo viejo muere y algo nuevo nace. El conjunto nunca perece. —William Law sonrió conciliador—. En realidad, sólo os he preguntado sobre vuestra estadística por mi hijo John. No era mi intención poner en duda vuestras capacidades como cirujano. Si habéis tenido esa impresión, lo siento y os pido disculpas.

Cartier extendió el brazo hacia la mano de Law y le dio unas amables palmaditas:

—No temáis, monsieur Law, no dejaremos morir al monedero de Edimburgo. En estos agitados tiempos, tal cosa podría fácilmente depararnos una nueva guerra. Y Europa ya ha tenido suficientes.

William Law retiró la mano, sacó dos sobres pardos y lacrados del bolsillo interior de su manto y los dejó, dubitativo, sobre la mesa.

—Esta carta es para mi esposa, y esta de aquí para mi hijo mayor, John. John Law. Por si se da el peor de los casos. Al fin y al cabo, hay un treinta y uno por ciento de posibilidades.

Poco después, los dos hombres se dirigían a la sala de operaciones y sus pasos resonaban en la elevada columnata de la Charité.

—¿Vuestro hijo mayor también va a ser orfebre? —trató de aligerar la tensión Cartier.

—En Escocia, todos los orfebres son también banqueros. Las familias Law trabajan como orfebres desde hace muchas generaciones. Como orfebres o

sacerdotes... algunos han sido incluso cardenales.

William Law tenía miedo, tanto que sentía ganas de vomitar. Una y otra vez lo embargaba el vértigo, y tenía la sensación de precipitarse al vacío con cada paso. Durante el largo viaje en coche de Edimburgo a París, el escocés había contraído un enfriamiento con fiebre. Estaba helado. Un agudo silbido en los oídos lo hizo estremecerse por un instante. Su corazón latía desbocado, como si quisiera escapar de su pecho y regresar a Edimburgo.

—¿Y bien? —preguntó Cartier con marcada amabilidad—. ¿Vuestro hijo mayor va a ser orfebre o cardenal?

—John sólo tiene doce años —repuso Law, confuso—, y no es demasiado hábil con las manos... —Aspiró con fuerza. Necesitaba más aire.

—Entonces será cardenal —rió el cirujano, y pasó el brazo por los hombros de Law para darle ánimos.

Con rápidos y ágiles movimientos, John, el hijo de doce años de William Law, clavó su miembro entre las piernas lujuriosamente abiertas de la criada Janine. La muchacha se sentaba relajada sobre el arcón de madera que había ante la ventana del cuarto de la torre. Había apoyado la cabeza en el nicho de la ventana, como si quisiera contemplar el cielo nuboso.

—Voy a enseñártelo todo, John —gimió—, cada táctica, cada refinamiento, el arte de la seducción, de la placentera entrega, el arte de tener una amante y librarse de ella, de poseerla y perderla.

Rápida como el rayo, la veinteañera sujetó las caderas de John, lo apartó levemente, se volvió y se arrodilló sobre el arcón, con el rostro hacia la ventana. Miró abajo, hacia el río. Entre los árboles, vio a una mujer que venía corriendo hacia la propiedad. John volvió a introducirle el miembro, esta vez por detrás, como un perrillo que no conoce otro destino, impetuoso y vehemente. Era inusualmente alto para su edad, y apenas se distinguía de un hombre. Sólo la picardía en sus ojos amables y oscuros permitía intuir su juventud. Janine le había dicho en una ocasión que nunca había besado una boca tan bella.

Para John, ella no era el *pisse-pot de nos maris*, el orinal del señor de la casa, como los franceses llamaban despectivos a las criadas. Muy al contrario, para él Janine era como una ventana al gran mundo. Había trabajado en París como criada de un orfebre que había quebrado por culpa de su pasión por el juego. Y no sólo había enseñado al despierto John a jugar al faraón, sino también aquello de lo que se hablaba en los salones de los ricos y poderosos. Y sólo se hablaba de una cosa. «*Fais-le-bien*», decían los franceses en la corte del Rey Sol: «Hazlo bien», y John quería ser el mejor, un auténtico libertino, un héroe de su época, un cardenal del erotismo.

—¡John! —se oyó gritar abajo a la mujer, que ahora remontaba furiosa la orilla del río. Las setenta hectáreas de terreno en la orilla sur del Fiordo de Forth formaban

parte de Lauriston Castle, un edificio señorial de tres plantas con dos estrechas torrecillas defensivas. La mujer se acercó a la casa y se detuvo ante la torre izquierda, sostenida por contrafuertes. Alzó la vista hacia la habitación de la torre—: ¡John! Tengo que hablar contigo. —Sonaba impaciente y cansada.

Se abrió una ventana. El chico sacó la cabeza y gritó:

—¡Qué queréis, madre, estoy trabajando!

Cuando Janine sirvió la mesa en el gran comedor —sopa de verduras, pan y queso—, Jean Law rezó una breve oración. Los doce partos habían dejado su huella. El cabello, antaño rojo como el fuego y largo hasta los hombros, se había vuelto quebradizo. Lo llevaba recogido con una cinta roja. El rostro presentaba un aspecto extenuado, y sus ojos hablaban de todo el dolor que había experimentado y soportado. Jean Law tenía treinta y seis años. Cuando terminó de bendecir la mesa, añadió en voz baja:

—Y, Señor... protege a William Law, para que vuelva curado y sano junto a los suyos.

Hacía pocas semanas, los seis miembros de la familia todavía vivían en Edimburgo, en una angosta vivienda de Parliament Square. Ahora eran los orgullosos propietarios de Lauriston Castle. William Law estaba en el cenit de su carrera profesional y del reconocimiento social. Y si regresaba sano, su felicidad sería completa. Jean Law tuvo miedo de ese pensamiento. Desconfiaba de la felicidad. No porque hubiera perdido ya ocho hijos, algo nada raro en Edimburgo, donde la gente vivía tan hacinada como en ningún otro lugar del mundo. La mortalidad infantil era tan cotidiana que no se consideraba necesario bautizar a los niños o dedicarles especial atención antes de que cumplieran los siete años. No, Jean Law desconfiaba de la felicidad porque sabía que un trébol raras veces tiene cuatro hojas. Y ahora que poseían Lauriston Castle, la ausencia de su esposo la preocupaba mucho. Era religiosa y supersticiosa en igual medida.

Janine sirvió primero la sopa a Jean, luego a John y, finalmente, a su hermano William, un año menor. Las dos chicas, gemelas de seis años, comían como siempre fuera, en la cocina. Mientras la joven servía la sopa, John volvió a fijar la mirada en sus turgentes pechos, camuflados ligeramente con un pañito. John hubiera querido regresar corriendo al cuarto de la torre. Janine lo había embrujado en toda regla. Pensaba constantemente en su trasero, en sus blancos muslos, y su pene erecto casi le hacía perder la razón. A menudo, durante las horas de clase, cerraba los ojos para oler la fragancia de su cabello, el aroma de sus pechos, de su piel sudorosa, de sus húmedos muslos. Y cuando volvía a abrir los ojos, un leve suspiro escapaba de sus labios.

—John —empezó su madre—, hoy tu maestro ha querido hablar conmigo. Te considera muy inteligente. Cree que tienes un don para los números. Que a veces

tienes un soplo de... genialidad. Ésas fueron exactamente sus palabras.

William soltó una carcajada. John no pareció advertirlo.

—Pero, madre —repuso con una encantadora sonrisa—, ¿creéis realmente que mi maestro está en condiciones de reconocer el genio?

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Sabe bastante poco de matemáticas, y desde que me da clase, incluso él se da cuenta.

—La arrogancia precede a la caída —farfulló William—. ¡Es arrogante como un francés!

Pero John hizo caso omiso del comentario. Hablaba con la gestualidad de un adulto. Janine lo observó con callada complacencia. Al fin y al cabo, ella le había enseñado a reprimir cualquier emoción cuando jugaba a los naipes y a acompañarse de gestos cuando hablaba.

—¡John! ¡Dios te castigará algún día por tu arrogancia! —le reprochó su madre.

—Disculpad, madre, pero ¿es arrogancia señalar los fallos de mi maestro? ¿He de aparentar humildad sólo porque es el maestro? El respeto hay que ganárselo, madre. Con el conocimiento y el trabajo. No con el cargo y las dignidades.

—¿Acaso el cargo y las dignidades no se basan en el conocimiento y el trabajo? —repuso Jean con voz cansada. A menudo le faltaban las fuerzas para tales disquisiciones.

—Estamos en el umbral de una nueva época, madre. Las cartas van a barajarse de nuevo...

—¡Basta, John! —zanjó ella, dando una palmada sobre la mesa—. Con esas ideas, pondrás a Dios y al rey en tu contra. ¡Quien no acepta el orden querido por Dios, se pone al margen de la comunidad cristiana!

—Os doy la razón, madre. Pero ¿acaso no debemos nuestro progreso precisamente a aquellos hombres que no se conformaron con el orden existente y se apartaron intencionadamente de él?

Con un brusco movimiento, Jean arrojó la cuchara sobre la mesa y exclamó:

—¡No te corresponde a ti juzgar a tu madre, ni darle o quitarle la razón!

—Os pido disculpas. No quería ofenderos. —Y con el mohín que le era propio, el muchacho añadió en voz más baja—: Si lo deseáis, madre, afirmaré incluso que el mundo es plano con tal de no perder vuestro amor.

Jean quiso reñir a su hijo, pero la sonrisa de John le tocó el corazón. En secreto estaba orgullosa de su pequeño John, que de pronto se había hecho tan mayor. Volvió a levantar la cuchara, la sumergió en la sopa y volvió a detenerse:

—Tu maestro dice que eres muy caprichoso, eso lo inquieta.

—A él lo inquieta todo lo que no conoce y, por tanto, no entiende. Quizá debiéramos cambiar de maestro. —El chico sonrió.

—John —dijo su madre, ahora con voz muy seria—, cuando tu padre vuelva le propondré enviarte a Eaglesham...

—¿Renfrewshire? ¿Con ese predicador loco? Dicen que está poseído por el diablo. —Miró a Janine buscando ayuda, pero ella le había vuelto la espalda y se dirigía hacia la puerta. Y John pensó que Dios le había dado aquel maravilloso trasero lo mismo que a él el don de las matemáticas—. Sin duda, padre querrá retenerme aquí con él —sonrió—, de eso estoy seguro.

—¿Seguro? —se burló William—. ¿Cuánto de seguro, maestro?

—Seguro al cien por cien —siseó John, e hincó el tenedor de dos púas en el muslo de su hermano. William lanzó un chillido estridente.

Los gritos de William Law retumbaban en los corredores de la Charité de París. Uno de los ayudantes de Cartier le presionaba los hombros contra la camilla de madera. A izquierda y derecha del paciente, otros ayudantes sujetaban de forma experta brazos y piernas. Cartier clavó aún más el escalpelo en el músculo de la nalga, directamente al lado del ano. Intentó una vez más tocar la piedra con los dedos, mientras Law se arqueaba rugiendo. Cartier ensanchó la incisión e intentó, ahora con un espéculo, llegar hasta la piedra en la vejiga. El cirujano estaba salpicado de sangre de arriba abajo, como un carnicero en el matadero. La piedra seguía en la vejiga, y era enorme.

Una hora después, los gritos habían cesado. El doctor estaba en pie, perplejo, ante el abdomen cubierto de sangre del escocés. Sujetó el pene tibio en la mano y volvió a guiar la sonda rígida hasta el uréter para localizar la entrada de la vejiga. No quería darse cuenta de lo que había ocurrido.

—Doctor Cartier —le dijo su joven ayudante Dutronc con voz tranquila—. Doctor, el paciente ha muerto.

Cartier se detuvo. Miró el pene flácido en su mano. Luego lo soltó. Mientras se lavaba las manos, la jofaina del agua temblaba en las manos del ayudante. El agua ensangrentada desbordó y salpicó sonoramente el suelo.

Poco después, Cartier se sentaba, agotado, en su lujoso despacho. William Law, el monedero de Edimburgo, había muerto. Se había desangrado en el año 1683 durante una litotomía, la más antigua intervención quirúrgica conocida. No había pensado en un traslado a la lejana Escocia. Se le enterraría de manera informal en el colegio escocés de París. Se quedó mirando el grueso lacre rojo con que el escocés había sellado los dos sobres pardos.

—Él conocía el riesgo. Yo no le oculté nada. ¿No es verdad, Dutronc? ¡El escocés conocía el riesgo! —Alzó la vista hacia su ayudante, que en pie ante el escritorio aguardaba una orden.

—Soy testigo de ello, doctor Cartier. Vos llamasteis su atención al respecto.

Cartier sonrió.

—Y sigue siendo Dios el que decide si alguien vive o muere. ¿No es verdad, Dutronc? Nos esforzamos honestamente, pero Dios decide.

Dutronc guardó silencio. Cartier volvió a levantar la vista hacia él.

—¿Qué pasa, Dutronc? Está muerto. Aceptadlo y dedicaos a los vivos. Creedme, yo también hubiera preferido que siguiera con vida y no tuviéramos que llevar estos sobres al correo.

—Quizá su muerte hubiera podido evitarse —dijo Dutronc en voz baja, sin mirar directamente al doctor.

—¿Qué estáis diciendo? Si Dios hubiera querido... ¿O es que estáis insinuando que he hecho algo mal?

—No, no, doctor Cartier. Vos no habéis hecho nada mal. Quizá todos hacemos algo mal.

—¿Acaso queréis hacer las operaciones de cálculos con máquinas de vapor? ¿O con misteriosos magnetos? —replicó el galeno, y rió despreciativo.

—Doctor, desde hace más de doscientos años...

—¡Así es, monsieur Dutronc! La litotomía se practica de este modo desde hace más de doscientos años. La gente sufre de cálculos, a algunos se les ayuda, otros mueren. Pero nada ha cambiado en la forma de la operación, porque no hay nada que cambiar. La anatomía humana no cambia, y los cálculos no cambian. ¡Y por eso dentro de mil años los hombres harán la litotomía exactamente como yo la he hecho hoy!

—No, doctor Cartier —se le escapó al ayudante, que no podía seguir refrenando su temperamento juvenil—. Tenemos que intercambiar nuestros conocimientos con los médicos y cirujanos de Italia, Holanda e Inglaterra...

—¡Basta, Dutronc! Si hay algo que no soporto son las fantasías.

—No es sólo la pólvora negra la que está cambiando Europa. Los hombres crean inventos nuevos en todos los lugares del mundo.

—Cuidad vuestras palabras, Dutronc. Si un músculo se tensa en demasía, ¡entonces se rompe!

—¿Hemos tensado en demasía el músculo porque ya no vivimos en cuevas ni nos alimentamos de carne cruda?

—Escuchad, sé que en los salones se ha puesto de moda prestar oídos incluso a los niños y las mujeres. Pero a vos, Dutronc, no os voy a seguir escuchando. ¡Llevad estas cartas al correo! Y, por mí, podéis subir luego al próximo coche de postas para Ámsterdam y visitar al hermano Jacques de Beaulieu. Ha hecho que un zapatero le fabrique una nueva herramienta para la litotomía. ¡Un zapatero! —gritó, y apretó los dos sobres en las manos de su ayudante.

El joven los sujetó y asintió. No tenía sentido seguir hablando con Cartier. Se inclinó en una media reverencia, se giró y caminó hacia la puerta.

—¡Dutronc! —llamó el cirujano. El joven se volvió y sus largos cabellos rubios revolotearon—. ¡Queréis jugar a Dios, Dutronc! ¡Queréis crear un hombre inmortal a imagen de Dios, y Dios os castigará por ello!

Los ojos del joven brillaron, como animados por una magia negra o por un gran amor.

—¡Sí! —dijo triunfante, con fogosidad en la voz—. Sí, doctor Cartier, y la pregunta de si hay o no un Dios también tiene que ser replanteada, y un día incluso el trono de su Dios estará ocupado por un hombre, y crearemos personas a imagen nuestra. Y las máquinas harán el trabajo, mientras nosotros volamos complacidos por el aire y visitamos ciudades situadas muy por debajo del nivel del mar.

—¡Fantasioso! —bramó el doctor—. ¡Sois un fantasioso animado por el diablo! ¡Un fantasioso maldito de Dios!

Desde el cuarto de la torre, John y la criada Janine observaron cómo Jean Law subía al coche y se iba. El coche pronto desapareció en la niebla matinal, y no se oyó más que el golpeteo cada vez más débil de los cascos de los caballos. Janine cerró la ventana, corrió al viejo armario empotrado y se quitó el vestido. John se sentó a caballo de un baúl, delante del armario, para observar a la joven con creciente deseo. Aunque ya tenía veinte años, no era mucho más alta que él. Observó cómo descubría su cuerpo para volver a envolverlo en valiosas telas. Eran antiguos vestidos que madame Law había lucido hacía mucho tiempo.

—Puedes interpretar distintos papeles —dijo en tono didáctico Janine, y entrecerró burlona los ojos, como siempre que quería ganarse a John—, puedes hacer de adolescente lánguido, de experto caballero, de libertino redomado. Pero hazlo siempre con galantería, hazlo bien. —Él respiró hondo. No se cansaba de ver el cuerpo de Janine, había sucumbido a ella. Janine tomó nota de ello con una sonrisa coqueta y siguió instruyéndolo—: El amor es un arte, no un sentimiento. Y el arte se puede aprender, incluso puede fingirse.

Janine se pegó un lunar en el mentón. John ya conocía esos extravagantes accesorios. Había lunares artificiales en forma de círculo, medialuna, animales o símbolos. Intensificaban por contraste la piel marmórea de las damas, que ningún rayo de sol había marcado porque no tenían que bregar a pleno sol, como las jornaleras.

—Presta siempre atención al lunar, John, dice más que mil palabras. Si está pegado junto al ojo izquierdo, la dama ya se ha entregado y es fiel. Pero si el símbolo es un animal, sin duda es fiel, pero con condiciones. Eso significa que, con un esfuerzo especial, puedes conquistar su cuerpo. Debes conquistarlo.

Janine se colocó un paño sobre su pecho y ocultó el canalillo entre los senos. Luego sostuvo en la mano el abanico, lo balanceó tres veces y lo abatió ligeramente en dirección al chico.

—Quieres ahora, enseguida —aventuró John.

—No. Sólo he establecido contacto contigo. Me he dado cuenta de que no dejas de observarme, y ahora he tomado contacto.

Janine se colocó el pañuelo en el cuello.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora sí que quieres, enseguida.

Ella frunció el ceño.

—John, te estoy ofreciendo el cuello. Puedes acercarte a la dama. Esfuérate un poquito. Sé que tienes la mejor memoria de Edimburgo.

El chico se levantó y se acercó. Sonreía de oreja a oreja.

—¿Ahora viene la pañoleta?

Janine se había aflojado la pañoleta que llevaba en torno a los hombros y la nuca.

Para John, esa pañoleta en el pecho era el recurso más refinado de la coquetería femenina. Ocultaba lo que se quería mostrar. Despertaba el deseo y casi le hacía perder a uno el entendimiento. Janine retrocedió un paso y cerró el abanico, para volver a abrirlo enseguida.

—No lo soporto más —imploró John—. Me estalla la cabeza.

Ella volvió a retroceder un paso y repitió el juego con el abanico.

—Por favor, John, sé razonable. El lenguaje del abanico es el más importante en los salones. Permite los diálogos más íntimos. Señala complacencias y disgustos, la invitación a la aproximación y el acuerdo para la cita. Ahora te estoy diciendo que me sigas. ¿Has reconocido la hora que te he dicho?

John se abrió impetuoso los calzones, mientras Janine abría bruscamente el abanico como la cola de un pavo real.

—Ahora te rechazo —rió.

John sujetó el abanico con una mano y lo plegó enérgicamente.

—Y ahora me deseas. En el acto. Ese abanico habla un idioma incomprendible —sonrió, y cayó de rodillas ante Janine para acariciar sus piernas, hasta que su rebelde mata de pelo desapareció bajo la falda de la muchacha.

Ella retrocedió tambaleándose y chocó con el baúl de los vestidos de su ama.

—John —suspiró—, a las damas de los salones tienes que darles la oportunidad de sacar su pañuelo y olerlo. El perfume las hace enrojecer, y es como si fueran inocentes muchachas que nunca han participado en una orgía en los pabellones de caza a las puertas de París. —Se dejó caer al suelo y atrajo suavemente al muchacho sobre sí.

De pronto la puerta se abrió de golpe. El joven William Law miró incrédulo a su hermano mayor, que se separó a regañadientes de Janine.

—Nuestro pequeño monsieur es peor que una cucaracha. Una cucaracha que sabe subir escaleras y abrir puertas. —John miró a su hermano con reproche.

Delante de la casa se oyó una voz de hombre:

—¡Madame Law!

John se abrochó con descuido los calzones y fue hasta la ventana. Fuera había un jinete de posta.

—Trae correo de París. Pero sólo quiere entregárselo personalmente a nuestra señora madre —balbuceó William, visiblemente nervioso y agitado.

John salió de la habitación y bajó a toda prisa las escaleras del cuarto de la torre.

Janine y William se asomaron a la ventana y observaron a John salir de la casa. El jinete de posta había desmontado de su sudoroso corcel. John corrió a su encuentro.

—Traigo correo para madame Law —dijo el hombre.

John extendió la mano.

—Madame está en la iglesia, y yo soy John, John Law, el primogénito.

El jinete de posta no se movió.

John se impacientó.

—Un día seré el señor de Lauriston Castle, y juro por Dios que si no me entregáis ese correo...

El hombre sonrió y enseñó una fila de mellados dientes.

—Para cuando tú seas señor de Lauriston Castle, hará mucho que yo me estaré pudriendo en el infierno.

John sacó una baraja de naipes.

—Entonces vamos a jugárnoslo. Si ganas te daré medio penique, si gano me darás ese correo.

Ambos se sentaron en el césped.

—¿Dónde está tu medio penique? —preguntó el jinete.

—Dame un papel —dijo John.

El hombre dudó, pero finalmente sacó del bolsillo de la pechera un trozo de papel y se lo tendió.

—Muy bien —dijo John—, tengo medio penique, pero no aquí, sino invertido en otro sitio. ¿Comprendes? He prestado el medio penique a nuestra criada para que me reporte intereses. Es mío, pero no lo tengo en mis manos. Así pues, para hacer el negocio contigo, acordaremos que este trozo de papel vale medio penique. Podrás canjearlo conmigo en cualquier momento, menos hoy.

El jinete abrió de par en par los ojos y respiró hondo. Luego se mordió el labio inferior y miró al joven.

—Muy bien. ¿Cómo se llama este juego?

Arriba, en el cuarto de la torre, Janine y William seguían la extraña escena apoyados en el alféizar de la ventana.

—Realmente están jugando a las cartas —dijo ella, y sacudió incrédula la cabeza.

—Sí —murmuró William, y miró incrédulo su trasero desnudo. Y fue como si el trasero respondiera a su mirada—. Sí —repitió, y arrancó de sí la visión—. Madre dice siempre que el buen Dios ha dado a John el talento para las matemáticas, pero el diablo le ha dado el deseo de despilfarrarlo con insensatez.

—Sólo ha dicho que había correo para madame —dijo Janine en voz baja.

—Eso es bueno —murmuró William—. Correo para madame significa que todo ha ido bien. De lo contrario también habría correo para mi hermano, la carta de despedida...

En el patio, el jinete y John dejaron los naipes en el césped, el chico escogió una carta y dijo:

—Servido.

—Dos valets.

John descubrió sus dos cartas y se levantó. Tenía dos damas.

—Y ahora, venga esa carta.

El jinete, perplejo, se quedó mirando las cartas en el suelo, volvió a mirar las que sostenía y las tiró despreciativo junto a las otras. Con un suspiro, se levantó, fue hacia el caballo y sacó un sobre pardo de la alforja. John se lo arrebató de la mano y quiso

volver corriendo a la casa, pero el hombre lo retuvo.

—Un momento. Ahora me acuerdo... —Sonrió, descubriendo su cariada dentadura—. También tengo una carta para un tal John Law...

El chico se quedó sin aliento. Lentamente se acercó al mensajero. Sintió que las piernas se le volvían pesadas como tubos de plomo. Otro sobre marrón desde París. Con el sello rojo de su padre.

Las tormentas de otoño habían derribado el manzano del patio, que permanecía caído sobre la hierba. Los dos hermanos se sentaron en el tronco medio podrido. William hurgaba con una paja en la suelta corteza del árbol. Perseguía una hormiga.

—¿La amas? —preguntó en voz baja, sin mirar a su hermano.

John seguía mirando fijamente las dos cartas que tenía en la mano.

—¿A Janine? Nos divertimos. Ella dice que nadie quiere ser amado. Que la gente de los salones de París simplemente se divierte. A veces se desean, pero no se aman. El amor no sirve para sobrevivir. Sólo el dinero.

William se encogió de hombros.

—¿Crees que nuestros padres se han amado?

John le lanzó una rápida mirada. Probablemente había hablado en tiempo pasado sin darse cuenta.

—Se han aliado el uno con el otro. Contra la muerte, contra las inclemencias del destino. Eran aliados. Quizá eso sea incluso más que amor.

—¿Y por qué no abres la carta?

—Es para madre, por eso no la abro.

—Mientes —murmuró William—, te he observado desde la ventana de la torre. Una carta es para ti. Yo estaba delante cuando padre escribió las dos cartas. Dijo... —Le falló la voz. Avergonzado, bajó la cabeza.

John cerró los ojos. El dolor le cerraba la garganta. Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Al cabo de un rato, alzó la vista al cielo y vio las grandes nubes que se alejaban de Lauriston Castle. Era como si el alma escapase de la propiedad, dejando atrás tan sólo un montón de piedras. De pronto, todo parecía muy grande a su alrededor. Se sentía como la hormiga que su hermano había estado persiguiendo en la grieta de la corteza. De pronto, se sentía muy solo en Lauriston Castle. Cuánto habría dado por poder hablar una vez más con su padre. En ese momento oyó a William sollozar. Le pasó el brazo por los hombros. Su hermano no opuso resistencia.

—¡John, tú también estás llorando! —se lamentó William al alzar la vista hacia su hermano mayor. Y de hecho las lágrimas corrían también por el rostro petrificado de John.

—Simplemente es como un barril agujereado por el destino —musitó—. En algún momento se queda vacío.

—¿Y qué pasa entonces con el barril? —preguntó William.

John no respondió. A lo lejos se oía un coche acercándose.

Cuando madame Law entró en el patio, su mirada recayó sobre los dos muchachos, y al verlos sentados juntos en el tronco caído supo al instante lo que había ocurrido. El coche se detuvo y el cochero la ayudó a bajar. Janine salió corriendo de la casa y se arrojó llorando en brazos de madame. Y ésta pensó en todos los hijos que había perdido en los últimos años, y en su esposo William Law, que siempre había estado fielmente a su lado, que siempre la había honrado y respetado, y pensó que había sido un buen marido, y cuando levantó la vista y vio la monumental fachada de Lauriston Castle, sintió que caía sobre ella un cansancio indecible. Vio a sus dos hijos mirarla desvalidos. Tenía que resistir, por ellos. Aún no podía irse. Aún hacía falta en este mundo. Un par de años más. Luego, William y John serían lo bastante mayores para cuidar de sus hermanas pequeñas. Entonces podría irse al encuentro de su marido. Fuertes espasmos se apoderaron de su cuerpo. Lloró en silencio, mientras maldecía a ese Dios cruel que no conocía el amor ni la compasión y se complacía en el dolor de los hombres aquí abajo, en la miserable tierra, una tierra arada por sangrientas guerras, abonada con epidemias de peste y regada por inundaciones. Y de pronto sintió una ira incontenible contra William Law, que se había sustraído con tanta facilidad a esa miseria, en una mesa de quirófano de París.

Una bandada de cornejas voló sobre Lauriston Castle. Un perro vagabundo cruzaba la desierta explanada. La finca parecía vacía, como muerta. En algún momento resonó una voz, muy dentro de los muros. Luego volvió el silencio. Una pareja de cornejas se había apropiado del alféizar del cuarto de la torre. La habitación ya no se utilizaba.

Los cementerios eran lugares de consuelo para Jean Law. Las tumbas le mostraban un claro lenguaje: «Mira, aquí estamos. Lo hemos dejado todo atrás. La muerte puede ser injusta, pero es como es. Acéptalo, o sucumbe de pena. Lo que fue, ha pasado para siempre».

Jean dejó vagar su mirada por el camposanto. Ya no lloraba. Tan sólo se sentía débil y cansada, infinitamente cansada. Le dolía todo el cuerpo. Cada uno de sus músculos parecía entumecido, cada articulación dislocada, cada órgano inflamado. La boca seca, el nudo en la garganta, el bolo en el estómago. Llorar sin derramar lágrimas. Llorar sin que los labios temblaran. Conocía esas sensaciones. Sabía que sobreviviría, pero ya no podía digerir más. Había pensado eso en cada ocasión. Mas el destino añadía otro leño y hacía arder con más fuerza la llama del dolor.

Lo soportó. Lo soportó con dignidad. Sabía que no podía cambiar lo ocurrido. Tendría que cambiar ella si quería controlar la nueva situación. Trató de pensar en otras cosas. En cosas sencillas. Necesitaban fruta para el invierno. Y quería aserrar el árbol caído en el patio, cortarlo y hacerlo apilar en un lugar seco. Para el invierno.

William se aferraba con ambas manos a su brazo. A sus once años, aún era un niño. John, en cambio, parecía muy contenido. Como si fuera consciente de que, de la noche a la mañana, el destino le había asignado un nuevo papel, sostuvo a su madre y la besó dulcemente en la sien. Sujetó cariñoso su mano derecha, como si de ese modo pudiera transmitir a la doliente viuda algo de su impetuosa energía.

Había acudido mucha gente a presentar sus últimos respetos a William Law, el cambista y monedero de la ciudad de Edimburgo: prestigiosos burgueses y miembros de los gremios, representantes tanto del Parlamento como de la Corona escocesa.

En los árboles detrás de los muros del cementerio se habían encaramado algunos muchachos que estiraban la cabeza para contemplar la escena. No se veía todos los días que la muerte reuniera en tan poco espacio tantos hermosos vestidos, y más de uno de los curiosos burgueses de Edimburgo se acordaba de aquella ceremonia, todavía más pomposa, de hacía cuatro años, cuando James, el hermano del rey, el duque de York, había sido nombrado virrey de Escocia. Con él, la ciudad había sido catapultada de la noche a la mañana a una nueva y desconocida era. Ahora, las estrechas calles estaban iluminadas por faroles durante la noche. En todos los rincones y esquinas había modernos cafés. Organizaciones mercantiles internacionales se habían asentado allí. Habían surgido espléndidos jardines y edificios señoriales y palaciegos. William Law no era sin duda ningún virrey de Escocia, pero su entierro hizo justicia a la extendida ansia de fastuosidad. Un rayo del legendario Rey Sol parecía llegar hasta Edimburgo desde el lejano Versalles. Y a ninguno de los presentes pareció molestarle demasiado que el ataúd estuviera vacío y el cadáver descansara en París.

El obispo de Edimburgo había exhortado a la comunidad enlutada, congregada en torno a la iglesia del Trono, a no desesperar en esa hora de dolor, sino a confiar en la decisión de Dios. John Law movió amargamente la cabeza cuando llegaron ante la tumba y el ataúd fue depositado en la fosa. Se preguntaba qué sentido tenía dar la vida a los hombres para después quitársela de un modo tan cruel. ¿Acaso era Dios un jugador de naipes que en sus partidas utilizaba la vida de los hombres? ¿Era Dios un cínico sin escrúpulos, un sádico carente de moral? ¿O tan sólo un Rey Sol de la imaginación?

Miró a su madre. Jean Law tenía los ojos cerrados y apenas parecía respirar. Cuando su hijo se dirigió a ella para acercarse juntos a la tumba, Jean no se movió de su sitio. Como convertida en estatua de sal, pensó él. Finalmente su madre abrió los ojos. Miró al vacío y se limitó a exhalar:

—William.

Luego perdió el sentido.

Cuatro días después, John Law se sentaba con su madre y su hermano en el primer piso de la casa del notario Roxburghe. John estaba situado junto a la ventana. El

notario se hacía esperar. Su casa estaba en el barrio de los gremios, allá donde tabernas y tugurios se alineaban y los negocios se sellaban con grandes jarras de cerveza. A menudo, William Law había llevado a su hijo a esa zona. John había presenciado innumerables conversaciones y negociaciones, y luego su padre le había explicado por qué había dicho y hecho esto o callado aquello. Su padre decía siempre que había dos secretos en el mundo: el dinero y el amor. Del amor no entendía mucho, pero sí había entendido la esencia del dinero. El dinero, decía siempre, no era lo que la gente consideraba tal cuando pesaba el metal de una moneda. ¿Qué valdría entonces una cédula de obligación si sólo era papel? Había una moneda, le explicó su padre sonriendo, que sólo se basaba en la confianza. John encontraba excitante semejante idea. Amaba esos juegos intelectuales. Reflexionar sobre el infinito, por ejemplo, o sobre qué podía haber antes de que algo empezara a existir.

Un ruido procedente de la habitación contigua interrumpió sus ensoñaciones. Alguien había dejado escapar una ventosidad, sonora como un toque de trombón. William rió entre dientes y miró a su hermano. John le devolvió débilmente la sonrisa. Luego bajó la vista hacia la calle. Dentro de pocos minutos, podría llamarse John Law de Lauriston. Aún no podía entenderlo del todo. Abajo, en la calle, un hombre retiraba a paletadas un montón de excrementos de la entrada de un café. Sencillamente, apartaba unos metros la porquería. En Edimburgo daba la impresión de que un sucio dios hubiera estado cagando durante años sobre la ciudad. Los montones estaban allá donde se mirara. Hacía unos meses, un abogado inglés, un tal Joseph Taylor, había demandado al dueño de una tienda escocesa porque al salir de su negocio había resbalado en el estiércol y se había roto un brazo. «Cada calle —había clamado en el tribunal de Edimburgo—, cada calle de esta ciudad da cuenta de la depravación de sus habitantes. La ciudad es toda ella una cloaca». Los abucheos de los espectadores le habían hecho callar. La declaración del jurista inglés había calentado los ánimos durante semanas, y demostrado del modo más gráfico que la unión de las coronas inglesa y escocesa era algo imposible. Pero, de hecho, la ciudad apestaba, y había mucha gente que no salía de sus casas sin protegerse la boca y la nariz con pañuelos perfumados.

Por fin se abrió la puerta de la habitación contigua, y el notario Roxburghe entró en la estancia. Parecía pálido y agotado. Apestaba a excrementos. Traía un manajo de expedientes que dejó caer sobre la recia mesa de fresno. Luego se arrellanó en un sillón tan robusto como la mesa.

—Madame Law —empezó—, quisiera comenzar por declarar que vuestro fallecido esposo William Law hizo en su beneficio operaciones financieras muy amplias y complicadas. Al fin y al cabo, no sólo era el financiero más importante del comercio escocés del ganado. También negociaba con obligaciones y letras de cambio. Las utilizaba como medios de pago... No sé hasta qué punto tiene usted noticia de todo esto.

—Mi esposo y yo... —repuso ella, y se detuvo un momento—. Mi esposo me

hablaba mucho de sus negocios.

El notario asintió con impaciencia y se humedeció los labios resecos con la punta de la lengua, salpicada de abscesos.

—Hay algunas deudas de escasa cuantía pendientes de cobro, pero también un notable patrimonio por un valor de veinticinco mil libras, que vuestro fallecido esposo...

Jean Law lo interrumpió:

—¿Quiénes son los deudores?

El notario leyó una lista de nombres, y ella palideció. Toda la nobleza escocesa estaba allí, los Dundonald, los Argyll, los Burghly, los Hamilton, Seaforth, Mar... e incluso el propio notario Roxburghe. Jean sabía lo suficiente de operaciones financieras como para entender que llevaría años cobrar esas deudas. Veinticinco mil libras era una suma importante, teniendo en cuenta que un buen artesano ganaba tres libras al mes. Veinticinco mil libras eran alrededor de setecientos salarios anuales de un artesano. Echó una mirada a John, como si quisiera asegurarse de su ayuda. En cierto sentido ya era un hombre, alto y seguro de sí mismo, y con una presencia que despertaba anhelos y pasiones en las mujeres. Pero por otra parte seguía siendo un muchacho. En secreto, Jean temía que su hijo no estuviera preparado para tratar con el dinero. Amaba las cosas bellas, los hermosos ropajes, cultivaba las formas cortesananas y las maneras galantes. Le gustaban los naipes y las largas noches. Estaba en el mejor de los caminos para convertirse en un auténtico galán. Y eso la preocupaba, porque sabía que, cuando saliera de esa habitación, su hijo John sería un hombre rico. Tendría dinero, pero no la madurez para emplearlo con inteligencia.

El notario dio inicio a la lectura del testamento. La recién adquirida propiedad de Lauriston Castle y los ingresos de sus arrendamientos corresponderían a partes iguales a su esposa Jean Law y su hijo mayor, John Law. Éste debía llevar el título «de Lauriston», además de recibir el bastón de paseo con empuñadura de oro, el símbolo del estatus del banquero escocés. El bastón estaba guardado en la Charité de París, conforme a la voluntad del fallecido. Debía ser entregado personalmente a John en París algún día.

—Sabéis lo que figura grabado en la empuñadura —dijo el notario a John—. *Non obscura nec ima*. Ni oscuro ni pequeño. —Dirigió una mirada penetrante al muchacho—. Sed digno del lema de la familia Law. Vuestro padre lo ha querido así. Él os acompañará en vuestro camino, a vos y a vuestro hermano William.

William miró ceñudo a su hermano mayor. Odiaba a su padre por haber puesto a nombre de John la mitad de Lauriston Castle. Odiaba la idea de que en adelante tendría que vivir entre los muros de su hermano. Jean sintió una dolorosa punzada. Le había dado a su esposo doce hijos. Siempre le había servido y honrado, pero él la había colocado al mismo nivel de John, el primogénito de doce años. El notario leía y leía. Ella se sorprendió por haber dejado de escuchar y trató de concentrarse. El difunto también había escrito algunas líneas dirigidas a su familia, y Roxburghe las

estaba leyendo. William Law les insuflaba valor. Elogiaba a sus hijos. Observaba que estaba especialmente orgulloso de John. Subrayaba sus dotes para el manejo de los números, pero también para el del acero...

—Y se folla a la criada —lo interrumpió el joven William. Él mismo pareció sorprendido de su exabrupto, y miró confundido al suelo. Su madre lo miró con severidad.

—Vuestro padre se refería, por supuesto, a sus satisfactorios avances en la sala de esgrima —dijo el notario tras aclararse la garganta, y se dispuso a seguir leyendo.

Pero William se empecinó.

—Lo hacen en el cuarto de la torre —gruñó.

John se mantuvo impertérrito. Al fin y al cabo, Janine le había explicado suficientemente lo que era mantener la compostura.

—Mi hermano William está dolido de que yo herede Lauriston Castle, y él tan sólo el nombre de pila de mi padre.

William fue a saltar, inflamado de furia, pero su madre lo contuvo.

—Haced el favor de seguir —dijo John, como si quisiera demostrar a todo el mundo que era el nuevo señor de Lauriston Castle.

El notario volvió a carraspear brevemente, ajustó la distancia del documento a sus ojos y continuó. William Law ensalzaba las excelentes cualidades de su primogénito, pero manifestaba también preocupaciones. Temía que, con su innata arrogancia y frivolidad, John pudiera derrochar tempranamente sus buenas dotes. Por eso, deseaba que su hijo fuera protegido de sí mismo y se le ingresara en un internado lejos de las tentaciones de la gran ciudad, en Eaglesham, Renfrewshire.

William, que se había desplomado en su silla, volvió a incorporarse. Sonrió de oreja a oreja. Su madre lo miró con expresión de reproche. Sabía lo que ese deseo del fallecido significaba para John. Era como una condena, un destierro.

John siguió mirando fijamente al frente. Comprendió enseguida el alcance de esa disposición testamentaria. Aunque la mitad de Lauriston Castle le pertenecía, de momento no podría disfrutar de los ingresos por arriendos, el título nobiliario y el bastón de paseo dorado. Tendría que seguir atendiendo las indicaciones de su madre.

«Iré —pensó— y aprenderé. Y un día volveré y haré palidecer de envidia a todos. Y entonces dejaré esta cloaca para siempre». Se sintió orgulloso de que ningún rubor de ira apareciera en su rostro, de que su pecho no temblara, de que su entendimiento no ardiera como un caballo fustigado. Sentía una vez más que esa capacidad lo distinguía de otras personas. Que lo hacía fuerte. Y así, incluso en aquel momento que su hermano William celebró como un triunfo, tuvo una sensación de satisfacción, de superioridad.

3

El cochero insistía en que partieran pronto. Se avecinaba una tormenta. John Law alzó la vista hacia las nubes negras. Cierto. Incluso a Dios parecía disgustarle la idea del internado. Abrazó a su madre. La despedida dolía, pero la furia de ser desterrado al fin del mundo ahogaba los demás sentimientos. Jean Law sabía que era bueno que su hijo estuviese lejos de las numerosas tentaciones de Edimburgo. En Renfrewshire podría dedicarse por entero al estudio. Pero no estaba contenta. Perdía al último hombre de la casa. John abrazó a sus dos hermanas pequeñas, que no parecieron comprender que se trataba de una despedida para mucho tiempo. Luego abrazó a Janine. Cuando se separó de ella, vio sus ojos arrasados en lágrimas. John no pudo menos que sonreír. Se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Así que había un poquito de amor, ¿verdad?

Janine sacudió la cabeza y luego prorrumpió en quedos sollozos.

—Vuelve a la casa, Janine —ordenó Jean Law—. John, despídete ahora de tu hermano.

John se quedó mirando a la criada, que desapareció en el interior de la casa.

Jean se volvió hacia William, que se había mantenido un tanto apartado.

—Despedíos, sois hermanos.

William le tendió la mano. John la estrechó, algo más fuerte de lo habitual.

—Cuida de mis propiedades, hermano del alma —sonrió. William le lanzó una patada, pero él la eludió hábilmente—. Si algún día llegas a ser adulto te retaré a duelo, y si me ganas, te regalaré mi parte de Lauriston Castle.

La madre se interpuso entre los dos gallitos y apremió a John a subir al coche.

—¡Ahora vete, John! —dijo con voz firme, mientras metía la mano en el bolsillo de la capa de su hijo con la rapidez de un rayo y sacaba una baraja de naipes.

John se volvió, perplejo.

—¡Madre, por favor! —exclamó.

—¡Se quedan aquí, John, los naipes, las malas costumbres, la vida de vicio, todo eso lo dejas en Lauriston Castle!

Él fue a protestar, pero su madre se limitó a mantener abierta la portezuela. No le quedó otro remedio que subir. Jean Law le entregó una carta.

—Para mi primo, el capellán del colegio. El reverendo James Woodrow. Le darás esta carta nada más llegar.

John asintió.

—Sí, madre, como deseáis. —Y cerró la portezuela—. ¡Volveré! —Miró a William por la ventanilla.

—¡Y entonces nos batiremos! —gritó éste.

John miró por encima de su hermano hacia el cuarto de la torre. Vio a Janine asomada a la ventana. El cochero arrancó.

Cuando el coche pasó por Baijen Hole, dejaron atrás las últimas farolas de Edimburgo. Ahora les esperaba un largo viaje por tierra, que acabaría en un lugar donde no había iluminación nocturna, ni cafés, ni Janine. Sólo angostas celdas y libros científicos. John sentía un nudo en la garganta. Le habría gustado abrazar una vez más a su querida madre. Torció el gesto para reprimir sus sentimientos. Tenía que contenerse. Si quería tener éxito en la vida y no ser «ni oscuro ni pequeño», eso presuponía la disposición a sufrir. Si todo fuera tan fácil todo el mundo tendría éxito, reflexionó. Así que dependía de él distinguirse de otras personas. Los lamentos de nada le servirían. Cuanto menos protestara y se lamentara, tanto más sencillo le resultaría. Estaba dispuesto a recorrer ese camino.

Una sonrisa cruzó su rostro. Constató con satisfacción que siempre encontraba las palabras adecuadas para ayudarse. Miró el oscuro paisaje y pensó en Janine. Luego sacó un mazo de naipes de su bota izquierda. Ágil, repartió las cartas en dos montones y alzó alternativamente una de cada montón. Calculó a toda velocidad los puntos que quedaban en las cartas sin descubrir. Cuando sólo quedaron tres cartas tapadas, murmuró la suma y las descubrió. Había calculado bien: veinticinco puntos, un diez, un valet y una dama.

—Otra vez —murmuró. Estaba decidido a reprimir su tristeza con esa ocupación. Sabía que todos los dolores ceden con el tiempo. Ninguna pena era eterna. El tiempo obraba en su favor.

Eaglesham, Escocia, 1683

—Sois escoria. —El gordo reverendo Michael Rob había enganchado los dedos en el cordel que contenía su vientre prominente como las abrazaderas de hierro contienen las tablas de un tonel de *whisky*. Sus ojos pequeños y acuosos parecían casi engullidos por el rostro hinchado y esponjoso. En ese momento adelantaba el labio inferior, como un pez enfermo de los pulmones—: *Vous êtes incapable*.

Michael Rob pronunciaba las palabras de salutación a los siete nuevos discípulos del internado de Eaglesham. Dejó inequívocamente claro que no estaban allí para divertirse, sino porque fuera, en las ciudades, habrían sucumbido a tentaciones y excesos. Éste era el último lugar que les quedaba para reencontrarse con una vida honesta, una vida al servicio de Dios y la Corona.

—Sois la escoria de la sociedad escocesa. Habéis llegado a Eaglesham como inútiles restos arrojados por el mar, para que hagamos de vosotros algo decente. Me pagan para que dejéis este lugar convertidos en caballeros. Hay muchas cosas que no entenderéis, muchas quizá os enfurecerán, pero cuando un día os marchéis de Eaglesham, habréis entendido lo que yo, el reverendo Michael Rob, os habré aportado. Aquí sopla un viento bronco, y quien no se doblegue a él se romperá como una débil rama en la tempestad.

Los estudiantes estaban sentados en la sala de música del internado, mirando fijamente el artesonado con ornamentos e instrumentos tallados. Los chicos tenían aspecto malhumorado y sólo parecían pensar en la fuga. Lo que acababan de oír superaba sus peores temores. Se sentían como inocentes condenados a un campo de prisioneros lejos de la civilización.

Tan sólo John Law estaba relajado, como si esperase la llegada de su coche. Su corazón latía tan tranquila y regularmente como el gran reloj de péndulo que había sobre la chimenea, sostenido por dos rubicundos ángeles. Dejó vagar la mirada sobre la cenefa de oro que decoraba el borde de los techos. Las ventanas habían sido agrandadas, pero no habían mejorado el clima escocés, sombrío e inhóspito. Pero John no se dejó impresionar. Estaba seguro de que lo resistiría. Cuando hubiera terminado allí, iría a Londres y después a París, al colegio escocés, a la tumba de su padre. Y recogería aquel maldito bastón de paseo con empuñadura de oro.

John ocupó su cuarto en la casa del reverendo James Woodrow, primo de su madre. Woodrow tenía un hijo, Robert, de naturaleza recia y alegre, pero tan insulso como los peñascos que había más allá de los bosques de aquella región. Eaglesham estaba en el fin del mundo. Su gente era temerosa de Dios, vivía de forma casta y frugal, y por las noches se iba temprano a la cama. James Woodrow era un amable párroco de pueblo entrado en años, que creía en la bondad del ser humano. Su voz era dulce amigable, y su mirada tan alegre y arrobada que se le podía tomar por necio. Antes de comer se rezaba a conciencia. El reverendo renegaba de la conversación en la mesa.

Pero también estaban las dos hijas del reverendo, dos gemelas pelirrojas de largo cabello recogido en trenzas. Durante la comida, miraban de reojo por encima de la cuchara, lánguidamente, a aquel apuesto señorito de la gran ciudad de Edimburgo, que se movía con tanta naturalidad y amabilidad, que se sentaba a la mesa con tanta galantería y deferencia. Al reverendo no le pasó inadvertido el comportamiento de sus hijas. A los pocos días, ya estaba pidiendo a Dios ayuda para contener la lujuria que se avecinaba. Pero cuando llegó la primavera, Dios pareció cansarse de sus ruegos. Las dos muchachas se encontraban de noche con John en el establo de los caballos. Mientras una hermana hacía guardia, la otra se regocijaba con el chico, a quien Janine había enseñado un montón de cosas.

La vida en el internado de Eaglesham estaba enteramente dirigida al aprendizaje. Las lenguas ocupaban el primer lugar: latín, francés, holandés. El reverendo Rob sabía poco de economía y finanzas. En eso, el fallecido William Law había aportado más a su hijo John: los principios del crédito público y privado, la estructura del comercio y las manufacturas, la teoría y la praxis de la fiscalidad y los cálculos de probabilidad en un ramo que estaba naciendo: el sector de los seguros. De todo eso nada se sabía en Eaglesham. La única distracción posible era la clase de esgrima. Además se practicaba un deporte nuevo que estaba de moda, el tenis, pero John prefería la esgrima.

Hizo amistad con su coetáneo George Lockhart de Carnwath, hijo de un terrateniente escocés, un tipo inquieto que no aguantaba una hora sentado en una silla. George entendía menos de economía que un percherón. Quizá no era tonto, pero no tenía paciencia para escuchar y reflexionar sobre lo escuchado. Sin embargo, era el único alumno disponible para los ejercicios de esgrima diarios de John, después de que éste venciera a los demás en la primera clase. A George se le había metido en la cabeza vencer un día a John, y éste lo estimulaba en esa idea:

—Mientras no abandones, tienes una oportunidad —solía decirle—. Si abandonas, has perdido. La mayoría de la gente no fracasa. Abandona.

Por la noche, cuando todos dormían, ambos se escabullían a menudo hasta la cocina alicatada en rojo de los Woodrow y jugaban a las cartas a la luz de la luna. Y mientras jugaban, se contaban historias de amantes y escarceos eróticos.

John siempre quería apostar dinero. George no tenía, así que John apostaba monedas de asta. George las tallaba en sus horas libres. Una moneda de juguete pequeña correspondía a un penique inglés. Doscientos cuarenta de esos peniques correspondían a veinte chelines. Eso era tanto como una libra inglesa, lo que a su vez correspondía al jornal de diez días de un obrero. Los dos amigos se jugaban los peniques. A las pocas semanas, John había reunido monedas de asta suficientes para componer los cuernos de una vaca. La única esperanza que le quedaba a George era vencer un día con la espada.

Así pasaron los años, y los discípulos, que a su llegada estaban convencidos de no poder aguantar más de un día en el páramo de Eaglesham, se habían acostumbrado a la vida campesina y apenas podían imaginarla en la estrechez de la gran ciudad. También la severa enseñanza del internado se había convertido hacia mucho en rutina cotidiana. Un día, el reverendo Rob empleó un juego francés de naipes para ilustrar un cálculo de probabilidades. El reverendo quedó muy sorprendido al comprobar que el joven Law podía calcular mentalmente al instante las posibles combinaciones de naipes. Por su parte, a John no se le escapó que las cartas del reverendo estaban muy gastadas. Michael Rob tenía que ser jugador. Y debía de tener dinero, porque allí, en el fin del mundo, no había nada en qué gastarlo.

Por eso, una noche John se decidió a visitar al reverendo en su estudio. Rob pareció sorprendido, agradablemente sorprendido. Respirando pesadamente, el obeso individuo se quedó en la puerta, de la que sólo había abierto una rendija. Apeataba a cerveza de malta, de la que los cocheros solían engullir enormes jarras en las tabernas del puerto de Edimburgo.

—¿Qué quieres a esta hora tan tardía, hijo mío? Dentro de media hora tocan a descanso nocturno —dijo con pesadez de lengua.

—Tan sólo daros las gracias, reverendo, por todo lo que hacéis por nosotros...

Michael Rob sacudió perplejo la cabeza y miró a John con la boca abierta.

Ningún ser humano es inmune a la alabanza. Con alabanzas se puede dominar a la mayoría de las personas. El reverendo se quedó sin palabras.

—Iba a preguntaros qué carrera me recomendaríais cuando termine mis estudios en Eaglesham.

El gordo abrió más la puerta y compuso un gesto de estadista. Luego alzó las cejas y dijo, con rápida decisión:

—John Law, pasa.

El muchacho entró en la descuidada estancia. Apeataba a ropa sucia, orina, sudor y cerveza. Sobre la mesa, al pie de la ventana, ardían dos velas. Y había cartas. Naipes. El joven no movió un músculo. No se había engañado.

El reverendo cerró la puerta de una patada. Luego apretó la barbilla contra el pecho y eructó. Se quedó pensativo un momento, hasta que se acercó a John y se detuvo, vacilante, ante él.

—Las matemáticas... —dijo— las matemáticas son tu don, hijo. Las matemáticas... pueden emplearse de forma... útil en muchos terrenos.

El chico sonrió:

—Lo sé, reverendo, incluso jugando a las cartas se pueden aplicar.

Rob sonrió con aire de truhán. Había dejado a un lado su desconfianza, y se alegraba de recibir la visita de un joven de tan hermosa complexión.

—Has de poner freno a tus aficiones si quieres tener éxito en la vida. Los naipes significan dispersión, y pueden convertirse incluso en vicio, pero no son una disciplina universitaria, no son matemáticas. —Eructó de nuevo, soltando un apestoso olor a malta rancia, mientras con un movimiento de la mano lo invitaba a tomar asiento.

John se sentó.

—¿Así que no creéis que con las matemáticas y el cálculo de probabilidades se pueda prever un juego de naipes y, a la larga, ganar?

El reverendo se dejó caer, sonriente, en su escabel y se quedó un momento en esa posición, para comprobar si estaba realmente seguro sobre su asiento de madera. Luego juntó los naipes y empezó a barajar.

—Toma un trago de cerveza, John. Si jugamos a las cartas, también podemos beber juntos. —Extendió las cartas—. ¿Conoces el juego del faraón?

John sonrió. Naturalmente que lo conocía. Incluso Luis XIV, el Rey Sol, cuyo brillo alumbraba el mundo entero, gustaba del faraón.

—¿Jugamos por dinero? —propuso.

El gordo se detuvo y lo miró. Le agradaba ese joven de Edimburgo, su alta frente, su mansa expresión, la hermosa boca y la nariz aguileña, que le daba una nota peculiar de fuerza y energía. Aquel joven era como una fuerza de la naturaleza. Estaba allí sentado y llenaba la estancia entera, como si emanara un hechizo. Imploró a Dios que John Law no manifestara más deseos, porque intuía que no iba a poder negarle ninguno.

—Juguemos, pues, por dinero —aceptó amablemente—; si gano, lo donaré a la Iglesia.

—Si gano yo, me lo quedaré —sonrió John.

El reverendo le dedicó una mirada severa:

—¿Y quién agradará más a Dios?

—Yo —rió el joven—, porque no he mentido.

Rob soltó una carcajada. Luego se levantó, se aseguró de que podía mantener el equilibrio, y fue tambaleándose hacia la biblioteca. Entre los estantes había pequeños cajones. Abrió uno y se oyó tintineo de monedas. Regresó con unas cuantas piezas de oro y las amontonó sobre la mesa. John sacó las monedas de asta que había ganado a George la noche antes.

—Eso no es dinero —gruñó el reverendo.

—Una moneda corresponde a un penique.

—Pero esa clase de moneda no vale nada —rió, y bebió complacido un largo trago de cerveza.

—Sí, reverendo, vale tanto como un auténtico penique.

El gordo sonrió y apartó la mano de John, que descansaba sobre un montículo de monedas de juguete.

—Un penique tiene el valor de un penique porque en un penique hay metal por valor de un penique. Pero en tus monedas de juguete... —cogió una y la miró a la inestable luz de las velas— en tus monedas de juguete no veo ningún metal, ni oro, ni plata ni bronce.

—Y sin embargo tiene el valor de un penique, porque os prometo que yo, John Law de Lauriston, propietario de Lauriston Castle, en Edimburgo, os pagaré a cambio un penique auténtico.

Rob volvió a reír a carcajadas y sirvió más cerveza para los dos.

—¿Por qué no lo hacéis más fácil, John Law de Lauriston? ¿Por qué no dais directamente peniques auténticos?

—He prestado los peniques auténticos. Me rinden intereses. De ese modo he doblado mi capital con estas monedas de asta. Ahora puedo obrar como si tuviera el doble de patrimonio. ¡Imaginad que se implantara este sistema en las cortes de Europa! La cantidad de dinero se duplicaría, el comercio florecería.

El reverendo dispuso las cartas en dos filas encima de la mesa.

—Tu sistema, John Law, se basa en la confianza. Si me creo que puedes cambiarme tus monedas de asta por monedas de metal, las aceptaré. Pero si no confío en ti...

—Sí confiáis, lo sé, de lo contrario no os habría hecho esta propuesta.

El religioso sonrió.

—La idea no es necia en absoluto. Europa ya no tiene metales. No podemos acuñar nuevas monedas. Hemos fundido cañones en vez de monedas. Por eso el comercio se estanca. Ya no se producen más mercancías. La gente ya no tiene trabajo.

No está mal, John Law...

—¿Pero?

—Falta la confianza. Ni siquiera los reyes de Inglaterra pagan ya sus deudas. ¡La gente ya no confía en nadie!

—Pero la gente confiaría en el Rey Sol, ¿no?

Rob rió.

—Sí, eventualmente la gente confiaría en el rey de Francia. ¿Y vas a convencer de tu sistema al Rey Sol? Ni siquiera obtendrías una audiencia.

—Vos, reverendo, con todo respeto, nunca conseguiríais una audiencia con el rey, porque no creéis en ello. Por eso, tampoco lo intentaríais. Yo creo en ello, y por eso un día lo intentaré. Así pues, mi oportunidad de obtener una audiencia con el rey de Francia será mayor que la vuestra.

—Desde el punto de vista matemático no puedo refutarte, John Law —sonrió—, pero en el juego te voy a ganar.

Ambos jugaron y bebieron. El muchacho ganó, el religioso perdió. El hombre de Dios se embarcó en una terrible borrachera. Finalmente, acusó a su joven visitante de hacer trampas; tenía la cara congestionada y resoplaba como un rocín enfermo. John trató de explicarle que no hacía trampas, sino que se fijaba en el valor de las cartas mostradas. De ese modo, podía calcular la probabilidad de alcanzar esta o aquella puntuación. Pero el religioso maldijo y se puso cada vez más furioso y descontrolado. Afirmaba que ningún ser humano podía tener tal memoria. Y si John Law afirmaba lo contrario, estaría lindando con la blasfemia. Con un nervioso movimiento de la mano, barrió todas las monedas de la mesa y se puso en pie de un salto, pálido como la cera. Luego se arrancó el cordel del vientre y trató de quitarse la sotana.

—Yo sé por qué has venido aquí, John Law, lo sé —balbuceó—, Dios te ha enviado a mí para probarme, y voy a demostrar a Dios que no soy más que un hombre.

Con un esfuerzo sobrehumano, empezó a quitarse la sotana por la cabeza. Pero se le quedó atascada. El pesado individuo empezó a dar traspies y a tambalearse medio desnudo por la habitación, mientras su cabeza buscaba desesperadamente una salida del trozo de tela.

John recogió tranquilamente el dinero, mientras el reverendo caía cuan largo era y seguía luchando con las trampas de su sotana.

A la mañana siguiente, el sol brillaba iluminando el atril del reverendo Michael Rob. Su cabeza reposaba sobre un atlas de gran tamaño. En su frente campaba un gran chichón surcado por un sanguinolento arañazo. El reverendo roncaba. Frente a él se sentaban siete discípulos. Estaban acostumbrados, por las misas, a sentarse tranquilamente y guardar silencio.

John Law fue el primero en levantarse de su silla. Seguido con recelo por las

miradas de sus compañeros, avanzó entre los pupitres. Pasó de largo ante el reverendo hasta llegar al gran ventanal. Entonces se volvió.

—Reverendo Michael Rob —dijo, alzando la voz—. Sois la escoria de la sociedad escocesa. Sois como un inútil resto arrojado a Eaglesham por el mar.

Un murmullo recorrió las filas de estudiantes. Incrédulos, sus condiscípulos lo miraron. Con un brinco elegante, John saltó al alféizar de la ventana y se agarró con una mano a uno de los orondos angelotes, y con la otra se descubrió el sexo y orinó sobre el dormido reverendo.

Cuando Michael Rob abrió poco después los ojos, sus siete educandos estaban sentados a sus pupitres como buenos chicos.

—Bien —murmuró—, eso es todo acerca de Escocia.

Ese día, George acompañó a su amigo a casa de los Woodrow. En la cocina alicatada en rojo, ambos tomaron una pequeña cena: carne de reno fría y vino especiado.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó George entre dos bocados—. ¿Quiso meterte mano?

—Mucho peor —murmuró John.

—¿Lo hizo? —se horrorizó George.

—No. Tenía una idea, y él me la ha destruido —respondió John, y tomó un sorbo de vino—. Ahora necesito una nueva idea —sonrió—, pero lo mejor para imponerla sería el poder de la Corona.

—La Corona puede imponerlo todo, John.

—Sí, pero no tiene ideas.

Hacía mucho que George había renunciado a entender a su amigo. Las dos pelirrojas hijas del reverendo Woodrow estaban en el patio.

—Ahí fuera están tus compañeras de juegos —dijo George y sonrió lujurioso, pero John no picó el anzuelo. Tenía otras cosas que tratar con él.

—Nuestra época escolar toca a su fin, George. —John jugueteaba con el cuchillo—. Así que me gustaría ir cambiando mis monedas poco a poco.

Se levantó y sacó una caja de madera que había escondido detrás de la estufa, y la dejó en el tajo que había junto a ella. La abrió. Estaba llena hasta los topes de monedas talladas en asta.

—¡Cómo tantas! —se asombró George.

—Sí, con los años se van acumulando.

George se puso nervioso.

—Naturalmente que te las cambiaré... no hay problema. Un hombre de honor hace frente a sus deudas.

—¿Cuándo?

—Mi padre vendrá a recogerme con un coche. En ese coche vendrá tu dinero.

John guardó silencio y volvió a esconder la caja detrás de la gran estufa.

—¿Cómo son esas chicas? —preguntó George. Le pareció oportuno cambiar de

tema—. ¿Lo hacéis a trío?

—Olvídalo. Un caballero disfruta y calla.

George miró a su amigo. Pensó en las deudas de juego, en las dos muchachas pelirrojas, en el fin de su época en el internado. George había pasado todos esos años a la sombra de John Law. Miró hacia la estufa. Era incomprensible que su amigo hubiera escondido la caja delante de sus ojos. A la primera oportunidad, él podía cogerla y tirar al río su contenido. ¿Creía John que no era capaz de hacerlo? ¿Lo tomaba por un cobarde? Esa seguridad en sí mismo lindaba con la arrogancia. «Quiere humillarme», pensó, y en su cabeza diseñó diversos planes de venganza, para enseguida desecharlos y forjar otros nuevos.

Los siete alumnos del internado estaban en fila detrás del establo, en el patio polvoriento que les servía para los ejercicios de esgrima. Ante ellos estaba el profesor, el señor Hamilton. El reverendo Rob estaba sentado en el banco de madera bajo el alero y luchaba contra el sueño. Delante de él había una mesita tambaleante, en la que había pluma y papel. Alzó la vista, atormentado. La luz del día lo deslumbró. Tomó otro trago de su jarra de cerveza y se durmió.

Hamilton dio un paso al frente y pronunció una breve alocución:

—Ésta es vuestra última clase de esgrima. Todos habéis alcanzado gran pericia. Aprended a serviros de ella. La esgrima es una actividad deportiva. Sirve a la disciplina y a la amistosa medición de fuerzas. El que abusa de su pericia termina en la horca. Es mi obligación recordaros, para concluir vuestra formación, que los duelos están prohibidos so pena de muerte. En Escocia, en Inglaterra, en Francia... Pensad en mis palabras.

Durante el discurso, George y John intercambiaban miradas. Aquél había cambiado desde su última conversación. Parecía enemistado con John, que recordaba las palabras de su padre, quien solía decir: «El éxito cuesta muchos amigos, y el gran éxito crea enemigos». Se acordaba muy bien de lo solo que su padre se había quedado al ser nombrado por el Parlamento escocés real consejero de la Casa de la Moneda. Cada vez más personas habían buscado su proximidad, pero cada vez se encontraban menos amigos entre ellos.

Los estudiantes fueron divididos en dos grupos. El profesor se unió a ellos, de forma que se formaron cuatro parejas. Se lidió amistosa y limpiamente. Nadie quería herir a nadie en la última semana de colegio. Después de la primera ronda, quedaron excluidos cuatro esgrimistas. No hubo sorpresas. John, George, Hamilton y Robert, el hijo del reverendo Woodrow, pasaron a la segunda ronda. John venció diestramente a Robert, mientras Hamilton y George sostenían un duelo de igual a igual. El maestro de esgrima se limitó de forma displicente a la defensa elegante, lo que no hizo más que irritar a George e inducirlo a algunos ataques de gran agresividad. John vio que su amigo se ponía furioso. De pronto le alcanzó la mirada de éste, y comprendió que

quería vencer para poder enfrentarse a él. Con un enérgico movimiento, George se lanzó a fondo y alcanzó al maestro de esgrima entre las costillas. Se detuvo, adoptó la postura reglamentaria e inclinó la cabeza brevemente a modo de disculpa.

—Habéis ganado, George —sonrió Hamilton—. Os felicito.

—¡Ahora él! —exclamó George, y señaló a John con la punta de su florete.

El profesor presionó con discreción un pañuelo contra su herida, que sangraba, y caminó lentamente hacia George.

—Hoy no deberíais sostener ningún combate más —le dijo—. Las emociones no son buenas consejeras.

El chico retrocedió un paso y repuso:

—Quiero enfrentarme a él. Me corresponde. Os he vencido.

Hamilton miró a John, que asintió con gesto impasible.

—Estoy a vuestra disposición, sir.

—George —lo intentó nuevamente Hamilton—. ¿Es que no habéis aprendido nada? ¿Queréis pasar a la historia del internado como un incontrolado y calenturiento? —Tocó suavemente el hombro de George. Él lo rechazó furioso.

Entonces Hamilton perdió la paciencia. Con un movimiento decidido, arrebató el florete a George y lo arrojó a un lado:

—Os prohíbo todo combate en los dominios de Eaglesham. ¡Tenéis la fuerza y la destreza necesarias para manejar esta arma, pero no el entendimiento!

Por un momento, dio la impresión de que George iba a lanzarse contra el maestro de esgrima, o contra John, o contra ambos. Pero luego se dominó. Giró sobre los tacones y abandonó el patio a toda prisa.

Michael Rob era un predicador de grandes dotes. En el púlpito era donde de verdad entraba en calor. Lanzaba sus rayos contra todo y contra todos. John odiaba esos domingos, esa espera en la capilla del internado. Pero era el último domingo en Eaglesham. El reverendo se despedía de sus discípulos. Dijo que todos eran humanos y que los humanos cometen errores. Pecan. También él era tan sólo un hombre, un servidor de Dios, que de vez en cuando cometía errores. Por un instante, bajó la vista desde el púlpito hacia John. Y cuando éste le sostuvo la mirada, el hombre de Dios pareció perder el hilo. Carraspeó y pasó a fustigar a voz en cuello las tentaciones de la carne, como si se arrepintiera en lo más íntimo de haber fallado a Dios. Gritó lleno de furia, como acusando a Dios de haber creado siquiera tales tentaciones. George dio un codazo a Robert y señaló hacia atrás con la cabeza. Unas filas más atrás estaban las dos gemelas pelirrojas, con la cabeza baja y las manos en gesto de oración. Sólo cuando alzaron la cabeza para mirar al frente se intuyó la belleza de sus senos, cubiertos con un amplio paño.

—Ya no lo soporto —gimió George—, así es como imagino el Infierno. —Sin querer, se llevó la mano a la entrepierna.

Robert le dio un codazo.

—No te pases, George. ¡Mantén las manos lejos de mis hermanas!

—¿Ah, sí? ¿Se lo dirás también a John?

—¿John Law? ¿Es cierto eso? —Robert enrojeció de ira.

George calló. Robert supo que era cierto.

Oscuras y pesadas nubes cruzaban sobre Eaglesham cuando los estudiantes salieron de la capilla, mientras un salmo anunciaba la revelación de la grandeza de Dios en los hombres. Robert y George fueron a casa de éste, que aún tenía cosas que hacer en el establo. Y mientras limpiaba los cubículos, George le habló sin parar de lo que John Law hacía secretamente con sus dos hermanas. Noche tras noche.

Por fin, Robert perdió el control y clavó la horca del heno con tal furia en la pared del establo, que la herramienta se rompió. Una sonrisa cruzó el rostro de George. Le lanzó a Robert una horca nueva y se marchó del establo. Había conseguido lo que quería.

Fuera, se quedó un rato junto al prado vallado. Grandes y cálidas gotas de lluvia caían sobre Eaglesham. Una yegua parda se acercó al muchacho. Quiso acariciarle los ollares, pero el animal se asustó y huyó al galope. A lo lejos se oía retumbar un trueno. George canturreó complacido la canción sacra que habían entonado al final de la misa. Lo hacía cuando estaba especialmente relajado... o cuando temía algo.

John se apartó del cuerpo desnudo de Anne y se volvió hacia su hermana Mary. Ésta ya se había desnudado y estaba arrodillada delante de él. No dijeron una sola palabra. Los tres sabían que era su último encuentro. Muy pronto, John regresaría a Edimburgo y probablemente nunca volverían a verse.

Fuera, una huracanada tempestad se abatía sobre el pequeño Eaglesham y amenazaba con inundarlo. Los rayos y truenos empujaban a los habitantes hacia sus casas. Allí se quedaban presas del temor y rezaban de rodillas a Dios omnipotente.

Las dos hermanas olvidaron toda la cautela que siempre habían tenido. Ninguna de las dos estaba hoy junto al ventanuco, vigilando el patio. Se amaron ruidosamente y con vehemencia, con pasión y tosquedad, como si tuvieran que saciar su lujuria por años.

Nadie vio que detrás del último cubículo de los caballos se elevaba una figura. Era Robert. Con un batidor de trilla en la mano, tenía un aspecto amenazador. Con sigilo, se quitó el heno de los hombros y salió del cubículo. Sigiloso, avanzó cubículo a cubículo; en el más apartado estaban sus dos hermanas. Una de ellas yacía de espaldas y con los ojos cerrados. Al parecer, gozaba aún de los ecos de la excitación que había inundado su cuerpo. La otra besaba el sexo de John. Fue éste el primero en ver el rostro fantasmagórico y petrificado de Robert. Apartó suavemente a la muchacha. Robert agitó el batidor y lo abatió sobre John. El extremo más corto, reforzado con una correa de cuero, lo alcanzó en el hombro derecho. Robert no dijo

una palabra. John retrocedió tambaleándose. Un segundo golpe lo alcanzó en las costillas. Se volvió y agarró una horca que estaba hincada en el heno. La sostuvo ante sí como escudo, antes de que un tercer golpe pudiera alcanzarlo.

Las dos hermanas recogieron sus ropas a toda prisa y corrieron hacia la puerta del establo. Eso distrajo a Robert por un momento y la horca de John lo alcanzó en el pie derecho. Robert se estremeció y se desplomó. El dolor fue tan grande que no logró proferir sonido alguno. Sólo cuando John extrajo la horca de la carne gimoteó desolado, revolcándose por el suelo. Gimiendo, se sostenía el pie sangrante con ambas manos.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí? —preguntó John.

Robert se limitó a gemir. John tiró a un lado la horca y lo ayudó a levantarse. Lo empujó sin contemplaciones contra la pared del cubículo y le espetó:

—Robert, te reto a duelo.

Al oír esas palabras las dos hermanas regresaron corriendo, se precipitaron sobre John y le imploraron que no lo hiciera. Pero el chico zarandeó a Robert y repitió:

—Te reto a duelo.

—Está herido, John —insistió una de las hermanas.

—Yo me batiré en su lugar —dijo de pronto una voz.

Todos se volvieron. De la oscuridad salió una figura. Era George. Se acercó lentamente y se detuvo ante John. Miró su cuerpo desnudo. Allá donde el batidor lo había alcanzado, la piel empezaba a amoratarse.

—Y no olvides las monedas del juego, John. Quiero cambiártelas antes del duelo. Quién sabe si después tendremos ocasión.

—A tu entera disposición. Mañana al amanecer, junto al puente —repuso John. Se inclinó en una breve reverencia, se vistió rápidamente y se marchó.

Fuera seguía lloviendo a cántaros. John estaba muy dolorido. Los hematomas del hombro y las costillas se habían agrandado. Entró en casa de los Woodrow y fue a la cocina. Con un paño mojado, trató de refrescar las contusiones. Al cabo de un rato se levantó e hizo un par de ejercicios de relajación. Dolía. Apretó los dientes y trató de hacer otros ejercicios. «También es posible acostumbrarse al dolor —pensó—. Todo es cuestión de actitud».

Finalmente, arrojó a un lado el trapo húmedo. Fue a la estufa para recoger la caja de las fichas.

Había desaparecido.

Esa noche no pegó ojo, y mucho antes de amanecer estaba ya en pie. Cuando la primera luz iluminó el cielo, se puso en camino. Atravesó el patio sin pavimentar que unía la pequeña iglesia de Eaglesham con el establo del reverendo Woodrow. El suelo estaba reblandecido y John se hundía hasta los tobillos. Pellas de barro se pegaban a sus zapatos y retardaban su paso. Tomó el camino a lo largo del prado vallado en

dirección al río, que se había desbordado pero no había cubierto el puente.

George ya estaba allí. Nervioso e impaciente, golpeaba su espada contra la pierna izquierda mientras avanzaba cinco pasos, se daba la vuelta abruptamente y retrocedía otros cinco pasos. Sólo entonces John observó que bajo un grupo de árboles al extremo del prado había curiosos. Al acercarse reconoció a sus compañeros. Habían acudido todos. George los había llamado como testigos. Sí, George había tomado todas las precauciones.

Cuando llegó al puente, John se limpió el barro de las suelas contra una de las tablas. Robert se apartó del grupo de curiosos y cojeó hasta el puente.

—¡Es mi padrino! —anunció George, señalándolo.

John asintió y dijo:

—Yo no necesito padrinos, esos testigos de ahí me bastan.

—Es tu decisión —respondió George, y se volvió hacia Robert para decirle—: John se hirió ayer en una caída. Pregúntale si está en condiciones de batirse, si está en inferioridad de condiciones debido a su herida y si es su libre voluntad...

—¡Estoy en el mejor estado físico, y me bato por mi libre voluntad! —gritó John Law—. Pero ¿no íbamos a solucionar primero un asunto financiero? —Sonrió. Quería humillar a George. Sin embargo, para su sorpresa, Robert sacó aquella caja de su capote y la depositó en el suelo muy cerca de John.

Ahora fue George el que sonrió de oreja a oreja.

—He pensado que quizá esa cajita fuera demasiado pesada para ti. Por eso la he hecho traer. ¿O dudabas de mi sentido del honor?

John estaba irritado. Había subestimado a George, que demostraba que quería atenerse a las reglas, que era un caballero. Se arrodilló para echar un vistazo a la caja, y una dolorosa punzada se le clavó como un cuchillo entre las costillas. Pensó que un auténtico caballero no retaría a duelo a un herido. No, George sólo se hacía el caballero. En su corazón, siempre sería el iracundo y tosco hijo de un gran terrateniente. John abrió la caja. Las fichas habían desaparecido. En su lugar había un puñado de monedas de oro y plata. Con la mirada experta del jugador, que sabe calcular inmediatamente el valor de un montón de monedas, vio que la suma era correcta.

—¿No quieres contarlas? —preguntó George.

John Law se incorporó y se acercó un paso a su rival.

—George —dijo con una amistosa sonrisa—, ¿qué te parece si hacemos una apuesta más? Apostaría con gusto las monedas de oro. Y también las de plata que has añadido como intereses.

George se quedó boquiabierto. ¿Cómo podía alguien calcular tan rápido el valor de unas monedas como para saber que la suma excedente correspondía al interés de cinco años? ¿Y cómo podía alguien herido estar tan seguro de su triunfo? George entregó la espada a su padrino Robert, luego soltó la bolsa de su cinturón, la abrió y sacó unas monedas de oro y plata. Con un ostentoso ademán, las lanzó dentro de la

caja.

—El ganador se lo lleva todo —dijo—, ésa es la voluntad de ambos. —Y se volvió hacia los cinco testigos, que ahora habían bajado hasta el puente.

Robert repitió alto y claro que los dos duelistas estaban sanos, que iban a batirse voluntariamente, que lucharían hasta que uno de los dos se rindiera o no estuviera en condiciones de proseguir, y que el vencedor recibiría todo el contenido de aquella arqueta de madera. Entonces, George arrebató la espada a Robert y bajó a zancadas el puente. Su padrino lo siguió.

John bajó la cabeza, se concentró e hizo un par de movimientos de esgrima. Su cuerpo recobraba energías a cada instante. Se juró que vencería, que no sentiría dolor. Tomó conciencia de que era una lucha a vida o muerte, que George quería matarlo, que luchaba por la pura supervivencia. Naturalmente, sabía que George no quería matarlo, sólo humillarlo. Pero para John Law era importante apostar todo a una carta. Todo estaba en juego: su dinero, su reputación, su vida. «*Non obscura nec ima*», murmuró cuando los dos contrincantes se colocaron en posición.

Robert dio la señal. George cruzó el puente con pasos rápidos, lanzando furiosas estocadas. John dio tan sólo un par de pasos, se colocó en posición y paró con destreza el primer y furibundo ataque. Los dolores eran mayores de lo que había esperado. John quería olvidarlos. Estaba seguro de que después de otros dos ataques se habría acostumbrado al dolor en las costillas y el hombro. George lanzó el siguiente ataque, aún más furioso que el primero. John lo rechazó de nuevo, contraatacó y lo alcanzó en la zona de las costillas. George pareció no creérselo: se sujetó la herida, se puso la mano teñida en sangre ante los ojos y luego alzó la vista llena de odio hacia John, que se mantenía tranquilo en el puente, esperando el próximo ataque.

—¿Ponemos fin a esto, George? —preguntó.

—¡Jamás! —Y volvió a lanzarse sobre John, que paró nuevamente la arremetida.

Esta vez George no pudo retroceder: John lo había sujetado con fuerza por el brazo de la espada. Ambas hojas apuntaban al cielo, y sólo su filo separaba sus rostros. George lanzaba espumarajos de furia pero no lograba desasirse. John no mostraba emoción alguna, inmovible como una roca, inalterado. Furioso, George le dio un rodillazo en el bajo vientre. John se desplomó. George lo golpeó en la cabeza con el guardamano de la espada, pues estaba demasiado cerca para lanzarle una estocada. Sólo cuando, visiblemente aturdido, John retrocedió y volvió a incorporarse, George tomó distancia y lanzó un mandoble. John volvió a desviarlo mientras resbalaba en las tablas mojadas. Cayó al suelo y quedó tendido de espaldas. George lanzó un salvaje grito de triunfo y pareció meditar un segundo cómo acabar la faena. Pero John rodó, rápido como el rayo, bajo el travesaño más bajo de la barandilla y se precipitó al río. Tuvo suerte de que estuviera crecido, lo que le evitó estrellarse contra una piedra. El agua gélida casi le arrebató el sentido. Se incorporó, escupió agua y se quedó de pie en medio del río, aún empuñando firmemente la

espada.

—¡Aún no hemos terminado! —le gritó George desde el puente.

John avanzó trabajosamente de vuelta a la orilla. George corrió hasta el extremo del puente y bajó hacia los matorrales. John se quedó de pie en el agua. El fondo estaba lleno de guijarros y le daba un soporte notablemente mejor que a George, que bajó resbalando por la embarrada ribera hasta que se cayó. Trató de incorporarse, presa del pánico.

—Los rodillazos están prohibidos entre caballeros —dijo John, y avanzó lentamente hacia George, sin abandonar el seguro lecho del río.

George consiguió hacer pie de nuevo y aferró su espada. Se lanzó hacia delante como un rayo, pero John paró el golpe con fuerza y deslizó la espada como una guadaña por la mejilla de George. Éste lanzó un grito, dejó caer la espada y se llevó la mano a la oreja izquierda.

John sacó del agua la espada de su rival y regresó a la orilla.

—¡Caballeros —anunció—, el duelo ha terminado! —Y arrojó la espada apresada trazando un amplio arco. Añadió—: Si podéis acercarme la caja, os quedaría muy reconocido. —Y se dirigió por el suelo cenagoso hacia la pradera de los caballos.

Ante el establo había un abrevadero. Allí, se lavó el rostro y refrescó la zona de la cabeza donde George lo había golpeado con la espada.

—¡John! ¡Esto aún no ha terminado!

John se volvió y empuñó su espada, que había dejado encima del pretil de piedra. George venía corriendo, testarudo, seguido de Robert, que al parecer trataba de disuadirlo de su empeño. Con la mano izquierda, George apretaba un pañuelo sobre su oreja ensangrentada. En la otra mano sostenía la espada, y John se arrepintió de no haberla partido por la mitad.

—Déjalo estar, George —dijo, y retrocedió un par de pasos.

George tiró a un lado el pañuelo empapado en sangre y arremetió sin mediar palabra. Pero se encontraba débil. John lo paró con destreza y, con un hábil movimiento circular, envolvió la espada de su rival con la suya, haciéndola volar por los aires. George saltó tras el arma, pero John lo hirió en el hombro, no profundamente pero de modo que le doliera. George logró alcanzar su arma, la sujetó y siseó:

—Esto aún no ha terminado, John.

Éste le propinó una rápida estocada, entre la tercera y la cuarta costilla.

—Se acabó, George.

Lentamente, el herido se dobló y cayó de rodillas. Tendió los brazos hacia delante, trató de sostenerse a cuatro patas, e intentó alzar la cabeza. Sus manos no encontraron apoyo y se hundieron despacio en el suelo cenagoso. El torso se inclinó hacia delante, con lentitud, como si el tiempo fuera a detenerse. Luego, el rostro cayó con un chapoteo sobre un charco. George yacía medio de espaldas, respirando con dificultad. Allí donde hacía una hora estaba su oreja, la sangre salía a borbotones y se

mezclaba con el agua de lluvia en el charco marrón.

John se arrodilló:

—Un hombre debe saber cuándo está vencido.

—¿Lo sabrías tú? —repuso George con ojos vidriosos.

John no podía ver si le había cortado la oreja entera. Demasiada sangre. Aún así, George tenía que haberle entendido.

—Se acabó, George —repitió—, se acabó definitivamente. —Volvió a incorporarse.

—Nunca se acabará, John. Nunca.

Bajo la puerta de entrada al establo se apretujaban Robert y los otros.

—¡Lleváoslo de una vez! —les gritó John—. ¿O es que queréis que se desangre aquí?

Cruzó el patio, seguido a cierta distancia por Robert, con la caja de madera. Detrás de una ventana del primer piso de los dormitorios, John reconoció una silueta. Era el señor Hamilton, el maestro de esgrima.

Cuando en la primavera de ese año John Law detuvo su coche ante Lauriston Castle, tenía veintidós años. Supo enseguida que no iba a quedarse mucho tiempo. Su primera mirada fue hacia la ventana del cuarto de la torre. Habían limpiado el alféizar de piedra de los excrementos de paloma que antes lo cubrían. Se asombró de lo limpia y cuidada que estaba toda la finca.

—He de haceros un cumplido, madame —dijo tras liberarse del abrazo de su madre, en el salón—. Lauriston Castle está más bello y espléndido que nunca.

Jean Law sonrió complacida, e iba a contestar algo cuando Janine irrumpió en el salón. Había salido corriendo a abrazar a modo de saludo a su pequeño John, pero el hombre alto y de buena presencia que estaba ante ella, vestido con elegancia, sonriendo con encanto, ya no era el chico que un día había apretado tiernamente contra sus pechos entre carantoñas. El rubor tiñó su rostro. De pronto, se avergonzaba de las lecciones eróticas que había dado en su día al pequeño John. Con la cabeza baja, se acercó unos pasos, se inclinó en una breve reverencia y dijo:

—Bienvenido a Lauriston Castle... sir...

John la tomó cariñosamente en sus brazos y la besó en ambos ojos. Jean Law se volvió hacia la mesa con evidente desaprobación. Entonces, William entró corriendo, impetuoso. John comprendió enseguida que Janine y él mantenían una relación. Lo vio en los ojos de su hermano. Y vio también que los sentimientos de rivalidad y envidia que reinaban entre ellos en el momento de su despedida, hacía diez años, seguían ahí.

—Mi pequeño hermano William —dijo amablemente.

—Soy William Law —repuso el joven.

John dio un paso hacia él y le tendió la mano. Pero William la rehuyó. Janine salió discretamente de la estancia; sus dominios eran la cocina y el erotismo, no la diplomacia.

—¿Sigues sin digerir el haber heredado tan sólo el nombre de padre?

—Tengo una memoria excelente —repuso William, terco, y apretó los labios.

—Quieres decir que eres muy rencoroso. Yo también tengo una memoria excelente, pero no soy rencoroso. Y no por generoso, William, sino por motivos de racionalidad. Es así de sencillo. No es mérito mío. Lo que una vez fue, ya pasó. Por eso te ofrezco la mano, hermano mío.

William se mantuvo inmóvil.

—Hay gente que se bate y muere por motivos más insignificantes —añadió John—. Eres mi hermano, William. Vives en mis tierras.

—La mitad, John, sólo la mitad —intervino su madre, y lo invitó a sentarse a la

mesa con un movimiento de la mano.

—Lo sé, madame, sólo la mitad —dijo John, sentándose a la mesa—. Probablemente William vive en la otra mitad.

William abandonó la estancia sin decir palabra. Jean Law suspiró y se volvió hacia su hijo mayor.

—¿Tienes planes? Con tus dotes, deberías ir a una universidad.

—Tengo dotes diversas, madre —sonrió él, mirando a Janine, que estaba en la cocina trajinando en el fogón—. He estado diez años en Eaglesham. No puede haber una mazmorra más siniestra en toda Escocia. Ahora voy a divertirme un poco. ¿No me lo he ganado honestamente, madame?

Ella bajó los ojos, resignada. Pero John le tomó la mano y la acarició con suavidad:

—Sólo quiero averiguar cuál de mis capacidades me divierte más.

Su mirada era tan mansa, tan llena de amor y afecto, que su madre no pudo por menos que dedicarle una sonrisa de admiración.

Desde el primer día de su regreso, John Law fue un huésped bien recibido en los salones de las casas distinguidas de Edimburgo. Un magnífico jugador de naipes, con el don del cálculo rápido, y un ameno conversador. Aunque apenas tenía veinte años, se comportaba como un viejo zorro, y dominaba como si de un juego de niños se tratase todos los usos y reglas de conducta social de los círculos distinguidos. Las jóvenes se le acercaban de forma cada vez más descarada, se ponían los lunares en posición de «capitulación» y llamaban impacientes a John con sus abanicos.

Él raras veces volvía a Lauriston Castle antes del amanecer, si es que volvía. La mayoría de las ocasiones dormía donde había repartido la última carta. Su madre pronto tuvo bien claro cuál de sus dotes ejercía con más entusiasmo su hijo, y que esa dote no se podía refinar en ninguna universidad del mundo.

Así fue como John Law de Lauriston se jugó todas sus propiedades, la mitad de Lauriston Castle, con un matemático francés llamado Antoine Arnauld, casi un completo desconocido en la ciudad de Edimburgo.

En las primeras horas de la mañana de ese día señalado por los presagios, un coche lo llevó de vuelta a Lauriston Castle. Como no estaba en condiciones de apearse por sí solo, el cochero lo ayudó. El suelo estaba reblandecido por la lluvia de la noche anterior. Bajo el peso de aquel hombre tan alto, el cochero se hundió aún más en el fango y se quedó empantanado, mientras John se arrastraba hasta el abrevadero, caía de rodillas y metía la cabeza en el agua.

Jean Law estaba tras la ventana de su cuarto de labores, observando la escena.

—Sería mejor que volviera a desaparecer —dijo William, pasando cariñosamente el brazo por los hombros de su madre.

—En algún momento acabará de desfogarse —respondió ella.

—Cuando la rabia se apodera de un zorro, tienes que apalearlo hasta la muerte para que te deje en paz.

—No hables de tu hermano en ese tono, William. Quisiera que firmarais por fin la paz.

Él sonrió.

—¿Acaso Caín y Abel no eran hermanos?

Jean Law se volvió con brusquedad. Señaló desabrida la Puerta.

—Fuera, William. Basta. Sabe Dios que ya tengo bastantes preocupaciones.

Una vez que William se hubo marchado, esperó aún un rato, indecisa. Finalmente, se dirigió al cuarto de John. Cuando llegó, su hijo ya estaba en la cama, pálido como la cal, y se apretaba un pañuelo empapado contra la frente. El agua le corría por las sienes y goteaba sobre la almohada.

—John —empezó con cautela la señora de Lauriston Castle—, en primavera dijiste que tenías muchas capacidades y que te gustaría averiguar cuál de ellas te gustaba más. ¿Lo sabes ahora?

Él la miró con los ojos dolorosamente entornados.

—Sea como fuere, la ginebra de Edimburgo no me gusta —murmuró, y respiró pesadamente, como si esa frase lo hubiera agotado—. La ginebra hace daño a las matemáticas. Quizá Londres me vaya mejor.

—¿Londres? —repitió su madre, con sentimientos encontrados.

—Sí, Londres. He leído que el año que viene va a fundarse un banco. Lo hará un compatriota, William Paterson. Me gustaría conocerlo.

—Un banco...

—Sí, un banco. El Banco de Inglaterra. Recibirá el dinero de la gente para custodiarlo, gravarlo con intereses y prestarlo a otras gentes. Cambiará dinero, concederá préstamos...

—¿Quieres decir que hará lo que hacía tu difunto padre?

—Sí, pero ya no habrá cambistas, sólo el Banco de Inglaterra.

Jean pensó en su difunto esposo. El dolor del recuerdo había cedido después de todos esos años y sólo había quedado un soplo de melancolía. Le hubiera gustado hablar con él de ese nuevo banco, oír su opinión al respecto. Instintivamente, rechazaba la idea de ese banco. Como la mayoría de las personas mayores, rechazaba aquello que no entendía de los nuevos tiempos.

—Tu padre fue un hombre de gran éxito y prestigio, John. Cómo...

Él gimió ruidosamente e hizo un gesto de desdén.

—Por favor, madre, el mundo cambia pero no se hunde. Mueren viejos oficios y surgen otros nuevos. Mi padre, Dios lo tenga en su gloria, lo veía exactamente así...

—Hablares esta noche durante la cena —dijo Jean Law, y salió de la habitación. Estaba confusa. En esos momentos, echaba de menos a su difunto marido. Habría dado cualquier cosa por poder recabar su consejo.

John se incorporó en la cama, sacó el orinal y vomitó de nuevo. Cuando al cabo de un rato quiso volver a incorporarse, se golpeó con fuerza la cabeza contra el puntal que sostenía el inclinado techo. Aturdido, se dejó caer y siguió dormitando.

Hacia el mediodía apareció un mensajero de monsieur Arnauld acompañado de varios soldados. Se detuvo junto al abrevadero y preguntó por John Law. Cuando éste salió de la casa, se dio a conocer.

—John Law de Lauriston, estoy aquí para cobrar vuestra deuda de juego de ayer por la noche.

—¿Y para eso habéis traído cuatro soldados? —preguntó relajado John. Miró divertido a los hombres armados.

—Monsieur Arnauld ha insistido en ello. Para el caso de que vos no estuvierais en disposición de abonar vuestra deuda.

—Arnauld me ofende —sonrió Law—. Pero, aún así, me honra que crea necesario enviar cuatro soldados para poder llevar a prisión a John Law por deudas.

Esta vez fue el mensajero quien sonrió, y repuso:

—John Law... Porque sois John Law, ¿verdad?, quien ayer por la noche confesó a monsieur Arnauld que salvo la mitad de Lauriston Castle no dispone de patrimonio alguno.

—Oh, ¿fui yo? —bromeó John. El mensajero asintió—. ¿Y estáis seguro de que estaba allí ayer por la noche, cuando dije tal cosa?

Los soldados cruzaban miradas; parecían irritados. ¿Seguía borracho ese John Law?

—Sois impagables —rió John.

El mensajero se mantuvo cortés, pero terco.

—Impagados, señor Law, no impagables.

—Muy bien, tal como valoro la situación, vuestro señor está dispuesto a arrojarme a la torre de los morosos si no pago mi deuda ahora mismo.

—Así es —respondió impertérrito el mensajero—. Antoine Arnauld tiene la intención de abandonar enseguida Edimburgo. Por eso insiste en resolver el asunto hoy mismo.

—Yo pagaré —dijo una voz de mujer al fondo. Jean Law salió de la casa y fue hacia el mensajero—. ¿A cuánto asciende la suma?

John se inclinó hacia su madre y le susurró al oído. Ella palideció y, de pronto, pareció haber envejecido años.

El notario Roxburghe estaba atrincherado tras un montón de libros, periódicos y documentos. En el suelo, las apiladas montañas de papel llegaban al alféizar de la ventana.

—Cada vez más papel —refunfuñó con voz ronca—. ¿Cómo va a dominar el ser humano esta marea? Cada vez más periódicos. ¿Quién va a leer todo esto? Y todos esos libros...

Roxburghe había envejecido mucho en el transcurso de los últimos diez años. Estaba calvo y con las mejillas caídas, todo él no era sino piel y huesos. Y oía mal.

Había que gritar si se quería conversar con él. Ni siquiera oía las ventosidades que escapaban de sus intestinos, expeliendo un olor putrefacto. Roxburghe había perdido el olfato. Estaba atrincherado tras su escritorio y quería vivir. Entregó un documento a John Law, que firmó y lo pasó a su madre. Ella firmó y lo devolvió a Roxburghe. Siguieron otros documentos.

—Vuestro padre William Law necesitó una vida entera para poder permitirse una finca como Lauriston Castle —espetó el notario con voz ronca—, y vos habéis perdido vuestra parte en una sola noche. En una mesa de juego.

—Sí, sir. He perdido contra un jugador profesional que maneja los naipes ciñéndose a estrictas reglas matemáticas. Durante el juego calcula el riesgo, la probabilidad de lo improbable...

Roxburghe hizo un vehemente gesto de rechazo.

—Necio —le soltó—. Soy lo bastante viejo como para no tener pelos en la lengua, y os digo que sois un necio. ¡Y si ahora aún queréis justificaros y no admitís vuestra necesidad, es que ni siquiera habéis aprendido de ella!

John guardó silencio. Había jugado y bebido. Y perdido. Así era. Miró a Antoine Arnauld, que se guardaba la carta de pago.

—Desde ahora —dijo el notario, y se interrumpió para carraspear a conciencia—, desde ahora vuestra madre, Jean Law, es la única propietaria de Lauriston Castle. Ya no participaréis de sus rentas. Podréis seguir utilizando el apelativo «de Lauriston», pero nada más. Con una parte del producto de la venta se compensa vuestra deuda con monsieur Arnauld, el resto lo recibiréis de vuestra madre en forma de carta de pago. —Hizo una breve pausa y lo miró pensativo—. Es más difícil conservar el dinero que ganarlo. Vos habéis gastado mucho dinero en instrucción y no habéis obtenido a cambio ningún título universitario. Sólo burla y escarnio.

Jean Law miró preocupada a John, que escuchaba al notario sin mover una ceja. Le dolía que su hijo hubiera fracasado. Le dolía más que la indignación por el dinero perdido.

Antoine Arnauld se inclinó brevemente hacia ella.

—Miradlo así, madame: si vuestro hijo aprende algo de sus errores, habrá merecido la pena. Siempre es mejor pagar el dinero del aprendizaje en los años jóvenes. Se pierde menos, porque se tiene menos.

Luego, sacó un libro de su capa. Se lo tendió a John, que lo sujetó a regañadientes. Se titulaba *La lógica o el arte de pensar*. El francés sonrió.

—No se me ha escapado que disponéis de notables capacidades matemáticas. Pero las aprovecháis muy poco, señor Law. Está en vuestra mano hacer de vuestra derrota una victoria.

Sólo cuando el francés abandonó el despacho del notario, John advirtió quién era el autor de aquella obra: Antoine Arnauld. Se hundió sobre sí mismo, como herido por un rayo.

—No olvidéis el bastón de vuestro padre, John Law. Sigue en París.

—Lo sé —respondió él a media voz—, el de la empuñadura de oro...

—Recordad la inscripción, John. La inscripción. *Non obscura nec ima*: Ni oscuro ni pequeño... Recoged ese bastón, John.

Él miró al notario y luego al libro. Su decisión estaba tomada. Partiría ese mismo día. No a París por aquel maldito bastón, sino a Londres.

Empezaba a oscurecer cuando William abrió a su hermano la puerta del coche en el patio de Lauriston Castle. Se inclinó con gesto teatral.

—Señor John Law de Lauriston, os deseamos un viaje agradable.

John se volvió por última vez hacia su madre. Llevaba la cabeza cubierta por un pañuelo escocés. Una fría brisa soplaba sobre la plaza y arremolinaba el polvo. Él se avergonzó de haberle hecho tanto daño. Se dio cuenta de que a ella le dolía perder a su hijo en la gran metrópoli. Sentía también que, a pesar de todo lo ocurrido, ella deseaba que en Londres hallara al fin la dicha que tan vergonzosamente había echado a perder allí.

Londres estaba a diez días largos de Edimburgo. Cuando los caminos no estaban reblandecidos por la lluvia, el coche avanzaba bien, sobre carreteras llenas de baches que sacudían a los pasajeros durante horas. Una tortura, sobre todo para alguien que la noche antes había ingerido ingentes cantidades de alcohol. John Law iba en el coche con un caballero entrado en años, un tal Beaton. Éste viajaba en compañía de su joven esposa y su hija. Parecía un hombre silencioso, y John se alegró de ello.

Todavía oía las palabras que su madre le había dicho a modo de despedida: «John, hay muchas personas que tienen talento, pero muy pocos pueden sacar provecho de él, porque son demasiado débiles y no tienen disciplina. Dentro de unos años ya no importará a cuántas mujeres hayas vuelto locas y cuántas partidas de cartas hayas ganado. Dentro de unos años sólo importará tu profesión. Pasarás más tiempo con tu profesión que con todas las mujeres juntas. Tu padre amaba su profesión. Vivía para ella. Por eso tuvo éxito y prestigio, y pudo dejar Lauriston Castle a su familia, a la que amaba sobre todas las cosas. Cuídate, John Law de Lauriston. Y cuando tengas dinero, evita la ginebra. Y cuando bebas, no toques el dinero».

Aquellos consejos lo habían conmovido. La ginebra vuelve a la gente sentimental y llorona. Tan sólo ahora empezaba a tener claro lo que había hecho al jugarse casi toda su herencia en una noche. Había alcanzado cierta destreza con los naipes. Pero había sido arrogante, y había picado en el ofrecimiento, en apariencia amistoso, de sus compañeros de partida. Había celebrado con ginebra su pasajera suerte en el juego, y se daba cuenta de ello sin rencor ni rabia. Comprendió que el talento no valía nada sin firmeza y disciplina.

John quería reflexionar acerca de todo esto. Se hizo el dormido para no verse envuelto en charlas intrascendentes, pero la muchacha carraspeaba sin parar, hacía hablar a su abanico y parloteaba alegremente a la menor oportunidad. Pero John no

sentía el menor interés. Tampoco en la madre, que también hacía hablar a su abanico, de manera decente pero inequívoca. Madre e hija empezaban a competir. John cerró los ojos. Se alegraba de dejar Escocia, de dejar Edimburgo y sus locales nocturnos.

Una sonrisa apareció en sus labios al ser consciente de que llevaba consigo todos sus vicios y debilidades, y que debía reunir la firmeza y disciplina necesarias para conseguir que los hechos se correspondieran con sus intenciones.

Los viajeros pernoctaban en sencillos albergues. Cuando todos se iban a la cama, John leía *La lógica o el arte de pensar*, de Antoine Arnauld. El libro trataba sobre la teoría del juego de dados. Con precisión científica, de la mano de los dados se explicaba la teoría de las probabilidades. ¿Por qué con dos dados era más probable sacar un nueve que un diez? La probabilidad de sacar un nueve con dos dados era de uno a nueve. La probabilidad de sacar con dos dados un diez era, en cambio, de uno a doce. Antoine Arnauld se remitía a los eruditos del siglo XVI, como Gerolamo Cardano, Galileo Galilei, el matemático Chevalier de Mère y los Bernoulli. John leyó acerca de las leyes del «gran número», tan importantes para el cálculo de riesgos de los incipientes seguros y loterías del Estado como para los jugadores de naipes y otros juegos de azar. Leyó y leyó, entendiendo la importancia de las palabras y el alcance de las teorías, que absorbía como si se tratara de un buen vino. Los modelos y fórmulas matemáticas le avivaron una pasión que hasta entonces sólo había sentido por la entropía de las mujeres. Admiró a esos eruditos que buscaban nuevas fórmulas para explicar el mundo real y resolver sus problemas. Ellos buscaban soluciones irrefutables y comprobables. Todo el mundo conocía los números, pero sólo unos pocos sabían reunirlos en fórmulas, en algoritmos, que posibilitaran el cálculo de riesgos. Sólo unos pocos sabían utilizar los números para calcular los modelos matemáticos que controlaban el flujo del dinero y las mercancías y decidían sobre la ascensión y caída de las naciones.

Para John, el trayecto a Londres se convirtió en un viaje a un nuevo mundo. Y el hecho de encontrarse tan terriblemente sacudido por ello lo hacía sentirse como el intrépido marino que se enfrenta a las tempestades y pasa semanas en el mar para descubrir nuevos horizontes. Un Colón de las matemáticas, un Cabral de la economía financiera.

En Birmingham terminó el viaje de Beaton y su pequeña familia. En su lugar, subió al coche una dama de unos treinta y cinco años. Se llamaba Mary Astell y escribía para un periódico de Londres, el *Greenwich Hospital News Letter*. Mary tenía la habilidad de envolver a John en algún tema de conversación siempre que éste amenazaba con quedarse dormido. Así se enteró de que el *Greenwich Hospital News Letter* se preciaba de ser el primer periódico de Europa que publicaba cartas de sus lectores y también anuncios en los que mercaderes y comerciantes ofrecían sus productos.

John se mostró impresionado. Pero apenas volvió a cerrar los ojos, ella continuó:

—Londres es la ciudad de los *beaus*, los galanes. Van y vienen, y nos

preguntamos de dónde sacan el dinero. —La mujer lo miró. Mary Astell era atractiva. Su carácter vivaracho y descarado la hacía aún deseable, pero hablaba como un torrente casi sin mover los labios.

Aquello, que parecía tan distinguido, se debía tan sólo a que los londinenses vivían en terrenos pantanosos plagados de mosquitos, pensó John. Si abrieran de verdad la boca, se les llenaría de moscas.

—El galán es un modelo de vanidad, hecho de ignorancia, orgullo, necesidad y libertinaje: un tipo estúpido e irritante, compuesto de tres cuartas partes de efectismo y una cuarta parte de pretenciosidad. Una especie de tienda de tejidos ambulante, que hoy expone una tela y mañana otra, y cuyo valor se mide únicamente por el precio de sus trajes y la destreza de su sastre. Un vástago de la nobleza que ha heredado los vicios de sus antepasados y, con toda probabilidad, no dejará a la posteridad otra cosa que vileza y enfermedades.

Mary Astell frunció los labios con aire de suficiencia y se fijó en la voluminosa y rizada peluca negra de John Law, que se elevaba a partir de la raya y caía a izquierda y derecha sobre los hombros. El lazo de seda estaba anudado conforme a la moda. Llevaba abierta la chaqueta francesa, un *justaucorps* de tela marrón claro con los más finos adornos de roseta. Los brazos descansaban sobre los muslos, de forma que las anchas solapas abotonadas se veían por entero. Cuando la mirada de Mary se posaba en la espada de John, éste murmuró de pronto:

—¿Y quién es el galán más guapo de Londres?

El rostro de Mary resplandeció. El escocés había picado el anzuelo. No estaba segura de si se había dado cuenta tan siquiera de que sus burlas iban dirigidas particularmente contra él.

—Edward *Beau* Wilson —respondió—. Se le considera la mayor atracción de los salones de la ciudad. Salió de la nada y nadie sabe de qué vive. Dispone de espléndidos bienes que sólo los ricos nobles poseen: casa, mobiliario, coches y caballos de monta, todo de lo más fino. Posee un tiro de seis caballos y mantiene más criados que algunos parientes de nuestro rey. Todos los banqueros de la ciudad le prestan dinero. Dicen que su tren de vida le cuesta seis mil libras al año. Imaginaos. Ni siquiera Betty Villiers, la favorita de Guillermo III, recibe tanto dinero por sus servicios. Así que, ¿de dónde saca su dinero *Beau* Wilson?

John, que no podía seguir aparentando cansancio, abrió un ojo:

—¿Juega a las cartas?

—¡Sí! —soltó Mary Astell, encantada de que él fuera aceptando poco a poco la conversación—. Juega a las cartas, pero siempre pierde.

John abrió el segundo ojo y se despejó por completo.

—También a mí me gusta jugar a las cartas. Os quedaría muy reconocido si pudierais presentarme al señor Edward Wilson. Porque yo gano... la mayoría de las veces.

Ella rió.

—¿Es que no pensáis presentaros, sir?

—¿Es que no lo había hecho ya, madame? Permitidme: John Law de Lauriston.

—*Beau Law* —sonrió ella—, Jessamy también sería adecuado, pero ¿cómo habría de presentaros a Edward *Beau* Wilson? ¿Quién sois vos?

—Jessamy. ¿No acabáis de decirlo?

Mary hizo un mohín y sacó, divertida, su abanico:

—Ahora estoy expectante, Jessamy...

—Mi gran pasión son los naipes. Y no es ninguna inmodestia si os digo que soy el mejor jugador de Edimburgo.

—¿No es inmodestia?

—No; es un hecho. Pero sólo cuando estoy sobrio.

Ella le envió divertida mensajes con el abanico. A él le dio la impresión de que también los abanicos hablaban con otro acento en Londres. Entretanto, la forma en que ella apenas movía los labios al hablar ya no le parecía arrogante y hostil al placer, sino erótica. Sí, John Law había superado su resaca de Edimburgo, y estaba listo para nuevas aventuras.

Más o menos a la misma hora en que John se aproximaba a Londres, un jinete llegó a Lauriston Castle. Preguntó por John Law y dijo que aún le debía algo. Jean Law se ofreció a cubrir las deudas de su hijo. Pero el desconocido dijo que no era John Law, sino él, el que tenía una deuda que saldar. Jean pareció sorprendida. El desconocido dijo además que sólo podría pagar esa deuda en presencia de John Law. Cuando supo que iba rumbo a Londres en un coche de postas, espoleó su caballo y siguió su camino.

—A ese forastero le faltaba la oreja izquierda —contó luego Jean a su hijo William— y tenía una cicatriz en la cara. ¿Te ha hablado alguna vez de un amigo con sólo una oreja?

William se limitó a sonreír.

Primero le llegó aquel apestoso olor. Un nauseabundo fango de excrementos, putrefacción y hollín. Las últimas millas antes de llegar a Londres, el coche brincó por encima de interminables charcos. Un continuo estanque de fango. La porquería llegaba lanzada hasta el interior del coche. Todo animal que por allí pastaba quedaba recubierto por una capa de negro hollín. Hasta los pájaros eran apenas reconocibles. Pero no fue el hedor lo que sorprendió a John, sino el ruido. Desde muy lejos, un continuo bramar y rugir salía al encuentro de los viajeros desde la ciudad, estruendo que se incrementaba a cada milla, como si detrás de los muros de Londres hubiera estallado una guerra civil.

—¿Qué ocurre? —preguntó John, olvidándose de los labios de Mary Astell.

—Es Londres, Jessamy. Londres —respondió ella, arreglándose el vestido.

Las multitudes se apretujaban inquietas y chillonas en las entrañas de la ciudad, atascaban las calles y callejones y gritaban al tiempo que piafaban, mugían, maullaban, ladraban, gruñían, cacareaban y balaban los caballos, vacas, gatos, perros, cerdos, pollos y ovejas que había por todas partes moviéndose en todas direcciones. Los niños se rebelaban con chillidos y patadas. En dirección a Smithfield, un gigantesco rebaño era conducido a los mercados al aire libre. En medio de los animales, docenas, centenares de coches y carretas trataban de entrar en la atascada ciudad. El chapoteo de las aguas de más de quince canales resonaba como una ola en los callejones cercanos al río. Las casas de madera enyesada que se sucedían a lo largo de las principales vías de tráfico parecían bocinas que amplificaban el fragor de las calles, en las que cada cual ofrecía algo distinto: judías verdes, medio cerdo, bebedizos mágicos, amuletos, pescado, el fin inminente del mundo, ginebra, un caballo cojo, sexo, un recorrido por el río, un alojamiento para la noche. Los habitantes de Londres parecían gritárselo todo, y más de uno parecía haber perdido la razón por ello.

—¡Esto es Londres! —exclamó Mary.

El coche se había detenido abruptamente. El cochero maldecía y hacía silbar el látigo. La gente rugía, amenazaba, gritaba, las manos de los niños se aferraban a la portezuela, trataban de abrirla, mendigaban dinero, ayuda contra los fantasmas que los londinenses creían oír siempre y en todas partes. Los niños de la calle golpeaban vasijas y jarras de agua para que no los ignorasen como los habían ignorado Dios, la Virgen María y toda la cohorte celestial.

—¡Bienvenido a Londres, Jessamy! —añadió, y dio a entender al cochero, con un par de golpes de bastón en el techo, que debía detenerse.

—¡He preguntado dónde puedo dormir aquí! —gritó John.

—Preguntad por Bugs —repuso Mary Astell mientras bajaba del coche—, y a mí me encontraréis en el Club de la Prensa...

Siguiendo el consejo de su compañera de viaje, John se alojó en el suburbio de St. Giles, que había sido casi completamente destruido por el Gran Incendio de 1666 y estaba habitado por extranjeros, artistas y galanes. St. Giles se encontraba en lo alto de una pintoresca colina que dominaba el centro de la ciudad. La mayoría de las nuevas casas habían sido construidas en piedra. Las calles eran más anchas que las de la City, una lección del Gran Incendio. Desde St. Giles, a los impetuosos jugadores de azar, a los dandis notorios y a los petimetres (que necesitaban toda una tarde para prepararse para la noche) les resultaba fácil llegar a los salones, que abrían antes del anochecer. Había muchos salones, y cada uno de ellos se medía por el número de celebridades que lo honraban con su presencia. Y las invitaciones de los salones decidían la supervivencia social de los jóvenes caballeros con aspiraciones.

John Law empezó su carrera londinense en los salones de los actores y actrices. Para un hombre joven y guapo, era un juego de niños abrirse paso en esos círculos, especialmente cuando se disponía de unos modales tan galantes como los suyos. Se presentaba como científico, como un matemático que trabajaba en la teoría de las probabilidades y estaba escribiendo un libro sobre el tema, con lo que también indicaba que no tenía necesidad de desempeñar un trabajo remunerado. Por las noches acudía a los teatros de la ciudad, con preferencia al Drury Lane Theatre. No por las obras que se representaban, sino porque allí actuaban las actrices más atractivas. Era importante mostrarse, ser visto y volver luego a los salones.

Cuando un mal viento no hacía llegar a St. Giles todos los humores, emanaciones y olores de Londres, las tardes eran agradables para dar largos paseos. John prefería el parque de St. James, Vauxhall Garden y, naturalmente, el gran mercado de flores de Covent Garden. Allí había una bellísima iglesia. Él amaba esa iglesia, o más bien lo que ocurría detrás de ella. A la sombra de las torres se apretujaban damas veladas, arrogantes y caprichosas, pero todas casadas y procedentes de las casas nobles de los alrededores. Hablaban en voz baja, coqueteaban y apenas podían esperar para quitarse la ropa y entregarse al amor. El lento procedimiento de la toma de contacto y la fijación de citas, ese casi insoportable retraso del primer encuentro, no parecía sino aumentar su deseo.

John también acudía a menudo a los famosos cafés. En el distinguido New Exchange se podía comprar todo lo que alguna vez hubiera fabricado la mano del hombre. Ninguna ciudad del mundo podía en ese sentido medirse con Londres, ni siquiera París.

A mediodía, John iba a una de las innumerables tabernas de Londres. En Half Moon, por ejemplo, había buenas posibilidades de encontrar a una dama adinerada sentada sola a una mesa. Con el abanico, daba rápida y discretamente a entender si el asiento que tenía delante estaba libre o no. Cuando el guapo John Law entraba en Half Moon, los abanicos empezaban a llamarlo por todas partes, desde una invitación

discreta y encantadora hasta una dominante e incluso vulgar. Quien comía en Half Moon tenía que tener dinero, porque comer en ese local costaba más que un viaje en coche de Edimburgo a Londres.

John no siempre comía en compañía de una dama. A menudo lo hacía solo. Sabía por su padre que todo metal era precioso en la medida de su escasez.

De vez en cuando pasaba la tarde leyendo en casa o acudía a otros cafés, el Will's, en Covent Garden; The Royal, detrás de Charing Cross, The British, en Cockpur Street; o Slaughter's Coffee House, en St. Martin's Lane. Este último era el local donde hacía vida un francés llamado Moivre. En 1688 había huido de París a causa de sus creencias religiosas. La mayoría de las veces se sentaba en el rincón más apartado del local, allá donde ni un rayo de sol pudiera molestarlo para leer y escribir. Moivre no era ningún *beau*, ningún petimetre ni jugador. No se interesaba ni por la ropa elegante ni por las bellas mujeres. Los pechos femeninos le interesaban, como mucho, en tanto que formas geométricas. Aunque llevaba seis años viviendo en Londres, apenas conocía la ciudad. En sentido estricto, Moivre no vivía en Londres, sino en el Slaughter's. Quien quería visitarlo tenía que acudir a aquel café. Isaac Newton era uno de sus amigos. Sin embargo, al contrario que Moivre, Newton era un hombre abierto, que se relacionaba con naturalidad. Moivre sólo trataba con cifras y toda clase de teorías: económicas, de juegos, de seguros... Era el mejor ejemplo de que el mayor talento carecía de valor si era el único talento.

Cuando John Law visitó el Slaughter's por primera vez, llamó su atención el descuidado aspecto de monsieur Moivre. Lo que le inspiró curiosidad fueron los numerosos libros que había sobre su mesa. Moivre estaba sentado delante de un montón de papel, y escribía y escribía. Una y otra vez, levantaba la cabeza vivamente sin ver a nadie, y seguía escribiendo. John se sentó simplemente junto a él y guardó silencio. Sabía que es posible llegar a cualquier persona si te adaptas a ella. Así que, sentado a la mesa de Moivre, pidió un té y disfrutó del silencio.

—¿Podrías definir el riesgo como expectativa de pérdida? —preguntó de repente Moivre, sin dejar de escribir. Al parecer, tomaba a John por un estudiante.

—El riesgo de perder una suma es el reverso de la expectativa de ganar, y su verdadera medida es el producto de la suma arriesgada por la probabilidad de la pérdida.

Moivre ni siquiera levantó la cabeza.

—¿A cuánto asciende, si tenemos doce agujas defectuosas en una producción de cien mil unidades, la probabilidad de que en la producción total la cuota media de unidades defectuosas sea del 0,01?

—Señor —respondió cortésmente John—, ésa es la fórmula de la probabilidad *a posteriori* del principio de Bayer. Pero no tengo intención de parecer un virtuoso de la memoria de un mercadillo.

Moivre seguía sin levantar la vista.

—¿Qué queréis, entonces? ¿Un empleo en una compañía de seguros? Price Water

busca matemáticos que sepan fabricar una tabla de mortalidad de la población de Londres y derivar de ella las primas de seguros de vida y rentas vitalicias.

Esta vez, dejó la pluma y miró a los ojos a John. El francés apestaba a pescado y ajo. Su rostro estaba pálido y sin rasurar, los cabellos se le apelmazaban con desaliño. Moivre apenas tenía treinta años, pero parecía haber pasado los últimos diez en el fondo de una mina, con una inagotable provisión de ginebra.

—¿Os envía Thomas Neale? —preguntó, al ver que John no respondía.

El escocés hizo un mohín. No conocía a ningún Thomas Neale, pero le intrigaba ver adónde quería ir a parar el francés:

—Quizá...

—Bien —repuso Moivre, ceñudo—, así que os ha enviado Thomas Neale. Decidle que en Venecia ya hay una lotería del Estado. Y otra en Holanda. Y ahora él también quiere organizar una. Que lo haga. Pero yo no me dedico a la teoría de las loterías estatales. Para eso que busque algún estudiante.

—Comparto vuestra opinión. Pero por favor, reveladme una cosa: ¿quién es Thomas Neale?

John sonrió de oreja a oreja.

Moivre quiso sonreír, pero parecía haber olvidado cómo se hacía.

—¿No conocéis a Thomas Neale? —masculló—. ¿Al monedero del rey? Si queréis abrir un salón donde se juegue por dinero, necesitáis su autorización. —Volvió a mirar a John, y preguntó a bocajarro—: Si lanzáis dos dados setenta y siete veces, ¿qué suma saldrá más a menudo, cuál es su probabilidad y a cuánto asciende la probabilidad relativa?

—El siete será el número más frecuente, la probabilidad es de 6,36 y la probabilidad relativa de 1,17 —respondió con paciencia John.

—Sois jugador, jugador profesional —constató Moivre decepcionado, sin molestarse en ocultar su desprecio.

—No, sir, me dedico a los sistemas teóricos de la economía, que podrían contribuir a sanear las podridas finanzas del Estado y ayudar al país a alcanzar un nuevo esplendor económico.

Moivre empujó sus papeles hacia el centro de la mesa. De pronto, John Law parecía interesarle.

—La guerra lo ha devorado todo. Los reyes de Europa deben poner fin a sus guerras. La guerra no crea valor añadido. La guerra devora nuestro dinero. Ya no tenemos metales para fundir monedas. Cada vez hay menos dinero en circulación, y al mismo tiempo necesitamos cada vez más, porque las mercancías se encarecen. ¿Y cuál es vuestra consideración al respecto, sir?

—La fundación de un banco inmobiliario.

Esta vez fue Moivre el que sonrió de oreja a oreja.

—¿Sois escocés?

—John Law de Lauriston.

—Mi nombre es Moivre. Vuestro compatriota William Paterson está precisamente a punto de fundar un banco inglés. Pero ¿queréis fundar un banco inmobiliario?

—Sí. Vos tenéis una finca. Esa finca tiene un valor. Por ese valor, recibís del banco un documento que confirma ese valor. Ese documento es dinero de papel. Papel moneda. Con ese papel moneda podéis comprar mercancías y servicios.

—Y el banco se convierte temporalmente en propietario de la finca.

—Exactamente. Siempre tiene un contravalor real. La moneda vale tanto como el metal que la forma, y el papel moneda valdría tanto como la finca depositada a cambio. Con eso, convertís de la noche a la mañana todo el suelo de Inglaterra en efectivo líquido.

—¿Sabéis cuántas fincas han sido ya arruinadas por la guerra?

—Me habéis preguntado a qué cuestiones me dedico.

Moivre asintió, pensativo.

—Guillermo III necesita dinero fresco. Pero nadie quiere prestar nada al rey, porque hasta ahora sus predecesores no han devuelto sus créditos. El problema, señor Law, es la confianza. Si Dios estuviera detrás de vuestro banco inmobiliario, tal vez funcionara. Pero os digo honestamente que ya ni siquiera confío en Dios. La probabilidad de que exista asciende a menos del uno por ciento. Pero eso os lo contaré en otra ocasión. Hoy tengo mucho trabajo.

Moivre volvió a empuñar la pluma y con su extremo superior se rascó, nervioso, los labios.

—¿Sabéis, señor Law?, en Londres hay decenas de miles de ideas, modelos y teorías originales. Pero sólo las menos sobrevivirán en los próximos meses. Y habrá nuevas ideas, modelos y teorías, y dentro de cien años quizá un puñado habrá sobrevivido. Porque habrán demostrado su eficacia. Sir, para vuestro modelo no sólo necesitáis un pedazo de papel y una curva matemática, no, para vuestro modelo necesitáis un pueblo entero y un rey que os permita hacer un experimento con su pueblo. Y si lográis inventar ese dinero rápido, un día seréis el hombre más rico del mundo. —Sonrió—: Habría que inventar una palabra nueva para eso: millonario.

La conversación con Moivre dejó pensativo a John, y así, pasó los siguientes días leyendo y cavilando en su casa de St. Giles. Puede que hubiera visto las cosas con demasiada sencillez. Necesitaba acceso a mejores círculos, que le permitieran exponer sus teorías al más alto nivel. Pero los recursos económicos de que disponía ya empezaban a escasear. Así que necesitaba urgentemente una nueva fuente de ingresos. O una amante que lo mantuviera. Al menos una.

El salón de lord Branbury pronto se convirtió en el favorito de John. Lord Branbury era un hombre amable y callado, que simplemente disfrutaba teniendo invitados. Siempre se mantenía en un discreto segundo plano, hacía que los atendieran generosamente y gozaba con las atractivas damas que le honraban y los *beaus* que se

sentaban a las mesas de juego y jugaban al faraón.

Al faraón se jugaba con un bloque de doscientas cincuenta cartas. Había diamantes rojos, corazones rojos, picas negras y tréboles negros. La carta más baja era el dos, la más alta el as. La mesa de juegos consistía en un tapete en el que estaban representadas mediante bordados todas las cartas. Los jugadores apostaban sumas de dinero a los naipes bordados, y el que tenía la banca sacaba una carta de uno de dos montones. Había distintas posibilidades de ganar, según se apostara a color, par o impar, del as al seis o del siete al trece. Al avanzar el juego las apuestas se hacían más sencillas, porque la banca tenía cada vez menos cartas y la probabilidad de acertar crecía. El que quería ganar tenía que tener una magnífica memoria y dominar el arte de hacer cálculos de probabilidad a la velocidad del rayo. Era el juego de John Law. Formaba parte de los usos de la casa el cambiar dinero por fichas en el vestíbulo. Las fichas estaban hechas de cuerno y representaban dioses o animales de la mitología griega y romana. Eran copias de aquellas piezas de cobre de la era precristiana, cuando las monedas aún no eran pequeñas y redondas y correspondían al valor de una res, por lo que los romanos empleaban inicialmente la misma palabra para «res» y «patrimonio»: *pecunia*. Más adelante, *pecunia* pasó a significar sólo dinero. Naturalmente, en el salón de lord Branbury también se podía jugar con dinero auténtico, pero, como estaban presentes jugadores de distintas naciones, las fichas ahorraban a la banca calcular el valor de las divisas. Esa tarea se dejaba al propietario del salón, que evaluaba las monedas extranjeras y daba a cambio fichas que podían volver a cambiarse al final de la velada.

—Si el rey Guillermo emitiera fichas de papel, podría lisa y llanamente duplicar la cantidad de dinero en circulación —bromeó John mientras cambiaba libras en el vestíbulo.

Lord Branbury, que solía acompañar al salón a cada uno de sus invitados, miró sorprendido a John. Le gustaba aquel escocés. No sólo tenía dinero, sino también maneras, era extremadamente popular entre las damas y fascinaba a sus compañeros de mesa.

—Me temo —repuso— que nadie cambiaría monedas de metal por papel.

—¿Ni aunque el rey en persona firmara esos papeles y garantizara su devolución en monedas de metal? —preguntó John en tono coloquial.

—Ni siquiera en ese caso, señor Law. Nuestros reyes tienen fama de no pagar sus deudas. Puede que ganen alguna batalla dentro de veinticinco años, pero han perdido nuestra confianza para los próximos cien.

John tomó nota de tal sinceridad con una inclinación benevolente, y susurró:

—Vos gozáis, con razón, de más confianza que el rey Guillermo. Cambiaría en vuestra casa toda mi fortuna.

Lord Branbury dio a su vez las gracias con una gentil reverencia.

—Betty Villiers se encuentra esta tarde entre mis invitados —susurró, tan bajo que casi pareció conspirativo—. Está... bueno... muy próxima al rey. Así que si

tenéis alguna propuesta interesante para su majestad...

De hecho, Betty Villiers era una mujer fascinante y atractiva. Cuando John llevaba la banca, a ella le gustaba sentarse a su derecha. Podía estar al final de la treintena, pero disponía de todos los atributos que pudiera desear un rey que empezaba a envejecer. Y nunca utilizaba el abanico.

Tampoco Catherine Knollys empleaba el abanico. Mediaba la veintena, y en la mitad izquierda de su pálido rostro tenía una marca de nacimiento, roja como el fuego y grande como la palma de una mano. Lord Branbury la había presentado como su hermana. Decían que estaba casada con lord George de St. Andrews, pero éste había huido a París después de haber caído en desgracia ante el rey por papista y haber pasado varios meses en la prisión de Newgate. Así que simplemente había dejado a su mujer atrás. Sin despedirse, según decían. Los viajeros contaban que lord George vivía ahora en París y se había unido a un grupo de personas próximas a Jacobo II, el antiguo rey católico de Inglaterra. Otras fuentes afirmaban que su marido era un traidor y un espía que planeaba en el exilio francés el derrocamiento de Guillermo III. También en la política había numerosas teorías. Y allá donde faltaban conocimientos, prosperaban los rumores.

Lady Knollys era una mujer que llamaba la atención por su silencio. Incluso cuando ella estaba en la penumbra, lejos de las mesas de juego, John Law sentía sus miradas, su proximidad. Le resultó familiar de golpe. A veces, cuando repartía las cartas y charlaba como los huéspedes esperaban de él, sentía el calor de su mirada. Y cuando alzaba lentamente la cabeza y buscaba a la joven en la penumbra, creía oírla hablar. Su sola presencia le hacía feliz.

Uno de los huéspedes más llamativos del salón de lord Branbury era un hombre bajito, rechoncho, picado de viruelas, que con su nerviosa y vivaracha manera de ser atraía todas las miradas. Era, sin duda, un jugador compulsivo. Pero la suerte le era menos que propicia. Perdía y perdía y nunca acababa de perder. Cuando ya no tenía fichas, un criado le entregaba un pagaré, que firmaba a toda prisa para poder seguir jugando. Su nombre era Neale, Thomas Neale, el monedero del rey, que llevaba años intentando organizar una lotería en Londres. Pero Neale no sólo era el monedero del rey, sino también gentilhomme de cámara. Era un funcionario real y a él le correspondía otorgar las licencias para el juego de azar en los salones. Entre sus obligaciones también estaba la supervisión de dados y naipes. Tenía que arbitrar en las disputas de juego. Sin sus exitosas especulaciones inmobiliarias, que sólo podía llevar a cabo en su calidad de protegido del rey, haría mucho que se habría arruinado y vegetaría en una barraca en el puerto de Londres.

Neale derrochaba las fichas a manos llenas como si fueran los objetos más inútiles del mundo. Su rostro era una enciclopedia de las expresiones humanas. A veces apretaba los labios de tal modo que parecía un mico, luego reía incontinentemente y se estremecía asustado, porque se avergonzaba, y al instante siguiente abría mucho los ojos, abría levemente la boca y miraba incrédulo las cartas

que John Law acababa de repartir. Neale había apostado a la carta equivocada. John había visto muchos jugadores, pero nunca tan empedernidos como él. Ninguna ley del mundo habría impedido jugar al monedero del rey.

Un caballero sentado a la mesa de John se colocó la peluca de rizos dorados, tiró de su chal de seda azul, escogió la siguiente página de un manuscrito, carraspeó y alzó la voz:

—Porque toda suerte o desdicha de la vida humana se fundamenta en que estés presente o no. ¿Qué no harán los hombres para alcanzarte? ¡Qué peligros no arrostrarán, qué canalladas no cometerán por ti! Por ti los reyes se convierten en tiranos, se somete a los súbditos, se destruyen los pueblos, se asesina a los padres, se repudia a los hijos, se traiciona a los amigos. Por ti la doncella se deja deshonar, el hombre de honor degenera, el sabio se convierte en loco, el honesto en truhán, el amigo en traidor, el hermano en extraño. Los cristianos se vuelven paganos y los hombres, demonios. Eres el gran timonel que determina el rumbo del mundo, el gran eje en torno al que gira el planeta.

John estaba sentado con Mary Astell a una de las mesas del Club de Prensa de Londres, y escuchaba las palabras de ese hombre exótico y extasiado que, ante la diversión de los asistentes, se dejaba arrastrar a nuevas parrafadas.

—¿De qué está hablando ese hombre? —preguntó.

—De dinero, sir. Siempre habla de dinero; del dinero que tenía; del dinero que no tiene y del dinero que querría tener y jamás tendrá. Es Daniel Foe. Recientemente se hace llamar *De Foe* (una licencia artística), y como autor pretende llamarse ahora «Daniel Defoe». Dice que su nombre tendría que convertirse en una marca, como Bushmills, el *whisky* irlandés en que ha ahogado su entendimiento.

—¿Es escritor?

—Compró un barco mercante, al que bautizó como *Desire*. Por desgracia, una semana después de zarpar, el *Desire* se hundió. Aunque endeudado, fundó la primera compañía de seguros navales de Londres. Del modo más necio, fue a asegurar precisamente la flota inglesa, que resultó aniquilada en la guerra contra Francia pocas semanas después. Luego firmó con la ciudad un contrato de arrendamiento sobre la zona pantanosa del Támesis a la altura de Tilbury, porque suponía que un día la administración municipal construiría allí una nueva fortaleza. Pagó un seis por ciento por el crédito y sólo obtuvo un cinco por ciento de renta.

—¿Queréis decir que las matemáticas no son su fuerte, y que por tanto ha de ser un auténtico escritor?

Mary Astell rió, mostrando sus bellos dientes. John la contempló arrebatado y pensó en lo ocurrido pocas semanas antes, en el coche que los llevó a Londres.

—Sí, es un escritor que quiso hacerse rico como empresario y fracasó. Ahora ha hecho de su fracaso una ideología y fustiga a la sociedad y el Estado. Cae bien a la

gente.

De pronto, se alzó un sonoro griterío. Un grupo de soldados entró al asalto en la sala. La mayoría de los presentes se pusieron en pie de golpe y trataron de huir. Pero los soldados solamente tenían un objetivo: el hombre que se hacía llamar Defoe. Sujetaron al escritor y le hablaron de forma enérgica. Sin embargo, a causa del ruido general, John no logró entender sus palabras.

Mary se inclinó hacia él.

—Al parecer, la casa real ha rechazado su petición de gracia.

Defoe fue arrastrado fuera de la sala. Mary se incorporó y pidió a John que la siguiera:

—A veces el teatro londinense da representaciones vespertinas. Podéis acompañarme.

Juntos abandonaron el edificio y siguieron a la excitada multitud que iba a la estela de Defoe y los soldados por las callejas.

—¿De qué lo acusan? —preguntó John.

Ella rió divertida.

—No por deudas, desde luego. Defoe siempre tiene deudas. Da igual lo que emprenda, termina en desastre financiero. Ahora prueba suerte como autor de panfletos anónimos y predica la represión brutal del partido de los disidentes. Por eso fue acusado por los *tories*. Lo curioso de la situación es que el chaquetero de Daniel Defoe es él mismo un disidente. Predica de forma anónima la represión de su propio partido para echar la culpa al otro. Ése es Daniel Defoe, en carne y hueso.

Cuando llegaron a la gran plaza que había detrás del Club de Prensa, los soldados subieron a Daniel Defoe a la picota, donde el verdugo de Londres esperaba ya con el cepo listo. Con mano experta, el verdugo lo aferró por la nuca y lo apretó contra el travesaño, justo en el hueco previsto para el cuello. Dos soldados colocaron las manos del escritor en los extremos del travesaño. Para terminar, la otra mitad del artefacto fue colocada sobre la nuca de Defoe y atornillada. Daniel Defoe bramó. Gritó. Imploró. Gimoteó. Luego, volvió a lanzar salvajes imprecaciones. Entretanto, en la plaza se había concentrado una gran cantidad de gente. Todos rodeaban el entarimado sobre el que se alzaba el cepo. Era un cepo de pie. Es decir, el delincuente no estaba arrodillado como en otras ciudades. Así, todo el mundo podía verlo. Al fin y al cabo, Londres era una ciudad con más de setecientos mil habitantes.

Y al pueblo se le daba una ocasión de divertirse. Primero, una coliflor podrida alcanzó al escritor en mitad del rostro. La multitud jaleó, mientras el verdugo, siguiendo la letra de la ley, quemaba en público el panfleto anónimo de Daniel Defoe. Éste cerró los ojos. Esa humillación pública, no lejos de su casa, que hacía poco había sido objeto de subasta judicial forzosa, le partía el corazón. Apenas aventadas las pavesas del panfleto, el verdugo y los soldados abandonaron el cepo y abrieron un pasillo entre la multitud que jaleaba. La gente dejó de contenerse. Todo lo que no estaba clavado al suelo fue arrojado a la cabeza del autor del vil panfleto: desechos de

cocina, pellas de barro, ratones y ratas muertas, algunos incluso envolvían excrementos en trapos y se los lanzaban a la cara. Defoe trataba en vano de evitar los proyectiles. Al hacerlo, tensaba y tironeaba de la musculatura del cuello. La postura, con los brazos extendidos y la cerviz doblada, causaba infernales dolores, Defoe bramaba pidiendo ayuda. Nadie tenía compasión. En Londres no se conocía la compasión, porque tampoco el destino tenía piedad con Londres. Los londinenses habían sufrido la peste, los incendios y la guerra. ¿Acaso Dios se había apiadado de ellos alguna vez?

En un extremo de la plaza surgió un nuevo tumulto. Un grupo de gente trataba de abrirse paso hasta el cepo por la fuerza. Eran jóvenes trabajadores portuarios, a los que Daniel Defoe había comprometido a acudir en su ayuda si la Corona no respondía a su petición de clemencia. Los tipos agitaban garrotes y palos. Amenazantes, se instalaron en torno al entarimado y miraron con fiera decisión alrededor. Los mirones comprendieron que la broma había terminado y se retiraron. Entonces se acercaron los perros vagabundos. No temieron ninguna patada con tal de conquistar un sitio bajo la tarima. Allí había sombra y más desperdicios que en el banquete de un príncipe.

—¿Cuánto tiempo debe quedarse ahí? —preguntó John.

—Hasta el anochecer. ¿Vais a hacerme esperar tanto? —bromeó Mary Astell, mientras un caballero entrado en años, vestido a la francesa, subía al cepo y leía con énfasis uno de los panfletos de Defoe:

—«Te saludo, monstruo, que me has castigado aquí y quieres hacerme caer en la más profunda miseria. Detente, monstruo, para que no me vea obligado a robar, a asaltar a mis propios vecinos e incluso a matarlos y devorarlos...».

—¿Dónde puedo encontrar a *Beau Wilson*? —preguntó John.

—En el Green Dog. Allí se celebran subastas todos los días. La semana pasada se subastó la cama de una reina francesa, Pero *Beau Wilson* me sobrepujó. Ama lo que otros codician.

—¿De veras queríais comprar una cama?

—¿Cómo? ¿Acaso me estáis haciendo una proposición indecente?

Thomas Neale, el monedero del rey, había sucumbido prácticamente a todas las tentaciones que la gran ciudad ofrecía a un hombre débil. Cuando notó que John Law no sólo mostraba una tácita comprensión por su forma de vida, sino que parecía admirarla, tomó gustosamente bajo su ala al joven de Edimburgo. Así que cuando Neale no estaba en su despacho, en la Torre de Londres, guiaba a John por los nobles burdeles de la ciudad, en los que uno podía contagiarse de sífilis por poco dinero. Neale le mostró cada salón de juego, cada taberna en la que paraban financieros, comerciantes y hombres de negocios, y le presentó a todas las personas que pudieran tener alguna importancia en la ciudad.

En Londres había más de mil cafés, y cada grupo profesional tenía sus preferencias. Los eruditos miembros de la Royal Society se reunían en el Grecian, en Devereaux Court, los abogados acudían al Nandos, en Fleet Street. A los notorios jugadores de azar se les encontraba en el White, los *beaus* iban al Man's, junto al Támesis. Y siempre se sabía cuándo y dónde encontrar a alguien. Para muchos, el café era un despacho temporal. Allí se podían leer todos los periódicos, gacetillas y hojas volanderas de la ciudad. Si se quería hacer público algo, se imprimía una octavilla y se repartía, con el nuevo *Penny Post*, por todos los cafés de la ciudad. Por un penique, que se daba a la *dame de comptoir*, se podía tomar todo el café que se quisiera, y fumar además en una larga pipa de arcilla.

Una noche, Thomas llevó a John al Green Dog. Allí acudían muchos nuevos ricos que querían equipar sus nuevas casas con mobiliario adecuado a su clase. Era ya entrada la noche, por no decir el alba, y allí estaban todos los galanes y libertinos conocidos de la ciudad, que ya habían terminado su agotador trabajo de ese día y ahora necesitaban unas cuantas tazas de café cargado para despejarse. Mientras tanto, leían las listas de subastas de los próximos días.

Thomas pedía un café tras otro. Quien tomaba café demostraba que no era un hombre de ayer. Para los viejos, el café era una apestosa agua sucia que volvía impotentes a los hombres, para el hombre de mundo, el café, como el té, el chocolate y el tabaco, gozaba del aura de lo nuevo, puesto que procedía de lejanos continentes, descubiertos y explorados por audaces mercaderes. Pero el café también era el único medio para despejarse en alguna medida tras acudir a cervecerías, clubes y tabernas y así poder volver a trabajar por la mañana. El aroma de los granos de café recién molidos, el humo dulzón del tabaco de Virginia, los periódicos recién impresos y los últimos rumores de la corte y de remotas regiones del mundo eran, para los pocos que podían permitírsela, la verdadera vida. Aunque el Green Dog pasaba por ser un local distinguido, a una hora tan tardía era tan desordenado como una tabernucha.

—Venecia ha implantado una lotería. ¿Habéis oído hablar de ella, señor? —gritó Neale para sobreponerse al ruido reinante, a la vez que pasaba a su vecino la pipa de arcilla.

—Cómo no. Holanda también quiere implantar una lotería estatal —respondió Law en voz alta—, pero yo desapruero las loterías por motivos morales. Dan falsas esperanzas a los pobres, y no sirven más que para sacarles del bolsillo los últimos peniques.

—No, no, señor —tronó Neale. Su voz sonaba como la de un trabajador del nordeste de la ciudad, donde los talleres y manufacturas brotaban del suelo como setas—. Con una lotería, el rey podría financiar la guerra contra Francia. Vendemos participaciones públicas por valor de diez libras cada una, un millón de libras en total. El interés asciende a un diez por ciento, la duración a dieciséis años, que es un plazo enorme. Y el Estado responde de la inversión y los intereses. De forma similar a como se ha hecho en Venecia, hacemos que las participaciones tomen parte en un

sorteo anual. Así que esa participación, o empréstito de azar, obligación estatal o como queráis llamar a ese trozo de papel, sería al mismo tiempo un boleto de la suerte. He calculado que cada año podríamos ofrecer un premio de cuarenta mil libras. Pero necesitaría a alguien que pudiera calcular para mí el plan de beneficios.

—Abomino de las loterías estatales —respondió Law, en voz más alta de lo que pretendía, y miró cauteloso alrededor.

Thomas Neale dio un puñetazo en la mesa y pidió otro café.

—¿Precisamente vos, John Law, vais a decirme que odiáis los juegos de azar? ¡Vos mismo sois un jugador!

—Estoy hablando de las loterías estatales, señor Neale. Yo no soy el Estado. Y como ciudadano, no soy un mero jugador de azar. He desarrollado una forma de juego académica. Trato de calcular las probabilidades al jugar. Trato de investigar la ciencia del azar. Ésa es mi aspiración. ¿A cuánto asciende la probabilidad de que determinada carta sea elegida? Intento calcular ese riesgo. Se trata de un negocio serio, señor Neale. Pongo a prueba en la mesa de juego modelos que un día podrían tener importancia para un Estado.

A John le llamó la atención que alguien siguiera su conversación desde una mesa vecina. Era un joven vestido de forma llamativa, que parecía más noble que el rey de Inglaterra y estaba sentado frente a un caballero armado que al parecer era su subordinado.

Cuando ya iban a irse, entró un muchacho que ofrecía la *London Gazette*, recién salida de las prensas. La *London Gazette* aparecía tres veces por semana, con una tirada de siete mil ejemplares, y pasaba por ser un importante formador de opinión. Law y Neale compraron cada uno un ejemplar. Cuando éste vio las monedas que el muchacho dejaba en la mesa para el cambio, estalló. Sostuvo en alto el dinero y rugió, tan fuerte que todas las demás conversaciones enmudecieron:

—¿Quieres colocarnos monedas cortadas, truhán? ¿Crees que estamos demasiado borrachos para notar que estas monedas ya no valen nada?

La *dame de comptoir* acudió corriendo para apaciguar a Neale. Pero éste golpeó las monedas sobre la mesa y señaló el *corpus delicti*. Los lados de las monedas de plata estaban tan raspados que tenían como mucho la mitad del peso originario y, por tanto, también de su valor.

—¿Qué culpa tiene el chico de que las monedas lleven tanto tiempo en circulación? Apuesto a que tienen más de cien años. —La dama volvió a dejar las monedas sobre la mesa y apartó enérgica a los circundantes. Llevaba una noche agotadora a sus espaldas. Pero Neale aún se irritó más, y barrió las monedas de la mesa con un brusco movimiento de la mano. Al hacerlo, clavó con el codo la pipa de arcilla en la garganta de su vecino fumador, que cayó de espaldas de su banqueta. Jadeando, se llevó las manos al cuello como si se ahogara. Pero de repente, de manera del todo sorprendente, volvió a incorporarse y pegó un puñetazo en el rostro a Neale. Éste pareció aturdido por un instante y luego cayó del banco como un saco.

Cuando quiso volver a levantarse, el otro lo golpeó desde detrás. En cosa de breves instantes se armó una brutal trifulca. Tazas y pipas de arcilla volaban por los aires, las sillas reventaban y algunos parroquianos huían. La encargada echó a los camorristas a la calle. Alguien bramó pidiendo ayuda, exigiendo la presencia del *constable*, funcionario responsable de las tareas de policía.

John se quedó todo el tiempo tranquilamente sentado a su mesa. En medio del alboroto, vio que un joven *beau* lo observaba fijamente a pesar del tumulto. John comprendió que pretendía algo de él.

Cuando el *constable* entró en el local con unos alabarderos, la calma volvió inmediatamente. El alguacil reconoció enseguida al monedero del rey y le preguntó qué había ocurrido.

Thomas Neale trató de mantener el equilibrio. La sangre manaba de su nariz. Y cuando se enderezó y sacó el vientre para estirar la espalda, vomitó sobre el entarimado un chorro de *brandy* francés, *whisky* escocés, ron de las Indias Occidentales y todo lo engullido aquella noche. Al vómito le siguió un eructo silencioso.

El joven que había observado a John se levantó, seguido de su acompañante armado. Ambos se dirigieron a la salida. Al pasar junto a John, el *beau* se detuvo y lo miró a los ojos. Bajo su capa de terciopelo, el desconocido llevaba un caro jubón de felpa con botones dorados e hilo de oro. La peluca tenía que haber costado al menos cuarenta chelines. Los guantes olían a crema de almendras. Cada pieza de cuero de su atuendo había sido lustrada con la más fina manteca de jasmín para flexibilizarla.

—¿En qué salón puedo admirar vuestras habilidades, señor? —preguntó sin mover un músculo.

—Mañana por la tarde en casa de lord Branbury —respondió John, igualmente impertérito.

El joven se llamaba Edward Wilson, conocido por *Beau* Wilson. El hombre que no se apartaba de su lado era el capitán Wightman, un individuo nervudo de mirada inquieta. Algunos decían que Wightman acompañaba a *Beau* Wilson para protegerlo, por su fortuna. Otros afirmaban que Wilson tan sólo se hacía acompañar de un guardaespaldas para suscitar esa impresión. Hombres y sus estrategias.

Edward Wilson estaba de excelente humor cuando John repartió las cartas la noche siguiente, en el repleto salón de lord Branbury. John tenía el privilegio de manejar la banca y repartir las cartas. En pocos meses se había convertido en una atracción. Ningún jugador antes que él había sabido calcular de tal modo las probabilidades de las cartas. Nadie en Inglaterra tenía el don de fijar con tal rapidez la apuesta que podía hacerse en esta o aquella mano. Su insólita capacidad había corrido como la pólvora por la ciudad. Cada vez más jugadores se esforzaban por conseguir una invitación al salón de lord Branbury.

Aquella noche, John reconoció a un viejo conocido: el francés Antoine Arnauld. También él había oído sobre John Law, y había venido a medirse nuevamente con él.

Cuando, en las primeras horas de la mañana, la mayoría de los invitados se había ido, Arnauld seguía sentado a la mesa de juego. Y jugaba. También *Beau* Wilson se había quedado. Y Betty Villiers, la supuesta amante del rey. Y al fondo, casi oculta, la misteriosa Catherine Knollys, la hermana de lord Branbury. Después de cada partida, John barajaba las cartas de nuevo. Al hacerlo, levantaba la cabeza y buscaba con los ojos a Catherine. A veces tenía la impresión de que sus ojos le sonreían, de que lo animaba a seguir jugando, a seguir ganando, a poner de rodillas a aquel Arnauld. Parecía una aliada. Pero no reaccionaba a sus señales, a sus sonrisas y miradas. John no entendía cómo un hombre podía marcharse y dejar en Inglaterra a una mujer como Catherine Knollys. Estaba seguro de que ella hubiera seguido a su marido a cualquier parte. De que lo habría dado todo por él. Por eso, la conducta de su esposo tenía que dolerle muy especialmente. John habría preferido cambiar de religión antes que dejar en la estacada a una mujer como aquélla.

A primeras horas de la mañana, John le había ganado grandes sumas a Arnauld, pero el francés no se rendía. Reconquistaba ficha a ficha. Cuando las apuestas volvieron a estar equilibradas, John ofreció terminar la partida. Pero Arnauld quería seguir jugando. Era una cuestión de honor concederle ese ruego. Probablemente para distraer a John, el francés trataba de envolverlo con charlas, conversaciones sobre algo que él llamaba «economía nacional». Nadie había oído jamás esa expresión. Arnauld ensayaba parrafadas sobre teorías monetarias, sobre sistemas capaces de subsanar la enorme falta de efectivo. Charlas sobre divisas paralelas y supletorias, sobre los escritos de Petty, Barbon, Hugh Chamberlen, Bernoulli. Bernoulli, una y otra vez. E incluso sobre Dios. ¿Qué valor tiene Dios? ¿Es Dios adquirible? ¿Tiene Dios un valor? ¿Es negociable una idea?

John estaba en condiciones de seguir aquella conversación y hacer al mismo tiempo, con asombrosa rapidez, sus cálculos mentales. Ninguno de los dos lograba una ventaja significativa. La mañana alboreaba. Ambos eran maestros en su especialidad. Por fin, Antoine Arnauld lo intentó con un viejo aliado. Como entonces en Edimburgo, Arnauld pidió ginebra para los dos. Un criado sirvió las bebidas.

Pero John rechazó la suya dando las gracias.

—No se debe cometer dos veces el mismo error, monsieur Arnauld.

Antoine Arnauld bebió unas copas y, al cabo de una hora escasa, pidió una última partida. John accedió. Arnauld pidió que se decuplicaran las apuestas. John se lo concedió también. El francés quería doblegar la suerte y lo apostó todo a una carta. Y perdió. De pronto, las conversaciones enmudecieron y todos miraban a Arnauld. ¿Qué iba a hacer?

El gallo sonrió y se levantó de la silla.

—Mis respetos, señor Law. El dinero que perdisteis en Edimburgo fue una magnífica inversión.

John se inclinó apenas y sonrió a su vez.

—¿Qué hombre puede jactarse de haber obtenido beneficio con una pérdida?

Los presentes no entendían el significado de aquello e intercambiaban miradas interrogantes. Pero la velada los había impresionado.

—Es una lástima que nuestro rey no haya estado presente —sonrió Betty Villiers—; sabe apreciar las capacidades extraordinarias.

John le dio las gracias con una ligera inclinación y sonrió.

—Estoy en todo momento a su disposición.

Risas contenidas. Alguno de los presentes pareció malinterpretar o querer malinterpretar la observación. Arnauld abandonó la sala. A juzgar por su paso, había sido víctima de su propia estrategia. Se había bebido la ginebra que John había rechazado con cortesía. Alguien aplaudió silenciosamente. Era Edward Wilson. Se había acercado a John sin que éste se diera cuenta. Con aire soñador, acarició su bastón y se pasó, frívolo, la lengua por los labios.

—Mis respetos, sir. Estoy extasiado. ¿Es suerte, capacidad, magia o... un simple truco? —Inclinó la cabeza, teatral, como si la idea de que pudiera haber sido un simple truco le destrozara el corazón y lo precipitase en una profunda melancolía.

—Soy matemático, sir, no jugador. Lo que he tenido ocasión de demostrar aquí ha sido la matemática del azar y la probabilidad, con el ejemplo de un juego de naipes.

—Oh —suspiró Wilson, y tocó, perdido en sus pensamientos, la seda de su pañuelo esmeralda. Luego se volvió complacido hacia los presentes—: Estamos impresionados. Agradecemos a lord Branbury habernos presentado en su salón a John Law de Lauriston.

Sin embargo, John tenía claro que Wilson no era lo bastante inteligente como para entender el significado matemático del juego de naipes. Wilson parecía pertenecer a esa *jeunesse dorée* que tenía dinero y modales, pero no suficiente *esprit* como para conversar durante toda una velada. Cuando Wilson estuvo seguro de concitar la atención de los circundantes, se volvió nuevamente hacia John:

—He oído, señor Law, que habéis alquilado una casa en St. Giles. ¿La vivienda de la planta baja aún está libre?

—Cierto, sir...

—Edward *Beau* Wilson. —Resplandecía. Bondadoso y compasivo, abrió los brazos y disfrutó de la admirativa sonrisa de los presentes. Luego miró nuevamente a John—. ¿Puedo preguntaros, sir, si tendríais la bondad de alquilar esa vivienda a mi hermana?

John quedó sorprendido y se sintió incómodo. Su intuición le decía que Wilson era un hombre al que había que tratar con cautela. Instintivamente, su mirada buscó la de Catherine Knollys. Ella pareció asentir. Quizá tan sólo había movido la cabeza.

—Con sumo agrado, señor Wilson —respondió entonces—. Venid mañana a tomar el té conmigo.

Lord Branbury agradeció de nuevo a John su impresionante exhibición y le

aseguró que en su casa siempre podría llevar la banca. Recalcó lo mucho que apreciaba que John rechazase las invitaciones de otros salones y siguiera siéndole fiel. Esa observación debía entenderse más bien como un guiño para que hiciera precisamente eso. Lord Branbury lo acompañó hasta el vestíbulo. Cuando pasaron ante Catherine Knollys, el anfitrión se detuvo para dar ocasión a su huésped de despedirse de ella.

John besó galante la mano tendida. Lord Branbury se alejó con discreción. Law ensalzó la flor roja que Catherine llevaba prendida en su vestido. Era tan misteriosa y atractiva como la dama que la llevaba. Para su sorpresa, ella no respondió ni con su abanico ni con una sonrisa, sino que dijo que esa flor venía del Nuevo Mundo.

—Es la flor roja de la judía escarlata. La compro todos los miércoles a las once en Covent Garden.

—A las once —repitió John, y añadió—: Tengo una memoria especialmente buena para las cifras, madame.

El día siguiente era miércoles. John salió de la casa que a la larga no podría permitirse, y fue hacia el sur. El cochero frenó el tiro de cuatro caballos cuando pasaron por los prados y avenidas que llevaban a la señorial finca. Las calles habían sido nuevamente trazadas después del Gran Incendio de 1666. Al llegar a la altura de Covent Garden, John golpeó dos veces el techo del coche con el puño del bastón. Los caballos se detuvieron. Law indicó al cochero que lo esperase.

Comprobó sus ropas, la forma en que se ajustaba la peluca, e hinchó el pecho. Luego se puso en camino. En Londres circulaba un refrán según el cual se podía ahorrar en comida y bebida, incluso con las damas y en nocturnas diversiones, pero nunca en la ropa.

Quedó sorprendido al ver cuántos rostros conocidos encontraba por el camino, y qué amable se mostraba la gente con él. John veía y era visto. Numerosos coches esperaban a lo largo de la calle a las bellas y ricas damas que visitaban el mercado de flores de Covent Garden. John saludaba con breves pero amables reverencias a izquierda y derecha. Un maravilloso aroma reposaba como una invisible cubierta de flores sobre el mercado. Más atrás, vio la iglesia de St. Martin in the Fields. Caminó a lo largo de las arcadas de color arenisca hasta llegar, por un sendero de grava, a la parte trasera de la iglesia. Instintivamente, miró en la dirección correcta. Bajo una arquería se encontraba Catherine Knollys. Con un abanico cubría una parte de su rostro. En la otra mano llevaba un cesto vacío. John sintió un suave temblor en los miembros. Quiso controlarse, no mostrar nerviosismo. En vano. Ya había sucumbido a Catherine Knollys antes de tocar su mano.

—Me traéis suerte —dijo, y se detuvo resplandeciente ante la joven. La miró, acariciándola con su mirada cálida. Sus ojos parecieron susurrar que la amaba, que la deseaba, que ella se había apoderado de todos sus pensamientos y sentimientos—.

Cuando juego, sois mi aliada. —En realidad, no habría debido decirlo.

—Lo sé —dijo ella, y bajó casi avergonzada la cabeza—. Siempre espero que ganéis, sir. Os observo gustosa cuando jugáis.

—Y yo os observo a vos —susurró él al tocar su mano—, incluso en mis sueños...

Ella sonrió.

—Entonces erais en verdad vos, en mis sueños. A veces tengo la sensación de que...

Se detuvo abruptamente y saludó a una pareja que atravesaba lentamente la plaza hacia el mercado de las flores.

—¿Qué sensación tenéis a veces, madame Knollys?

—No es importante, señor Law. ¿No dijisteis hace poco, en la mesa de juego, que ciertas cosas simplemente suceden?

—Sí —repuso él en voz baja—, ha sucedido algo, y espero que siga sucediendo.

Catherine asintió imperceptiblemente.

—Venid, os mostraré las flores del Nuevo Mundo.

Las botas de montar del desconocido crujieron sobre el suelo del Rainbow. Sobre el entarimado del café de Fleet Street se había esparcido arena, y bajo las sucias mesas se acumulaba en pequeñas dunas. Por todas partes había escupideras. Las lámparas humeaban afeando las paredes. El desconocido se sentó ante una taza de café y reflexionó. Ahora que el chico de los periódicos había repartido los nuevos panfletos y noticieros, en el Rainbow se había hecho el silencio. Los londinenses fumaban con devoción sus pipas de arcilla y absorbían el elixir de la vida, hecho de rumores, escándalos, especulaciones e historias horripilantes. El desconocido se volvió al individuo con delantal de cuero que estaba sentado enfrente de él. Probablemente un comerciante de vinos.

—Estoy buscando a un hombre —dijo el desconocido.

—Ajá —respondió el otro, sin levantar la vista de su periódico—. En Londres hay muchos hombres.

—Tiene poco más de veinte años, alto, algunos lo consideran de buena presencia...

El comerciante de vinos alzó brevemente la vista.

—¿Y a qué dedica su tiempo? Si lo sabéis, tal vez pueda deciros dónde toma café.

—Juega a las cartas.

—Hmmm. Un jugador. Hay juego en todas partes, abajo en el puerto, pero también en los salones finos...

—Es más probable que frecuente los salones distinguidos.

El vinatero volvió a sumirse en su periódico, y murmuró que sólo conocía los salones de oídas.

—No lleva mucho tiempo en la ciudad. Quizá haya dado que hablar. Con historias de mujeres, duelos, trampas en las cartas.

—Preguntad en el Lincoln's Inn Fields, allí se reúnen los jugadores extranjeros...

—Ya he dicho que es muy probable que juegue en los salones refinados.

El comerciante dejó el periódico sobre la mesa y escupió en el suelo, fallando por mucho la escupidera.

—Entonces no puedo ayudaros. Preguntad a otro.

El desconocido se levantó. Era alto y fuerte. Sólo entonces el comerciante lo miró con más atención.

—Por Dios, ¿qué os han hecho en la oreja? —exclamó a sus espaldas.

Pero el desconocido ya se había ido.

El mismo día, Edward *Beau* Wilson se presentó en St. Giles a la hora del té. John Law salió al encuentro del invitado en la escalera exterior. Wilson había traído con él a su hermana. Iba arreglada según los dictámenes de la última moda francesa. Flotaba como un orgulloso cisne sobre el *parquet* de la vivienda que pensaba alquilar a John. A éste no le gustó aquella joven. Era engreída y arrogante. Carecía de espíritu y de encanto. Sí, era simplemente guapa, como casi todas las jóvenes de su edad.

Para desdicha de John, la casa le gustó. ¿O se trataba sólo de una conspiración? ¿Quizá Edward *Beau* Wilson pretendía enredarlo con su hermana? John gimió para sus adentros. ¿Qué iba a hacer? Necesitaba ingresos suplementarios. Sin duda, de momento era la atracción de la ciudad y gozaba en muchos salones del privilegio de asumir el lucrativo papel de la banca. Pero con eso no ganaba lo suficiente para financiar su estilo de vida, cada vez más costoso.

Un buen par de zapatos con hebilla costaba más de un semestre de alquiler. Y si realmente quería presentar un día sus tesis al rey, necesitaría más que un par de zapatos de hebilla nuevos.

Así que la hermana de Wilson se quedó con la casa, pero no con el corazón de John Law. Ya lo había entregado aquella misma mañana.

Shrewsbury era un hombre rechoncho, de unos cincuenta años. Quien había visto una sola vez su rostro de saltones ojos de rana, no lo olvidaba con facilidad. Siempre iba vestido con distinción: calzones negros hasta las rodillas, medias de seda negra y un pañuelo al cuello inmaculadamente blanco. Había estudiado orfebrería, como el padre de John, y luego había empezado a negociar con divisas. En ese momento era un banquero itinerante. Concedía créditos basándose en cálculos de probabilidad. Con el paso de los años había desarrollado un algoritmo propio para la estimación de los riesgos.

Shrewsbury y Law se reunían regularmente en el Chapter, el café de los librerías y

escritores. Allí también podían relacionarse con impresores capaces de actuar como editores. En el Chapter no sólo era posible encontrarse con matemáticos geniales con manuscritos sin publicar, sino también con gente como el intrigante Daniel Defoe, que propagaba la idea de que en el futuro haría fortuna como escritor de encargo. La idea, como todo lo que Defoe propagaba, no provenía de él, sino de los curas pobres que acudían al Chapter y escribían sermones de encargo por dos chelines. El Chapter era el mercado de la palabra escrita, y Shrewsbury amaba el Chapter. Sobre todo el rincón del fondo, con la ventana que daba al patio. Allí se reunía a diario el Club de las Cuartillas Achispadas, y los escritores que pertenecían a él hacían honor a ese nombre.

—Vuestra madre está muy preocupada —empezó Shrewsbury—, cree que no habéis aprendido nada de vuestros errores de Edimburgo. —Dio un par de chupadas a su pipa de arcilla y metió luego el índice en su taza de café, para ver si la ardiente infusión estaba ya en condiciones de ser bebida. Luego miró a John a los ojos, con mirada penetrante.

Éste se encogió de hombros.

—Ya os he dicho que mis actividades son parte de un plan. Yo no vendo productos de madera o cristal, vendo una idea. No construyo una fábrica para producir productos de madera o cristal, sino que establezco una red de relaciones en busca de potenciales compradores de mi idea.

—¿Tenéis contactos que puedan llegar al rey? —preguntó el banquero.

John asintió.

—Y eso cuesta dinero —respondió secamente.

—John —empezó nuevamente Shrewsbury. No parecía convencido—. Hasta ahora siempre hemos hecho buenos negocios juntos, estoy dispuesto a seguir haciéndolos. Pero tengo que indicaros que debéis buscar nuevas fuentes de ingresos.

Con lentos y prolijos movimientos, sacó una carta de su zurrón de cuero, y se la entregó a John. El escrito llevaba el sello de Lauriston Castle. Era de Jean Law, y estaba dirigida a Shrewsbury. Pedía al banquero que le diera cuatrocientas libras a su hijo John, residente en Londres. Shrewsbury puso encima un documento que certificaba que pagaría monedas de metal por valor de cuatrocientas libras, contra presentación y entrega de ese documento.

—Pero no vayáis corriendo al próximo sastre, John. Con vuestros gastos se podría vestir un pueblo entero.

—No tengo nada que añadir a lo que acabo de explicaros, señor Shrewsbury.

El banquero lo miró escéptico.

—Me gusta vuestra idea, John, pero sabéis que este mismo verano va a fundarse un banco inglés.

—Mis ideas van mucho más allá, señor Shrewsbury. Yo voy a vender el futuro.

—¿Bromeáis?

—No. Aún estoy puliendo la idea, pero un día la gente pagará dinero en metálico

por cosas que aún no existen.

—Ésa sería una nueva forma de estafa. —Shrewsbury parecía divertido.

—Nada de eso. El país entero se encontraría de la noche a la mañana con una liquidez nunca vista...

—¿Y creéis que el rey entenderá tal cosa? —lo interrumpió Shrewsbury, dando una placentera chupada a su pipa. Un hombre le palmeó el hombro.

John lo reconoció al instante. Era Daniel Defoe. Se sentó con un manuscrito junto al banquero. Su peluca dorada había perdido todo su brillo.

—Otra vez vos no, Defoe. Sois culpable de que tantos banqueros y orfebres mueran —rió Shrewsbury—. Deberíais llevar a la práctica vuestras ideas exclusivamente en vuestros libros, no en la realidad, no con auténtico dinero.

Defoe sonrió.

—Burlaos. Un genio tiene que saber soportar la burla.

—Pero no todo aquel que soporta la burla es un genio —devolvió la sonrisa John.

—Señor Law, haced el favor de ayudarme a convencer de mi proyecto al señor Shrewsbury y os conseguiré una cita con el ministro de Asuntos Escoceses.

John alzó las cejas con escepticismo.

—Está buscando escoceses para montar un círculo de agentes secretos en Edimburgo —explicó Daniel Defoe. Algunos clientes de las otras mesas se volvieron.

—¿No queréis publicarlo en el periódico? —bromeó Shrewsbury, e hizo una seña al chico de la prensa, que acababa de entrar en el café.

Defoe se volvió hacia John, pero éste no le dejó tomar la palabra.

—Señor Defoe, deberíais escribir un libro sobre vuestras bancarrotas empresariales. Sería entretenido y además prevendría a los humanos en contra de seguir vuestro ejemplo.

—Y los banqueros no tendrían que tirarse al Támesis uno tras otro —rió Shrewsbury, mientras repasaba la primera página del *London Gazette*.

—De acuerdo, caballeros. Pero entonces, concédanme un crédito para escribir tal obra —replicó Defoe. Nada en absoluto parecía capaz de sacarlo de sus casillas mientras estuviera sobrio. Pidió a voz en cuello una taza de café, dio las gracias a Shrewsbury por su supuesta invitación y agradeció al banquero que financiara su nueva obra—. Naturalmente, participaréis de los beneficios.

—Es decir, que saldré con las manos vacías —se burló Shrewsbury.

—¡Invertiréis en el futuro! —exclamó Defoe con entusiasmo, y disfrutó al ver que la gente del Chapter se volvía nuevamente hacia él.

—Otro que quiere venderme el futuro —gruñó Shrewsbury.

—Pero, pensándolo bien, señor Defoe, ¿quién va a leer la historia de un hombre que ha fracasado? —preguntó John.

—Entonces no escribiré mi historia, sino la fantástica historia de un marinero que logra salvarse de un naufragio llegando a una isla solitaria. ¡Y sobrevive!

Shrewsbury hizo un gesto de desdén.

—Los periódicos están llenos de historias como ésa.

—¡Exacto! —exclamó Defoe—. ¿Y por qué los periódicos están llenos de historias como ésa? ¡Porque a la gente le gustan esas historias! ¿Qué harían si de pronto estuvieran solos en una isla? ¿Con monstruosos lagartos gigantes, salvajes negros de crueles costumbres, caníbales...?

—Y ninfómanas —rugió alguien en la mesa de al lado. La risa se hizo general.

Pero Defoe no se sumó a ella. Atenuó su voz.

—Contaría la solitaria vida de ese hombre como si yo mismo hubiera estado allí. Como si hubiera ido para contarlo para un periódico. Nadie ha escrito así aún.

Shrewsbury recomendó a Defoe que fuera a sentarse con los poetas achispados, y desapareció detrás de su periódico. Defoe lanzó a Law una breve mirada. John estaba irritado. Ahora ya no cabía pensar en obtener un crédito de Shrewsbury. Defoe advirtió su silencio.

—Somos adelantados a nuestro tiempo, ¿verdad, señor Law?

John calló.

—A vos os pasa como a mí, cuando contáis a la gente vuestras famosas teorías monetarias —murmuró con pesar Defoe. Parecía haber perdido todo entusiasmo.

John miró conciliador al escritor.

—No es ninguna distinción ir por delante de la propia época, señor Defoe. Es más bien cómico. Y la mayoría de las veces, trágico.

Fue Edward *Beau* Wilson el que ayudó a John a invertir en moda todo el dinero que su madre le había remitido. Apenas se podía mantener con Beau una conversación razonable, pero de moda sabía más que nadie. Conocía a cada sombrerero, cada fabricante de botones, cada sastre y cada sedero. Por su parte, el dandi vio con satisfacción que John no se compraba sólo un par de zapatos con hebilla, sino dos, y recompensó a su nuevo compañero por esta frivolidad introduciéndolo en círculos cada vez más exclusivos. El escocés le correspondía dejándolo ganar de vez en cuando en el juego contra la banca. Wilson podría ser la puerta hacia el rey Guillermo. Pero esa puerta tenía que abrirse antes de que John cayera en bancarrota.

Un día, a instancias de Beau, aceptó una invitación a un pabellón de caza. El galán se presentó entrada la tarde con un coche de seis caballos. Sólo le había adelantado que en el pabellón posiblemente encontrara a un hombre al que podría exponer su maravillosa teoría de la multiplicación del dinero. Cuando John le respondió que sólo un rey podía ayudarlo en eso, Beau había sonreído y, como de costumbre, le enseñó burlón la punta de la lengua.

El cochero subió hacia el norte por Tottenham Court Road. *Beau* Wilson habló de sus últimas compras, de los muebles que había adquirido en una subasta en el Green Dog, de los sementales de las yeguas reales y de sus nuevos criados, que habían trabajado en la corte.

—Vuestro patrimonio ha de ser inagotable —dijo John con reconocimiento. Edward se limitó a inclinar la cabeza y pasarse la lengua, divertido, por el labio superior—. ¿Puedo preguntaros con qué negocios lo habéis adquirido?

Edward rió a carcajadas.

—Pero, señor Law de Lauriston, todo Londres hace cábalas sobre el origen de mi patrimonio. ¿No erais vos mismo quien decía que ciertas cosas simplemente suceden?

—Tenéis que haberme malinterpretado, señor Wilson —respondió John con una discreta sonrisa—. Todo secreto despierta la curiosidad de los hombres. ¿Y acaso no tiene toda moneda un origen?

El pabellón de caza se encontraba en lo más profundo de los bosques del noroeste de Moorfields. Estaba vallado con altas y negras rejas de hierro y custodiado por criados elegantemente vestidos. Llevaban históricas vestimentas teatrales, al estilo del Renacimiento italiano. Iban armados. Una vez que Wilson se identificó con una tarjetita, los guardias dejaron pasar el carruaje. El camino hacia el pabellón estaba iluminado con antorchas. El parque parecía descuidado desde hacía generaciones. Los árboles a izquierda y derecha del camino habían alcanzado un respetable tamaño. Era más un bosque vallado que un parque. Quizá se pretendía ocultar la vista del edificio. Éste aparentaba unos doscientos años; constaba de dos plantas y estaba rematado por torres cilíndricas a derecha e izquierda. La limpia fachada y la roja alfombra tendida sobre los anchos peldaños de la escalinata ofrecían un llamativo

contraste con el descuido de la finca.

El cochero paró ante la entrada. También allí los esperaban jóvenes vestidos con ropajes renacentistas. Llevaban máscaras blancas de carnaval. Abrieron con gentileza las portezuelas del coche y los ayudaron a descender. Uno de los jóvenes acompañó a los huéspedes al edificio. Apenas se oían voces. Todo discurría en silencio.

En el interior de la casa fueron recibidos por otro hombre enmascarado. Llevaba un jubón de terciopelo negro bordado con hilo de oro; debajo, una camisa cerrada con una golilla. Los estrechos calzones correspondían a la idealización del cuerpo humano que había sido usual en las ciudades-estado italianas. El alzapón, desproporcionadamente grande, estaba cubierto con una bolsa decorada con llamativos bordados. El guardia invitó con un gesto a los visitantes a quitarse sus capas y cambiarlas por otras negras con capucha. Acto seguido les entregaron unas máscaras doradas. El enmascarado les mostró el camino. Lo siguieron sin prisa por la escalera de caracol, débilmente iluminada, hasta el piso superior. Por todas partes se veían guardias armados y enmascarados. En cuanto alguien se detenía, un criado salía de un oscuro nicho del muro y lo invitaba con un gesto a seguir caminando.

En el piso superior se oía una música suave. John no pudo identificarla. Sonaba sacra, llena de unción, y a la vez inquietante. Dos enmascarados abrieron la doble puerta de la sala superior. Un gran salón abovedado se extendió ante ellos. Por doquier había hombres con ropones negros, con la capucha puesta y máscaras en el rostro. En medio de la sala se movían jóvenes desnudas al compás de la música, tan despacio como si flotaran. Llevaban máscaras de piel de leopardo.

—Está aquí. En algún sitio —susurró Edward.

—¿El rey? —susurró John a su vez, pero Beau ya se había alejado hacia el salón contiguo.

John miró alrededor. Las paredes, adornadas con gruesos gobelinos, estaban iluminadas con extravagantes lámparas que relucían como diamantes y arrojaban pequeños y refulgentes rayos sobre las mudas máscaras. John quiso seguir a su mentor, pero ya se había perdido en la masa de ropones negros. Salió del salón a un ancho pasillo. Un joven enmascarado con jubón corto y ajustadas calzas le entregó una bandeja de plata con una copa de estaño. A John no le apetecía beber vino, pero cuando lo rechazó, dos guardias se le acercaron y le hicieron enérgicos gestos de asentimiento. John los miró perplejo, hasta que comprendió. Cogió la copa y vació su contenido de un trago. Sólo entonces pudo seguir su camino. El pasillo comunicaba con numerosas salas. Por doquier veía las negras figuras que rodeaban en silencio a jóvenes desnudas y observaban con científico interés cómo eran saciadas por hombres enmascarados. Ellas gemían suavemente, como si estuvieran en la ópera y no quisieran molestar al público que escuchaba la música con devoción. El pasillo llevaba a nuevos salones. Con otros fondos musicales, nuevas figuras en la oscuridad, inmóviles y rígidas como pinceladas en un sombrío cuadro. Y entre ellas, cuerpos desnudos y luminosos en muda entrega.

En una sala estaban jugando al faraón. Un enmascarado llevaba la banca. A la mesa se sentaban otros enmascarados en compañía de jóvenes desnudas. También ellas llevaban máscaras de leopardo. John se acercó a la mesa y observó al banquero, que repartía naipes nuevos con hábiles movimientos.

—Sabía que os encontraría aquí —dijo una voz femenina.

John sintió una mano sobre su sexo. Suavemente, la sujetó y la llevó a su boca para besarla.

—¿No gustáis, monsieur?

—Observo, madame —respondió. No acababa de localizar el aroma.

La joven se alejó con lentitud, moviendo levemente las caderas y columpiando los brazos. John creyó haberla visto antes. Observó cómo salía de la sala. Y luego vio una figura medio tapada por la puerta abierta. Estaba allí de pie y parecía observarlo. Llevaba una capa negra como los demás, pero su cuerpo era llamativamente delicado. Tenía que ser una mujer. Una máscara de cuero rojo ocultaba su rostro. John la miró fijamente y se inclinó apenas. Ella le correspondió. En ese momento, John sintió una mano en el trasero. La agarró y la retuvo con fuerza. Sintió la energía que emanaba de ese brazo.

—No os deis la vuelta —susurró una frívola voz de hombre—. ¿Cómo es que habéis rechazado a esa joven?

—Observo el juego, sir.

—¿Amáis la variación?

—Soy polifacético, sir, pero en el amor toda mi pasión es para el sexo femenino. Me temo que tendré que defraudaros.

El hombre dio un paso adelante. Olía a aceite de almendras. Wilson. Llevaba un manto negro y abrió los botones. Debajo iba desnudo. Mostró su sexo a medias erecto.

—Antes habéis defraudado a mi hermana —susurró—, y ahora me defraudáis a mí, John Law. Esta noche os habría presentado a nuestro rey. Revolotea por entre las ramas del árbol genealógico de la Corona inglesa. Habríais podido exponerle vuestra teoría del dinero rápido. Pero si no atendéis a quienes le son más queridos, no os escuchará.

Wilson se acercó a la mesa de juego y tocó por detrás a una joven que estaba tras la banca. Le acarició la nuca y aferró sus pechos.

John miró hacia la puerta. La figura de la máscara roja había desaparecido. Febril, paseó la mirada por la sala. De pronto la vio fuera, en el pasillo. Abandonó el salón y siguió a la figura de la máscara roja. Parecía esperarlo. Cuando confirmó que John la seguía, siguió andando a lo largo del pasillo. Luego se detuvo, se volvió y esperó hasta asegurarse de que él la seguiría. Enfiló una escalera lateral que llevaba al ático. John la siguió. Avanzaron por una estrecha galería, pasando por delante de varias habitaciones. Se detuvo delante de una. Miró atrás brevemente, para cerciorarse de que aún la seguía, y entró en la estancia.

John la imitó. En el cuarto había una gran cama revestida de terciopelo rojo. Law cerró la puerta tras de sí. La figura fue hacia él y le puso las manos en los hombros. John sintió su aliento, y luego lo rápido que latía su corazón. La besó suavemente en los labios.

Ella dijo:

—Cuando por las noches estoy despierta, pienso en vos. Cierro los ojos y busco vuestro rostro, trato de resucitarlo en mi memoria. No pienso más que en vos. Mis pensamientos giran y giran en torno a vos. —Respondió al beso casi con timidez—. ¿Me habéis reconocido, sir? —Su voz sonó atemorizada. De pronto, se apretó con fuerza contra John y le besó apasionadamente. Se apartó de golpe y repitió—: ¿Me habéis reconocido, sir?

—Sois la mujer que me trae suerte.

—No, no —dijo ella—, eso quizá se lo digáis a todas...

—Solamente lo he dicho una vez, en Covent Garden.

Con un brusco movimiento, la mujer lo sujetó por la nuca y lo atrajo hacia sí. Parecía casi desesperada de pasión y deseo.

Cuando John y Catherine abandonaron aquella habitación, la vida se había extinguido en el palacio. Los guardias estaban adormilados en sus puestos. En las salas sólo quedaban unas pocas personas. La mayoría dormían, casi todos allá donde les habían llenado la copa por última vez. Las muchachas desnudas habían desaparecido. En el salón donde unas horas antes se jugaba al faraón, tan sólo se veía una mesa de juegos derribada.

Cuando descendían por la ancha escalera que llevaba al vestíbulo, John oyó de pronto los gritos de un hombre. Se detuvo y alzó la vista hacia la galería.

—¡Has desdeñado lo que es bueno para el rey! —rugió la voz. Era Edward Wilson. Se aferró a una columna y trepó a la balaustrada. Ahora estaba desnudo sobre el barandal de piedra—: ¡John Law, has desdeñado a mi hermana y has desdeñado mi rabo! Es lo bastante bueno para nuestro rey Guillermo, pero tú, escocés maldito, tú lo has desdeñado. De este modo, Inglaterra y Escocia jamás alcanzarán la unión.

Cuando John iba a seguir bajando, Edward empezó a orinar en su dirección. El chorro no fue lo bastante fuerte como para alcanzarlo. John esperó a que Wilson hubiera vaciado la vejiga, y descendió entonces los últimos peldaños hasta el vestíbulo. Cuando alzó la vista por última vez, vio que alguien bajaba de la barandilla a Beau.

Fuera, el frío aire de la noche les salió al paso. Catherine se ofreció a llevarlo a casa en su coche. No dijeron una sola palabra durante todo el trayecto, sentados uno al lado del otro. Se sentían saciados de amor. Una gran paz los embargaba. Era como si después de largos años de inquietud hubieran alcanzado el alma que les correspondía. Era un sentimiento conmovedor, que no necesitaba palabras. Sólo sus

manos se tocaban.

La tarde siguiente, John Law recibió la noticia de que Betty Villiers tenía intención de hacerle una visita. Hubiera renunciado gustoso a ella. Catherine se había ido hacía sólo unas horas —recelosamente observada por la hermana de Wilson desde el piso de abajo—, pero no se podía rechazar sin más a una amiga íntima del rey. Y menos aún a su concubina. Sin duda, sus servicios satisfacían más al rey que la presencia de algunos huéspedes de elevado rango que querían pedirle algo. Y quien satisfacía al rey, se decía John, tenía sin duda más influencia en su lista de audiencias.

Recibió a Betty Villiers en el salón. Como siempre, su belleza era rutilante, y se la veía rebosante de energía, expresiva y dominante. Sin duda, era una de esas mujeres que sólo con la edad desarrollan rasgos de carácter que las hacen atractivas e irresistibles.

—Señor Law —empezó—, he oído que anoche, en un pabellón de caza al noroeste de Moorfields, ocurrieron cosas que podrían disgustar al rey.

Él no movió un músculo. Quería oír lo que ella tenía que decir. Estaba seguro de que también Betty Villiers estaba presente la noche anterior. Igual que el rey.

—¿Habéis retado ya a duelo a Edward *Beau* Wilson? —preguntó sin rodeos Betty.

John abrió de par en par los ojos. Así que era eso.

—De momento, no —respondió sorprendido.

—¿Qué significa eso? ¿Que no tenéis intención de hacerlo, o que no habéis pensado en ello hasta ahora? *Beau* Wilson ha ofendido públicamente vuestro honor, señor Law de Lauriston. —Se detuvo y sonrió.

—Estoy seguro de que el señor Wilson se disculpará hoy mismo.

—¿Aceptaríais semejante disculpa?

—Quizá sí —respondió John, recuperando la compostura— y quizá no.

—La corte sería comprensiva si rechazaseis sus disculpas.

Él dio las gracias con una elegante reverencia. Ella pareció satisfecha. Sonrió burlona, se estiró y empezó a jugar con su abanico.

John respondió al juego de la galantería y llevó a su invitada hasta una silla de brazos dorados. Cuando ella se hubo sentado, él empezó a pasearse por el salón.

—Si me permitís una pregunta: ¿cómo puede un hombre como Edward Wilson, que no dispone de inmuebles, tierras o manufacturas, permitirse tal género de vida? —Se detuvo y la miró.

Betty Villiers sonrió.

—Mucha gente en Londres querría poder responder a esa pregunta.

—Vos conocéis la respuesta, madame Villiers, estoy seguro.

—Las personas son más difíciles de adivinar que las cartas, monsieur Law —dijo ella, y tiró del pañuelo que cubría su escote, como si de repente sufriera un sofoco.

—Yo no adivino las cartas, sino a las personas que las sostienen —sonrió John—. ¿Os gustaría verme batiéndome con Edward Wilson, madame?

—Nadie os haría ningún reproche por eso, sir —sonrió Betty.

—¿Y al rey incluso le agradaría? —preguntó él con una sonrisa encantadora. Ahora estaba detrás de Betty, y tiraba suavemente del pañuelo de su escote. Ella se ruborizó y cerró los ojos.

John tocó sus hombros.

—Si ahora caéis desmayada, madame, deberíais dar clase de actuación a las jovencitas.

Betty Villiers abrió los ojos con la rapidez del rayo. Galante, él le devolvió el pañuelo. Mientras volvía a acomodarlo entre sus pechos, dijo:

—Sir, si deseáis una audiencia con el rey, yo puedo conseguiros una. Pero sólo cuando vuestro honor esté intacto.

John contempló pensativo a la amante del rey.

—Edward Wilson os ha ofendido, señor Law de Lauriston. Estáis en vuestro derecho de exigir una satisfacción. —Ahora hablaba en tono enérgico.

—Si estoy en mi derecho, madame, ¿qué pasa con la pena de muerte?

—Sir —respondió ella en tono amenazador—, en la sociedad londinense, el duelo es la única posibilidad que un caballero tiene de restablecer su honor mancillado. Eso cuesta la pena de muerte, es verdad. Pero desde el ascenso del rey Guillermo ningún duelista victorioso ha sido condenado a muerte. ¡No sólo los naipes tienen sus reglas de juego!

—Creo comprender el juego que me ofrecéis.

—El rey en persona extenderá su mano protectora sobre vuestro destino. Si vuestro honor permanece intacto, ya nada se opondrá a una audiencia. A no ser que Inglaterra sucumba. Y eso es más bien improbable —coqueteó Betty, jugueteando nuevamente con su abanico.

—En eso os doy toda la razón, madame. Al fin y al cabo, mi oficio son las probabilidades.

Cuando Betty Villiers bajó por la escalera, la puerta de la planta baja estaba abierta. *Beau Wilson* había venido a visitar a su hermana. Al parecer, ambos habían discutido. Cuando Edward vio a Betty, perdió la compostura. Salió corriendo y gritó:

—¿Es que mi hermana vive en un burdel?

John oyó los gritos y bajó la escalera. *Beau* y Betty se enfrentaban, amenazadores. Él agitaba en el aire su bastón de paseo y no dejaba de gritar:

—¿Qué nos distingue, madame? Los dos somos putas del rey. El rey de Inglaterra ama vuestro coño y ama mi culo.

—Comprometéis a su majestad el rey de Inglaterra, señor Wilson —siseó Betty—, ¿os habéis vuelto loco? Y cómo pudisteis, en público, ayer por la noche...

—Bah, ¡ese maldito escocés se nos negó a mí y al rey! ¿Quién se ha creído que es? ¡Mi hermana no es lo bastante buena para él! ¡Yo no soy lo bastante bueno para él! ¡Ni siquiera el rey es lo bastante bueno para él!

En ese momento apareció John. Se acercó lentamente a Wilson y se quitó el guante con toda tranquilidad.

—Probablemente hubiera aceptado una disculpa la noche de ayer, sir. Pero no después de lo que acabo de oír. —Y lo golpeó en el rostro con el guante. Estaba convencido de que Wilson era un cobarde y se derrumbaría al instante. Pero, para su sorpresa, dijo:

—Mañana a mediodía, en Bloomsbury Square. El capitán Wightman será mi padrino. ¿Quién será el vuestro?

John reflexionó. Betty Villiers acudió en su rescate:

—Yo os enviaré a alguien, sir.

John se inclinó ante la dama. Comprobó la satisfacción en sus ojos.

Pasó el resto del día en su casa. No quería dedicar ni un pensamiento al duelo del día siguiente. Como siempre, aprovechó su tiempo libre para reelaborar y refinar su modelo matemático. Le irritaba disponer de tan poco material numérico. Demasiados parámetros se basaban en meras estimaciones. Aun así, trabajó hasta entrada la noche, y luego durmió mejor de lo que esperaba.

Al despertar, se preparó para el duelo. Practicó algunas estocadas, mejoró la velocidad, comprobó la agilidad. Trató de apartar de su mente la idea de que no había querido ese enfrentamiento. No quería pensar más que en su victoria. Tampoco quería pensar en que posiblemente *Beau Wilson* renunciaría al duelo. Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —gritó.

En el umbral apareció un hombre de unos cuarenta años, el rostro abotargado por la ginebra y las dificultades de la vida; lucía una peluca rubio dorado que también había vivido días mejores.

—¿Daniel Defoe? —preguntó incrédulo John—. ¿Acaso no os vi en la picota hace poco?

—No, no. He salido hace mucho de la prisión por deudas. La última vez nos vimos en el Chapter, si os acordáis. Estuvimos con vuestro banquero. No quiso financiar mi libro.

—Un hombre inteligente —bromeó John.

—Cierto, pero cuando vos dejasteis la mesa le hablé de una nueva idea —sonrió Defoe, y se acercó—, y ahora soy propietario de una fábrica de ladrillos en Tilbury.

John fingió no saber nada al respecto.

—Sé que os acordáis muy bien de nuestro último encuentro, señor Law. Tenéis en la memoria cada rostro. Sois un jugador. Os acordáis de cada murmullo, de cada palabra. Tan sólo queríais ofenderme cuando dijisteis que me habíais visto por última vez en la picota...

—¿Exigís satisfacción? —lo interrumpió con brusquedad.

Defoe reaccionó con sorpresa, y dijo en voz baja:

—Me ofendéis.

—Tenéis derecho a retarme a duelo. ¡Hacedlo o dejadlo de hacer, pero no tengo tiempo para ocuparme de hombres en bancarrota! Necesito un padrino, no alguien en bancarrota.

—Yo soy vuestro padrino. Me envía Betty Villiers.

John miró al escritor con los ojos muy abiertos.

—¿Vos? Permitidme que os diga que esperaba más de madame Villiers. Un padrino de mayor prestigio.

—Si queríais ofenderme nuevamente, señor Law, lo habéis conseguido. Pero no por eso os retaré a duelo. ¡Mejor una vida en la vergüenza que una muerte heroica! También en este sentido voy por delante de mi tiempo.

—¿Tenéis experiencia como padrino, sir?

—No sólo como padrino. Yo mismo me he batido. Nos ensuciamos los dos un poco, nos manchamos de sangre... Por desgracia, el otro murió. Aún tenía más miedo que yo.

Defoe se había acercado a la ventana. A la luz del día, parecía más gris y agotado.

—¿Mantenéis... relaciones con madame Villiers? —preguntó John.

—Puede que os sorprenda, John Law de Lauriston, que un fracasado como yo reciba encargos del círculo del rey. Pero así es. Del conde de Warriston en persona.

John se limitó a encogerse de hombros.

—No olvidéis que soy uno de los más famosos escritores de Londres. Podría abriros más puertas que *Beau Wilson*.

—Eso podría no resultar difícil, puesto que la esperanza de vida de Wilson no es especialmente alta... —Sonrió sarcástico.

Defoe se esforzó por sonreír.

—En eso puede que tengáis razón, sir.

—Os pido disculpas si he podido ofenderos —dijo John al cabo de un momento, y sonrió conciliador.

El escritor pareció conmovido y Law temió que rompiera a llorar de pura emoción. Sin embargo, Defoe se obstinó en dar una buena impresión.

—Esta semana he sido nombrado miembro de la Comisión Estatal de Tributos.

—Oh, y yo que pensaba que ibais a dirigir el espionaje británico en Escocia —bromeó John.

—He venido a ayudaros, y lo único que oigo es ironía y sarcasmo —repuso Defoe con amargura. Esta vez, el rubor de la ira le subió al rostro. Exclamó—: ¿Cuántos duelos queréis mantener hoy, sir?

Law se apartó de él.

—¿Por qué quiere ayudarme la Corona, Defoe?

El otro comprendió que no tenía sentido buscar excusas.

—Vos sois escocés. En Escocia, la resistencia a su integración en la Corona británica es mayor que nunca. El rey necesita escoceses con rango y nombre que respalden sus deseos. Y como ahora tenemos entre nosotros a un escocés de tales condiciones, apostamos por él. El rey ha oído hablar de vos, sir.

—¿Y vuestro papel, Daniel Defoe?

—Si queréis estar en Bloomsbury Square a las doce en punto tendréis que apresuraros, señor Law.

Era el 9 de abril de 1694. John Law recorrió Tottenham Court Road acompañado de Daniel Defoe. El coche se detuvo en la espléndida Bloomsbury Square, limitada por tres de sus lados por nuevas hileras de casas con fachadas de ladrillo rojo oscuro. Comerciantes recién enriquecidos habían levantado allí residencias similares a palacios, casas construidas para la eternidad. En Bloomsbury Square no sólo se notaba el aroma de las flores frescas, sino también el de las ciencias ocultas. Allí se habían asentado numerosos espiritistas, astrónomos acomodados, órdenes misteriosas, sociedades secretas y logias, que afirmaban disponer del más secreto de los conocimientos, procedente de la época anterior al Diluvio. En ese lugar se llevaban a cabo los duelos prohibidos.

Poco después de que John llegara con su padrino, apareció un segundo coche. Wilson y su padrino, el capitán Wightman, bajaron de él. Los curiosos se detuvieron. John se alejó unos pasos del coche. Ahora estaba solo. Esperó, confiado en sí mismo.

—¡Wilson! —llamó Law—. ¡Qué sorpresa! ¿Qué azar os trae a Bloomsbury Square a esta hora? ¿Queréis disculparos ante mí?

Wilson desenvainó al instante y se abalanzó hacia él. Law sacó también su espada y eludió la estocada en el último momento. Wilson se rehízo y arremetió nuevamente sin guardar ninguna defensa. John lo alcanzó en mitad del corazón. El duelo aún no había empezado y Wilson ya estaba muerto. Law apenas podía creerlo.

Un alguacil se abrió paso entre la creciente multitud de mirones. John había vuelto a envainar su espada. Miró cómo el alguacil se arrodillaba junto al cuerpo de Wilson y palpaba su yugular. El capitán Wightman se acercó a su fallecido señor. Sin perder de vista al escocés, dijo:

—Alguacil, el difunto es el célebre Edward Wilson. El rey estará muy indignado.

El alguacil se incorporó y se dirigió a Law.

John se adelantó a sus preguntas.

—Monsieur Wilson me atacó. Tan sólo me he defendido. Hay testigos más que suficientes.

—¿Y quién sois vos? —preguntó el alguacil.

—Law, John Law de Lauriston.

—El duelo se castiga con la pena de muerte, sir.

—No ha sido un duelo. Fui atacado y me he defendido —repitió Law—. Hay

testigos de ello.

El guardián del orden se volvió e hizo una seña a sus ayudantes, que esperaban unos pasos atrás.

—John Law, en nombre de su majestad, os prendo por duelo ilegal.

John miró a Defoe, que había subido al coche. Quiso decirle algo a su padrino, pero el coche ya había arrancado.

Newgate era la antesala del infierno y la encarnación del sufrimiento. Allí, la muerte era gracia y redención a un tiempo. Quien cruzaba el umbral de Newgate, dejaba atrás todo lo que lo unía al mundo. En los calabozos subterráneos languidecían cientos de presos en la oscuridad y la purulencia. Algunos yacían encadenados al desnudo suelo de piedra. Otros estaban tensos en el potro o sujetos a prensas de tortura. Por el interior de la cárcel discurría un albañal abierto y maloliente, como si los ciudadanos libres quisieran escarnecer aún más a sus ocupantes con el río de sus excrementos. La peste de Newgate podía olerse a millas de distancia. Se oía la suciedad, los excrementos, la podredumbre. Se oían lamentos, gemidos, maldiciones, llantos, gritos de miedo y terror. Los presos yacían los unos junto a los otros como cadáveres apestados. Unos condenados, otros no. La mayoría estaban infectados de tifus. Las ratas y los piojos los atormentaban. Yacían con mirada extraviada, barbas enmarañadas, inanimados como la piedra que los rodeaba.

Y uno de ellos era John Law de Lauriston. La noticia corrió como la pólvora por toda la ciudad. Cuando se enteró, Catherine Knollys fue inmediatamente a Newgate con su hermano lord Branbury. Newgate era la prisión con peor fama de Londres ya desde el siglo XII. Después del Gran Incendio, había sido reconstruida. Ahora se alzaba hacia el cielo, con sus cinco impresionantes pisos, como un símbolo, y ocupaba la Newgate Street desde Giltspur Street hasta Snow Hill. Y en algún lugar de aquel coloso maldito estaba John Law, encadenado en medio de ladrones, asesinos, timadores y vagabundos degenerados.

Seguía irritado y perplejo, no entendía lo que estaba pasando. No sabía si había una mano negra detrás de todo aquel asunto. Estaba sentado en una losa de piedra, apretujado entre personajes gimoteantes que apestaban a dientes podridos, estómagos arruinados y excrementos, y se preguntaba de forma febril si había caído en una trampa.

—Te acostumbrarás —murmuró alguien en la oscuridad—. El ser humano se acostumbra incluso al infierno. Con el tiempo, verás que hay días mejores y peores. Exactamente igual que afuera. El buen Dios fue listo al hacer así al hombre. Piensas: el vaso está lleno, ya no puedo aguantar más. Y, sin embargo, aguantas un poco más. Y luego más. Y al final te acostumbras.

Cuando, a la mañana siguiente, el guardia abrió la pesada cerradura de la mazmorra, John acababa de dormirse por primera vez. Había pasado toda la noche

dando vueltas a los mismos pensamientos, luchando contra el miedo, que le oprimía como un puño de hierro el estómago y los pulmones. Y los pensamientos no hacían más que girar en círculo. ¿Qué había pasado exactamente? ¿Lo había atraído Betty Villiers, la amante del rey, a una trampa? ¿Lo había utilizado para librarse de Wilson? Y en tal caso, ¿por qué? ¿Acaso la corte temía que Wilson pudiera comprometer al rey? ¿O Villiers había tenido un lío con Wilson y quería evitar que el rey se enterara? Por lo demás, era sabido que Wilson gastaba seis mil libras al año, suma equivalente al salario anual de ciento setenta trabajadores de Londres. Incluso el periódico londinense *Greenwich Hospital News Letter* lo había publicado, pero sin encontrar ninguna actividad comercial con la que Wilson pudiera ganar ni una miserable libra. ¿De dónde salía pues todo ese dinero? Sólo el propio rey podía aportar una suma semejante. ¿Se había convertido Wilson en un riesgo para el Estado, porque en el pabellón de caza no había mantenido la boca cerrada? John sabía que podía haber explicaciones que parecieran convincentes y, sin embargo, fueran falsas. La vida no discurría conforme a modelos matemáticos. No todo estaba relacionado. Incluso el azar tenía sus probabilidades.

Entretanto, el guardia había entrado en la mazmorra con una antorcha y estaba llamando a John Law. Cuando el escocés se dio a conocer, el guardia se inclinó y le abrió los grilletes.

—Levántate y ven —dijo.

Los otros presos empezaron a moverse, se quejaron de su sufrimiento, gimotearon, trataron de retener a John, se agarraron a sus piernas e imploraron que no los olvidara. Algunos gritaban nombres de personas que supuestamente podían dar testimonio de su inocencia. Cuando John estuvo fuera, en el pasillo abovedado, el guardia volvió a cerrar la puerta y corrió con ambas manos los pesados cerrojos.

—Tienes amigos influyentes, escocés.

John calló. Fue llevado al Kings' Block, el ala real, en el quinto piso. Porque en Newgate no sólo se distinguía entre presos que podían pagar su propia comida y presos sin recursos, también había celdas amuebladas para los reclusos de alta cuna. Las celdas de los ricos y famosos eran habitaciones espaciosas, luminosas, con luz de día y equipadas con el confort de una casa de postas. Allí podían recibir a sus poderosos amigos.

Catherine Knollys y lord Branbury lo esperaban. Catherine estaba visiblemente excitada, pero se mantenía en un segundo plano. Lord Branbury habló con voz tranquila y circunspecta. Recomendó a John no confesar nada. Eso era lo más seguro. Dijo que todos los testigos presentes habían dado descripciones distintas de su persona. Eso era bueno.

—Actué en defensa propia, lord Branbury. Wilson se abalanzó sobre mí y fue el primero en desenvainar. Hay testigos de ello. Sólo entonces saqué mi espada y paré el golpe. Wilson fue alcanzado con muy mala fortuna. Es posible que tropezase.

Catherine respiró hondo y miró implorante a su hermano. Esperaba

encarecidamente una señal suya de que la opinión de John también sería la del tribunal.

—Las familias Ash, Townsend y Windham han acudido a ver al rey. Son todos parientes de Wilson. Afirman que fue un crimen alevoso.

—Espero confiado el juicio, lord Branbury. —John tenía veintitrés años y estaba convencido, en su incommovible optimismo, de que el tribunal lo absolvería—. Betty Villiers me contó que durante el reinado del rey Guillermo aún no se ha condenado a nadie por un duelo.

Lord Branbury sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—Entonces seréis el primero, John Law. Sois escocés. Tenéis en contra a las familias Ash, Townsend y Windham. No debéis pelear por la libertad, sino comprarla. Tenéis que sobornar a los jurados, o mejor aún... huir de Newgate. Entendedlo, John Law de Lauriston: tenéis malas cartas. ¡Asumidlo de una vez, por el amor de Dios! ¡Estáis en el peor trance de vuestra vida, sir!

Catherine asintió:

—Huid. ¡Abandonad Inglaterra!

—No —respondió John con una extraña sonrisa en los labios, a la vez que dirigía una cálida mirada a Catherine—. ¿Abandonar Inglaterra? ¡Jamás!

—Entonces, negad simplemente haber estado ese día en Bloomsbury Square. ¡Negadlo! ¡Se trata de vuestra vida! —imploró lord Branbury.

—Ya he dicho que he estado allí. El alguacil levantó acta. Es demasiado tarde.

El juez Salthiel Lovell era una bestia, una montaña de carne, grasa y protuberancias de tocino. Estaba sentado como una morsa tras su estrado, elevado tres peldaños, de la King and Queen's Commission. Su ancha nuca de toro reforzaba la impresión de que en cualquier momento podía encoger la cabeza como una tortuga y hacerla desaparecer en aquella montaña de carne. Salthiel Lovell odiaba a la gente, y la gente lo odiaba a él. Durante tres días rugiría desde allí, durante tres días explicaría a los jurados la *ratio decidendi*, los aturdiría con lo que era relevante para formar su juicio y lo que no. Allí se decidía, al fin y al cabo, conforme al derecho vigente, no conforme a eso que llamaban el sano entendimiento humano. Se trataba de derecho, no de justicia. Veintisiete casos en tres días esperaban su veredicto. Lovell amaba su trabajo. Se jactaba de poder exhibir la cuota de condenas más elevada de Londres. Quien comparecía ante él estaba prácticamente muerto. Quien lo miraba a los ojos sentía ya la soga en el cuello.

Los primeros acusados estaban allí por robo con violencia, los siguientes habían violado, falsificado o recortado monedas. Todos fueron condenados por el juez tras una breve audiencia y casi sin deliberación de los jurados. Las condenas derivaban menos de la gravedad de los delitos que de la circunstancia de que los acusados no dispusieran de recursos económicos para sobornar a los jurados y a Salthiel Lovell.

Las absoluciones se podían comprar. Era una ley no escrita. Y por eso John Law confiaba en que aquella farsa terminaría pronto.

John fue llevado a la sala cargado de grilletes. Su presentación encadenado ante el juez no estaba prescrita por la ley. Era simplemente la ley de Salthiel Lovell. En vano lord Branbury había pedido audiencia al magistrado para ahorrarle esa humillación a Law. Lovell ni siquiera lo había recibido. En esa sala él era rey y señor indiscutido. Allí demostraba a toda la nobleza londinense quién mandaba en la casa. Branbury había ofrecido incluso dinero para hablar ante el juez. Él lo había aceptado, pero no había servido de nada. Quizá las influyentes familias del fallecido Edward Wilson habían ofrecido más.

El interés en el proceso era enorme. Se hubiera podido alquilar el mayor teatro de Londres, y aún así la gente que esperaba no habría tenido cabida. El más famoso libertino de Londres había muerto en duelo con un matemático y jugador de naipes escocés. En las tabernas y cafés, en los salones e incluso en la corte circulaban los más furibundos rumores. En las primeras filas de espectadores se sentaba todo el que tenía nombre y rango en Londres. Los cafés, las tabernas y las cervecerías debían de estar desiertas esa mañana.

Cuando John se volvió, reconoció entre los espectadores a la mujer que le daba suerte: Catherine. Estaba sentada en primera fila. A su izquierda, lord Branbury y el conde de Warriston, el ministro responsable de Escocia en el Parlamento británico, el mayor defensor de Law. Un poco más atrás Daniel Defoe, que aún no podía sospechar que unos años después estaría delante del mismo juez. Tras él se sentaba Samuel Pepys, de sesenta años, que tras la publicación de sus *Memoirs of the Royal Navy* había sido detenido varias veces y ahora estaba marcado por la enfermedad y la vejez. En los salones se contaba que en sus años jóvenes Pepys había escrito un diario erótico que se publicaría después de su muerte. Más de un aficionado a la literatura deseaba secretamente la muerte de Pepys para poder por fin gozar de esos textos, que se suponían en extremo obscenos.

También estaban presentes Betty Villiers, Mary Astell, la escritora de afilada lengua, y Arnauld, el matemático y jugador francés. Otro rostro le resultó muy conocido a John, pero no pudo ubicarlo. El desconocido tenía cierto parecido con su antiguo discípulo George, George Lockhart de Carnwath. John no podía ver si le faltaba una oreja, pero ¿cómo iba a estar precisamente George Lockhart de Carnwath en esa sala?

Al otro lado del pasillo central, los parientes y partidarios del malogrado Edward Beau Wilson: el capitán Wightman y los representantes de las familias Ash, Townsend y Windham, encabezados por el hermano de Edward, Robert. Con visible satisfacción tomaron nota de que Law iba cargado de cadenas, como un criminal. Un susurro de indignación se alzó entre los defensores del acusado cuando el juez prohibió al guardia de la sala quitarle las cadenas.

El juez tomó nota de la protesta con una cansada sonrisa. Una vez más, reclamó

silencio. Luego leyó el escrito de acusación. El escocés John Law de Lauriston era acusado de haberse batido intencionadamente con Edward *Beau* Wilson y haberlo matado en duelo. El castigo era la pena de muerte. Salthiel Lovell leyó la confesión del acusado, hecha en Newgate, y concluyó:

—El acusado no niega el hecho. —Luego, se volvió hacia Law—: Llamo vuestra atención acerca de que no tenéis derecho a defenderos por vos mismo; haceros defender por una tercera persona o llamad a testigos que no hayan sido nombrados en vuestra confesión. En este proceso, vuestra confesión escrita es la única prueba que analizarán los miembros del jurado.

Luego se volvió hacia dichos miembros. Algunos estaban sentados con gesto grave, otros apenas podían ocultar sus nervios ante tantas personas importantes en los bancos de los espectadores, y miraban temerosos al juez.

—Señores del jurado —rugió Salthiel Lovell, inclinándose hacia delante—, si el acusado actuó o no en defensa propia no ha de interesaros. Lo único que tenéis que juzgar es si el acusado se citó para un duelo en Bloomsbury con la víctima. El acusado afirma en su declaración escrita que sólo se encontró casualmente con Edward *Beau* Wilson. Como ya he dicho, no resulta pertinente quién desenvainó primero. Tampoco es relevante si uno de los dos se limitó a defenderse. El objeto de esta vista es exclusivamente la cuestión de si el duelo entre ambos fue acordado o no. Si llegáis a la conclusión de que el acusado John Law se había citado para ese duelo, deberéis condenarlo a muerte. Si, en cambio, llegáis a la conclusión de que el encuentro en Bloomsbury Square es atribuible a un desdichado azar, y que los dos se batieron en un acceso de repentina irritación, deberéis condenarlo por homicidio.

Para John, tales sutilezas eran difíciles de entender: cualquier *gentleman* de las islas Británicas esperaba que el honor se defendiera con la vida. Quien no lo hacía quedaba tan proscrito como un leproso, lo que para un hombre joven y ambicioso significaba la muerte social.

A lo largo de la siguiente hora, los parientes de Wilson presentaron innumerables testigos. Aunque muchos de ellos se contradijeron, estuvieron de acuerdo en un único punto: John Law había esperado a Wilson en su coche, por lo que tenían que haberse citado a las doce en punto en Bloomsbury Square. También el acompañante de Wilson, el capitán Wightman, subrayó esta versión. Añadió:

—Todos los que conocieron a Edward *Beau* Wilson pueden testimoniar que le repugnaban profundamente los duelos y toda forma de violencia. No por miedo o cobardía, como afirman los envidiosos, sino debido a su educación y sus firmes convicciones. El extranjero John Law lo sabía. Forzó a un duelo al señor Wilson porque esperaba obtener dinero. Creía que le pagaría una buena suma por renunciar al duelo. Como todo el mundo sabe, Edward Wilson era un hombre muy rico. En cambio, el acusado es un jugador que depende de la cambiante suerte en los salones. Es un individuo en bancarrota, un jugador de azar. En su desesperación financiera, retó a duelo a un hombre de honor como el señor Wilson esperando que éste le pagara

por olvidar el asunto. Fue una forma de extorsión por los más bajos motivos. Fue un plan alevoso. El plan del extranjero John Law.

El discurso del capitán Wightman fue interrumpido varias veces por murmullos y gruñidos de los espectadores. Cuando terminó, en la sala reinó un silencio sepulcral. Wightman volvió a tomar asiento.

También la hermana de Wilson hizo una declaración. Llevaba escrita en la cara la ofensa que había recibido por el desinterés de John Law. Él vio la burla en sus ojos cuando expuso, complacida, que Law tenía problemas financieros y por eso se había visto obligado a alquilar una vivienda en su casa. Ella había sido testigo de cómo Law y su hermano discutían. Se trataba de dinero, afirmó. E incluso había tenido que ver cómo ese bruto escocés pegaba a su hermano y lo retaba a duelo. A las doce en punto en Bloomsbury Square, había rugido el escocés, y su hermano, como hombre de honor, había acudido a su destino.

John la miró sacudiendo la cabeza cuando ella regresó a su asiento. En ese momento vio el rostro del misterioso forastero al que creía conocer. Le faltaba una oreja. Era George Lockhart de Carnwath.

El juez llamó entonces a todos los testigos que Law había mencionado en su declaración escrita en Newgate. Eran testigos que debían confirmar su inmaculada reputación. John Law el pacífico, John Law el manso, el altanero pero galante, un hombre de espíritu, un hombre de razón, en pocas palabras: un hombre que no se batía en duelo. Un hombre de buena familia, hijo del antiguo monedero de Edimburgo; un escocés, sí, un escocés, un protestante escocés. En vistas a la reunificación con Escocia deseada por Londres, la carta escocesa se jugó convenientemente.

Cuando los jurados regresaron a la sala poco después, el juez preguntó si habían tomado una decisión. El portavoz se levantó:

—Los miembros del jurado se han retirado para deliberar y han alcanzado una decisión. No les ha sido fácil. Tras un serio análisis de todas las acusaciones y testimonios de descargo, hemos llegado a la conclusión de que entre la víctima Edward *Beau* Wilson y el acusado John Law había una disputa latente desde hacía meses. Debido a su situación financiera, el acusado maduró la idea de retar a Wilson a duelo para que éste pagara un rescate. El acusado sabía suficientemente que Wilson no era ni un buen esgrimista ni amigo de los enfrentamientos físicos. En la mañana del nueve de abril de mil seiscientos noventa y cuatro, el acusado se citó con Edward Wilson en Bloomsbury Square para dirimir sus diferencias en un duelo. Por eso, los miembros del jurado han llegado a la conclusión de que el acusado John Law es culpable.

Griterío en la sala. Los adeptos de Law se incorporaron y protestaron. El otro bando celebró su triunfo. El juez Salthiel Lovell golpeó su tribuna con el mazo y rugió:

—El acusado John Law es condenado a morir en la horca. Despejen la sala y

traigan al próximo acusado.

Después de su condena, John fue trasladado a la cárcel de Southwark, en King's Bench. Allí dispuso de una espaciosa celda con luz diurna, y podía recibir breves visitas todos los días. Pocas horas después de su traslado apareció el conde de Warriston, un hombre inquieto y resuelto, dispuesto a hacer todo lo necesario para liberarlo.

—John —se apresuró a decir cuando el guardia hubo cerrado la puerta a sus espaldas—, las cosas no pintan bien. El hermano de Wilson quiere apelar al rey para que la sentencia se ejecute lo antes posible. He enviado mensajeros a Escocia para que todo el que tenga rango y nombre lo emplee a favor de vuestro indulto.

John estaba con los brazos cruzados junto a la ventana enrejada.

—¿Por qué van a colgarme? ¿Porque Robert, el hermano de Wilson, ha pagado por ello? Entonces, simplemente elevemos la apuesta. Ofrezco el doble.

—¡Basta, John! —exclamó el conde, paseándose por la celda—. Esto no es ningún juego. Si sois ahorcado, y por el momento no lo considero del todo imposible, Escocia no aceptará la unión de las coronas en ningún caso. Lo que significa que la obra de mi vida quedaría destruida. ¡Un absurdo duelo habría frustrado la reunificación con Escocia!

—¡Decidle eso al rey!

—Lo haré. Voy a solicitar vuestro indulto.

—Y conseguídmeme una celda con calefacción. Aquí ya he pescado una infección de la vejiga.

John pasaba las noches cada vez más inquieto. De hecho, había sido condenado a muerte. Con sólo veintitrés años. Al principio, simplemente no había querido creerlo. Al cabo de unos días lo acometió un gran abatimiento, que poco después se transformó en ira. Jamás un duelista había sido condenado a muerte con aquel rey. Todo el mundo se batía cuando su honor había sido mancillado. ¡Todo el mundo lo hacía! Los duelos estaban a la orden del día. Bueno, se comparecía ante el rey, eso formaba parte del asunto, pero sólo se era condenado formalmente y luego puesto en libertad. ¿Cómo iba a ser precisamente él la primera persona que fuera al patíbulo por un duelo? John sentía que el miedo se apoderaba lentamente de él. Había jugado un juego cuyas reglas no dominaba. No podía valorar a su contrario. Tenía poderosos enemigos, sin duda. Enemigos que disponían de un patrimonio casi inconmensurable y que cultivaban las mejores relaciones con el rey. Y él era un extranjero ínfimo e insignificante.

En tales pensamientos se ocupaba cuando, pocos días después, lord Branbury entró en su celda con una expresión de gran preocupación.

—Numerosos nobles escoceses abogan por vos, John Law. Pero el rey insiste en que os ahorquen. No quiere otorgaros clemencia porque el acto estuvo causado por bajos motivos.

John lo miró con aire inquisitivo. ¿Branbury lo abandonaba como a un barco en pleno naufragio?

—No sabía que tuvierais tan graves problemas financieros. Me temo que... — Branbury bajó la cabeza avergonzado.

—Lord Branbury, ¿dais crédito a esos rumores sin haberme oído? Poco antes del duelo recibí de Escocia una transferencia de cuatrocientas libras. De mi madre. Buscad a Shrewsbury, mi banquero. Lo encontraréis en el Chapter. Él puede atestiguarlo. E id a mi casa. Encontraréis la nota de abono en el dormitorio, en una rendija bajo el tejado, detrás de la tercera viga.

Branbury pareció sorprendido y aliviado a un tiempo. Miró pensativo a John.

—Confiad en mí, lord Branbury.

El noble pareció meditar. Al cabo preguntó:

—¿Mantenéis una relación con mi hermana?

John respondió sin titubear:

—No, lord Branbury, pero sería el hombre más feliz del mundo si fuera mi esposa.

Branbury hizo un mohín.

—Si os evito la horca, ¿pensáis rehabilitaros después con una católica casada? Bien, confío en vos.

Catherine Knollys encontró la nota de abono tras la tercera viga de la casa de John. Desplegó el documento, lo leyó cuidadosamente y lo agarró con fuerza.

—¿Madame?

Catherine se llevó un susto de muerte. Había un hombre en el umbral de la puerta. Con gesto elegante, soltó la cadena que sujetaba al cuello su capote de cuero. Lo dejó caer al suelo.

Catherine retrocedió un paso.

—¿Qué estáis buscando aquí?

—Eso es lo que iba a preguntaros. ¿Ya habéis encontrado algo?

Ella volvió a plegar el documento y lo encerró en su puño. El desconocido sonrió. Sólo entonces Catherine se dio cuenta de que le faltaba una oreja. El hombre avanzó un paso. Rápida como el rayo, ella cogió una espada que había sobre la cómoda.

—¿Queréis batiros?

—¡No os mováis!

—Os estuve observando en el tribunal. Oísteis lo que el juez dijo. Si os mato, no será considerado un crimen. Porque no nos hemos citado para un duelo.

Rápida, Catherine lanzó una estocada. El desconocido la eludió con elegancia y

desenvainó su espada.

—¿No queréis revelarme por qué va a morir uno de los dos?

Catherine guardó silencio. El desconocido continuó:

—Quizá no merezca la pena.

El hombre volvió a envainar su espada. Cautelosa, Catherine dio otro paso en dirección al salón. Él la dejó hacer. Cuando estuvo a su altura, la agarró velozmente por la muñeca, la atrajo hacia sí y le abrió el puño para arrebatarse el documento. Catherine le dio un rodillazo en la entrepierna. Agarró un jarrón de la cómoda y destrozó la noble pieza en la cabeza del desconocido, que gemía sujetándose el bajo vientre. Se desplomó al suelo y se quedó allí. Catherine escogió otro jarrón. Entonces, de pronto, el desconocido se echó a reír. Mientras se protegía con un brazo contra nuevos ataques, había desplegado con la otra mano el documento:

—Cuatrocientas libras.

Catherine sostenía el nuevo jarrón sobre su cabeza con ambas manos, con gesto amenazador.

—¡Dadme ese escrito!

El desconocido se escurrió hacia un lado y buscó protección bajo la mesa.

—Madame, con esto podríais demostrar al rey que John Law no actuó por bajos motivos...

Ella titubeó. No sabía del todo de qué parte estaba aquel hombre. Vacilante, quiso devolver el jarrón a la cómoda, pero lo dejó demasiado deprisa. Se estrelló contra el suelo.

El desconocido lanzó una nueva carcajada. Salió de debajo de la mesa y se sentó, algo pesadamente, sobre la gran mesa del salón.

—Este papel puede demostrar que John Law tenía suficiente dinero —dijo—. Y que, por tanto, no se batió por bajos motivos. Si el rey lo lee, le concederá el indulto.

—¿Qué queréis a cambio?

—Seguro que los parientes de Wilson pagarían una fortuna por este documento.

—¡Decid vuestro precio!

—¿Amáis a John Law?

—Estoy casada, monsieur.

—A nuestro lujurioso escocés le gustan especialmente las mujeres casadas. John Law ama lo prohibido, el peligro, el riesgo, la posibilidad de fracasar. Law es un jugador, madame. Amáis a un jugador. Os romperá el corazón. —Y con un elegante movimiento de la mano, le lanzó el documento—. Corred al rey, queridísima. Sería una lástima que John Law fuera ahorcado.

Ella atrapó el papel y miró incrédula al desconocido:

—¿Sois amigo de monsieur Law?

—Quiero una revancha. Si Law cuelga del extremo de una cuerda, no podrá ofrecerme una revancha.

—¿Queréis jugar contra él?

—¿Jugar? —sonrió el desconocido—. ¿Qué juegos son éstos en los que se pierde una oreja? Decidle a John que lo espero.

—¿Quién sois?

—John me dijo una vez que un hombre tiene que saber cuándo está vencido. Yo sólo sé que aún no estoy vencido. Decidle eso a John Law. Si algún día sale vivo de la prisión, estaré esperándolo fuera.

Un atardecer, cuando la oscuridad ya había hecho acto de presencia, Catherine se presentó en la celda de John. Había pagado una buena suma para que la dejaran pasar a esa hora tardía. Entró en la celda y esperó a que el guardia volviera a cerrar la puerta. John estaba sentado a su escritorio. Había escrito unas cuantas páginas a la luz temblorosa de una vela. Catherine se acercó y se sentó en un escabel. Estaban el uno frente al otro, y se acariciaron con mudas miradas.

—¿Estáis escribiendo vuestro testamento? —preguntó ella al cabo.

John negó con la cabeza.

—¿Por qué? El rey me necesita. La cantidad de dinero en circulación no sólo debería ser el equivalente de todos los bienes ya producidos, sino también el equivalente de todos los bienes proyectados. Hasta ahora he prestado poca atención a este aspecto. Podría multiplicar por diez, por cien el dinero del rey.

—Pero para eso tendríais que seguir vivo, sir, y el rey quiere veros colgado. ¡Entendedlo de una vez! ¡Tenéis que huir! —Catherine sujetó las manos de John como si quisiera impedirle hacer otras cosas.

—El rey me ha dado un plazo de gracia, madame. Tras haber comprobado mi patrimonio, ya no cree en la existencia de motivos viles.

—El hermano de *Beau* Wilson, Robert, ha presentado una apelación esta mañana. Por asesinato. ¡Si el tribunal de apelación no os da la razón, ni el propio rey podrá impedir vuestra ejecución! ¡Tenéis que huir, John, huir!

—Si huyo —dijo él pensativo—, no volvería a veros. Sería buscado por asesinato y jamás podría regresar a la isla. Y si Escocia se une a la Corona británica, tampoco podría regresar nunca a Escocia.

—Pero yo también podría abandonar la isla —repuso Catherine en voz baja, y sollozó en silencio—. Iría a París, y una noche volveríamos a encontrarnos en un salón.

—París no le trajo suerte a mi padre. Murió allí, durante una operación de cálculos. Está enterrado en el colegio escocés de París. Me legó un bastón de paseo. He de ir a recogerlo.

—Mi esposo está en París, John. Cuando el rey Jacobo fue expulsado de Inglaterra, mi esposo lo siguió. Los católicos Estuardo querían reorganizarse en París...

—Catherine, yo nunca seguiría a un rey. Sólo a vos...

—¡Huid a París! ¡Visitad la tumba de vuestro padre!

—No, Catherine. Compareceré ante el alto tribunal. Nunca he escapado de nada.

Y así, el 23 de junio de 1694 John Law compareció nuevamente ante un magistrado. El juez de apelación John Holt era un hombre amable. Permitió que John se presentara sin esposas. La parte contraria insistió varias veces en los bajos motivos que subyacían a la acción del acusado. Con vehemencia, se detalló de nuevo la historia de un crimen brutal; la historia de un astuto escocés que mata por dinero y, después del execrable acto, niega cobardemente su responsabilidad. John fue presentado como un jugador sin escrúpulos que iba de mesa de juego en mesa de juego, de mujer en mujer, de duelo en duelo.

Las posibilidades de John de obtener justicia se reducían cada vez más. Su abogado echó mano de un último recurso: los errores de procedimiento. La autoridad investigadora había omitido establecer el momento y lugar exactos del delito. El juez Holt consideró tan importante ese detalle, que al final del día decidió retirarse a deliberar y proseguir la vista después del verano. Entretanto, John Law debería permanecer en la cárcel de King's Bench.

—John —le imploró el conde de Warriston, que había corrido a Southwark inmediatamente después de la vista—. John, hemos pagado mucho dinero para que os alojaran en esta prisión. Es la peor vigilada de todo Londres. He hablado con el rey. No podrá indultaros, ciertas obligaciones frente a la familia Wilson se lo hacen imposible. Pero hará la vista gorda si huís. Así que huid, por el amor de Dios. ¡Vuestro envío a King's Bench es una última invitación a la fuga! Si el rey dice sí a King's Bench, dice sí a vuestra fuga.

John lo miró pensativo y dijo:

—Entiendo algo de números, incluso puedo batirme con éxito, pero ¿cómo voy a escapar de esta cárcel? Temo que todo esto vuelva a ser una trampa. Me apuñalarán durante mi huida.

El conde alzó las manos al cielo.

—John, ¿queréis que envíe a alguien que os alumbre el camino con una antorcha? Por el amor de Dios, ¡huid! ¡Esta misma noche! Lord Branbury os estará esperando con un coche. Dirigíos al río. Al muelle veinticuatro. A la izquierda del puente hay un barco con bandera francesa. Es el correo de París. El capitán está informado. Ya ha recibido dinero. Subid a bordo. No intentéis en ningún caso ir a Escocia. Allí es donde primero os buscarán.

John no pudo por menos que reír para sus adentros, al tomar conciencia de que, al parecer, estaba más seguro en su celda de condenado a muerte que fugándose.

—Ahora tengo que irme —dijo el conde—. Buena suerte. —Y dicho esto, se marchó.

Impaciente, lord Branbury alzó la vista al cielo nocturno. No entendía que un hombre

tan dotado como John Law no lograra escaparse de la prisión menos segura de la ciudad.

—Amanece. Me temo que ese buen escocés terminará en la horca. —Sacudió la cabeza y miró a Catherine, que estaba en el coche, petrificada de frío y tensión.

John palmeó suavemente las losas del suelo para descubrir eventuales cavidades. Le pareció que todos los sordos sonidos eran uniformes. Avanzó poco a poco hacia la puerta, losa a losa, hasta la pesada hoja de encina. Cuando golpeaba la última losa, le llamó la atención que la puerta se movía. Alzó la cabeza y miró la cerradura. La puerta no estaba cerrada del todo. Había una rendija. Pasó un rato hasta que se dio cuenta de que no aparecía ningún guardia para atrancar ruidosamente la celda. Aún esperó un poco más, luego se levantó y abrió la puerta. Se escurrió con sigilo por el pasillo. Al cabo de un rato alcanzó un pequeño vestíbulo en el que dormía un guardia. John contuvo el aliento, pues le pareció que el hombre abría y cerraba un ojo. Y su respiración era demasiado intranquila para ser la de un durmiente. Entonces vio la espada sobre la mesa.

Fuera ya amanecía. Los pájaros empezaban a trinar. La noche había terminado. Al amanecer, el coche de lord Branbury abandonó la avenida que se abría ante las puertas de King's Bench. En ese momento, un grito rompió el silencio matinal. Lord Branbury ordenó detenerse al cochero. Bajó de un salto y observó. Una figura encapuchada salió de la espesura, ante los muros de la cárcel, y fue cojeando hacia él. El caballero indicó a su hermana que esperase en el coche y corrió al encuentro del desconocido. Tenía que ser John Law. Branbury lo sujetó del brazo para llevarla al coche a toda prisa. Entonces el encapuchado echó atrás el torso y la cabeza se le descubrió. Lord Branbury se quedó mirando la mueca desdentada y sin afeitarse de un borracho.

Soltó al hombre y retrocedió sobresaltado.

Pero ¿dónde estaba John Law?

Daniel Defoe se arrancó la peluca rubia de la cabeza y exclamó:

—Sir, ¿estáis loco? ¡Os colgarán! ¿Es que necesitáis una invitación escrita del rey para abandonar estos muros? Hemos tenido en cuenta vuestra escasa habilidad y os hemos abierto la puerta la noche pasada, hemos sobornado a la guardia...

John se apoyó malhumorado en la ventana e interrumpió al escritor:

—La guardia no dormía. Como jugador, puedo leer cada emoción en un rostro. Era una trampa. Buscan un pretexto para matarme durante la huida.

Defoe se inclinó para recoger su cara peluca y volvió a ponérsela.

—Sir, estáis desesperando a la corte. ¿Cuántos puentes hemos de construir aún para vos? La guardia tenía instrucciones de hacer la vista gorda. Ese pobre tipo ha fingido dormir toda la noche, y ha estado a punto de dormirse de veras.

John lo miró escéptico.

—¡Un coche ha estado esperándoos fuera toda la noche!

—¿El rey quiere realmente mi fuga?

—Vuestro agudo entendimiento os provoca dudas sin fundamento —sonrió Defoe—. El rey no puede indultaros porque la familia de *Beau Wilson* es demasiado poderosa. Tampoco quiere haceros colgar, porque hace décadas que no colgamos a ningún duelista. Y el primero que vaya al patíbulo no puede ser precisamente un escocés, después de que vuestro compatriota Paterson abriera ayer el Banco de Inglaterra y Escocia esté considerando la integración en el reino británico. ¿Me habéis entendido hasta aquí, sir? ¡El rey quiere vuestra fuga, y esta misma noche, con carácter de ultimátum!

John se sentó en el borde de su catre de madera. Defoe le alargó un dibujo:

—Es una planta de este edificio. He dibujado vuestra ruta de fuga. En cuanto hayáis llegado al patio interior, id a la izquierda, a los establos. Id por el pasillo del centro. En el lado derecho hay monturas apiladas. Desde allí, una ventana da directamente al exterior.

—¿Y las rejas?

—Estarán aserradas, sir. Sólo tenéis que trepar al alféizar y saltar. En el peor de los casos os torceréis un pie. Pero sobreviviréis. El coche os llevará al muelle veinticuatro.

John guardó el dibujo y se levantó. Defoe sacó lentamente una bolsa de cuero del bolsillo interior de su levita de terciopelo, de un rojo reluciente, y se la entregó. John la sopesó en la mano.

—Una moneda para cada guardia —dijo Defoe—, tres para el capitán, el resto es para vos.

—Estáis haciendo mucho por mí, Defoe. Desde luego, os devolveré este dinero con el mayor interés que jamás se haya pagado en Londres.

Defoe rió.

—Quizá un día yo tenga un deseo que vos podáis hacer realidad. —De pronto se puso serio y bajó la voz—: Tomaréis el barco correo francés. Sale después de medianoche. Y en París iréis al palacio de Jacobo II.

—¿Jacobo II? —preguntó Law escéptico.

—Sí, el rey de Francia ha puesto un palacio a su disposición en St. Germain-en-Laye. Mientras dure su exilio. Es el punto de encuentro de todos los jacobitas y escoceses.

—¿Queréis contratarme como espía para la Corona inglesa?

—No, sólo os indico dónde encontraréis albergue seguro en París. Quizá nunca volváis a tener noticias mías. Por el momento, ya me siento bastante pagado con

vuestra historia. —Defoe recuperó su proverbial jovialidad—: Describiré vuestra aventurera huida, la lucha contra trece guardias del rey, cómo os descolgasteis desde la torre...

—Pensaba que os sentíais obligado a un nuevo estilo de literatura. Queríais escribir novelas con el lenguaje de un periodista, realistas y sobrias, como si hubierais sido testigo de los acontecimientos.

El escritor sonrió de oreja a oreja.

—Vuestra fuga será la más aburrida del siglo, sir. Si describiera vuestra fuga de manera veraz, nadie compraría un libro así, y volvería a ir a la bancarrota.

—No sois un buen hombre de negocios, Defoe, por eso estáis siempre en bancarrota. Tenéis que aceptarlo, como yo acepto que no sirvo para orfebre. Si lo aceptáis, eso os ayudará más que un crédito.

Defoe se echó a reír.

—También quería pedir os uno, monsieur Law, pero esto en privado...

De pronto la puerta se abrió y un guardia entró en la celda.

—¡Ya es suficiente!

Defoe y Law se dieron la mano.

—Me debéis un favor, John Law de Lauriston.

John asintió.

El guardia sonrió.

—Tendrá que darse prisa —dijo.

Cuando Daniel Defoe salió de la prisión, fue en primer lugar a casa de lord Branbury, para informarle sobre los últimos acontecimientos. Luego fue al Maryland, a comer algo antes de irse a dormir. Había oído que desde hacía unas semanas paraban allí unos mercaderes rusos. Defoe mantuvo los ojos abiertos y encontró a un tal Vladimir, al que quiso importunar con su nueva idea para un negocio. Defoe quería descender al fondo del mar, mediante la construcción de una campana de inmersión, y rescatar los valiosos cargamentos de los barcos hundidos. El ruso se inflamó enseguida con la idea, pero al cabo de una hora estaba borracho como una cuba, y aun así llevó a cabo la proeza de venderle a Defoe setenta civetas con sus jaulas. Las civetas producían una sustancia olorosa similar al almizcle, que era importante para la fabricación de perfumes. El negocio de la perfumería siempre había interesado a Defoe. Y el almacén que guardaba las civetas estaba justo de camino a King's Bench. Qué práctico, reflexionó.

John Law abandonó su celda una hora antes de medianoche. En la antesala volvió a encontrar al guardia presuntamente dormido. Le dejó en la mesa una de las monedas de plata de Defoe. Pasó sigiloso delante de él. De pronto oyó una voz cansada:

—Al final del pasillo, la escalera a la izquierda.

John se volvió y vio un asomo de sonrisa en los labios del dormido guardia. La

moneda ya había desaparecido en el bolsillo de su jubón.

Descendió por la estrecha escalera de caracol hasta el patio interior y se escurrió cauteloso hacia los establos. De pronto oyó un ruido. En el suelo había un guardia, de espaldas al muro. El hombre parecía dormir, pero, curiosamente, tenía la mano abierta como un mendigo callejero. John le dejó con cuidado una moneda en la palma, como si no quisiera despertarlo. El guardia mantuvo los ojos cerrados y murmuró:

—Gracias, sir.

John llegó hasta los establos. Nuevamente oyó un rumor. Se dirigió hacia él. A la luz de una titilante linterna, dos guardias limaban los barrotes.

—Caballeros, quisiera proseguir mi extraña fuga —susurró John.

Los dos guardias miraron al escocés y luego siguieron limando.

En aquel momento, Defoe estaba delante de un muro de jaulas, en las que vegetaban unas civetas hirsutas y descuidadas. El ruso Vladimir vomitó la ginebra que había engullido a lo largo de las últimas horas, y puso fin a su descorazonador espectáculo con un sonoro eructo. Defoe asintió con gesto serio y mencionó a un banquero escocés con el que pensaba reunirse esa misma noche. Entonces se dio cuenta de que ya era más de medianoche. Corrió al coche. El ruso lo siguió. El cochero había desaparecido. Por fin, lo encontraron borracho en un almacén. Había tropezado con un barril de ginebra y lo había agujereado sin vacilar. Defoe estaba tan furioso que la emprendió a patadas con el cochero, pero éste no estaba en condiciones de levantarse. El ruso se ofreció a guiar el coche. Por fin, ambos se sentaron en el pescante y recorrieron los muelles.

Entretanto, John sacaba la cabeza por la ventana. Cuando hubo pasado el torso y pareció atascarse a la altura de las caderas, los guardias que habían limado los barrotes lo empujaron con todas sus fuerzas; mejor dicho, uno empujó y el otro aligeró a John de su bolsa de dinero. Finalmente, se deslizó por la abertura en el muro. Aterrizó con suavidad, porque los guardias habían puesto unas balas de paja entre los crecidos matorrales; iba incluido en el precio. Un guardia sacó la cabeza por la abertura y deseó suerte a Law. Sonriente, le enseñó la bolsa de cuero que le había sustraído:

—Por la paja, sir. Curarse un hombro roto habría sido más caro.

John no perdió un segundo en pensar en el dinero. Avanzó agachado hasta alcanzar la avenida que pasaba delante de King's Bench. Entonces vio el coche tras unos árboles. Corrió y fue a abrir la portezuela, pero del interior salió un gemido de placer.

—¿Catherine?

El gemido enmudeció abruptamente. La puerta se abrió de golpe: un cochero rechoncho y semidesnudo salió e increpó a John:

—¡Lo que yo hago en mi coche es cosa mía!

Entonces John vio a un chiquillo desnudo en el interior.

—Necesito un coche —siseó.

—¡Maldito escocés! ¡Lárgate de aquí! ¡No voy a llevar a ningún escocés!

Como el cochero levantaba cada vez más la voz, John abandonó la idea y echó a correr avenida abajo.

Cuando el eje del coche de Defoe se partió, el ruso salió despedido y se golpeó la cabeza contra un árbol. Defoe tuvo el tiempo justo de sujetarse, pero el asiento de madera se rompió y el coche volcó. El escritor cayó estrepitosamente. Luego se hizo el silencio, interrumpido tan sólo por el nervioso resoplido de los caballos. En algún lugar lejano se oyó gritar a un guardia nocturno. A lo lejos, silbatos estridentes. De pronto, unas figuras envueltas en deshilachados mantos salieron de la oscuridad y se lanzaron desde todas direcciones sobre el coche volcado. Los tipos parecían leprosos embozados. Gritaban y maldecían de forma incomprensible y agitaban maderos y barras de hierro. Largas melenas con barbas enmarañadas, y ojos enormes en oscuras cuencas. Toda la miseria del Londres nocturno parecía reflejarse en ellos. Unos apalearon al inconsciente ruso, le arrancaron zapatos y ropas, y otros se arrojaron sobre Defoe, que trastabillaba quejumbroso calle abajo. No había escapatoria. Incluso allá donde un momento antes se distinguían unos árboles, harapientas figuras salían de la oscuridad y le cortaban el camino. Defoe levantó una mano para protegerse el rostro y gritó:

—¡Soy Daniel Defoe, el poeta!

—Cierra el pico —le ordenó uno, y lo golpeó en las corvas con un trozo de hierro. Defoe se desplomó. Una rodilla le golpeó en pleno rostro, recibió otro golpe en la nuca y una patada en el estómago. Alguien tiró de sus zapatos, otro le arrancó la levita de seda con brutalidad.

John Law corría en dirección al Támesis por estrechos callejones y calles sin iluminación. En cada hueco de la pared creía oír voces, exclamaciones, gritos, luego de repente otra vez el silencio, pasos apresurados, repicar de cascos, crujidos de carruajes, después gritos de socorro, alguien que exigía dinero, botas sobre el adoquinado, gemidos placenteros en un piso alto, luego la voz de un vendedor de fruta o verdura, latigazos, gallos de pelea enfrentados... John corría y corría en dirección al Támesis, abriéndose paso entre cúmulos de basura y desperdicios, animales muertos, perros que aullaban y sobresaltados mendigos que lo maldecían o trataban de retenerlo. Resbaló en un montón de estiércol, cayó sobre unos apestosos desechos de pescado y siguió corriendo, hasta que creyó oler el Támesis.

Los dos guardias que habían aserrado los barrotes de King's Bench se quedaron

perplejos cuando abrieron la bolsa de John Law: no había más que piedras.

—Maldito tahúr —masculló uno.

—Cómo pudo pensar tan mal de nosotros —se quejó el otro.

—Deberíamos dar la alarma. Creo que un prisionero se ha escapado —reflexionó el primero.

—Sí, creo que ha aserrado los barrotes.

—Necesitamos barrotes más gruesos.

—Eso no —rió su compañero—, sería muy trabajoso.

Al final de la calle parecía alzarse un bosque, un bosque de cientos de mástiles de barcos. Pero el camino hasta allí parecía cortado. John vio los vehículos, coches, caballos, bueyes, carretillas y gentes que pululaban como hormigas y lo separaban aún del Támesis. Allí la noche era igual que el día. La chusma estaba oculta entre la multitud, al acecho de pañuelos de bolsillo, pañitos de batista, bolsas de dinero, pelucas, tabaqueras o bastones de paseo que poder sustraer fácilmente al paso. Por todas partes se oían gritos y maldiciones, peticiones de auxilio, pero nadie se daba la vuelta, porque era absurdo correr en ayuda de alguien en medio de aquella masa en ebullición. Por regla general, los descuideros iban en grupos de tres o cuatro. Mientras uno sustraía algo de un empujón, los otros tres protegían su fuga y gritaban furiosos a la víctima del robo porque se suponía que les había empujado. De las casas cercanas arrojaban orina y excrementos como si se acercara el Juicio Final. También los londinenses tenían la costumbre de vaciar sus orinales por la ventana. Las calles que bajaban al Támesis eran consiguientemente apestosas y resbaladizas. Más de uno sólo se mantenía en pie y limpio gracias a que la abigarrada multitud le impedía resbalar y caer. Había numerosos sótanos abiertos en los que se vendían mercancías.

De pronto, John sintió en la nuca el espeso aliento de un caballo. Un gran coche de tiro trataba de abrirse paso. El cochero bramaba y blandía el látigo. La gente se apartaba entre gritos y maldiciones. Con un rápido movimiento, John se agarró al asidero del pescante y subió. El cochero lo maldijo y alzó el látigo para fustigarlo.

—¿Vais a pegar a un banquero? —sonrió John, y sujetó férreamente la muñeca del cochero, que lo miró perplejo—. Llévame hasta el puente o irás a galeras —ordenó—. Muelle veinticuatro.

El cochero se encogió de hombros y volvió a azuzar los caballos. Luego, mientras descargaba la fusta sobre los vagabundos que se acercaban al coche, con el rabillo del ojo observaba al indeseado pasajero. Bueno, parecía un caballero, así que tal vez le tocase algo.

El coche pasó de largo ante las numerosas refinerías, cervecerías, cobertizos de obra, almacenes, cafés y mercados, más numerosos a medida que se acercaban al Támesis. Por fin llegaron a los primeros muelles, que en los últimos años habían crecido bastante. Allí se veían galeras venecianas, galeones holandeses de tres

mástiles, cientos de botes y embarcaciones menores. Y una flota de gabarras que desembarcaban los cargamentos: té y pimienta de la lejana Asia, ron, café, azúcar y cacao del Caribe. Casi todo lo que llegaba a Inglaterra pasaba por allí.

El coche se detuvo ante un almacén justo debajo del puente. Allí se descargaba tabaco, maíz y arroz de América.

—¿Vais a decirme vuestro nombre, sir? —preguntó el cochero cuando John bajó del pescante.

—Estará mañana en los periódicos —le respondió éste, y se abrió paso entre los estibadores de tabaco.

Corrió hacia las escaleras de la orilla y bajó a los embarcaderos donde había amarrados buques de gran calado. Ya desde lejos vio la bandera del Rey Sol relucir a la luz de los numerosos fanales. El barco estaba espléndidamente adornado con gallardetes. En la pasarela esperaban dos hombres. Uno era su banquero de Londres, Shrewsbury, y el otro el capitán del barco. John corrió sin aliento hacia ellos.

Shrewsbury hizo una seña al capitán.

—Ése es el hombre. Podéis levar anclas.

Mientras el capitán subía a bordo, Shrewsbury fue al encuentro del joven escocés.

—¡Por fin! Ya creíamos que tampoco vendríais esta noche.

John iba a decir algo, pero Shrewsbury le impuso silencio con un gesto. Sacó una carta de un bolsillo interior y se la dio.

—En París, llevad esto a Maître le Maignen. Lo encontraréis en el palacio de St. Germain-en-Laye. A cambio, él os prestará diez mil libras. Visitad también al duque de Saint Simon. Lo sabe todo sobre París y conoce la corte. En una ocasión, en el Petit Lever del rey, tuvo incluso el honor de vaciar el orinal de su majestad.

John se guardó la carta y estrechó agradecido la mano de Shrewsbury. Subió a bordo sin decir palabra. El capitán, un lobo de mar francés al que los solitarios años en alta mar al parecer habían privado del habla, soltó los ganchos de la pasarela. John subió a cubierta. La pasarela fue arrastrada a tierra con estrépito. El capitán gritó unas escuetas órdenes y los marineros soltaron amarras. El barco zarpó y se deslizó sin ruido por el Támesis, el río al que algunas personas llamaban el lugar más oscuro del mundo.

John tomó asiento en un banco de la cubierta de proa y volvió la vista hacia Londres, que tanto le había dado, y que aún le había quitado más. Pensó en Catherine. Pensó en que, si se producía la unificación de Inglaterra y Escocia, su sentencia de muerte también valdría en Escocia.

Un marinero le llevó un cuenco de café caliente. Un cadáver hinchado flotaba en las oscuras aguas. Ahora estaban pasando ante las funerarias. El silencio había regresado. Tan sólo se oía el chapoteo del agua desplazada por la proa.

Unos días después, lord Branbury entró de buen humor en el salón de desayuno y se sentó junto a su hermana. Llevaba la *London Gazette* del 7 de enero de 1695.

—Imaginaos, Catherine, la semana pasada ese escocés, John Law, se fugó de King's Bench. Dicen que escapó hacia Escocia en un coche.

Catherine sonrió.

—Si eso es lo que dicen, será verdad. Las familias Townsend, Ash y Windham reventarán de ira.

Su hermano miró el periódico y dijo:

—Los parientes de la pobre y desgraciada víctima han conseguido que se publique una requisitoria en la edición de hoy. Quien atrape a ese escocés recibirá cincuenta libras del alcaide de King's Bench.

—¿Sólo cincuenta? Law estaría muy decepcionado si lo supiera. Confío en que vuelva a Londres y rete a duelo a quien haya ofrecido tan escasa recompensa. Realmente, cincuenta libras constituyen una grave ofensa.

Lord Branbury leyó la requisitoria en voz alta:

—«Cincuenta libras por la captura del escocés John Law, preso hasta hace poco en King's Bench por asesinato. De veintitrés años, alrededor de seis pies de estatura, con grandes cicatrices de viruela en el rostro, recia y alta nariz, habla en voz alta y reposada...».

Divertido, lord Branbury dejó a un lado la *London Gazette*, mientras Catherine sorbía su ardiente té de frutas.

—No me ha gustado nada lo de las grandes cicatrices en el rostro y lo de que habla en voz alta y reposada —bromeó su hermano.

Catherine alzó la vista, sonriente:

—¡Os lo agradezco, hermano mío!

—Lo hice por Inglaterra, por nuestro rey, por el saneamiento del presupuesto, por el favor de los banqueros escoceses, por la unificación con la corona escocesa... y por vos, mi queridísima hermana.

Lord Branbury se levantó y salió del salón haciendo una ligera reverencia. Al llegar al umbral de la puerta, se volvió:

—Le hemos dado la libertad, y a cambio lo hemos perdido para siempre. Nunca podrá volver a poner los pies en Inglaterra.

Catherine asintió, y de pronto los ojos se le humedecieron. Pensó que a veces la muerte era más soportable que una separación de por vida. Su hermano, que había advertido el cambio en su estado de ánimo, regresó a la mesa junto a ella. Catherine lo miró; las lágrimas le corrían por las mejillas.

—He oído decir que, en París, sir George de St. Andrews se ha unido al séquito del huido rey Jacobo. Me pregunto si debo ir a visitarlo. Aún es mi esposo.

—Me temo que lo que veríais y oiríais allí de vuestro esposo no sería muy

agradable. Se habla mucho cuando las veladas se prolongan.

—Sé que ya no significa nada para él. —Catherine titubeó—. Pero si Law ya no puede pisar Inglaterra, dejaré Inglaterra e iré a París.

Su hermano respiró hondo.

—Me temía algo así. Quizá en ese caso fuera más inteligente ir a Holanda o Italia. Pero aún sería mejor olvidar a Law. París es un mal suelo para los protestantes ingleses. Sólo los católicos ingleses huyen a París. Quien va a París pasa por traidor o espía en Londres. Seguid vuestro entendimiento, Catherine, y evitad París.

—Mi entendimiento no me hace feliz.

—John Law no os traerá felicidad alguna. Quizá durante un verano. Pero no toda una vida.

Ella sonrió.

—Quizá eso merezca la pena.

—Eso suele decirse, Catherine, pero no es verdad. Cuando el verano ha pasado, llega el invierno. No se puede vivir de recuerdos. Los recuerdos no sacian el hambre. Los recuerdos enferman. Tenéis que olvidar a John Law, tal como él os olvidará a vos. Es un hombre de números y fórmulas. Se le ha metido en la cabeza multiplicar de forma y modo maravillosos el dinero existente para que Europa florezca con un renovado esplendor. Vive para esas ideas, no para una mujer. Conozco a esa clase de personas. Son posesos, viven en mundos a los que no podemos seguirlos. En esos mundos no hay más que cifras, diagramas, tablas, estadísticas... pero no personas, Catherine. Y tampoco amor.

—Lo que decís suena razonable. Incluso puede que tengáis razón, pero a veces un beso vale más...

—¿Os ha besado? —Lord Branbury abrió de par en par los ojos.

—Ha hecho mucho más. Me ha mostrado el valor del amor. —Sonrió para sus adentros.

Su hermano sacudió abruptamente la cabeza.

—¿Cómo podéis hablar de amor? ¿Qué esposo ama a su mujer, y qué mujer ama a su marido? ¿Desde cuándo el amor tiene algún valor? El amor físico, sí. La conquista, la satisfacción de los instintos, pero el amor puro no tiene valor alguno. Es infantil y necio. El amor arruina el entendimiento y fortunas enteras.

—Querido hermano, John me preguntó en una ocasión qué determina el valor de una moneda.

A él la discusión le disgustaba cada vez más.

—El metal del que está hecha la moneda. Siempre ha sido así.

Catherine sonrió, enseñando sus dientes blancos como perlas, ciertamente una rareza en Londres:

—Pero no siempre será así, dice él. Un día la moneda valdrá tanto como el Banco de Inglaterra decida. ¿Por qué no va a pasar algún día eso mismo con nuestros sentimientos? ¿Por qué un día el sentimiento del amor no va a valer más que una

dote, más que todo el metal de este mundo? ¿Por qué un día no van a casarse por amor dos personas?

—Gran Dios —suspiró lord Branbury, y soltó una carcajada—. Ese escocés os ha robado por completo el sentido común. ¡Si ponéis en cuestión todos nuestros valores, perderéis todo apoyo!

Catherine se acabó su taza de té y volvió a servirse. Parecía ausente. Habló en voz baja, como si se avergonzara de sus palabras:

—Es maravilloso perder el apoyo. Se cae y se cae, y de pronto se topa inesperadamente con algo nuevo. Con algo desconocido. Abandonamos las cuevas y construimos chozas de madera. Abandonamos las chozas de madera y construimos casas de piedra. Apagamos las antorchas e iluminamos con faroles las calles de Londres... John me habló incluso de máquinas de vapor, que podrían sustituir la capacidad de trabajo de veinte hombres... Quizá un día todo el mundo tenga trabajo, dinero para poder permitirse un médico. Quizá todo el mundo viva en el bienestar, y entonces ya no se casarán para asegurarse la supervivencia económica, sino que se permitirán el lujo de hacerlo por amor.

—Puede ser que un día suceda tal cosa. Pero ninguno de los dos lo veremos. Y vivimos ahora. Así que basta, Catherine. Pensad que seguís casada con sir George de St. Andrews. Eso sí tiene un valor para nuestra familia, y no pequeño. ¡Comparadme con eso el valor del amor! ¿Reporta el amor dinero, casas, tierras o heredades?

—Pasión —dijo Catherine en voz baja. Se había puesto muy seria—. El amor desencadena... la pasión. Hace fuerte. Da fuerzas. Mueve montañas. Eso es la pasión.

Lord Branbury se sentó junto a su hermana y le tocó la mano.

—Pero Catherine, ¿qué valor tiene la pasión? La pasión carece de todo entendimiento, de toda razón. Vuestro matrimonio con sir George fue un enlace racional, porque ha traído a nuestra familia dinero y prestigio. Pero ¿qué reportan el amor y la pasión?

—El amor es tan valioso que ni siquiera se puede comprar.

—Nadie quiere comprarlo, por eso no tiene ningún valor. Carece absolutamente de valor, Catherine. Las niñas pequeñas aman a sus perros, pero ese amor carece de valor. También se puede ahogar a los perros en el Támesis.

—Querido hermano, ¿es valiosa el agua del Támesis? ¿Qué precio tiene el agua? ¿Ninguno? ¿Carece por eso de valor?

—El agua del Támesis carece de valor porque la tenemos en abundancia.

—Entonces, ¿son la disponibilidad y la cantidad las que deciden el valor de una cosa?

Su hermano sacudió confuso la cabeza.

—Quizá el amor sea tan exquisito y valioso porque es tan raro como un diamante —añadió ella.

Lord Branbury se frotó pensativo una mejilla. Al parecer había subestimado lo que había ocurrido entre Law y su hermana en los últimos meses. La miró y guardó

silencio.

—¿Qué valor tiene Dios? —dijo Catherine con tono terco e iracundo.

—¿Dios?

—Si el amor no tiene ningún valor, entonces Dios tampoco.

—Eso es blasfemia —repuso lord Branbury.

—¿Qué valor tiene Dios? ¿Nos aporta dinero, casas, tierras o heredades? ¿Nos asegura la supervivencia económica? ¿Vale Dios más que una botella de ginebra?

—Eso es blasfemia —insistió su hermano.

París, 1695

Maître le Maignen entregó el recibo a John Law.

—Seis mil libras inglesas convertidas en cien mil libras francesas y pagadas en oro. —Empujó dos gruesas bolsas de cuero sobre la mesa—. Según esto, el resto de vuestros haberes ascienden a cuatro mil libras inglesas.

John firmó el recibo y se lo devolvió al notario y banquero.

El salón que el estado mayor del rey católico inglés Jacobo II, exiliado en París, había puesto a su disposición, no era lujoso, pero John estaba agradecido por haber encontrado un puerto seguro nada más pisar suelo francés.

Maître le Maignen dio las gracias con una reverencia llena de dignidad. Miró con atención a aquel escocés alto, de extraordinaria presencia:

—Si tenéis algún otro deseo, monsieur Law...

John no vaciló.

—Necesito al mejor sastre de la ciudad.

El francés sonrió, prometió ocuparse de ello y salió del salón.

La luz del sol entraba resplandeciente por las altas ventanas artísticamente decoradas, y parecía arrancar una sonrisa a los maniqués de porcelana de tamaño natural, vestidos con valiosos trajes, colocados a lo largo de las paredes. Los maniqués iban vestidos como obras de arte representativas, y encarnaban todo aquello que el Rey Sol, Luis XIV, había exportado al mundo como la sagrada escritura de la moda: una expresión estrictamente reglamentada de fantasía autocomplaciente y jactancioso despilfarro, con toda clase de galones, puños, puntillas, bordados, forros de piel, lazos, botones, cintas, plumas, chorreras, guirnaldas y borlas, chaquetillas grises entalladas, jubones que llegaban hasta las rodillas, calzones rojo oscuro, ajustados chalecos. A juego, medias blancas de seda, pañuelos de cuello, sueltas pelucas que llegaban hasta los hombros... las caras pelucas de largos rizos que daban incluso al calvo Rey Sol el aspecto de un león rebosante de energía.

El maestro sastre Duvalier había traído consigo a sus mejores ayudantes de corte y de cosido, e incluso al botonero real. En actitud de humilde reverencia, estaba a dos

pasos de John Law y observaba con atención al escocés.

—¿Puedo preguntar a monsieur la ocasión? *Grande parure*?

—Deseo hablar con el rey —respondió John, sin mirar a Duvalier. Impaciente, interrumpió el desfile de maniqués.

—Nuestra majestad ama los colores brillantes. Ama las sedas, los terciopelos, los brocados con bordados de oro y plata. Ama el paño de plata, la ratina gris, pero también las telas de color albaricoque, el raso color cereza...

—Deseo una vestimenta cómoda, menos afectada —lo interrumpió secamente John.

—Pero monsieur, el mundo entero mira hacia París e imita lo que lleva el rey.

—Yo vengo de Londres. Allí la niebla es tan espesa que apenas se ve la casa de enfrente, y no digamos el canal que lleva a París. Pero me parece que la moda se va haciendo poco a poco más pertinente, más cómoda, más amigable. —John se detuvo ante un maniquí que llevaba calzones blancos y un jubón azul.

El sastre Duvalier estaba perplejo. Cambió unas miradas con sus ayudantes y se volvió nuevamente hacia Law.

—Ésos son modelos un poco anticuados, monsieur.

John sonrió de oreja a oreja.

—Lo sé, de cuando los uniformes marcaban la moda. Pero no quiero llevar nada que recuerde a la guerra de los Treinta Años. Quiero algo que apunte al futuro. En un futuro no demasiado lejano ya no habrá guerras. Nos dejaremos guiar por la razón y el pragmatismo, nuestras consideraciones serán sobrias y lógicas. Todo lo que haremos será supervisable de manera objetiva, fiable.

—Monsieur, me temo que no os entendemos.

John se inclinó hacia Duvalier y le susurró al oído:

—Quiero unos calzones que no me castren.

Pasaba la mayoría de las tardes en el salón rojo de los católicos ingleses, en el castillo de St. Germain-en-Laye. Allí se jugaba todos los días, y se concedía al joven y talentoso escocés el favor de llevar la banca. También sir George de St. Andrews era un habitual. Desde el primer día, buscó la proximidad del escocés.

Así que a John no le sorprendió que, por fin, una noche el inglés esperase a que los otros huéspedes se fueran para dirigirse a él.

—He tenido correo de Londres, monsieur Law.

John repartió las cartas y deslizó un montón hacia sir George sobre la mesa de fieltro verde. Se quedó con el segundo montón.

—¿Qué hay de nuevo en Londres?

Sir George escogió una carta, hizo su apuesta y la puso boca arriba.

—Todo Londres habla de vuestra aventurera fuga.

John también volvió su carta. Había vuelto a ganar. Siguieron jugando por pura

rutina, mano tras mano.

—He oído decir que en Londres conocisteis a mi esposa, Catherine Knollys.

—Sí, también jugué en el salón de lord Branbury. —John no mostró emoción alguna. No se le había escapado el tono acechante de sir George—. ¿Podré tener el placer de poder saludar en París a vuestra señora esposa?

Sir George había vuelto a perder. Respiró hondo y pidió nuevas cartas. De pronto, estalló:

—¿Cómo lo hacéis, monsieur Law? ¿Habéis perdido alguna vez?

—A veces ocurre. Pero no a menudo. Considero las cartas una profesión, no una diversión.

—Reveladme vuestro truco, monsieur. Tiene que haber un truco.

—No hay ninguno, sir George. Son matemáticas. Al principio del juego, todas las cartas tienen la misma probabilidad de ser extraídas. A cada nueva mano, la probabilidad porcentual cambia a favor de cartas concretas. Hay que calcularla. Y deprisa.

—¿Y ése es vuestro don, calcular deprisa? Nadie puede hacer tales cálculos en un tiempo tan breve.

—Llevo toda la noche demostrándoos lo contrario. ¿O estáis poniendo en duda mi honradez?

—Oh, no —rechazó horrorizado sir George—, no tengo la intención de batirme con vos, monsieur Law. Admiro vuestras... capacidades. Un jugador como vos... nunca me lo había encontrado antes. Eso es lo que quería decir.

John le dio nuevas cartas. Sir George apostó sus últimas fichas al siete. Salió el ocho. Se quedó mirando la mesa, rígido y furioso. Luego estalló:

—¡Podéis quitarme a mi esposa, pero no mi patrimonio!

Apartó la silla y abandonó enfurecido el salón.

Marc-René de Voyer de Paulmy, marqués D'Argenson y prefecto superior de policía de París, estaba sentado en su cuarto de trabajo, escasamente iluminado, de la abadía benedictina del Faubourg St. Antoine, y reflexionaba. Tenía alrededor de cuarenta y cinco años. Bajo la abundante peluca de rizos, negra como la pez, brillaban dos ojos inteligentes y alerta, pero su prominente dentadura daba a toda su persona un aspecto algo animal, amenazador. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Me quiere la gente de ahí fuera?

Se inclinó un poco más sobre la mesa y miró a la encantadora Marie-Anne de Châteauneuf directamente a los ojos.

—Os teme, marqués D'Argenson. Dicen que no hay nadie en esta ciudad de quien no sepáis con exactitud cuándo se levanta por la mañana y adónde va, lo que hace y lo que piensa. Y lo que piensa hacer mañana.

El marqués sonrió, aburrido. No había formulado la pregunta en serio. Le divertía

que la gente respondiera por puro miedo a preguntas absurdas. Miró a la mujer sentada frente a él, y observó cómo sus senos se alzaban y descendían al respirar. Trató de visualizar desnuda a Marie-Anne de Châteauneuf, pero la imagen no lo excitó. Guardó silencio. La calma e imperturbabilidad externa que emanaba le daban una peligrosidad que todos los que alguna vez lo habían visto guardaban en su memoria. Se intuía que dentro de ese hombre pasaba algo inusual, algo que un día podía ser fatal para alguien. No era hombre de palabras galantes. Cuando sonreía, daba miedo, se le creía capaz de todo, de dar protección ante la corte real o de enviar al eterno destierro en las galeras francesas o en subterráneas mazmorras. El marqués no toleraba ningún error.

—El rey no me paga para ser querido —precisó D'Argenson a la Duclos.

La Duclos, así llamaba todo París a la celebrada actriz Marie-Anne de Châteauneuf, que reunía en su salón a todo el que tenía nombre y rango en la ciudad. Era una mujer pequeña, de aspecto infantil, siempre en movimiento, como si padeciera una inquietud interior. Llevaba el cabello más corto que otras mujeres, tenía una boca hermosa y llena y grandes ojos, que aceleraban los latidos de más de un corazón. Era difícil no enamorarse de ella.

—Me gustaría invitaros a mi salón —sonrió—, al fin y al cabo el prefecto superior de París siempre es un huésped bienvenido...

—Un huésped temido —sonrió el marqués.

—Un huésped respetado —lo corrigió la Duclos.

El marqués tomó nota del halago. No movió un músculo.

—¿De dónde procede?

Ahora fue la Duclos la que sonrió.

—Monsieur le Marquis... ¿queréis decirme que no sabéis aquello de lo que habla todo París?

—¿De dónde procede? —preguntó secamente D'Argenson.

—De Inglaterra. Dicen que allí mató a un *beau* en duelo.

—¿Qué anda buscando aquí?

—Juego. Deberíais verlo jugar. Mientras juega, diserta de pasada sobre cuestiones de teoría financiera, y mientras las gentes lo escuchan cautivadas tratando de seguirle, pierden todo el dinero que juegan. Muchos lo consideran un genio.

—Oh, *voilà*, así que tenemos un genio en París.

—Por favor, dadle una oportunidad, monsieur le Marquis. Aún no ha hecho nada para ser culpable.

—¿De veras? —sonrió D'Argenson—. He oído decir que sir George de St. Andrews lo considera un genial estafador. Ese escocés le sacó bastante dinero en el castillo de St. Germain. Me gustaría verlo con mis propios ojos. Sólo que, como prefecto superior de policía, me guardaré muy mucho de ir al castillo de los jacobitas.

Allí estaba otra vez, esa extraña sonrisa que sugería amabilidad pero provocaba miedo y espanto.

—¿Queréis decir que debería invitarlo a mi salón? —preguntó sorprendida la Duclos. La punzante mirada del marqués la hizo estremecer, y tiró confusa de la pañoleta que le cubría el pecho.

D'Argenson guardó silencio. Miró a la bella mujer y se perdió en sus ojos. Se preguntó si alguien como ella tenía más poder que el prefecto de París. Ella respondió enseguida a su titubeante, tímida sonrisa. Sólo entonces él fue consciente de haberle sonreído. Sabía que no sabía sonreír de verdad, que su sonrisa resultaba torturada, rígida y como deforme. Pero la Duclos le había respondido como si se hubiera enamorado de él. Lo hacía con todos los hombres, no por cálculo, sino por pura alegría de vivir. Simplemente, ella era así. Amaba la vida y la gente. Y la gente la amaba y la admiraba por eso. D'Argenson trató de imaginársela como amante, pero desechó la idea. Con la Duclos como amante, D'Argenson ya no sería D'Argenson. Una Duclos a su lado le habría privado de toda capacidad de horrorizar.

—Sir George de St. Andrews me manda decir que le gustaría que echase un vistazo a los dedos de ese escocés —dijo al cabo de un rato.

—Muy bien, invitaré a John Law a mi salón. Pero sólo si me prometéis que no lo expulsaréis a la primera oportunidad.

—Nunca he prometido nada a nadie, querida Duclos. Tampoco tengo nada en contra de los genios. Los genios son inofensivos, mientras no tengan ambiciones.

El barco correo que cruzó el canal de la Mancha aquella mañana fría y gris llevaba pocos pasajeros. Uno de ellos era el capitán Wightman. Observaba atentamente a una joven y bella mujer que estaba en la cubierta de proa y disfrutaba de la fría brisa que soplaba. Al cabo de un rato se le acercó un desconocido, vestido de manera extraña. Llevaba botas de montar y un manto de cuero con capucha. Al parecer, la mujer y el desconocido empezaron rápidamente a discutir. El capitán Wightman avanzó decidido hacia proa y se dirigió a la dama.

—Disculpad, soy el capitán Wightman. Madame, si puedo seros de ayuda en algo...

Ella se volvió y lo miró sorprendida.

—Os vi en el tribunal. Erais el padrino del difunto *Beau Wilson*.

—Muy cierto. Y vos sois Catherine Knollys. Os vi en el tribunal. —El capitán se volvió ásperamente hacia el desconocido, que calzaba botas de montar—: ¿No vais a presentaros, sir?

—Os pido perdón. George Lockhart de Carnwath. —Se inclinó apenas.

—Quiere batirse con John Law —sonrió Catherine.

—Me debe una satisfacción —completó Lockhart de Carnwath, en tono elegante y amable.

—¿Por qué no lo mencionasteis ante el tribunal? —preguntó Wightman con un matiz de irritación.

—Es difícil que pueda batirme con alguien que cuelgue de un cadalso.

—Me temo que no tendréis suerte, porque me han encargado retar a duelo a John Law y vengar la muerte de Edgar Wilson. —El capitán se llevó la mano al pomo de la espada y miró a los ojos a Lockhart de Carnwath.

—Lo lamento, capitán Wightman, mi derecho a obtener satisfacción es más antiguo. Me corresponde la prelación. —Lockhart de Carnwath puso a su vez la mano en la empuñadura de su espada y abombó el pecho.

—Vos ya os batisteis con John Law —dijo Catherine—. Perdisteis y no queréis aceptarlo. Así pues, no queréis satisfacción, sino un nuevo duelo, aunque no hay ningún motivo para ello.

Wightman se inclinó ante Catherine y luego se dirigió con aspereza a Lockhart de Carnwath.

—Os agradezco vuestras aclaraciones. Mataré a John Law. Si en cambio él me mata, lo que es muy improbable, quedaréis en libertad de retarlo nuevamente a duelo.

—Capitán Wightman, considero una afrenta esas manifestaciones —dijo Lockhart de Carnwath con voz firme.

Catherine se volvió, divertida, hacia el capitán.

—Cree que le habéis ofendido. Caballeros... mientras os batís aquí en cubierta, iré al camarote del capitán a que me sirvan un té caliente. ¿Necesitáis padrinos?

Catherine se apartó de la borda y se dirigió a las amplias escaleras de madera que llevaban a los camarotes. Atrás quedaron los dos hombres, acechándose tensos y agresivos como dos mastines furiosos que defienden su territorio.

—Damas y caballeros, tengo el gran honor de presentaros esta noche a un hombre al que precede la fama de ser uno de los mejores en las mesas de juego de Europa: monsieur John Law de Lauriston.

Dos pajes apartaron los pesados cortinajes de terciopelo púrpura. Un hombre entró en el fastuoso salón de la Duclos, una aparición como la de un rey de un nuevo mundo. Con su metro noventa, John Law superaba en estatura a todos los duques, marqueses, condes, actores, eruditos, científicos, *beaus* y jugadores de azar allí presentes. Con su ancha levita de terciopelo en discretos tonos pastel con faldones blancos, entró como una fuerza de la naturaleza. Las mangas, inusualmente anchas, estaban decoradas con vueltas llamativamente grandes, y los faldones de la levita eran grandes. Se dirigió con decisión a la mesa de juego central. Dominador y galante, respondió a las miradas de reconocimiento. Todo en aquel extranjero de elevada estatura y exclusivo pañuelo al cuello resultaba auténtico, su calma no era fingida, su galantería no era forzada. No había comparación posible con el egocéntrico y bajito Rey Sol, sobre sus elevados tacones. John Law llenaba con su presencia todo el salón, y cautivaba de forma irresistible a los presentes, antes de

haber dicho una sola palabra ni haber repartido una sola carta.

El marqués D'Argenson estaba junto a la mesa de juego, e indicó a sir George con un gesto que pidiera enseguida una partida.

—Lleva ropa de algodón —susurró D'Argenson—, aunque el rey ha prohibido su importación.

Sir George se sumó a la opinión del marqués, con gesto amargo:

—Es una afrenta, una intencionada provocación. ¿Es que quiere indicar con eso que Francia ha perdido su posición dominante en el mundo?

—Está claro que considera anticuadas las ordenanzas en materia de vestimenta de nuestro rey —sonrió D'Argenson.

—Al menos aún lleva una peluca de rizos —sonrió sir George al sentarse a la mesa.

—Tendrá que sujetársela con las dos manos, porque pronto le va a soplar en el rostro una gélida brisa.

El nuevo tres piezas de John Law suponía, de hecho, una ruptura con las costumbres impuestas. Pero más de uno que se mostraba sorprendido entre cuchicheos sentía cierta complacencia secreta de que el rígido orden del absolutista Rey Sol siguiera desmigajándose. La aparición de Law permitía intuir lo quebradiza que se había vuelto la cáscara de la sociedad parisina, y cómo se romperían de golpe todos los diques cuando se anunciara la muerte del viejo monarca francés.

John había recibido de la Duclos el privilegio de llevar la banca. Contra él jugaron sir George y dos nobles. D'Argenson había decidido escrutar la mesa como un león. Trataba de irritar así al escocés y se mantuvo en permanente movimiento. A veces se situaba al costado de John, a veces detrás de sir George, mirando fijamente las anchas vueltas de las mangas del nuevo traje del escocés. Trataba de ser omnipresente e intimidarlo. En contraste con el rígido y entallado estilo de la vestimenta de los presentes, las anchas y cómodas prendas que John se había hecho confeccionar hacían que pareciese todavía más alto e imponente. Pero el escocés tenía aspecto de muy versado en las experiencias de la vida, y nada parecía inquietarlo. Su calma era absoluta; sus palabras, meditadas y formuladas con precisión y elegancia, como si estuviera citando de un libro.

Se le podía querer o no, pero deslumbraba a todo el mundo. Al cabo de pocas partidas, un invitado se enzarzó con John en una conversación sobre la utilidad del recién fundado Banco Nacional de Inglaterra. Mientras seguía concentrado en el juego de su adversario, John explicó los puntos débiles de ese sistema bancario falto de decisión y abogó, como de pasada, por la introducción del papel moneda para solucionar la escasez de metal. Casi nadie en el salón comprendió sus explicaciones; sin duda entendían las palabras, pero no su sentido ni su utilidad para Francia.

En cambio, D'Argenson sabía muy bien de qué hablaba el escocés. También había otro hombre que seguía atentamente las explicaciones. Tenía más o menos la misma edad que John, quien advirtió que el sexo femenino se interesaba mucho por

aquel joven de singular atractivo. Cuando sus miradas se encontraron, una sonrisa de mutuo reconocimiento y simpatía iluminó sus rostros. Supieron de inmediato que se caían bien y se entendían. Una sola mirada había bastado para decirse que ambos amaban a las mujeres, el vino, el mundo de los elegantes y poderosos y los salones donde se jugaba y se intercambiaban ideas nuevas y excitantes.

El joven sonrió.

—¿Querrá revelarnos monsieur Law de Lauriston cuáles son, en su opinión, las razones de la desoladora situación económica de nuestra nación?

John tuvo la certeza de que aquel joven gozaba de especial protección en la corte del rey. De lo contrario, era inconcebible que hubiera calificado públicamente de desoladora la situación de Francia.

—Si yo fuera ministro de Hacienda, la atribuiría a las numerosas guerras: veinte años de guerra, un ejército permanente de más de doscientos mil hombres, el excesivo uso de recursos que conlleva afrontar una guerra... —Un murmullo recorrió la sala mientras John repartía las cartas, esperaba las apuestas de los otros jugadores y proseguía, impertérrito—: La emigración de medio millón de hugonotes...

Las voces de disgusto subieron de volumen. D'Argenson, que ya estaba furioso por no poder pillar al escocés haciendo trampas, lo interrumpió:

—No creo que un escocés protestante deba dar ninguna clase de consejos a Francia.

—Me ha sido pedido expresamente, monsieur —sonrió Law, señalando al joven con un gesto elegante.

—Al duque de Orleans le gusta bromear —respondió D'Argenson.

—A mí también —respondió John, cosechando amables risas. Saludó al duque con un benevolente gesto de reconocimiento y recogió, con un discreto movimiento de la mano, las monedas de oro que sir George acababa de perder.

—El duque de Orleans es sobrino del rey, monsieur Law —murmuró sir George con una inocultable alegría por el mal ajeno.

John se volvió de nuevo hacia el duque y le expresó su respeto con una renovada reverencia.

—No temáis, monsieur Law, no informaré de esto al rey —sonrió el duque.

—Me gustaría que lo hicierais. He venido a París para exponer al rey mis planes para el saneamiento de las finanzas públicas francesas.

La mirada de D'Argenson se ensombreció aún más. A John no se le escapó que estaba hirviendo de indignación. Se volvió amablemente hacia el prefecto y le dijo:

—Monsieur, que alguien esté facultado para dar un consejo en materia monetaria no es una cuestión de nacionalidad, sino de conocimientos.

D'Argenson se inclinó hacia la Duclos y susurró:

—Un genio con ambiciones, madame.

La Duclos se había desnudado con la rapidez del rayo y sentado en el ancho alféizar de la ventana. Impetuosa, atrajo hacia sí a John Law, lo sujetó por el talle, le arañó el trasero y gimió de forma tan desenfadada que probablemente toda la servidumbre estaba escuchando detrás de las puertas.

Mientras John le besaba el cuello, distinguió luces abajo, en el patio. Vio un coche y dos hombres que se apeaban. Sir George y D'Argenson.

—Tened cuidado con D'Argenson —gimió la Duclos.

—¿Es el hombre con cara de chimpancé? —jadeó John.

—Sí —gimió ella buscando aire—, es el prefecto superior de policía de París.

Mientras John embestía con fuerza a la delicada actriz, que profería gritos cada vez más fuertes, vio cómo los dos de abajo se estrechaban la mano.

D'Argenson alzó la vista hacia una ventana del segundo piso y creyó distinguir las siluetas de dos personas.

—La chusma fornicaba incluso en los rellanos de las escaleras —observó despectivo sir George. La mirada del marqués no se apartó de allí.

—Entre la servidumbre no me ha llamado la atención nadie tan alto, sir George. ¿Cuánto habéis perdido esta noche?

—Demasiado.

—No puedo devolveros el dinero, pero puedo cuidar de que no perdáis más.

La Duclos cogió la cabeza del escocés y lo besó fervorosa en la boca.

—Vuestro traje nuevo ha extasiado a mis invitados. Esa gente pensaba que las modas de nuestro moribundo rey durarían para siempre. Pensaban que tendríamos que ir todos desnudos si esa moda desapareciera un día. Hoy habéis demostrado que eso no es verdad. Viene algo nuevo. Habéis dicho esta noche: «Cuando algo muere, viene algo nuevo». Y todos en el salón pensaron: ese escocés tiene razón. Incluso si el rey muere, no morirá Francia, sino tan sólo el rey.

—La gente escucha, pero no comprende. Si tengo suerte, el rey me escuchará. Pero ¿comprenderá también que el dinero es un medio de intercambio, que no tiene valor en sí mismo, y por eso no puede ser medido por su contenido en metal?

—Sois injusto conmigo, monsieur Law —dijo una voz en la oscuridad. La Duclos gritó aterrorizada, se escurrió del alféizar de la ventana y recogió sus ropas. La puerta del salón se abrió de golpe y las lenguas de luz de las antorchas entraron desde el rellano de la escalera. Ante ellos estaba el duque de Orleans, con un manto púrpura colgando de los hombros. Debajo iba desnudo. Tras él se reían en voz baja unas damiselas, también escasamente vestidas—. Por fin un hombre inteligente en París.

Hacedme el favor de uniros a nosotros y explicadme vuestras teorías con un poco más de detalle. Si con vuestra maravillosa multiplicación del dinero podéis reducir a la mitad las deudas del Estado, quizá incluso mi tío lo aprobara. Aprobara, que no entendiera. Nuestro Rey Sol está tan rodeado de consejeros que desde hace mucho se encuentra en la oscuridad.

John y la Duclos se vistieron apenas y siguieron al duque al salón en penumbra. John se sentó junto a él en un blando sofá y contempló los cuerpos desnudos que se deslizaban con sigilo a la luz crepuscular sobre valiosos gobelinos que cubrían el suelo. El aire estaba lleno del olor dulzón de los pebeteros en que ardían esencias orientales. Al otro extremo del salón, una muchacha tocaba el clavicémbalo. Otras jóvenes yacían a sus pies, aspirando las boquillas de narguiles turcos. Movían los ojos como poseídas por demonios.

—Tenéis que contarme más, monsieur Law —pidió el duque al cabo de un rato—. Quien domina la mesa de juego, posiblemente también pueda tomar las riendas de las finanzas del Estado. En última instancia, las dos se basan en una fórmula matemática, en un algoritmo. No tengáis pelos en la lengua; si vuestras teorías me convencen, no os ofreceré una mesa de juego para demostrar que son correctas, sino toda una nación. No jugaréis con fichas, sino con millones de personas.

El duque alcanzó una jarra llena de vino y bebió un sorbo, luego se la tendió a John, que se la llevó a los labios y la vació en pocos tragos.

—Venid —dijo el duque sonriendo, y se puso en pie de un salto.

John lo siguió por el salón en penumbra, atravesando pesadas cortinas, ante cuerpos desnudos que parecían perdidos en confusos sueños. Una y otra vez le tocaban manos, querían retenerlo. Pero el duque tiró de él riendo, hasta que llegaron a una mesa sobre la que había un gran arcón. Dentro se revolvían ratoncitos de campo. Un joven con el torso desnudo y estrechos calzones rojos se afanaba con un cilindro de cristal. El cilindro producía un grado de vibración. Curiosas, unas muchachas semidesnudas observaban el experimento.

—Éste es el fuego eléctrico —susurró misteriosamente el duque, y miró a John—. Electricidad producida mediante frotación.

Entonces, el joven de estrechos calzones sujetó dos alambres y tocó con ellos un ratón. El roedor fue lanzado contra la pared interior del arcón y quedó inmóvil.

—¿Muerto? —preguntó John.

El duque de Orleans agarró el ratón por la cola y lo levantó. John lo sujetó. Estaba muerto.

El joven que había llevado a cabo el experimento sonrió de oreja a oreja, enseñando su cariada dentadura.

—Ahora se lo haremos a un ratón mayor —susurró el duque—. A mí.

Un murmullo recorrió el salón. Cada vez más figuras oscuras se acercaban a la misteriosa caja. El joven hizo girar la rueda nuevamente y trató de componer una expresión especialmente deprimida. Luego cogió la mano de la muchacha que se

apoyaba lánguida contra él y empuñó al mismo tiempo los cables. Con un grito estridente, la muchacha fue lanzada al suelo y quedó inmóvil.

—¿Impresionado? —preguntó el duque.

—¿Muerta? —preguntó Law.

—No, no —rió el francés, mientras los presentes volvían a poner en pie a la alterada muchacha—. Quizá un día podamos hacer andar a los paralíticos. O ganar la guerra contra Inglaterra.

»Aquí, en este salón, monsieur Law, estáis viendo lo que dentro de cien años sabrá hacer cualquier niño: experimentos magnéticos, bombas de nuevo cuño, máquinas impulsadas por el vapor. Estamos en el umbral de una nueva era, de una era en la que todo será explicable y reproducible. Y al final ya no habrá preguntas pendientes. Y Dios se sentará a descansar y nos dejará solos con todos nuestros vicios.

El duque se volvió, provocando aplausos, hacia una joven que había cerca de él, se arrodilló delante de ella y empezó a besarla apasionadamente.

En el cementerio que había detrás del Hospital de París había siempre, como en todas las ciudades de Europa, tumbas recién abiertas. La muerte no era nada especial. La muerte era un acontecimiento frecuente. Tal como se sabía que los perros no viven más de diez o doce años, también se sabía que las personas nunca envejecían juntas. Casi nunca. La gente se moría. Las parejas eran separadas constantemente. Uno perdía a su esposa o a su esposo una vez, dos, tres, cuatro veces. Se perdían media docena de hijos antes de que por fin uno alcanzara el séptimo año de vida. Se moría de forma permanente, en todo momento y en todo lugar. La muerte era omnipresente. Se sellaban alianzas para sobrevivir, alianzas temporales, para soportar mejor juntos, como pareja, la crueldad del destino. John recorrió el sendero que zigzagueaba entre las tumbas. En la mano llevaba el bastón del monedero de Edimburgo, el bastón de su padre, con el puño dorado y las palabras grabadas *Non obscura nec ima*. «Ni oscuro ni pequeño». El médico que había operado a su padre ya había muerto. No había podido hablar con nadie de su padre. Tampoco había nada de lo que hubiera querido hablar. Su muerte había sucedido once años atrás. Recorrió los grupos de tumbas y se detuvo al fin ante una modesta sepultura. Estaba cubierta de malas hierbas y no tenía lápida, tan sólo una pequeña placa hundida en el suelo, en la que se leía el nombre de su padre: «William Law».

John apretó el bastón con fuerza. Mentalmente, le dijo a su difunto padre que sólo había ido allí a cumplir su promesa.

—No prometáis demasiado a vuestro padre —se burló una voz a sus espaldas—. Yo al menos nunca hago promesas.

John se volvió. El marqués D'Argenson se le acercó con lentitud. Tenía esa singular sonrisa que decía a todo el mundo que contra él, el prefecto superior de

policía de París, no se podía hacer nada.

—Perturbáis la paz de los muertos, señor marqués.

—¿Desde cuándo un hombre tan racional como vos cree que los muertos necesitan paz?

Se acercó hasta dos pasos de John y lo miró directamente a los ojos.

—¿Acaso mis papeles no están en orden?

—No os pude descubrir ayer noche, monsieur Law. No sé cómo lo hacéis, pero hacéis trampas, utilizáis algún sucio truco.

John no se alteró. Veía fuego en los ojos del francés, sabía que quería provocarlo. No mordería el anzuelo.

—No practico el juego de naipes como entretenimiento, sino como tarea científica. Calculo el riesgo. Como un corredor de apuestas o una compañía de seguros.

D'Argenson sonrió.

—¿Y qué hacéis durante el día? ¿Qué se le ha perdido en París a un escocés protestante condenado a muerte en Inglaterra? No habréis venido sólo para preñar a la Duclos, supongo.

—Me dedico a los escritos de teoría económica...

—Sois un jugador de azar —lo interrumpió abruptamente el prefecto—, uno de esos desdeñables caballeros de fortuna que recorren Europa de salón en salón. Unas cuantas trampas, unas cuantas fornicaciones...

—¿Queréis insultarme, monsieur le Marquis?

—¿Queréis retarme a duelo? —sonrió D'Argenson.

—No. ¡Me propongo convencer al rey de mis ideas!

—Temo que no tengáis ocasión. Disponéis de una hora para abandonar París, y otras doce para salir de Francia.

—¿Con qué derecho, monsieur?

—Puedo arrojaros a las mazmorras hasta que se me ocurra qué párrafo de la ley aplicaros, monsieur Law.

John sonrió.

—Vuestros argumentos son muy convincentes, pero ¿convenceréis también al duque de Orleans?

—No sé qué os ha prometido el sobrino del rey. Da igual lo que sea, esta mañana ya lo habrá olvidado. Vuestro coche espera. Dirección Ámsterdam o Venecia... ¿o preferís Londres?

John asintió.

—Volveré, monsieur.

—Eso dicen todos, pero sólo la peste vuelve una y otra vez.

Los hombres que avanzaban en una interminable columna en dirección a París

estaban todos rapados al cero. Llevaban las rojas chaquetas de fieltro de los condenados a galeras del Rey Sol. La necesidad de nuevos remeros era ingente; en toda Francia se condenaba cada vez a más gente a servir en galeras: criminales, ladrones, vagabundos, mendigos, gitanos, contrabandistas... y protestantes. Todos los condenados llevaban argollas de hierro al cuello. De ellas colgaban cortas cadenas con un anillo en el extremo. Por esos anillos se pasaba una segunda cadena que unía entre sí a todos los prisioneros. Si uno se caía, arrastraba consigo a los que marchaban delante y detrás. Era mejor no caer.

Nicolas Pâris miró a John Law, sentado en el coche frente a él. Lentamente, trastabillando, la casi interminable columna de presos pasó ante ellos.

—Deberíais estar agradecido al señor marqués D'Argenson por no tener que ir a pie a Marsella —murmuró Pâris con mirada cansada—. Hay más de doscientas millas hasta Marsella. No todo el mundo sobrevive a eso. Los prisioneros que llegan a Marsella son siempre insuficientes, aunque por el camino vaciamos todas las cárceles. Sencillamente son demasiado pocos. Allá donde se hace contrabando de sal y tabaco hay cárceles, pero aun así siempre tenemos escasez de remeros.

John miró los rostros estragados de los presos, que echaban implorantes miradas al coche mientras pasaba traqueteando ante ellos. Aquella gente estaba destrozada por la tortura, la violencia y el hambre. A la mitad de ellos les habían cortado las orejas y tenían una quemadura en el rostro.

—Ésos son los desertores, monsieur Law. Les cortamos la nariz y las orejas y les estampamos dos flores de lis en las mejillas, las flores de lis del rey.

—¿Y aquellos de allá? —preguntó John. Algunos esclavos tenían aspecto de extranjeros.

—Turcos, musulmanes —murmuró Nicolas Pâris, y bostezó sonoramente—. Todos los que compramos en Livorno, Venecia, Malta, Mallorca y Cagliari son turcos. En Oriente los cristianos revientan amarrados a los bancos de las galeras, y aquí lo hacen los turcos. ¿Veis a ese de ahí? —Pâris se inclinó hacia la ventanilla del coche—. Es un iroqués. Los atrapa el duque de Denonville, el gobernador de Nueva Francia, y los vende al ejército. Pero es mercancía desechable. No hay más que estornudar encima de ellos, y caen muertos.

—Iroqueses —murmuró John.

—Sí, iroqueses. ¿Por qué no probáis suerte en el Nuevo Mundo, monsieur Law? En el país de los iroqueses. Dicen que sus mujeres son insaciables como hembras salvajes.

—Prefiero las mesas de juego de Europa —sonrió John.

Catherine Knollys entró silenciosamente en el salón rojo de los católicos ingleses, en el castillo de St. Germain-en-Laye. Rehuyó la luz de las lámparas de aceite y se mantuvo discretamente al fondo. Sólo sus ojos se movían incansables, mirando a la

gente bajo las grandes arañas, sentados a las mesas de faraón y jugando. Junto a las paredes estaban los criados, tan inmóviles y apenas visibles como ella misma. Observaban los acontecimientos, registraban cada movimiento de las manos, cada mirada. Un lacayo se acercó a Catherine y le preguntó en voz baja qué deseaba.

—¿Está sir George de St. Andrews aquí? —preguntó Catherine. El criado asintió y señaló hacia la última mesa de faraón. Catherine se dirigió lentamente hacia allí. El juego estaba animado. Uno de los jugadores era sir George. Tocó suavemente la mano de su joven acompañante y le susurró al oído. La dama sonrió con embarazo y ocultó el rostro tras el abanico. Luego sir George apostó otras cinco fichas al rey de corazones y miró a su acompañante, seguro de sí.

—*Sept gagne, dix perd* —dijo el banquero.

Se oyeron exclamaciones de asombro y decepción. La banca retiró las apuestas hechas al siete. Sir George alzó la vista, irritado. Al hacerlo advirtió a la dama que se hallaba en segundo plano, y que se acercaba directamente a la mesa. Iba a centrarse nuevamente en el juego cuando tomó conciencia de que esa mujer no era otra que su propia esposa. ¿Su esposa en París? Lentamente, retiró la mano del muslo de la joven y volvió la vista hacia su esposa con expresión inocente. Pero ella había desaparecido. Donde había estado un segundo antes, había ahora un caballero entrado en años, de empolvada peluca.

Catherine Knollys había vuelto la espalda a la mesa de faraón y se dirigía a la alta puerta de doble hoja del salón, flanqueada por dos criados. Aún no había llegado cuando sir George volvió a verla. Se disculpó con su acompañante y fue tras ella.

—¿Catherine?

Ella se detuvo entre los dos criados y se volvió.

—¿Quién os ha dado permiso para dejar Londres? —preguntó sir George con severidad y mirada fría.

Catherine sonrió.

—La mejor defensa es un buen ataque, ¿verdad, monsieur? —respondió.

La conversación resultaba más bien incómoda para los dos criados. Parecían de piedra. Miraban fijamente por encima de las cabezas de la pareja. Apenas respiraban. Tan sólo la nuez de Adán, que subía y bajaba con agitación, permitía deducir que estaban vivos. Para los nobles no eran más que muebles, los nobles estaban acostumbrados a estar constantemente rodeados de criados, daba igual si comían, hacían sus necesidades o acosaban a las doncellas en la cocina. Sólo los criados parecían no poder acostumbrarse a ello.

—No comprendo, madame. Os pregunto por qué no estáis en Londres.

—Porque ahora estoy en París, monsieur. Quería sorprender a mi amado esposo.

—Lo habéis conseguido, madame, pero no me siento muy satisfecho por ello.

—Oh —rió Catherine—, en realidad quise sorprenderos ayer por la noche, pero aún estabais ocupado con mademoiselle. Lo que a mí no me ha sorprendido.

—No tengo que rendiros cuenta alguna, madame —siseó sir George de

St. Andrews, mientras la nuez de los dos criados subía y bajaba con mayor rapidez—. Regresad inmediatamente a Londres en el próximo buque correo.

—No lo haré, monsieur. Desde que habéis emigrado a París, no dejo de oír historias de mujeres y vos. No me sorprendería que hubierais contraído la sífilis hace mucho.

—Madame, vais decididamente demasiado lejos...

—Monsieur, siempre me he esforzado en quereros y complaceros. Quizá un día habría podido incluso llegar a amaros.

—Madame, hay reglas. Tanto en el juego como en la vida. Si no entendéis las reglas de juego de la vida, os ruego que pidáis a vuestro hermano, el estimadísimo lord Branbury, que os explique las obligaciones y los derechos de una esposa.

Por un instante, las miradas de los dos criados se encontraron. Cada uno apartó la suya horrorizado.

—Veo que el cielo ya os ha castigado por vuestra desenfrenada vida, monsieur. La sífilis parece haber afectado vuestro entendimiento.

—Si fuerais un hombre, os retaría a duelo —siseó sir George.

—Si yo fuera un hombre, aceptaría el reto. —Y tras estas palabras le dio una bofetada en pleno rostro. Luego abandonó la sala.

John Law se alojó frente al renombrado Banco di San Giorgio y, al día siguiente, le hizo una visita. Estaba junto al Banco del Giro, fundado en 1619, y al Banco del Rialto, la institución bancaria más importante de Venecia, un impresionante edificio renacentista con columnas corintias, costosamente decorado con motivos romanos y griegos.

Mientras el duque de Saboya, el director del banco, examinaba el documento de crédito de Maître le Maignen, dedicó una sonrisa benevolente a Law. Pintores neerlandeses e italianos adornaban los oscuros paneles de madera barnizada que revestían las paredes del fastuoso salón, que servía al banquero de cuarto de trabajo. Una luz clara y cálida entraba por las altas ventanas y parecía despertar a la vida los numerosos frescos y pinturas pompeyanas.

Ante una mesa artísticamente tallada se sentaban dos secretarios, ocupados en tareas propias de su oficio. Tras ellos se abría de par en par una puerta de doble hoja, que dejaba ver una biblioteca que se prolongaba hasta el patio del *palazzo*.

—¿Os quedaréis mucho tiempo en Venecia, señor Law?

—Sí —respondió John, no porque así lo creyera, sino porque esa respuesta le parecía la más útil.

Contó que tenía la intención de publicar un tratado de teoría económica sobre «dinero y comercio», y con esa finalidad quería saber más sobre los renombrados institutos bancarios de Venecia. Habló de Edimburgo, de Londres, de Paris, de sus conversaciones con el duque de Orleans, no demasiado, pero lo bastante como para que alguien que lo oyera pudiera atar algunos cabos e introducirlo en los círculos de los ricos y poderosos. El duque de Saboya le explicó que los bancos venecianos no eran sencillamente bancos en los que los acreedores depositaban moneda y recibían a cambio una nota de abono en papel. No, los bancos venecianos estaban formados por un grupo de personas nobles, de acreedores muy adinerados que habían prestado dinero al Estado y administraban a cambio los ingresos del mismo. Adquirían propiedades, mantenían ejércitos y flotas, hacían la guerra y negociaban tratados.

Cuando el duque le hubo entregado el efectivo deseado, le preguntó si podía hacer algo más por él.

«*Mesdames, Messieurs, faites vos jeux*»

El duque de Saboya había proporcionado a John el acceso al *ridotto* más renombrado de Venecia: el *palazzo* de Marco Dandolo. Allí sólo iba quien tenía nombre y rango. Los *ridotti* de Venecia eclipsaban todo lo que John Law había visto en Inglaterra y

Francia. Las salas de juego del *palazzo* estaban repartidas entre varios pisos, con innumerables mesas de juego. La máscara veneciana era obligatoria, y facilitaba la rápida y anónima satisfacción de toda clase de deseos en discretas habitaciones adyacentes. Según el *ridotto*, las apuestas en las mesas eran más altas o más bajas. Allí donde estaban permitidas las apuestas más altas se encontraban también los más poderosos de la ciudad, misteriosas concubinas y los eternos jugadores de azar. Eran notorios jugadores de fortuna de todos los lugares de Europa, que siempre alegaban tener en demasía aquello a lo que aspiraban día y noche: dinero. Adornaban su cháchara con alusiones en apariencia casuales a su ascendencia supuestamente selecta, aunque en realidad se alojaban como ratas en los albergues más baratos. Lo único que podían permitirse eran los caros atuendos para sus apariciones vespertinas, y un poco de calderilla para empezar el juego. John se distinguía agradablemente de esos personajes. Evitaba parecer llamativo e inverosímil por exagerado. Celebraba el arte de leer un juego de naipes, e impresionaba con ello tanto a los ricos banqueros de las mesas como a las damas, que ocultaban lánguidas sus miradas detrás de las máscaras mientras con sus abanicos indicaban, discreta y no tan discretamente, agrado y deseo.

John Law se convirtió con rapidez en tema de conversación de la ciudad. Pronto se le ofrecieron puestos en los bancos más renombrados de Venecia. Él aprovechó la oportunidad para familiarizarse con las operaciones cotidianas del sector bancario veneciano, y durante el día se dedicaba a sus nuevas tareas con gran empeño y ansia casi insaciable de saber. Las tardes las pasaba en los salones, las noches en las camas de las condesas, duquesas y concubinas. Pero sus compañeras de juegos empezaban a aburrirlo. Cada vez más, pasaba las veladas en su cuarto de trabajo, ocupado a la luz de las velas en un manuscrito que titulaba «Dinero y comercio».

El salón del duque de Orleans estaba, como de costumbre, bien surtido. La atracción de la noche era una pequeña bomba de vapor que sacaba agua de un cuenco. Con ayuda de la presión del vapor, producía un vacío y absorbía así el agua del fondo. Los invitados del duque estaban extasiados, y escuchaban absortos las explicaciones del inventor inglés, que trataba de explicar la utilidad del artefacto con su mal francés:

—Mi *machine never* se cansa. Necesita carbón. Carbón es *food*. *Can* más que cien caballos.

—¿Creéis que un día vuestra máquina podrá ser empleada para la masturbación?
—preguntó el duque, visiblemente borracho. Todos rieron.

Luego el inglés trató de explicar el procedimiento en inglés, pero la inquietud entre los presentes puso de manifiesto que no todos entendían esa lengua.

—¿No sabe vuestra máquina traducir? —preguntó uno de los presentes, un joven que se tenía en pie a duras penas, sostenido por dos muchachas.

—Dice que el agua se expande al calentarse y se transforma en vapor —dijo una

voz de mujer. Todos se dieron la vuelta y miraron la figura que se destacaba de la semipenumbra—. Si un cilindro herméticamente cerrado se llena de vapor y se enfría, vuelve a conseguirse agua. Eso produce un vacío que podría emplearse para mover un émbolo.

—Qué maravillosa época —dijo alegremente el duque—, en la que una mujer nos ilustra. —Y avanzó con los ojos muy abiertos hacia la desconocida—. El día que las máquinas de vapor hayan liberado a los hombres de todo trabajo, madame, lo único que haremos es tendernos a los pies de mujeres como vos y escuchar sus palabras.

Catherine se inclinó ante el duque y le tendió la mano con galantería.

—Bienvenida a mi salón, madame...

—Catherine Knollys —respondió ella en voz baja.

—Pero claro. Me alegra que pudierais atender mi invitación. He oído decir que conocisteis a John Law en Londres.

Y la llevó a un lado, apartándola de la gente que seguía las demostraciones del inglés.

—¿Dónde está? —preguntó el duque, que ahora ya no parecía en absoluto borracho—. Lo echamos de menos.

—Yo también —susurró Catherine—. Pensaba que podríais ayudarme.

—Se murmura que monsieur D'Argenson, nuestro muy honorable prefecto de policía, lo ha expulsado del país.

—¿Por qué motivo? —preguntó Catherine, preocupada y con la decepción escrita en el rostro.

—Probablemente —bromeó el duque— teme que un protestante escocés pudiera llegar a ser ministro de Hacienda de Francia.

—Os lo ruego, monsieur le Duc, ayudadme a encontrarlo, invitadlo a París, conseguidle un permiso de entrada, un permiso de estancia... Una invitación oficial de la corte.

Él la miró con escepticismo.

—Madame, temo que amáis a ese escocés. Eso es grave, madame, muy grave. ¿Por qué no podéis simplemente disfrutar?

Catherine le lanzó una mirada de desesperación.

—París no es Londres, madame —trató de explicar el duque—, aquí celebramos las fiestas tal como caen. Porque mañana todo puede haber terminado. El rey muere, el pueblo asalta Versalles, la peste regresa, la sífilis acosa... Cierta fatalismo se ha apoderado de París, madame. ¿Y vos habláis de amor? —Le dedicó una mirada compasiva.

—Estoy casada, monsieur, con sir George de St. Andrews.

—Todos estamos casados, madame, con convenciones, dependencias, obligaciones, todos remamos en imaginarias galeras. Pero cuando el rey muera, las máquinas de vapor impulsarán nuestras galeras y seremos libres para... para mujeres como vos, madame. Entonces todos romperemos los diques. Festejémoslo, estamos al

comienzo de una nueva era.

—¿Una lotería? —preguntó el turinés Victor Amadeo—. ¿Una lotería del Estado? —Había viajado hasta Venecia, por invitación del duque de Saboya, para conocer al hombre al que precedía la fama de poder calcular con precisión los riesgos.

—Sí —respondió John Law—, conocemos ese juego de azar por los *ridotti*. Conocemos los documentos públicos que las naciones venden, pero a nadie se le ha ocurrido combinar esos dos productos. Documentos públicos que reportan un cinco por ciento de interés y al mismo tiempo llevan un número que participa en un sorteo. Los ingresos de la lotería superarían el cinco por ciento, de forma que el Estado obtendría nuevos fondos sin coste alguno.

El duque de Saboya sonrió a su amigo turinés.

—Os lo había advertido. Esta propuesta podría transformar una nación entera en un *ridotto*.

—¿Acaso el emperador Adriano no convirtió Roma en un urinario público sólo para recaudar un impuesto a las letrinas? —preguntó Law.

El turinés reflexionó. Parecía gustarle la idea, pero aún no estaba seguro.

—La gente que gaste su último dinero en un boleto se ahogará en público.

—Vos dais vuestro dinero para un empréstito estatal, Victor Amadeo; puede que os sorprenda, pero no soy amigo de las loterías. Sin duda las loterías públicas hacen menos daño que la privada, pero van contra los intereses del Estado porque animan a los más pobres a ganarse el dinero no ya con su trabajo, sino con la compra de boletos. En última instancia, incluso fomentan la criminalidad. Pero estoy dispuesto a asegurar cada boleto contra una posible pérdida.

Victor Amadeo se echó a reír:

—Ahora queréis mezclar el negocio de los seguros con los empréstitos estatales y los *ridotti*. ¿No creéis que aparte de nosotros tres nadie comprenderá este engendro?

—Entonces, dadme simplemente una licencia para poder dirigir una lotería en Venecia o Turin —propuso Law.

—Eso puede hacerse —respondió el duque de Saboya. El turinés aprobó con la cabeza—. Pero necesitaréis un crédito.

John asintió.

—Como garantía ofrezco mi fuerza de trabajo. Si no pudiera devolveros el crédito, me comprometo a trabajar para vuestro banco hasta que esté pagado. En cambio, si os lo devuelvo completamente a las cuatro semanas, obtendréis un interés del quince por ciento...

—Derrocháis fantasía, signor Law...

—Un quince por ciento y la promesa de que vuestro banco se empleará ante la corte francesa para conseguirme nuevos visados de entrada.

—¿Francia? ¿Tiene que ser Francia?

—La mayoría de la gente no fracasa en realidad, sino que abandona demasiado pronto —rió Law—. Cuando el Rey Sol muera, Francia se dará cuenta de que el país está en bancarrota. Y entonces necesitará mi ayuda.

—¿La católica Francia va a necesitar a un protestante escocés, cuya patria quiere unirse a su archienemiga Inglaterra?

John asintió amablemente.

—Desde que Jesús convirtió el agua en vino, todo es posible.

—Sois un jugador incorregible, signor Law, pero a un nivel que Europa no ha conocido hasta ahora. Jugaré con vos.

—Esto no es ningún juego, señores. Son matemáticas, pero no para una mesa de *ridotto*, sino para una nación.

John estaba en la imprenta del maestro Vanusio y observaba cómo éste entintaba con las palmas de las manos la plancha de imprenta, mientras su colaborador montaba el siguiente pliego de papel en la prensa y la ponía luego sobre el molde. Juntos empujaron la prensa con el molde bajo la plancha de imprenta, momento en el que otro colaborador hizo descender ésta sobre el molde con ayuda de un tornillo de madera. El procedimiento era totalmente anticuado. Casi no se podía creer que el desarrollo de las máquinas de imprimir llevado a cabo por Leonardo da Vinci hubiera pasado por el maestro Vanusio sin dejar huella en él.

—Ahora imprimiré mi propio pago —bromeó Vanusio.

—Sí —respondió cordialmente John—, os pagaré como hemos acordado, con estos papeles, y espero por vos que ganéis.

—Mi primo de Génova ganó a la lotería hace un par de años. Yo le dije: esto se lo debes a las imprentas. Sin imprentas no hay boletos. —Vanusio alzó la vista, orgulloso, y empujó el siguiente molde bajo el gran tornillo.

—La Lotto di Genova... ¿Quién gestiona allí la lotería?

Vanusio sonrió.

—El Estado. Cuando no puede inventar nuevos impuestos, inventa loterías. En la Lotto di Genova tenéis que acertar cinco cifras de noventa posibles. Así funcionan desde hace veinte años las elecciones senatoriales genovesas. De una lista de ciudadanos en la que hay noventa candidatos, se eligen por sorteo cinco senadores. Con el tiempo, la gente se ha acostumbrado a hacer apuestas. Así surgió la Lotto di Genova. Y así sigue funcionando hoy: cinco de noventa. Y ahora se juega en todas partes, y todo el mundo afirma haberla inventado.

Los pliegos impresos se secaban, se cortaban y se numeraban a mano. Finalmente, los editores tenían que garantizar los empréstitos con su firma para que el propietario recibiera en monedas de metal, a cambio de ese trozo de papel, el contravalor impreso en él.

Tanto en la antesala del Banco di San Giorgio como ante el *palazzo* de Marco

Dándolo se vendían empréstitos estatales justificados como loterías. John había hecho que ante el *palazzo* se situaran guardias armados, para subrayar el valor de las participaciones que allí se vendían. Al mismo tiempo, con la proximidad al *ridotto* de Marco Dándolo creía poder ganar otros clientes: jugadores.

El producto de John Law, medio boleto de lotería medio empréstito del Estado, halló un eco inesperadamente grande. Toda Venecia hablaba de ello. John se quedaba en el atrio del Banco di San Giorgio durante horas y observaba las columnas de gente que quería entrar. A veces le parecía como si las figuras de un tablero de ajedrez hubieran cobrado vida. Era la primera vez que no analizaba la validez práctica de un sistema sobre una mesa de juego, sino en una ciudad. De pronto ya no tenía que vérselas con tres, cuatro o cinco jugadores, sino con cientos, miles de personas que probaban su suerte. El factor humano de sus ideas matemático-financieras había tomado forma. Por fin.

—Habéis convertido Venecia en un gran *ridotto*, signor Law —bromeó el duque de Saboya cuando, pocas semanas después, le presentó la primera liquidación de las participaciones vendidas. Era ya entrada la tarde y los secretarios se habían ido a casa. El desorden en la gran mesa de trabajo daba testimonio de un día agitado.

—Sí, y nadie necesita llevar máscara. —John vio que, al cambio, había ganado ya más de veinte mil libras.

—Me temo que no tendréis que volver a trabajar, signor Law. Habéis ganado más que un secretario de Estado real en... —el director del banco calculó mentalmente las cifras y abrió los ojos de par en par— en mil años.

El duque de Saboya entregó a John un documento que certificaba que él, John Law, poseía en el Banco di San Giorgio de Venecia oro por un contravalor de veinte mil libras. Al mismo tiempo se indicaba al destinatario, fuera quien fuere, que a la presentación de ese documento debía entregar a su titular, John Law, el contravalor de veinte mil libras. John no mostró emoción alguna.

—No es el oro lo que cuenta, mi estimadísimo duque de Saboya, es el sistema, el procedimiento, la idea. Hoy no he publicado un tratado teórico, hoy he aportado una prueba. El resultado es comprobable, repetible. He inventado una máquina que produce una materia prima llamada dinero.

—¿Y qué vais a hacer con el dinero? ¿Depositarlo? ¿Invertirlo? Nuestro banco ha sido encargado de equipar al ejército genovés. Si queréis, podéis participar en ello. El ejército genovés es mejor deudor que el rey británico.

—Preferiría alquilar un almacén en Venecia y adquirir pinturas.

—El banquero Rezzonico alquila almacenes vigilados. Pero ¿de verdad queréis amontonar pinturas en ellos?

—Sí. Rafael, Tiziano, Rembrandt, Il Veronese, Caravaggio...

—¿Entendéis de arte?

—¿Queréis decir si conozco el valor de un Rembrandt? Creo que un día valdrá más que todo el equipamiento del ejército genovés.

—¿Lo creéis de veras?

—Estoy muy feliz de que nadie lo crea. ¿Se celebran subastas en Venecia?

La subasta se celebraba en la villa del endeudado aristócrata Rangone. No era pública, sino reservada a una escogida clientela. Aun así, la sala estaba abarrotada. Habían venido, sobre todo, comerciantes de Turin, Florencia y Génova. Nuevos ricos sin árbol genealógico, a los que la empobrecida nobleza rural despreciaba. Pero no les importaba que la nobleza se burlara: los nuevos ricos preferían ser nuevos ricos a no ser nunca ricos, y se habían hecho ricos con su esfuerzo, no por su nacimiento y herencia. La nobleza aún gozaba del respeto, pero el futuro pertenecía a los exitosos comerciantes. Eso era lo que demostraba aquella subasta: los comerciantes adquirirían, la nobleza rural subastaba. Los comerciantes estaban hambrientos de nuevos conocimientos, de conocimientos que tuvieran una utilidad práctica. Y los pintores del siglo XVII ya habían anticipado lo que marcaría la sociedad de comienzos del XVIII. El paso del manierismo artificioso a la reflexión precisa, a la reproducción realista, el deseo de exactitud, realismo, autenticidad.

La subasta empezó con una obra de II Veronese, un pintor fallecido en 1558, a los sesenta años, cuyos cuadros ya estaban colgados en el antiguo palacio real de París, el Louvre. Pero la atención de John no era ni para II Veronese ni para las misteriosas damas que agitaban nerviosas sus abanicos al verlo. Su atención estaba dirigida a un hombre que parecía observarlo. Estaba acostumbrado a que se volvieran a su paso, lo señalaran discretamente con el dedo o lo contemplaran en silencio. Pero aquel desconocido de peluca rojo fuego le recordaba a alguien, y no sabía a quién.

John acababa de concentrarse otra vez en la subasta cuando de repente se acordó:

—Esto no acabará nunca —murmuró como en sueños.

El duque de Saboya, sentado junto a John en la sala de subastas, lo miró sorprendido. Éste lo advirtió y sonrió forzosamente.

—Creía que ibais a decirme algo —susurró el duque de Saboya.

—Tan sólo se me estaba ocurriendo algo —susurró a su vez el escocés, y volvió a mirar al desconocido de la peluca roja.

«Un hombre debería saber cuándo está vencido». Ésas habían sido sus palabras. Y ahora se acordaba de la respuesta que George Lockhart de Carnwath le había dado: «¿Lo sabrías tú, John?». Ahora John estaba completamente despejado, como si lo hubieran electrizado, como al ratoncillo del salón del duque de Orleans. Se inclinó hacia su acompañante.

—Hay algo que quería preguntaros hace mucho: ¿han llegado ya mis papeles para Francia?

—Esta mañana, signor Law. Pero espero que no nos abandonará enseguida.

El coche de posta alquilado surcaba la noche lanzado. Cuatro caballos tiraban de él, y a cada minuto acercaban a su único pasajero al paso de los Alpes. Cada quince millas, cambiaban los caballos en las estaciones de posta oficiales. Pero John Law había insistido en que el coche no hiciera parada alguna y viajara veinticuatro horas al día. Por el Gran San Bernardo, no por Mont Cenis. Porque desde hacía unos años había una estafeta en el Gran San Bernardo. Se contaban toda clase de historias acerca de ese paso. Que Aníbal lo había coronado antaño con sus elefantes para caer sobre Italia, que numerosos papas lo habían cruzado. Se suponía que arriba había perros de pelea asirios, grandes como monstruos, que hallaban y podían socorrer a las personas enterradas en la nieve. Pero con el coche no se podía llegar a lo alto del paso. Antes de la subida, el correo se enviaba en caballos.

Le dieron un corcel de refresco y dos jinetes del correo se ofrecieron a acompañarlo al día siguiente. Tras una corta noche en el puesto de correo y un cambio de caballos en Aosta, en las primeras horas de la mañana iniciaron la ascensión al paso. Los caminos romanos eran tan empinados y malos en algunos lugares, que los jinetes se veían obligados a descabalgarse y seguir a pie. Un viento frío y desapacible les azotaba el rostro. El tiempo era cada vez más tormentoso y gélido, una espesa niebla se extendió, como si quisiera engullir a los viajeros y apartarlos de su destino. Luego, la niebla se aclaró por un rato y dejó ver paisajes rocosos y abismos de cuento, cubiertos por espesas alfombras de musgo. Entonces se cruzaron por un momento las miradas de sus dos parcos acompañantes, como queriendo decir: «Mirad, ésta es nuestra montaña. Ella nos ha hecho como somos».

Llegaron justo antes de caer la noche al Mons Jovis, el monte de Júpiter, donde se encontraban los restos de un templo romano. Un poco más abajo se veían las ruinas de una *mansio* que ya había servido a los romanos de estafeta y albergue.

El potente sonido de un cuerno estremeció el silencio y a lo lejos empezaron a ladrar perros. A la derecha del sendero se extendía un lago montañoso y a la izquierda se alzaba un hospicio de piedra. Al llegar a la entrada se detuvieron.

Un monje salió al frío exterior y alzó un farol de aceite. Tras él surgieron dos animales. A primera vista se les habría podido tomar por terneros, pero eran perros, grandes, musculosos, blancos perros con calvas rojizas, impresionante cabeza recia, de colgantes y desarrollados belfos y ojos marrón oscuro hundidos en la cara, que pesarían sus buenos cien kilos. Aunque mostraban una fuerza y un poder enormes, su carácter parecía más bien amigable y manso.

John descabalgó, rígido. Entregó las riendas al silencioso monje. En ese momento, un fraile agustino de parda cogulla salió al exterior; era viejo e iba rapado, con una barba muy recortada. Aunque podía tener sesenta años sobre sus espaldas, daba una impresión de gran vivacidad.

—*Salve, Dominus vobiscum* —saludó a los viajeros con una amplia sonrisa.

—Salud. Mi nombre es John Law —respondió el escocés, y le tendió la mano.

—Escocés —sonrió el monje, haciendo una breve reverencia—. Sed bienvenido al hospicio de San Bernardo, John Law. Soy el hermano Antonio. Aquí encontraréis pan, queso, vino y un lecho donde dormir. Tras la cena en común os llevaré a nuestra cripta, donde podréis dar gracias a Dios por haber alcanzado sano y salvo la cumbre del paso.

Una larga mesa de madera con sencillos bancos ocupaba el centro del refectorio. Ante ella ardía un fuego abierto en una enorme chimenea. Junto a él dormitaba sobre una piel de vaca un viejo San Bernardo de morro grisáceo. De vez en cuando abría con lentitud un ojo para ver lo que ocurría en la sala. Luego lanzaba un suspiro y seguía dormitando. La parte trasera de la sala quedaba en sombras. Se veía una estufa de azulejos con bancos junto a una pequeña ventana. Delante, una gran talla en madera representaba a tamaño natural a un fraile con un perro. De las paredes colgaban cuadros, hechos por caminantes. Bajo ellos se podían leer textos de acción de gracias.

Los dos hombres que habían acompañado a John no comieron mucho: una gruesa rebanada de pan, un poco de queso añejo y un vaso de vino tinto. Se retiraron pronto. Su trabajo era duro. Necesitaban dormir. Se inclinaron a modo de saludo y murmuraron algunas palabras incomprensibles. John y el hermano Antonio se quedaron.

—Os agradezco vuestra hospitalidad, hermano Antonio —sonrió amablemente el invitado.

—Dad las gracias a Dios, John Law. Él me ha llamado a anunciar su palabra aquí, en este paso, y a vivir conforme a sus mandatos. Y todo el que alcanza el paso se pregunta cómo fue posible que seres humanos pudieran construir aquí un hospicio. Y hace ya seiscientos años que se hizo. Él lo fundó. —Señaló la talla de madera que representaba a un monje y un perro—. San Bernardo, en el año mil cuarenta y cinco.

John lo miró con escepticismo.

—Sea como fuere, esa estatua tiene que ser más reciente —respondió cortésmente.

Antonio rió de buen grado. La atención de su huésped parecía complacerlo.

—Cierto, John Law, sólo tenemos los perros desde hace cuarenta años. El año pasado acogimos unos peregrinos de Rusia, de camino a Roma. Preguntaron por los perros. Pero yo les dije: preguntad por Dios. Quien escala el paso busca la palabra de Dios. Quien alcanza el paso está dispuesto a presentarse ante Dios para encontrar respuestas a sus preguntas, a sus dudas, a sus preocupaciones. Encontramos muchos destinos en esta montaña, destinos de gentes pobres, de gentes ricas, de gentes acosadas. —Se detuvo y lo miró con seriedad a los ojos—: ¿Qué os lleva a cruzar el paso, John Law?

—Negocios, hermano Antonio. Me dedico a teorías del dinero, del comercio...

El monje hizo un guiño.

—¿Un alquimista en busca de la maravillosa multiplicación del dinero?

—El alquimista intenta fabricar metales, oro a partir de agua y excrementos de sapo —sonrió John—: yo trato de encontrar una solución para la escasez de moneda en Europa.

—¿Por qué no buscáis una solución para la falta de pan y queso? ¿Por qué no tratáis de multiplicar maravillosamente el pan que hay?

—Cuando hay más dinero en circulación, hermano Antonio, el comercio aumenta y crece la demanda de bienes y servicios. Cuando aumenta la demanda de bienes, aumenta la demanda de trabajadores que los fabriquen. Y cuando trabaja más gente hay más gente que puede a su vez comprar bienes. Lo que a su vez aumenta la demanda de bienes.

El religioso reflexionó. Luego dijo:

—Lo que proyectáis, John Law, linda con un milagro. Jesús multiplicó el pan en el desierto, pero vos queréis dar pan a toda Europa.

De pronto, los perros empezaron a ladrar en el exterior. Un caballo se acercaba al hospicio.

—¿Un huésped tardío? —aventuró John.

—Sí, probablemente. Nos alegra recibir a cualquier caminante que llegue a nuestro hospicio. Dentro de pocas semanas caerán las primeras nieves, y entonces aquí reinará la calma. Las masas de nieve alcanzarán los veinte metros de altura, y entonces estaremos solos con Dios y nuestros perros.

Un monje entró en el refectorio y se detuvo junto a la lumbre. John y el hermano Antonio miraron hacia la puerta. El viejo perro tendido junto al fuego abrió un ojo.

Entró un desconocido. Llevaba un manto negro con capucha. Debajo se marcaba la hoja de una espada. Saludó con la cabeza y caminó lentamente sobre el crujiente entarimado hacia la parte trasera de la sala. Se sentó a un extremo de la mesa, de espaldas al fuego. Entonces también entraron los dos perros del monje. Dejaron oír un silencioso y profundo gruñido. El hermano Antonio separó una hogaza de pan, un jarro de vino y una tabla con queso y se acercó con ellos al nuevo huésped.

—Bienvenido al hospicio, caminante.

El desconocido asintió. Inclina la cabeza sobre la mesa y John no podía ver su rostro. La capucha lo ocultaba por completo.

Una vez que hubo servido al viajero, el hermano Antonio se volvió hacia John:

—Ahora os mostraré vuestro aposento.

Levantó un candil de aceite de la mesa y alumbró el camino hacia el dormitorio. En él se alineaban seis sencillas camas. Las del centro ya estaban ocupadas por los dos jinetes. Uno de ellos roncaba y jadeaba como un dragón enfermo. La habitación apestaba a sudor, vino y grasa rancia. John ocupó la cama que había junto a la puerta. El religioso le deseó buenas noches y le informó que los monjes desayunaban a las

cinco de la mañana.

Esa noche durmió poco. Pensaba en Catherine, en la lotería de Venecia y en el marqués D'Argenson en París, que le era hostil. Pensaba en nuevos proyectos financieros, los analizaba mentalmente. Se sentía agradecido de poseer tal memoria matemática que incluso en una habitación helada y maloliente en lo alto del Gran San Bernardo tenía a mano todo lo que necesitaba para su trabajo. No necesitaba papel ni pluma. Durante todos esos años había aprendido a almacenar de manera fiable en su memoria todo lo necesario y a poder invocarlo en todo momento.

Pasada la medianoche, el desconocido del manto negro fue guiado hasta el dormitorio. Se dirigió a la cama que había al final de la fila, junto a la ventana. Pero no se tumbó. Se sentó en el borde del lecho y se quedó mirando fijamente la oscuridad.

Cuando John despertó al amanecer, el dormitorio ya estaba vacío. Comprobó que los certificados de depósito que le había dado el banco seguían en el sitio donde los había escondido: envueltos en cuero bajo la camisa.

Se vistió y fue al refectorio. Allí tampoco había nadie. Sólo el viejo perro, demasiado dormido para abrir siquiera un ojo.

En el patio oyó ruidos. Un martilleo. Rodeó el hospicio. Detrás había un gran patio con numerosos cobertizos de la altura de un hombre. Enseguida, los perros empezaron a ladrar furiosamente. En medio del patio, el hermano Antonio trabajaba en un extraño aparato. Era una rueda de más de dos metros de altura, con un eje unido a un gran espetón de asar. El espetón descansaba sobre un trípode.

—No estaréis inventando la rueda, hermano Antonio —bromeó John, cuando se detuvo sorprendido ante el aparato. Se había ido acostumbrando al terrible frío—. ¿No es un poco grande para un ratón?

—¿Para un ratón?

—En los salones de París, la gente se divierte con tales ruedas. Pero son mucho más pequeñas. Dentro hacen correr ratones, y la rueda gira.

—¿Y entonces?

—Entonces la gente se ríe.

Antonio asintió. Tenía la satisfacción escrita en el rostro.

—Yo no empleo ratones, sino perros.

—¿Esos colosos?

—Exacto. Para mover una rueda así, hay que aportar cierta masa.

—¿Y para qué se supone que sirve todo esto?

El monje sonrió de oreja a oreja.

—Con la rueda se gira el espetón, y si en el espetón se ensarta un cochinillo y bajo el cochinillo se aviva un fuego, se ahorra por lo menos un pinche de cocina.

John no pudo por menos de sonreír.

—Vivimos en una época maravillosa, hermano Antonio. Me da la impresión de que el mundo entero hubiera partido a explorar nuevos horizontes. Los unos navegan con sus barcos alrededor del mundo, otros investigan en el espíritu el mundo, y cada uno aporta algo al conjunto.

El fraile agustino gozó del reconocimiento que se le otorgaba.

—Todos los veranos damos albergue a más de cuatrocientos peregrinos. Cada año se tiene la impresión de que en los meses pasados los hombres han descubierto e inventado más que en todos los siglos anteriores. De pronto no son sólo príncipes y eruditos los que debaten sobre plantas, minerales, razón y espíritu, sino gentes normales de todos los oficios y todos los países del Señor. —El religioso reflexionó mirando el suelo. Luego dijo—: La gente está hambrienta de nuevos conocimientos. Pero me temo que esa hambre nunca se calmará del todo. Cuanto más saben los hombres, más ávidos se vuelven.

—El ser humano quiere saberlo todo. Y cuando nosotros dos hayamos muerto, hermano Antonio, el mundo no descansará por eso. Todo lo imaginable es puesto a prueba, y todo lo que es puesto a prueba se consigue algún día. Nadie puede impedirlo. Se puede contener a un animal, pero no al ser humano, pues éste es insaciable. Mirad vuestra obra, hermano; nadie os ha empujado a construir esta rueda, y aún así lo habéis hecho. Otros ascenderán a las estrellas o construirán ciudades en el fondo del mar.

—¿Y Dios?

—Quizá un día el hombre derribe a Dios del cielo, lo mismo que nosotros hemos derribado la estatua de Júpiter de su altar romano. Quizá haya nuevos dioses.

—Banqueros. Si un día hay nuevos dioses, serán banqueros, estoy convencido. Pero hasta que llegue ese momento, John Law, deberíais dar gracias a Dios por haberos traído sano y salvo hasta el paso. Venid, os llevaré a nuestra cripta, el Espíritu Santo debe devolveros la razón —sonrió el agustino.

Dejó a un lado sus herramientas y avanzaron entre la niebla gris lechosa que se había tendido sobre el paso. Atravesaron la breve calle que separaba el hospicio de la iglesia. Dos lámparas de aceite colgaban a derecha e izquierda del portal de entrada.

El monje lo llevó a la iglesia del monasterio. No podía ser muy antiguo. A la luz de las lámparas de aceite, vio una fecha cincelada en el dintel de la puerta: «MDCLXXXIX».

Abrió la puerta y pidió a John que pasara. Una docena de frailes estaban arrodillados para la oración. En el altar, un sacerdote con los brazos levantados pronunciaba las palabras de la liturgia. En la nave lateral se abrían otros cuatro altares. El monje hizo un gesto discreto a John para que lo siguiera a la cripta subterránea, mientras explicaba en un susurro:

—El altar mayor está dedicado a la Virgen María, los pequeños a san Augusto, san Bernardo, san José y la Virgen de Jasna Góra.

John asintió y lo siguió en silencio hasta los escalones de piedra que descendían

hacia la cripta.

—¿Queréis que os oiga en confesión? —susurró el fraile.

—Acabo de confesarme en Venecia —mintió John—. Gracias de todos modos, hermano Antonio, sois muy bondadoso.

Sus voces resonaron en la escalera de caracol cuando bajaban a la cripta.

—Aquí encontraréis la paz y el silencio necesarios para concentraros en la oración. En esta cripta Dios ha oído ya más de un deseo, John Law. Sólo tenéis que entrar, arrodillaros con humildad y rogarle.

El escocés dio las gracias de nuevo con una amable cabezada:

—Lo haré, hermano Antonio.

—Cuando vuestra alma haya encontrado paz y esperanza, volved al refectorio.

Y lo dejó sólo en la cripta.

La piedra natural había sido recubierta de yeso. El agua goteaba de la bóveda de escasa altura. En esa gruta subterránea hacía aún más frío que arriba en la iglesia. No había ningún banco para sentarse, tan sólo duros reclinatorios en los que arrodillarse. Así que John se arrodilló. No pensó en Dios, sino en Catherine. Cerró los ojos para ver sus ojos, oler su aliento, buscó su boca con el pensamiento. Ahora que la había abandonado para siempre, la nostalgia de ella era más fuerte que nunca.

—¿Habéis expuesto a Dios vuestros deseos, monsieur? —preguntó alguien en lengua francesa, pero con fuerte acento.

John se volvió. Tras él estaba el forastero de manto negro.

—No me inclino a desear nada —respondió.

—¿Desconfiáis de Dios?

—No creo en Dios, monsieur.

El forastero se acercó, pasó de largo ante John y se arrodilló.

—¿Y qué os impide desear cosas?

—Trato de cambiar lo que puedo cambiar, y de aceptar lo que no se puede cambiar. —Y bajó la cabeza, para dar a entender que no deseaba seguir charlando.

Pero el desconocido no se arredró.

—Monsieur no tiene deseos porque los hace realidad él mismo. ¿Por eso monsieur no necesita ningún Dios? ¿Monsieur es su propio Dios?

—He venido a esta cripta para hallar la paz —respondió en voz baja.

—Hace mucho que yo no tengo paz —repuso el desconocido—, por eso he venido también a esta cripta. Todas las personas que he amado están muertas. Lo que fue una vez, ha pasado para siempre. Mi mujer murió durante el parto de nuestro primer hijo, mi segunda mujer murió el invierno pasado. Ninguno de mis cuatro hijos ha visto la primavera, todos han muerto. Absurdamente. Un capricho de la naturaleza.

—Lo siento sinceramente, monsieur. Si puedo ayudaros de algún modo...

—Todo lo que he amado algún día está muerto. Tan sólo me queda lo que odio, lo que odio a conciencia.

John sintió la violencia contenida en la voz del hombre. Quizá se había extraviado

en sombríos pensamientos y había perdido el juicio.

—Perturbo vuestra paz, monsieur, lo sé. Pero es que he venido a esta cripta para perturbar vuestra paz... ¡John Law!

John se puso en pie de un salto. El desconocido fue más rápido. Le cortó el paso rápido como el rayo y se quitó la capucha. John reconoció a George Lockhart de Carnwath. La oreja mutilada había cicatrizado mal.

—¡Tú me has robado la paz, John! —siseó.

—¿Estás loco? ¿Poseído por el diablo? ¿Me sigues por toda Europa para avivar viejas historias?

George sonrió ampliamente.

—Puedo entenderte, John. Monsieur viaja por Europa, divierte a la gente en las mesas de faraón, charla y discute, se divierte con las damas, gana de paso una fortuna con la lotería... y de pronto aparece ese tipo molesto de la oreja cortada.

—¿Qué quieres?

George se irguió ante él y lo miró fijamente.

—Satisfacción, monsieur. Satisfacción.

—Nos batimos y perdiste. Se acabó.

—Nunca se acabará, John. El duelo no ha terminado. Hubiera podido apuñalarte esta noche mientras dormías, pero no lo he hecho. Quiero satisfacción. Te espero al pie de la columna de Júpiter. Quizá te ayude pronunciar ahora una oración.

John bajó decidido por el camino ligeramente en pendiente que iba del hospicio en dirección a Aosta. La niebla parecía haberse hecho aún más espesa. Se detuvo al pie de la columna de Júpiter. El empedrado de los restos del templo estaba resbaladizo a causa del musgo húmedo. Se quitó el manto y desenvainó la espada. Hizo un par de movimientos en el aire, como si cortara la niebla. Luego recorrió un trecho de la vieja calzada romana que el emperador Claudio había hecho construir, y siguió practicando con la espada. Arrastró las botas por el pavimento de piedra, para probar el sostén que ofrecía. Estaba resbaladizo. Regresó a la columna de Júpiter y entró en el cuadrado que formaban los restos del templo. Cuando alzó la vista, vio a George Lockhart de Carnwath acercarse con paso enérgico.

—George, seamos razonables...

Éste rió brevemente.

—¿Cómo que razonables, John? ¿Es que tienes algún plan? Yo ya no tengo planes. Aquí va a hacerse realidad mi último plan.

—George, nos batimos siendo estudiantes. Ésa fue una tarde en nuestra vida que ya no tiene ninguna importancia.

—¡Oh, sí que la tiene! —gritó George, entrando a su vez en el cuadrado, mientras agitaba furioso la espada en el aire—. Te dije entonces que no se había terminado, y no se ha terminado. Vamos a ponerle fin ahora.

John se puso en guardia y apartó un par de piedras con el pie.

—George, ¿qué tiene verdadera importancia en la vida? Mira este templo.

—Nada, John, nada de nada. Por eso, todo puede ser perfectamente de la mayor importancia.

John supo que no podría evitar la lucha.

—Los duelos están prohibidos, George...

—No tienes que preocuparte, eso es problema de los supervivientes... Ése es mi problema.

—¿Quieres una lucha a vida o muerte?

—Arrastraré tu cadáver hasta ese lago, te cortaré el cuello y te ahogaré en él. Vas a sufrir tres muertes.

—Estás completamente loco. Quizá haya médicos que puedan ayudarte.

—¡Médicos! —bufó George, y se puso en guardia—. Los médicos mataron a mis esposas. Toda clase de médicos. Inventan nuevas enfermedades y les dan nuevos nombres. ¿Acaso estoy enfermo porque amo, enfermo porque odio? Eso es pasión, John. Por mí, podéis llamar pasión a esa enfermedad. Ponedle mi nombre, el síndrome de George Lockhart. No es contagioso, pero sí mortal.

Furioso, se lanzó contra John, que paró su ataque y lo rechazó. George rió brevemente y profirió un extraño grito. Luego volvió a atacar, vehemente, furioso, implacable. Pero John también paró ese ataque, y apartó a su rival con ambas manos. Otra vez esa enloquecida risa.

—Tienes que matarme. Si quieres librarte de mí, tienes que matarme y quemar mi cuerpo. —George volvió a lanzarse sobre él. Falló por poco el hombro de John, que se había echado a un lado justo a tiempo, estirando el brazo armado.

George se detuvo como petrificado, con la boca entreabierta. Ningún sonido, ningún grito. Lágrimas de dolor le corrieron por las mejillas. John le había atravesado el muslo derecho. Dejó caer su espada. De pronto inclinó la cabeza hacia delante, como si se le hubiera roto el cuello. Emitió un leve gemido, apenas audible. Luego cayó de rodillas. Su respiración se hizo más ruidosa, más desesperada. John retrocedió unos pasos. El torso de George cayó hacia delante, luego gimió de dolor y apretó los labios, tratando de reprimirse, pero volvió a abrir la boca, aspiró y susurró:

—Esto no ha terminado, John.

—Lo sé. Si hoy me hubieras matado, ahora estarías completamente solo.

George empezó a sollozar.

—Esto no ha terminado, John... —Tenía grandes dolores.

El escocés recogió la espada de George y salió a la calle que llevaba al hospicio. Sólo entonces vio, al borde del camino, a los dos jinetes que lo habían acompañado hasta el paso. Al parecer, habían estado allí todo el tiempo con sus rostros inmóviles, como tallados en la roca. Marcados de surcos por el viento y mudos como las piedras miliarenses romanas, devastadas por los siglos, a lo largo del sendero.

El sendero que pisaron poco después bajaba empinado desde el hospicio. El camino a través del Gran San Bernardo era considerablemente más trabajoso que el que pasaba por el Pequeño San Bernardo. A cambio, era más corto. Fray Antonio había acompañado a John hasta el extremo de la calzada, que terminaba abruptamente detrás del hospicio. Los dos jinetes ya habían montado y miraban el valle cubierto de niebla. El fraile le tendió la mano.

—Que Dios sea con vos, John Law... aunque no creáis en él —sonrió.

—Dios se basa en la confianza, hermano Antonio. Yo sólo confío en las cifras, las matemáticas y las fórmulas comprobables.

—¿Acaso los certificados que vuestros bancos os expiden no se basan en la confianza?

—Sí, también el dinero de papel se basa en la confianza. Pero el banco que firma el documento es tangible. Dios no es tangible.

De pronto, el religioso pareció entristecerse.

—¿Queréis decir con eso que Dios vale menos que un trozo de papel?

—De Dios no recibís nada. Sólo lo que imagináis. Del banco que expide el papel, recibís a cambio monedas de metal.

—¿Habéis mirado alguna vez a los ojos a un moribundo, John Law?

—Oh, sí, hermano Antonio. En Edimburgo, incluso en tiempos de paz, se muere tanto como en los campos de batalla de Europa. He visto morir perros, caballos y muchos hombres. Por desgracia, hermanos, tíos y tías. Una vez muertos, eran todos iguales, no había ninguna diferencia. Eran enterrados, acarreados o quemados; los perros, los caballos, las personas. Y no quedaba nada. Tan sólo en el recuerdo alguno de ellos sobrevivió algo más.

—¿Creéis al menos en el amor, John Law?

—Sí —sonrió—, creo en el amor. Si no creyera en él, no bajaría a ese valle.

—Eso le gustaría a Dios —sonrió el fraile—. Un banquero que cree en el amor.

John asintió y espoleó su caballo. Los dos jinetes lo siguieron. Cuando uno de ellos lo adelantaba para indicar el camino, oyeron a lo lejos fuertes gritos y ladrar de perros. Alguien había encontrado a un hombre herido. John se volvió. Vio al hermano Antonio arremangarse la cogulla y correr hacia el hospicio.

Las montañas tenían un aspecto agreste y amenazador; se alzaban hacia el cielo como gigantes antediluvianos. El caminante se sentía como un ratoncillo en la falda de esos gigantes dormidos. El descenso fue más peligroso que la ascensión. Por el camino se encontraron con una criatura que al principio sólo percibieron como una mancha en el paisaje; luego volvieron a perderla de vista y poco después reapareció tras una roca. Al principio la tomaron por un animal asustadizo. Pero era un ser humano. Un pintor, un inglés con un caballete plegado a la espalda; un tipo singular, que iba de camino a Roma. Cada vez se veían más pintores en los Alpes; superaban el Gran San Bernardo para encontrar al otro lado del paso la entrada a un mundo nuevo, que se les abría en las ciudades italianas. Plasmaban el cruce del paso en acuarelas, dibujos a tiza, algunos al óleo. No pintaban personas, ni animales ni castillos, sino montañas, rocas, barrancos, desfiladeros, nubes de tormenta, pintaban el viento, la humedad en el aire, el olor del musgo húmedo y los arroyos que saltaban entre las rocas, pintaban la Naturaleza.

Al ver al pintor perdido en ese poderoso paisaje de rocas, John volvió a sentir aquel excitante sentimiento de entrever algo que despuntaba. En todas las profesiones, las ramas del saber y en las orientaciones artísticas, gentes de todos los países y ciudades trataban de explorar lo nuevo, de conocer lo nuevo, de transmitir lo nuevo. Como si el mundo entero se hubiera puesto tácitamente de acuerdo en resolver todos los enigmas. Quizá, pensó John, un día habría un libro de libros, como murmuraban algunos, una enciclopedia que por primera vez reuniera todo el saber de la humanidad. Quizá para eso hicieran falta dos libros, con el tiempo quizá incluso tres o cuatro. Y la gente seguiría trabajando en esa gran enciclopedia del saber. Junto a la palabra escrita, también los trabajos de los pintores tendrían que quedar inmortalizados. Porque con sus trazos creaban nada menos que la memoria visual de la humanidad.

Cuando horas después alcanzó la estación del valle, subió a un coche de posta y pasó por Ginebra en dirección a París. Con sus nuevos documentos, no tuvo ningún problema para cruzar la frontera. El duque Felipe II de Orleans en persona salía fiador de él. Y había hecho que su tío, el Rey Sol, aprobara el documento.

París, 1701

Una cantidad inusual de personas rodeaba la mesa de faraón en el salón del duque de Orleans. Todo el mundo quería ver al hombre que llevaba la banca. Lo miraban como si fuera un ser legendario procedente de un mundo desconocido. Era el misterioso escocés que, supuestamente, había hecho una fabulosa fortuna en Italia con loterías, especulaciones en divisas y operaciones crediticias. Era el tema de conversación

favorito en los salones europeos: el jugador de faraón convertido en banquero, el genio de las matemáticas que, como un alquimista, convertía las fórmulas en oro. John fascinaba, entusiasmaba. No hacía teatro, como los otros *beaus* y jugadores de azar. Era sencillamente John Law. Sin grandes aspavientos, abría dos bolsas de dinero de las que sacaba planchas de oro rectangulares que apilaba encima de la mesa.

—Cada una de estas piezas corresponde a un valor de dieciocho lises de oro.

Mientras decía esto, miraba amablemente al duque de Orleans, que gozaba visiblemente de poder presentar en su salón a aquel famoso escocés. Asintió benévolo con la cabeza, como si quisiera confirmar a sus otros invitados lo correcto de las afirmaciones del escocés.

—¿Precisamente el hombre que quería implantar el papel moneda acuña sus propias fichas en oro? —bromeó el duque.

—La mejor idea carece de valor cuando su momento aún no ha llegado. ¿De qué le sirvió a Herón de Alejandría la invención de la máquina de vapor? Iba mil seiscientos años por delante de su tiempo.

Los invitados rieron. Querían ser un buen público y gozar de una velada inolvidable. Disfrutaban de cada palabra de John como de un fruto exótico, de cada sonrisa como de un espectáculo único de la Naturaleza. Los primeros jugadores empezaron a apilar sus monedas.

—La apuesta mínima es de dieciocho lises de oro, messieurs. —John sujetó la ficha más pequeña en una mano, y una de sus fichas doradas en la otra. Sostuvo ambas en alto y repitió—: La apuesta mínima es de dieciocho lises de oro, messieurs.

Los jugadores miraron un instante al duque, que como propietario del salón tenía que otorgar su consentimiento. Dieciocho lises de oro correspondían al salario anual de un lacayo. Era una apuesta ambiciosa. Pero el duque asintió y, bienhumorado, añadió:

—Me gustaría jugar, pero el rey me lo ha prohibido. —Hubo nuevas risas contenidas. Prosiguió—: El rey ha perdido tanto dinero jugando al faraón que incluso considera la posibilidad de prohibirlo.

Un murmullo corrió por la sala. La Duclos se volvió hacia el duque:

—¿Consideráis posible que vuestro tío prohíba realmente jugar al faraón?

John alzó la vista y reconoció a su antigua compañera. Estaba tan hermosa como siempre.

—Ya conocéis a mi tío —se divirtió el duque—. Cuando se le cayó el pelo, se puso una peluca de rizos y toda la corte tuvo que llevar peluca de rizos. Echaos un vistazo.

Los invitados se miraron unos a otros, con sus fastuosas ropas y sus pelucas empolvadas. Luego rompieron a reír.

—Mi tío es pequeño de estatura, así que se hace zapatos con altos tacones, por lo que todos le han copiado y erradicado las diferencias de altura —prosiguió el duque,

e hizo una pequeña pausa de efecto para que su público pudiera volver a expresar su jovialidad—. Posiblemente el rey esté considerando ahora prohibir los tacones o gravarlos con un impuesto especial.

—Si un día fuerais rey, duque, ¿volveríais a relajar las normas y las costumbres? —preguntó la Duclos. Nadie osó manifestar asentimiento o rechazo.

—Deseo a mi tío una larga vida, salud y gracia de Dios, y si un día nuestro Rey Sol muriera, su hijo, el delfín, está dispuesto. Si éste muriera, su nieto, el duque de Borgoña, está dispuesto. Si éste también muriera, su bisnieto, el duque de Bretaña, está dispuesto. Y si éste también muriera, entonces yo, el duque de Orleans, subiría al trono. Pero la probabilidad de que tres herederos fallezcan es muy baja, como John Law de Lauriston podrá certificar. —Todos miraron al escocés, que asintió amablemente y dejó que el duque siguiera exponiendo sus ideas—. Pero también existe la posibilidad de que el universalmente apreciado duque de Orleans muera antes que los tres herederos del trono y al final el rey sobreviva a todos y realmente prohíba el faraón.

Los invitados volvieron a reír, y miraron expectantes a John.

—La posibilidad de que los tres herederos mueran antes que nuestro muy estimado duque...

—... y de pura pena también nuestro rey... —lo interrumpió el duque, cosechando nuevas carcajadas.

—... esa posibilidad —prosiguió John— asciende para el duque exactamente al cinco por ciento, porque con cinco personas hay exactamente ciento veinte sucesiones posibles. Y sólo en seis de esas ciento veinte le correspondería el turno a nuestro inspiradísimo duque.

Hubo un murmullo de asombro.

—En este modelo de cálculo —completó John— no he considerado la edad de las cinco personas involucradas. El modelo se podría perfeccionar si se incluyeran la edad, la salud y los riesgos de las acciones que llevan a cabo todos los días. De este modo se podrían incluso firmar seguros de vida. Pero aun así tenemos que morir. A largo plazo, todos estaremos muertos.

Los huéspedes estaban entusiasmados. Empezaron a debatir agitadamente mientras John colocaba con mano experta el primer juego de cartas en los puntos de la mesa previstos al efecto, mezclaba el segundo con manos ágiles, dividía el mazo en dos mitades y pedía que hicieran las apuestas a las correspondientes cartas.

—*Messieurs, faites vos jeux.* —Las conversaciones enmudecieron.

De pronto se hizo el silencio en la sala. Los invitados se agruparon con devoción y miraron hechizados la mesa. A lo largo de las ventanas se habían apagado las luces, sólo la ilustre araña de aceite, cuyos brazos resplandecían sobre la mesa como los brazos de un sol, bañaba el centro de la sala con una luz cálida y temblorosa. Hasta entrada la noche, los jóvenes nobles apostaron sus fichas al diez, al as, la sota, el rey, el siete, coquetearon con sus pérdidas y ganancias, firmaron pagarés y dejaron sitio a

otros jugadores. Los invitados seguían con arrebatos cómo se apostaban y perdían grandes sumas, cómo en pocas horas se diezaban de forma sensible grandes patrimonios. John Law jugaba un juego que en Venecia había afinado y mejorado todavía más. No mostraba, como de costumbre, emoción alguna, sentimiento alguno, pasión alguna. Los movimientos de sus manos eran siempre iguales, ya recogiera o repartiera fichas. Nunca se tenía la impresión de que John Law estaba implicado de algún modo en ese juego, de que perdía o ganaba su propio dinero. A la vez, contestaba generosamente a preguntas sobre modelos matemáticos de seguros que parecían interesar mucho a la gente, después de que alguien hubiera contado que desde hacía unos años, en Londres, un tal Edward Lloyd llevaba en la parte baja del Támesis un café en el que no sólo se había publicado el primer plan de navegación de Londres, sino que también se intercambiaban a diario noticias sobre destinos peligrosos, precios de las materias primas y subastas de barcos, y se contrataban seguros para buques. Edward Lloyd estaba en camino de convertirse de sencillo propietario de un café, en el asegurador de barcos más importante del mundo.

—La incertidumbre —concluyó John su excursión sobre las matemáticas de los seguros—, la incertidumbre es mensurable, calculable. Como el final de esta mano de faraón. La incertidumbre es equivalente a las probabilidades desconocidas.

—Monsieur Law —preguntó uno de los jugadores, a una hora avanzada—, ¿qué haríais si nuestro rey prohibiera el juego del faraón?

—Le cambiaría el nombre... y seguiría jugando —respondió John sin reflexionar, y volvió a barajar las cartas. Observó que una joven entraba en la sala. Se acercó lentamente, se perdió por un momento entre los grupos y apareció de pronto en el círculo iluminado de la mesa de John. Éste no pudo distinguir su rostro, que llevaba oculto.

—¿Negáis al rey el derecho a prohibir un juego? —preguntó alguien.

—Sin duda, tiene derecho a hacerlo. La cuestión es si debería hacer uso de ese derecho. Ni siquiera un rey puede cambiar la esencia de los hombres. Los hombres siempre jugarán.

—Y la banca siempre ganará —dijo una voz de acento inglés.

—No siempre, pero sí la mayoría de las veces —sonrió John al ver a la joven, hacia la que todos los invitados se volvieron.

Los caballeros se apartaron de buen grado para que ella pudiera acercarse a la mesa y a la luz. En la mejilla izquierda tenía un lunar rojo, grande como una flor de lis.

—¿Queréis comprometerme? —susurró mientras desabrochaba con impaciencia el corsé de Catherine, que, a la manera francesa, no iba atado a la espalda, sino por delante.

—Os he echado de menos, os he buscado por todas partes —susurró ella y lo besó

en la boca apasionadamente, buscó aire y lo besó otra vez. Apenas podía esperar a liberarse de aquel rígido corsé que le aplastaba los pechos.

—Os amo, Catherine —se le escapó a John cuando el corsé cayó por fin al suelo y él apretó dulcemente la cabeza contra su seno.

—Estoy casada —jadeó ella. Con un brusco movimiento, abrió la camisa de John—. Y mi esposo está aquí, en París.

—Lo sé. Si queréis, lo retaré a duelo...

—Eso aumentaría significativamente la probabilidad de que terminaseis en la horca... —susurró ella. Poco a poco, se dejó resbalar hasta el suelo y se tumbó de espaldas.

—Merecería la pena —repuso él con voz dulce y cálida. Acarició el cuello de Catherine, mientras su mano descendía suavemente por su vientre. Ella encogió las piernas y atrajo hacia sí las caderas de su amante.

—No lo merezco, John —susurró—, hay tantas solteras hermosas en París...

—Pero ninguna es como vos —respondió él, y se detuvo un momento.

—¿Y a cuánto asciende la probabilidad de que nos sorprendan aquí? —bromeó Catherine. Cerró los ojos y gozó del calor placentero que inundaba su vientre.

—La probabilidad de que nos sorprendan aquí es del 4,56 por ciento —rió él en voz baja.

En ese momento, la puerta de la estancia se abrió de golpe y tres policías entraron espada en mano.

John se incorporó de un salto y agarró la colcha bordada de la cama. Cubrió con ella la desnudez de Catherine y se adelantó desnudo hacia los policías.

—No os he oído llamar —observó.

—No hemos llamado, monsieur Law —respondió una voz al fondo. El prefecto superior de policía de París, el marqués D'Argenson, entró en la habitación e indicó a los tres agentes que se fueran. Contempló complacido la escena, mientras Catherine se envolvía con la colcha como una túnica romana y sostenía con terquedad la punzante mirada del prefecto—. Madame, ¿tengo razón al suponer que sir George de St. Andrews es vuestro confiado esposo?

—Monsieur le Marquis, ¿tengo razón al suponer que, incluso como prefecto superior de policía de París, no tenéis atribuciones para entrar por la noche en una residencia amparada por la Corona francesa...?

El marqués hizo un mohín.

John recuperó sus pantalones y dijo a Catherine:

—Monsieur le Marquis está buscando espías ingleses...

D'Argenson alzó divertido sus pobladas cejas negras.

—De hecho, no cabe excluir que en el entorno de vuestro exiliado rey bullan los espías ingleses...

John recogió su camisa y dijo:

—Ahora veo lo que ha ocurrido. La señora ha arruinado mi camisa, monsieur

D'Argenson, pero renuncio a la acusación. —Sacó un documento de un cajón de su mesa de trabajo y se lo entregó—. Mi salvoconducto. Visado personalizado de vuestro rey Luis. Sin duda, ahora querréis disculparos...

D'Argenson pasó la vista por el documento.

—Hacéis progresos, monsieur Law. Ahora ya tenéis personalidades en el entorno de su majestad que os procuran toda la papelería.

—¿Qué queréis, D'Argenson? ¿Dinero?

John sacó una de las bolsas en que guardaba sus fichas de oro. Le lanzó una al prefecto, que no movió un músculo para alcanzarla. Cayó tintineando al suelo.

—D'Argenson —dijo John con voz firme, plantándose de nuevo ante él—: Si no desaparecéis enseguida, estaréis despreciando el sello de la Corona.

—Monsieur Law —respondió el prefecto—, os detengo por escándalo público y atentado a las buenas costumbres. Madame está casada.

—Bromeáis, D'Argenson.

El francés se encogió de hombros.

—No sé, monsieur Law, me atribuyen muchas cosas, pero nadie me ha acusado aún de tener sentido del humor.

John sonrió.

—Parto de la base de que realmente no queréis detenerme, sino obligarme una vez más a salir del país en cuarenta y ocho horas.

El marqués asintió.

—Veinticuatro horas, monsieur. Sólo veinticuatro. No tratéis de informar al duque de Orleans. La casa está vigilada. Os acompañaremos hasta la frontera. Si de todos modos intentáis desaparecer, no podré garantizar vuestra seguridad. En Francia hay muchos desertores vagabundos que cometen delitos. —Bajo las cejas negras como la pez relucían sus astutos y pérfidos ojos negros.

—¿Qué queréis realmente de mí, D'Argenson? —preguntó John.

—No quiero a un protestante escocés en mi ciudad. No a un protestante escocés buscado en Inglaterra por asesinato que saquea a los nobles en los salones de París.

—¿Desde cuándo alguien que gana en el juego es un saqueador?

—Desde que vos estáis en la ciudad, monsieur Law.

Silencio.

Al cabo, John replicó:

—Yo no soy un jugador...

—Lo sé. Sois una especie de corredor de apuestas, ya me lo habéis explicado una vez.

—Pero no lo habéis entendido del todo —sonrió John.

El prefecto se tomó su tiempo. Que John Law se hubiera plantado ante él y le superase en más de una cabeza no lo irritaba. En cierto sentido no era diferente de él. No era hombre que por debilidad o miedo buscara siempre el diálogo, el compromiso, la armonía. Tampoco buscaba el conflicto. Pero marcaba la fuerza, la resistencia, y

enviaba la señal de que siempre estaba dispuesto a medirse, a vencer en una confrontación. Enviaba la señal de que todo el que se enfrentaba a él hacía una apuesta muy elevada. Todo o nada. Libertad o galeras.

—Monsieur Law, entiendo algo más de lo que suponéis vuestros sistemas e ideas. Un inmoral no puede poner en peligro a un imperio, un ladrón no amenaza a un reino, ni un jugador de azar a una ciudad, y mucho menos a París. Pero hay ideas que pueden destruir un reino, ideas que pueden arruinar a una nación. Hay ideas que hay que combatir. Cuando os echo de la ciudad, monsieur Law, estoy echando a vuestras ideas. Por mí, podéis fornicar con cuantas mujeres católicas queráis, por delante, por detrás y en cruz, pero manteneos lejos de Versalles. Ofreced vuestras ideas en Venecia, Ámsterdam o Edimburgo, pero no aquí en la corte del Rey Sol, no aquí en París. ¡Quitad vuestras manos de las finanzas francesas, monsieur! ¡Ningún ministro de Hacienda francés os recibirá nunca, enteraos de una vez por todas!

El marqués se volvió abruptamente, avanzó enérgico hacia la puerta y la abrió. Fuera esperaban los tres policías.

—¡D'Argenson! —llamó John tras él.

El francés se detuvo.

—D'Argenson, ¿sabéis con qué se combate una idea? —El prefecto se volvió y le clavó una mirada penetrante. Pareció reflexionar. ¿Con qué se combate una idea? No tenía ni idea de con qué se podía combatir una idea. Se preguntó si quizá era eso lo que el escocés quería decirle. Que había que combatir una idea con otra idea.

—Si volvéis alguna vez, experimentaréis en carne propia con qué se combaten las ideas. ¡Os he advertido!

—Volveré, D'Argenson. ¿Queréis apostar?

—No —respondió, y por un momento dio la impresión de que aquellos dos hombres habrían podido entenderse a determinado nivel—. Oh, no, si apostamos seguro que volveréis.

Entonces, también John sonrió.

—Cuando el rey muera, volveré. Empiezo a teneros afecto, D'Argenson.

—Eso no sería una buena idea —sonrió el otro, y salió de la habitación.

John miró pensativo por la ventanilla del coche y observó cómo el sol de la tarde hechizaba el horizonte con pinceladas rojas, azules y doradas, hasta convertirlo en una melancólica pintura.

—Así que nuestra probabilidad de ser descubiertos era del 4,56 por ciento —rió Catherine. La joven iba sentada frente a él en el coche que los llevaba a Ámsterdam.

—La entrada en escena de un acontecimiento relativamente improbable siempre nos desconcierta, Catherine, pero si al 4,56 por ciento de una población de diez millones de personas le pasara algo, casi medio millón de personas resultarían afectadas, y cada individuo se preguntaría por qué le ha pasado precisamente a él,

cuando la probabilidad era tan pequeña. Se preguntaría por qué le ha tocado en un cien por cien. —Apartó la vista del melancólico cielo nocturno—. No hubierais debido venir conmigo.

—Vos no sois mi esposo, así que no podéis ordenarme nada —sonrió Catherine—, y si podéis apostar a una carta dieciocho luises de oro, entonces yo también puedo apostar mi futuro a un John Law.

—Estoy feliz de que lo hagáis, Catherine, pero no es razonable.

Ella le cogió las manos y le dirigió una mirada penetrante.

—Sé que no he elegido un camino fácil. También sé que no es razonable. Pero es mi voluntad. Lo supe cuando os vi por primera vez. ¿Qué es lo razonable? Probablemente no haber nacido fuera lo más razonable —dijo, y empezó a tirar nuevamente de la ya maltratada camisa de John—. Es tan hermoso no ser razonable.

Edimburgo, 1704

Los años no habían pasado por Lauriston Castle sin dejar huella. La hiedra había cubierto la fachada, antaño blanca, y transformado la casa en una finca silvestre que parecía de leyenda. Sólo las ventanas seguían despejadas, como pequeños pares de ojos entre el espeso verde. El empedrado del patio estaba cubierto de musgo. Movido por el viento, un postigo golpeaba una y otra vez contra el muro. Probablemente un día el soporte del muro se soltaría y el postigo caería al patio. Lauriston Castle se derrumbaba.

Jean Law tenía cincuenta y siete años, el pelo gris y la espalda encorvada. Se alegró al recibir la visita de su hijo mayor, pero al mismo tiempo se sentía llena de melancolía. Dijo que había emprendido el último tramo de su vida, y que John tenía que prometerle cuidar de su hermano William. El joven William tenía talento, pero le faltaba una mano que lo encaminara.

Estaban sentados en el salón. Janine sirvió té. Hacía tiempo que la picardía de sus ojos se había apagado, y ambas mujeres miraban con discreción a la acompañante de John. No sabían qué pensar de Catherine Knollys. John la había encontrado en París, había recorrido con ella Europa durante años, se había asentado temporalmente en Ámsterdam y ahora, por primera vez después de tanto tiempo, volvía a estar allí, en Edimburgo.

Jean Law se perdió en sus recuerdos, y se sorprendió de que su hijo hubiera crecido tanto.

—Es increíble cómo pasa el tiempo, John. ¿Qué edad tienes? ¿Treinta y tres? Si tu padre pudiera verte... Dicen que has hecho una gran fortuna en Italia. Incluso en el lejano Edimburgo se habla de ti. Pero dime si te va bien.

—Me va muy bien, madre. Y en lo que a mi hermano se refiere, no tengáis ninguna preocupación.

Ella sonrió con suavidad, tocó la mano de John y pareció perderse nuevamente en

sus recuerdos.

—Si quieres hacer algo por mí, hijo, cuida de tu hermano William.

—Lo intentaré, pero no entiendo cómo puede vivir aquí y ver sin hacer nada cómo se deteriora la propiedad. Lo mínimo sería cuidar de que no pierda valor.

—Él no es como tú, John —dijo su madre en voz baja.

En ese momento se abrió la puerta, y un joven de treinta y dos años entró en la habitación:

—¡El gran John Law de Lauriston honra con su visita la cloaca de Edimburgo!

—Hola, William —dijo John sin levantarse.

—¿Has venido para ocuparte de estos viejos muros? ¿O estás fugándote del verdugo de Londres? ¿O de la policía de París? ¿O de un escocés con una oreja?

Su madre bajó la cabeza y entrelazó las manos. Ahora se podía ver cuánto se había aclarado su cabello gris.

—Madame —dijo alegremente William, gozando de su entrada en escena—, vuestro hijo se ha batido en Londres y ha matado a un hombre, y en París lo han desterrado. Quizá quiera esconderse bajo vuestra falda y ser útil de noche como artesano...

Jean Law se levantó de pronto y ordenó con voz firme y decidida:

—¡Cállate, William! No se discutirá bajo mi techo.

Se hizo el silencio. Con un gesto, Jean exigió a su hijo menor que se sentara. Hacía mucho que se había convertido en un hombre, pero seguía pareciendo un chico grande y ruidoso. Hay gente que envejece pero nunca crece.

—¿Qué planes tienes, John? —preguntó su madre al cabo de un rato.

—Hasta hace poco hemos estado en Ámsterdam, madame. He trabajado para distintos bancos y casas comerciales. Ahora ha llegado el momento de escribir y publicar mis ideas. He desarrollado planes para reorganizar las finanzas nacionales, teorías monetarias para proporcionar nuevos recursos de liquidez al Estado. Me gustaría publicarlo en el Parlamento escocés.

William elevó los ojos al techo, mientras Catherine le mostraba toda su aversión.

—Necesitarás ayuda, John —dijo su madre—. Durante tu ausencia, algunas cosas han cambiado en Edimburgo. El señor Hugh Chamberlen ha redactado numerosos escritos sobre la reorganización de las finanzas. No sé si has oído hablar de ellos. En cualquier caso, su palabra pesa. Pero no tolera a nadie junto a sí.

—Pediré al duque de Argyll que me consiga audiencia ante el Parlamento escocés. He oído decir que ahora es el comisionado de la reina.

—Entonces, ¿vas a quedarte un tiempo en Lauriston Castle? Eres bienvenido, John.

—Con permiso, madame —intervino nuevamente William—, quisiera observar cortésmente que mi hermano no dispone de mucho tiempo, sobre todo si tenemos en cuenta que la unión gubernamental de Inglaterra y Escocia es inminente.

Su madre lo miró con desagrado e hizo un movimiento despectivo.

—Si la unión gubernamental se lleva a cabo —añadió William con fingida preocupación—, la sentencia de muerte dictada en Londres también estará en vigor en Edimburgo.

—Cállate, William, nunca habrá ninguna unión.

—Obré en defensa propia, madre. ¿Hubiera debido dejarme matar sin combatir?

—Si presentas una petición de gracia, la reina Ana te indultará, estoy segura. No es tan testaruda como el rey Guillermo —dijo la madre.

John guardó silencio y miró pensativo a Catherine.

—¿Cómo están las posibilidades, hermano del alma? —preguntó William.

Jean lanzó una severa mirada a su hijo menor.

William se encogió de hombros y mostró la palma de las manos.

—Disculpad, madame, pero dicen que con sus artes y cálculos de probabilidades se ha convertido en una atracción en los salones europeos. Incluso en Edimburgo se habla de ello, ¿sabes, John? No sólo eres famoso por tus historias de mujeres.

—Será mejor que te vayas, William —dijo Jean sin mirarle.

—Es hora de que charlemos un poco fuera, en el patio, ¿no? —propuso John, mirando a su hermano con expresión muy seria.

William se levantó, hizo una breve reverencia a Catherine y salió del salón. John lo siguió.

Cuando lo alcanzó en el patio, William había llegado justo hasta el postigo roto. Lo señaló.

—¿Qué probabilidad hay de que ese postigo se caiga y mate a un hombre de treinta y tres años?

Cuando John alzó la vista, el puño de su hermano se estrelló en su rostro con toda su rabia. John cayó al suelo y William se lanzó furioso contra él. Quería patearlo. Rápido como el rayo, John le agarró la pierna, se puso en pie de un salto y la levantó. William cayó al suelo de espaldas y se golpeó la cabeza contra el empedrado.

—¡Levántate, William! —gritó John.

William se llevó la mano a la nuca; luego se tocó la nariz. Sangraba. Furioso, se rehízo y se lanzó sobre su hermano, golpeándolo como un poseso. John paró los primeros golpes y los devolvió con furia. El intercambio se hizo cada vez más rabioso, hasta que finalmente los dos dieron muestras de agotamiento. Se quedaron el uno frente al otro, jadeantes y expectantes.

—Esto aún... no ha acabado —gimió William. Volvió a apretar los puños.

—El último que me dijo eso ha muerto —suspiró John, y le propinó una sonora bofetada que atronó en la cabeza de William como si alguien hubiera hecho sonar un enorme gong. El ruido no acababa de extinguirse—. No volveremos a discutir en presencia de madame, ¿me has entendido?

William sólo veía los movimientos de los labios. No entendía una palabra. Al cabo de un momento volvió a golpear a su hermano. Pero éste paró hábilmente los puñetazos, le soltó un rodillazo en el vientre y, justo cuando se agachaba de dolor, le

dio un codazo en el rostro. William cayó de rodillas.

—Madame desea que la disputa entre nosotros concluya. Con esto ha terminado, William. Los dos nos atenderemos a ello.

El hermano menor se incorporó con lentitud. De pronto apareció un cuchillo en su mano. John no se movió del sitio.

—¿De qué quieres vengarte en realidad, William? ¿De que soy mejor que tú? ¿Más fuerte? ¿Más exitoso? ¿Más importante?

William se inclinó y empezó a dar vueltas alrededor de John. Éste no se movió y tampoco hizo intención de defenderse. Cruzó ostentosamente los brazos.

—Puedes matarme, William, ¿y entonces? Incluso muerto habré sido mejor de lo que tú has sido nunca en la vida. ¿Para qué quieres matarme entonces? ¿Quieres pasar tu vida odiándome? ¿Y olvidar así tu propia vida? Tienes que matar tu odio, tu envidia. Y concentrarte en tu propia vida.

William se detuvo. Un leve temblor recorrió su rostro. Volvió a secarse la sangre de la nariz.

—El mundo es grande. Hay sitio suficiente para los dos. No tengo intención de quedarme en Lauriston Castle. En Edimburgo aún se huele el humo de las últimas quemaduras de brujas. Pero más al sur está surgiendo el mundo de mañana. Nos liberaremos de nuestras cadenas y dejaremos morir a Dios y los reyes. Sustituiremos a Dios por el conocimiento; sustituiremos a los reyes por parlamentos. Y en los parlamentos complementaremos a la nobleza rural con comerciantes, banqueros y artesanos. En ese nuevo mundo todos tendrán una verdadera oportunidad, William. Hay tanto que descubrir... nuevos continentes, países, materias primas, culturas, nuevos inventos, nuevas teorías, modelos, ideas. Así que, ¿por qué despilfarras tu tiempo en odiarme?

William guardó silencio. Al cabo, dijo:

—He tenido tiempo suficiente para aprender a odiarte. Estaba ahí cuando nuestras hermanas gemelas murieron. Estaba ahí cuando el corazón de madre se rompió en pedazos, y siempre estoy a su lado cuando llora y se preocupa. He deseado a menudo que te hubieran colgado en Londres para que ella encontrara por fin la paz. Y ahora vuelves, y ella cae a tus pies.

John calló. Nunca había visto el asunto desde esa perspectiva.

—Lo que hagas aquí, William, no debe ser en tu perjuicio. Pronto el Rey Sol morirá en París y se reclamarán mis servicios. Y cuando un día madre ya no esté, te llamaré, te conseguiré un puesto que te hará olvidar todo lo que haya habido entre nosotros.

John se volvió y regresó lentamente a la casa. William lanzó al aire su cuchillo, lo sujetó por la hoja al caer y lo lanzó con todas sus fuerzas a través del patio. Se clavó en el tronco de una encina.

—Deberías ser algo más amable contigo mismo, William —dijo John, deteniéndose.

—Siempre vendes el futuro. Demuéstrame que hablas en serio. Déjame participar ya de tu riqueza. ¿O no son más que historias que se cuentan en los salones?

William se acercó a su hermano. Volvió a secarse la sangre del rostro.

John metió la mano en el ancho bolsillo de su levita y sacó una bolsa de cuero. Se la lanzó a William, que la abrió y metió la mano. Sacó un puñado de monedas de oro.

—Entonces es cierto lo que se cuenta en los salones. Te has convertido en un hombre rico.

—*Non obscura nec ima.*

—Ni oscuro ni pequeño. —Quiso devolver la bolsa a John, pero éste la rehusó.

—Espero que baste para reparar el postigo de esa ventana —dijo, y señaló el tambaleante postigo, que amenazaba con soltarse de sus goznes.

—¿Un discurso ante el Parlamento escocés? —murmuró el joven duque de Argyll, dejando vagar la mirada por su orgullosa biblioteca.

Ocupaba todas las paredes. Incluso encima de la puerta de doble hoja del salón y la gran ventana que daba al parque, los libros se acumulaban en interminables estanterías que llegaban hasta el techo. En medio de la estancia, el duque de Argyll imperaba detrás de una recia mesa de roble. Su jubón de anticuados colores aún tenía bolsillos verticales, algo que ya era muy raro de ver. A su derecha había un globo terráqueo sobre un soporte de madera. Tenía más de un metro de diámetro y aún mostraba mares donde hacía largo tiempo se había descubierto tierra.

—Mirad, señor Law —empezó de nuevo el duque—, Escocia no es el país adecuado para experimentos de teoría financiera. Emplead para eso un trozo de papel, ¡pero no una nación entera!

John inclinó brevemente la cabeza, como si quisiera dar las gracias por la afirmación.

—Escocia apenas dispone de dinero en metálico, sir —repuso—. El comercio sólo es posible en limitadas proporciones. Cada vez se produce menos. La consecuencia es desempleo y pobreza...

El duque sonrió.

—Un país así siempre es propicio para nuevas y prometedoras teorías. Mirad, señor Law, aquí, en el despacho de mi difunto padre, se sentó una vez un hombre llamado William Paterson. No consiguió hacerse oír aquí, entre sus compatriotas, y en mil seiscientos noventa y cuatro, hace exactamente diez años, fundó el Banco de Inglaterra, en Londres.

John sabía muy bien quién era William Paterson. Cuando su compatriota había fundado el Banco de Inglaterra, él estaba en una prisión londinense.

—William Paterson regresó a Edimburgo como triunfador —prosiguió el duque— y abogó por fundar una colonia comercial escocesa en Panamá. En pocos años, convertiría a Escocia en el país más rico del mundo. Vos no lo habéis vivido, pero la

gente estaba loca por darle su dinero. Le confiaron más de cuatrocientas mil libras. Prometió inconmensurables beneficios. Cuatrocientas mil libras es la mitad de todo el patrimonio público escocés. Cinco barcos se hicieron a la mar, esto fue hace seis años, con dos mil personas a bordo. Tres meses después llegaron a su destino. Allí estaban William Paterson, su mujer y su hijo. Dos años después, sólo seguían con vida Paterson y trescientos infelices, acosados por la malaria y la disentería. Los españoles asediaron día y noche la colonia. Los ingleses observaron sin actuar cómo su indeseada competidora terminaba de modo lamentable. Con una mera idea, el fundador del Banco de Inglaterra arruinó toda Escocia en sólo tres años. Y, que Dios lo perdone, empujó a mi padre al suicidio. Mi padre había confiado en él. Lo perdió todo. Así que si os presentáis ante el Parlamento escocés, John Law, deberíais ofrecer algo más que una mera idea.

El duque le devolvió el manuscrito que John le había enviado hacía unas semanas.

—He estudiado con atención vuestras observaciones acerca del dinero y el comercio. Algunas cosas recuerdan los escritos de Hugh Chamberlen. —Se detuvo y reflexionó—. Pero bueno —prosiguió, y alargó las palabras hasta lo insoportable—, admito que vuestro manuscrito es... interesante. Vuestra reflexión, según la cual el dinero no tiene valor, sino que es solamente una función, es seductora...

—¿Reflexión? —sonrió John.

—En cualquier caso es seductora. También es seductor vuestro razonamiento según el cual la emisión de papel moneda no sólo debería cubrirse con metal, sino con terrenos, porque los terrenos son menos volátiles.

John esperó impaciente la conclusión del duque. Temía que sólo comentaba su manuscrito con tanta benevolencia porque iba a rechazarlo acto seguido.

—Vuestro manuscrito puede ser interesante, John Law. Si lo hubiera escrito el señor Chamberlen, sería incluso brillante. Sería la Biblia de las ciencias financieras y el comercio. Sería tan revolucionario como la invención de la rueda, la imprenta o la pólvora. Vuestra obra estaría en condiciones de cambiar más de lo que nunca habría cambiado un rey. Pero, por desgracia, lo ha escrito la persona equivocada.

—¿La persona equivocada? —repitió incrédulo John.

El duque asintió.

—Sí, la persona equivocada. Aquí estáis considerado un jugador, un criminal buscado...

—Podría publicar el manuscrito con un seudónimo.

El duque asintió.

—En su momento, vuestro padre prestó buenos servicios al mío. Quiero transmitir la gratitud de mi padre, señor Law. Os aseguro que pondré en circulación vuestra obra en el Parlamento, siempre y cuando sea publicada bajo un seudónimo. Pero también os aseguro que no tomaré partido público por vos. Eso despertaría una incompreensión demasiado grande, después de todo lo que Paterson hizo a mi familia.

John trabajó veinticuatro horas al día en la reelaboración de su manuscrito, mientras Catherine hacía compañía a Jean. Se veía a menudo a las dos mujeres pasear juntas. John no sabía de qué hablaban. Tampoco se lo preguntaba a Catherine. Le bastaba con saber que ambas se entendían.

El oro de John había dado nueva vida a William. Se esforzó en volver a poner la finca en condiciones, contrató operarios y supervisó sus trabajos. Durante su tiempo libre, a menudo estaba en los establos haciendo prácticas de tiro. Por alguna razón, había desarrollado afición por las pistolas. Quizá era la compensación por su falta de virtuosismo en el manejo de la espada.

Una mañana apareció un lacayo. William regresaba en ese momento de su cabalgada matinal, y le preguntó qué quería.

—Traigo un mensaje del señor Andrew Ramsay.

—Mi hermano no desea ser molestado en estos días. ¿Cuál es el mensaje? Yo se lo transmitiré.

—¿Vos sois el hermano del famoso John Law? —preguntó el lacayo, como si nunca hubiera oído decir que el gran John Law tuviera un hermano.

—Sí —asintió irritado William—, soy William Law, el hermano menor de John Law. ¿Cuál es el mensaje?

El criado se inclinó respetuoso y le informó bajando la mirada:

—El señor Andrew Ramsay se alegraría de poder saludar en su salón a John Law.

—¿Quiere Andrew Ramsay familiarizarse con las teorías monetarias de mi hermano? —preguntó curioso William. Sabía que cualquier ayuda antes de la inminente comparecencia ante el Parlamento de Edimburgo podía ser importante.

—El señor Andrew Ramsay adora el juego del faraón. Sería un honor para él poder medirse con el gran John Law.

—Mi hermano no es un jugador. Haced el favor de decirle al señor Ramsay que mi hermano no puede aceptar su invitación. —William sintió que le gustaba hablar en nombre de su hermano.

El lacayo se inclinó nuevamente y abandonó la finca.

—¿Andrew Ramsay? —repitió John durante la cena, dejando la copa de vino.

—Su padre fue uno de los hombres más ricos y prestigiosos de Edimburgo. Sólo su propiedad rural debe valer más de doscientas mil libras —explicó madame Law.

—Andrew Ramsay —John hizo un mohín—, qué lástima no seguir jugando, madame. —Miró a su madre con aire socarrón.

—De todos modos es una trampa —se acaloró William—; estoy seguro de que algunas personas en Edimburgo ya saben que vas a comparecer ante el Parlamento para explicar tus teorías. Esa gente quiere retarte a jugar. Quieren presentarte como un notorio jugador de azar.

—No temas. ¿Qué significa una victoria en una mesa de juego cuando se tiene la posibilidad de abastecer de nuevo dinero a toda Escocia y liberarla de la miseria? ¡Mi próxima partida no se jugará en una mesa, sino en una tribuna de oradores!

Su madre sonrió.

—Sin duda, aprendiste a jugar en las mesas de juego. Pero no puedes engañar a tu madre, John. No saldrás de Edimburgo antes de haber arruinado a Andrew Ramsay.

—Madame —protestó John, pero ella hizo un gesto de desdén.

—No lo perderé de vista —bromeó Catherine. Estaba pálida y no tenía mucho apetito.

Madame echó una discreta mirada al vientre de Catherine, que lo observó y sonrió débilmente. Jean comprendió enseguida. Cerró los ojos por un instante. Catherine estaba embarazada. Y ella iba a ser abuela. Volvió a alzar la vista.

—No olvides escribir a la reina —dijo, y miró preocupada a sus hijos.

—Eso es cierto, madame —replicó William—. Una victoria ante el Parlamento de Edimburgo no le servirá de nada si Inglaterra y Escocia se unen y la sentencia de muerte queda ampliada a Escocia. Si John me paga por ello, me ocuparé de ese asunto.

—¡William! —se horrorizó su madre.

Pero William se mantuvo relajado.

—Alegraos de que vuestros hijos hagan negocios juntos. Más no podéis pedirnos, ¿verdad, John?

John rió con ganas.

París, 1701

Felipe de Orleans paseaba aburrido por su salón. Las mesas de faraón apenas estaban ocupadas. Se detuvo ante el prefecto de policía.

—He oído decir que habéis vuelto a echar del país a nuestro amigo escocés...

D'Argenson no reveló emoción alguna.

—*C'est ça, Monsieur le Duc*. Law ha vuelto a abandonarnos. Negocios urgentes, según oí decir...

El duque pasó por alto las mentiras de D'Argenson.

—¿Qué había contra él?

—¿Contra él?

—¿Qué había contra él? —repitió secamente el duque.

D'Argenson vio que el duque no quería soltar el asunto.

—Si había algo en su contra, está sometido a mi obligación de guardar secreto —repuso secamente.

El duque reaccionó con impaciencia, mientras el prefecto componía una sonrisa suficiente.

—D'Argenson, también puedo preguntar al rey. Al fin y al cabo, es mi tío. ¿O

también tenéis obligación de guardar secreto ante el rey?

—Soy un fiel servidor de nuestro monarca. Comunicaros los motivos cae dentro de la discreción del rey.

El duque sonrió.

—Si es que conoce los motivos.

El rostro de D'Argenson se ensombreció. Frunció las cejas negras y apretó los labios. Felipe de Orleans pasó el brazo por los hombros del prefecto superior de policía, porque sabía que era un gesto que detestaba, y le susurró al oído:

—He oído decir que queréis ser ministro de Hacienda. Ya no queréis ocuparos de la chusma que anda por las noches por nuestras calles...

D'Argenson retiró lentamente el brazo del duque. Luego se acercó y le susurró al oído:

—Corren muchos rumores por París. He oído decir que día y noche os limitáis a beber, ir de putas y esperar la muerte de vuestro tío.

Felipe de Orleans rió cansadamente.

—¿Habéis cenado sopa de cebolla esta noche, marqués?

El prefecto reaccionó irritándose.

—A veces los olores son peores que los rumores —prosiguió alegremente el de Orleans—, porque los rumores son inofensivos. Tan sólo dicen algo de aquel que los difunde.

D'Argenson se inclinó en una reverencia.

—Os doy las gracias por esta agradable velada, Monsieur le Duc.

—Siempre sois bienvenido, Monsieur le Marquis —exclamó el duque con gesto teatral—, mañana iré a visitar al rey y le pediré que nos devuelva a John Law de Lauriston. Y quizá... quizá le pida algo más...

La observación no pasó inadvertida en el salón. Un murmullo de asentimiento corrió entre los presentes, mientras D'Argenson se apartaba de la mesa de juego y desaparecía en la sala.

Edimburgo, 1704

William Law mantenía baja su pistola de chispa. Tenía los ojos cerrados. Sólo se oía silbar el viento entre los muros de Lauriston Castle. William alzó el arma, abrió los ojos y apretó el gatillo. La bala destrozó el jarrón de piedra que colgaba de la rama de un manzano.

—Deberíais ir a la feria —rió una voz femenina. William se volvió. Catherine salió de detrás de los establos y se acercó lentamente. En el suelo había un estuche de madera exquisitamente trabajado y forrado de seda roja; contenía una pistola de duelo. William sostenía la segunda arma, idéntica—. Los estuches para pistolas de duelo se están poniendo de moda —bromeó Catherine—. ¿Tenéis enemigos?

—Sólo mi hermano. —William sonreía mientras depositaba la pistola en el

maletín y sacaba la otra—. ¿Queréis probar?

—¿Por qué no? —sonrió ella—. Quizá un día las damas tengan los mismos derechos que los hombres y puedan hacer las mismas tonterías.

William sonrió silenciosamente, mientras aseguraba el percutor con movimientos ágiles, vertía pólvora del cuerno al cañón y metía luego una bala envuelta en tela.

—¿Habéis disparado alguna vez? —preguntó.

Catherine negó con la cabeza y tendió la mano hacia la pistola.

—Un poquito de pólvora en la cazoleta... —murmuró William. Cerró la tapa de la cazoleta y le entregó el arma—. Sostenedla apuntando hacia abajo. Si se escapa un tiro por error, siempre os quedarán otros nueve dedos.

Catherine sujetó el arma.

—¿A qué debo disparar?

—Intentadlo con el árbol.

Ella levantó el arma. William la observaba. Vista de cerca era aún más hermosa.

—¡Cuidado! —dijo en voz baja, y tocó levemente su mano—. La pistola se mueve hacia arriba al disparar. Así que sujetadla fuerte, para que el retroceso no os golpee en los dientes.

Catherine sintió que él la deseaba. Rápidamente, apretó el gatillo. El arma salió lanzada hacia arriba.

—¿He acertado? —preguntó divertida.

—Digamos que habéis disparado un tiro. Y que aquel árbol aún dará frutos la primavera próxima.

—¿Y el autor? —preguntó Agnes Campbell, la viuda de setenta años del renombrado impresor y editor Andrew Anderson, el impresor oficial de «Su Alta Majestad la Reina». Se sentaba, un poco perdida, detrás de la gran mesa de trabajo de su fallecido esposo.

—El autor permanecerá anónimo —respondió John Law—, y si alguien pregunta quién ha redactado este escrito, os limitaréis a decir que no es el doctor Chamberlen...

Agnes Campbell asintió y sopesó el manuscrito, de ciento veinte páginas, *Dinero y comercio*.

Un áspero olor a tinta de imprenta flotaba en el aire. Hasta ellos llegaban los ruidos de las prensas y el entrechocar de los tipos.

—¿Cuánta prisa corre? —preguntó ella mirando a su sobrino.

—Tenéis que empezar enseguida, tía Agnes. —Y cuando la anciana movió la cabeza con cansada expresión de queja, añadió que estaba dispuesto a pagar el doble.

—No es cuestión de dinero, sino de mano de obra. Tengo que enviar a mis reclutadores a las tabernas a buscar aprendices. Los mejores ya están contratados hace mucho, y se conducen como si fueran renombrados canteros parisinos. Hoy en

día muchos se van a Francia, porque se supone que los franceses están planeando el mayor libro del mundo, una Enciclopedia. ¿De dónde voy a sacar cajistas e impresores?

—Encontraréis la forma, tía Agnes.

—No —rechazó enérgicamente la señora Campbell—, esto se ha convertido en un problema serio, John. Hoy en día los obreros se contratan y pagan por encargo. Luego se van. Como los canteros. Son caprichosos. Ya nada es como antes.

—¿Creéis que no encontraréis cajistas e impresores ni siquiera para un John Law?

Un tanto desvalida, la anciana hojeó el manuscrito, como si buscara una excusa en él. Después de la temprana muerte de todos sus hijos, acababa de perder a su tercer marido, Andrew Anderson. Sus legendarios productos de imprenta adornaban las bibliotecas de Venecia, Londres y París. Pero Agnes Campbell sabía poco de negocios y estaba sola. Parecía superada por el destino, en permanente lucha entre la resignación y la superación. Por fin, se rehízo y dijo:

—Imprimiremos en formato de duodécima, es más barato y más rápido...

—¿En qué formato imprimió Chamberlen?

—Él quería una edición en cuarta, cara y distinguida.

—Ajá —se irritó John—, así que él ya ha publicado.

Agnes dejó caer el manuscrito sobre la mesa y se tapó la boca con las manos.

—Acabo de revelar un secreto. John, no has cambiado nada...

—Entonces también podréis revelarme cuándo ha recogido sus pliegos Chamberlen —sonrió con encanto.

—Están siendo impresos ahora mismo, en el taller —sonrió conciliadora.

Su sobrino reflexionó.

—No me pidáis que pare la impresión, John. No lo haré. Cuando se trata de finanzas, nadie en Edimburgo goza de mejor fama que el doctor Chamberlen.

—No, tía Agnes. Incluso es importante que imprimáis la obra del doctor Chamberlen. Sólo la comparación con sus ideas convencerá al Parlamento de que las mías están más fundadas y mejor reflexionadas. —Y añadió—: Lo que no quiero es que el Parlamento hable sólo de Chamberlen, y yo llegue demasiado tarde... —Señaló una prensa aparentemente en desuso.

La anciana se sentía aliviada de que su sobrino no le exigiera nada deshonesto.

—No puedes imprimir un pliego en esa prensa...

—Pero sí una octavilla —respondió John—, mil unidades. Resumiré mi obra en una sola hoja. Sólo las tesis más importantes. Y avisaré de la pronta aparición del libro. Es importante que el Parlamento sepa que va a haber algo más.

—¿Una octavilla?

—Sí —confirmó John—. «Propuesta para abastecer a la Nación de dinero». Ése será el título. Dadme algo para escribir. La redactaré ahora mismo. La repartiréis y pegaréis en todas las cervecerías, posadas, cafés y plazas públicas.

—Bien. —Ahora pareció alegrarse de haber aceptado el encargo—. Mandaré

enseguida a mis reclutadores a buscar operarios. Esta noche enviaré las ofertas a Lauriston Castle.

John hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Nada de ofertas, simplemente empezad y permitidme comprar la primera prueba de la obra de Chamberlen. Venid, vamos al taller.

Un ruido ensordecedor los recibió en la imprenta. Los aprendices de cajista estaban delante de sus atriles inclinados y alineaban con mano hábil las letras, hechas de una aleación de plomo, estaño y antimonio, formando palabras y frases, línea tras línea, mientras otros mozos fijaban diestramente con tornillos las páginas terminadas en un marco que servía de molde de imprenta.

La sala reventaba por todas las costuras. Dos docenas de hombres trabajaban conforme a una rigurosa división del trabajo. Mientras uno entintaba el marco terminado, otro desprendía de la plancha el pliego de papel recién impreso. Un tercero metía bajo la prensa el nuevo molde recién teñido y un cuarto completaba la impresión con una fuerte presión de la prensa.

—¡De pronto, el mundo entero quiere leer! —gritó la anciana, pero casi no pudo oír sus propias palabras.

Del techo colgaban los pliegos recién impresos. Cada uno abarcaba entre cuatro y ocho páginas del libro, y después de secarse por completo también se podían imprimir por el dorso.

Agnes hizo gestos a un capataz para que se acercara. Le dio a entender por señas que quería un ejemplar del libro de Hugh Chamberlen. El hombre reunió un montón de pliegos sueltos, los enrolló e hizo un paquete con ellos.

Cuando volvieron al patio, John le dio las gracias por el ejemplar.

—Decid al doctor Chamberlen que la gente os arranca literalmente los pliegos de las manos. Ya habéis vendido un juego entero.

Su tía sonrió. A la postre, se alegraba de que su sobrino hubiera ido a visitarla. Al principio su aparición la había inquietado, porque la fama que lo precedía no era precisamente tranquilizadora.

—Aún podemos construir más aquí —dijo, abordando un asunto que le preocupaba mucho desde la muerte de su marido—. Mi esposo quería montar al principio una encuadernación y una librería. Pero para mí es demasiado, John. Soy una anciana. Y el mundo se encuentra lanzado a un loco galope. No puedo seguirle el paso. Las librerías ya no quieren encuadernar ellas mismas los pliegos; debemos suministrar libros acabados. Si mis hijos aún vivieran, podrían llevar la imprenta hacia una nueva era. —Alzó la vista, inquisitiva, hacia John.

—La gente leerá cada vez más, tía Agnes; en cambio, no está claro si eso los hará más listos.

—Ya —murmuró ella, decepcionada porque John no había picado el anzuelo para entrar en el negocio de la imprenta.

Él alzó sonriente el rollo de papel envuelto.

—Probablemente ya os habréis dado cuenta de que no aprecio especialmente a Chamberlen. Me pone nervioso con su título de doctor. Yo he hecho mi doctorado en las mesas de juego de Europa. —Se inclinó hacia la anciana, la abrazó cariñoso y la besó en ambas mejillas—. Creedme, tía Agnes —susurró—, no sería un digno sucesor de Andrew Anderson. No quiero imprimir y editar libros que otros escriben en un cuartucho. Tengo una idea, y quiero llevarla a la práctica. Y para eso no necesito tinta de imprenta, sino un rey y toda una nación.

—Ah, John, ¿por qué no te fijas objetivos más normales, como hace toda la gente?

La octavilla de John Law fue repartida al atardecer del día siguiente por los cafés de Edimburgo, y discutida enseguida con vehemencia. Una octavilla era algo especial. Era actual, revulsiva, un texto original de primera mano. En todos los lugares de la ciudad, la gente tenía casi al mismo tiempo la misma información. Desde el limpiabotas hasta el banquero, todo el mundo se interesaba por una nueva octavilla. Si una nueva octavilla llegaba a un café, reinaba por un momento un silencio de muerte. Y al momento siguiente estallaban los debates.

Aquella tarde se discutió sobre las tesis de un hombre, al que no se llamaba por su nombre, que quería someter al Parlamento una propuesta para abastecer de dinero a la nación. El desconocido quería imprimir dinero de papel, y el Parlamento debía garantizar que a la presentación de esos papeles se recibiera la suma indicada en monedas contantes. Eso, por sí solo, no era tan nuevo. Lo nuevo en su propuesta era que también se podía pagar con papel moneda que aún no existía. Con dinero que no estaba ahí. Con créditos. Con papel moneda basado en una prestación que iba a ser aportada en el futuro. De ese modo, el anónimo autor de la octavilla creía poder poner en marcha de nuevo la agonizante economía escocesa. Nunca antes alguien había tenido la idea de pagar por una cerveza que aún no había sido destilada.

Ya era tarde cuando John terminó de leer el libro de Hugh Chamberlen.

—¿Y bien? —preguntó Catherine cuando observó que dejaba a un lado los últimos pliegos.

Estaba sentada en un sofá junto a la chimenea y leía el relato de viaje de un inglés que había recorrido los territorios del Nuevo Mundo.

—Escribe de forma ingeniosa —respondió pensativo—, pero nada original. Escribe sobre cosas que hace muchos años ya se discutían en Ámsterdam. Y no da a luz nada nuevo.

Catherine hizo un mohín. John la miró intrigado. Fue hacia ella, se arrodilló y le besó las manos.

—¿Por qué sonrías así, querida Catherine?

—Porque dices que no da a luz nada. ¿Acaso puede un hombre dar a luz?

—Puede dar a luz ideas —sonrió John.

Catherine le cogió la mano y la posó en su vientre. John la abrazó tiernamente y la besó con ardor.

—Y yo, loco de mí, no he advertido nada —susurró.

Catherine le pasó la mano por los cabellos y lo estrechó.

—¿Seguiremos juntos para siempre, John?

—Para siempre. No importa lo que ocurra.

—¿Sólo la muerte podrá separarnos? —susurró ella.

En ese momento llamaron a la puerta. John esperó un momento. Cuando volvieron a llamar, se levantó.

—Adelante.

Era William, con una carta en la mano.

—¡La reina Ana ha rechazado tu petición de gracia, John!

Catherine miró con aire inquisitivo a su amado.

—De todos modos no teníamos intención de viajar a Inglaterra —bromeó éste.

—¡Tú sabes lo que esto significa, John! —repuso William con voz seria—. ¡Si la unión entre Inglaterra y Escocia se consuma, te ahorcarán en Edimburgo!

—¿Te preocupas por mí? —bromeó John.

—Sólo por tu dinero, es algo puramente mercantil —lo provocó su hermano.

—¿Sabes?, la mayoría de las cosas que tememos en la vida, nunca suceden. Aún no hay unión entre Inglaterra y Escocia. Lo que la reina Ana diga en Londres no le preocupa a nadie en Edimburgo.

William miró a su hermano y luego a Catherine. Percibió que había llegado en un momento inoportuno. Y volvió a constatar lo hermosa que era Catherine.

En el salón del Parlamento debían de tener lugar escenas tumultuosas. Pronto haría una hora que John Law recorría arriba y abajo los entarimados salones de pasos perdidos. Por fin se abrieron las grandes puertas, y los parlamentarios salieron en tropel, con los rostros arrebolados. La sesión había sido suspendida dos horas para que los ánimos pudieran calmarse.

Un burgués bien alimentado se dirigió hacia John, saludó y susurró:

—He mantenido mi palabra, os escucharán, y me debéis una partida de faraón.

Tenía que ser Andrew Ramsay, que movía por la sala su cuerpo rechoncho envuelto en una abundante colección de sedas y brocados escogidos, mientras se abría paso entre los parlamentarios con su bastón, cuyo pomo de oro representaba una cabeza de león. Todos se apresuraban a salir, como si el presidente de la cámara hubiera anunciado el estallido de la peste. John siguió a Ramsay lo mejor que pudo entre la multitud.

—Vuestro hermano William me lo ha prometido. Espero que no haya prometido

lo que no podía.

—No, no, tenéis mi palabra —repuso John con una rápida inclinación.

La blanda papada de Ramsay tembló sobre el pañuelo de cuello plateado cuando murmuró unas palabras incomprensibles a modo de despedida.

—¡John Law de Lauriston! —llamó alguien. Un hombre se abría paso hacia él.

—¿Defoe? —soltó incrédulo John cuando un individuo hinchado, de cara congestionada y peluca dorada, se plantó ante él como si hubiera echado raíces.

—¡John Law! —repitió a voz en cuello. No le preocupaba en absoluto llamar la atención. Ambos se abrazaron amistosamente.

—¿Ha sido anunciado ya mi discurso? —preguntó impaciente John.

—Anunciado sí, pero me temo que esto puede llevar días. Tan sólo se debate y se discute sobre la unión. ¡Ni una palabra sobre finanzas!

John contempló a los alborotados parlamentarios, que cruzaban la sala discutiendo a voz en cuello y gesticulando.

—El diputado Ramsay se ha pronunciado en favor de que se os escuche. Pero apagaron su voz a gritos. La gente sólo quiere hablar de la unión. Algunos dicen que si Escocia e Inglaterra se unen, vuestras ideas ya no serán necesarias. Esto ha indignado a los partidarios de Chamberlen, porque están convencidos de que la política financiera necesita nuevos conceptos, pero naturalmente no los de Law, sino los de Chamberlen.

—¿Y vos? ¿Os habéis convertido en parlamentario escocés?

—Me honra que me creáis capaz de tan difícil empresa, pero estoy aquí en mi calidad de observador de las conversaciones acerca de la unión por orden de su majestad la reina.

—Ha rechazado mi petición de gracia.

—Lo sé, y también sé que la unión va a llevarse a cabo. Y más deprisa de lo que algunos creen. Abandonad enseguida Edimburgo, sir, o pronto terminaréis en el cadalso.

—No me iré antes de haber hablado ante este Parlamento. ¡Por mí pueden ponerme la cuerda al cuello, pero hablaré!

—Me dais miedo. Ni siquiera los personajes de mis novelas serían capaces de hacer algo tan poco razonable. Sólo podréis hablar en este Parlamento cuando la unión haya sido aceptada. ¡Pero si se produce y habláis aquí, se pedirá al prefecto de policía de Edimburgo la ejecución de la sentencia de muerte dictada en Londres! ¡Si no la ejecuta, la unión no valdrá nada!

—Lo sé, sir, el cálculo de riesgos es mi oficio. Si no hiciera nada, probablemente el riesgo sería mayor.

—Oh —gimió Defoe—. Conseguís una y otra vez hacerme tomar conciencia de que mi formación escolar fue insuficiente. ¿Creéis que quien no hace nada corre un riesgo mayor que aquel que hace algo?

John sonrió y cogió amistosamente el brazo de Defoe.

—En todo cálculo de riesgos, el tiempo representa un papel que no debe ser subestimado, amigo mío.

—Como en mi nueva novela, sir. —Defoe desvió hábilmente la conversación—. Mi héroe pasa años solo en una isla, sin dinero, sin amigos...

—Oh, pero eso es muy triste...

—Sea como fuere lloro a menudo, porque a mi héroe le va exactamente como a su creador...

John le entregó unas monedas de oro.

—Para que podáis seguir escribiendo. Para que ese pobre hombre sea rescatado de su isla solitaria.

—Os entregaré personalmente un ejemplar firmado, sir. Y si aún os interesa, podréis hablar dentro de una hora.

Daniel Defoe no había prometido demasiado. Apenas una hora después, a las cuatro de la tarde del 28 de junio de 1705, John Law de Lauriston tuvo ocasión de hablar ante el Parlamento escocés. Y apenas un cuarto de hora después había conseguido que los parlamentarios se interesaran por su exposición.

—Que Escocia está en bancarrota, caballeros —exclamó John, mientras se paseaba entre las filas de bancos tallados en madera—, que Escocia está en bancarrota no es una observación digna de mención. Que Escocia apenas dispone de efectivo en metálico, tampoco es nuevo. Sin efectivo no podemos comprar mercancías; si dejan de adquirirse mercancías, tampoco tenemos que producir más; si dejamos de producir mercancías ya no necesitamos trabajadores; y si los hombres dejan de encontrar trabajo en su propio país, emigran. Ésta es la situación que tenemos hoy día en Escocia. Nuestro país ha caído en la más profunda miseria, mientras Holanda, que apenas dispone de riquezas naturales y mano de obra dignas de mención, se convierte en el país más rico del mundo. ¿Por qué?, os pregunto, señores, ¿por qué?

Miró los rostros perplejos que se ocultaban bajo sus pelucas rojas, doradas, negras y empolvadas, como cazadores prehistóricos bajo sus pieles.

—Yo os diré por qué. Porque en Ámsterdam hay dinero en abundancia. Dinero disponible, dinero líquido. ¿Y cómo es que Holanda dispone de esa cantidad de efectivo? ¿Es que Holanda tiene minas de oro y plata? No, caballeros, Holanda se ha apartado de la idea de que el dinero tiene que estar hecho de monedas de metal. —Tomó un puñado de monedas y las desparramó por la sala—. Esto no es dinero, caballeros, esto no es más que metal. Metal al que hemos asignado una función. Una función de intercambio. En Holanda, el dinero no se basa en el metal. El dinero holandés no está garantizado con metal, y tampoco con tierras. Por eso en Holanda el dinero fluye a chorros y se vierte como una inundación sobre el resto del mundo, mientras nuestro escaso dinero gotea y se seca con rapidez.

Algunos parlamentarios expresaron su disgusto, otros golpearon con reconocimiento los brazales de madera de sus escaños. Ya conocían los argumentos expuestos en la obra del doctor Chamberlen, que gozaba de gran prestigio allí.

—¿Cómo pues, señores, podemos abastecer a Escocia de nuevo dinero, para reavivar el circuito del dinero y el comercio? ¿Qué falta a un artesano para poner en marcha su negocio? Capital, un anticipo, un crédito. Le falta el dinero para pagar materias primas, materiales y mano de obra. Necesita ese dinero por anticipado. Antes de poder producir y vender nuevos bienes con las materias primas, materiales y mano de obra necesarios. Liberemos por fin a Escocia de las cadenas de la escasez de oro y plata que nos ha impuesto la naturaleza. Liberémonos de la idea de que el patrimonio de una economía consiste en la cantidad de oro y plata de que dispone.

Sacó un puñado de monedas del bolsillo de su chaqueta.

—Esto es dinero, caballeros. Y si ya no tenemos metal porque lo hemos derrochado en hacer cañones, ya no tenemos dinero. —Sujetó un trozo de papel y lo sostuvo en alto—. Esto de aquí, caballeros, vale cien monedas de plata. Con su firma, la corona escocesa sale fiadora de que este trozo de papel vale cien monedas de plata. Y os doy este trozo de papel como crédito. E incluso cuando todas las minas de oro y plata del mundo estén agotadas, estaré en condiciones de daros este trozo de papel como crédito. Con este trozo de papel compraré el beneficio que obtendréis mañana con los bienes que podréis producir hoy. Aunque ya no tengáis dinero en monedas, aunque ya no tengamos metales. Crearemos dinero de la nada, crearemos un instrumento que extraerá su fuerza motriz de su propio movimiento. Y la cobertura de este trozo de papel no será metal, sino el rendimiento que esperamos mañana. Con el control del flujo de dinero, dirigiremos la circulación del dinero y el comercio, determinaremos el precio que hay que pagar por dinero nuevo y fresco. Y todo el sistema no costará una sola moneda de plata a la Corona escocesa.

Cuando hubo terminado, después de casi dos horas, los parlamentarios pidieron la palabra. La mayoría sólo expresaron la opinión preconcebida de sus partidos. Pero el asunto no dejó indiferente a nadie. Ya era tarde cuando el presidente de la cámara dio la palabra a un diputado de las últimas filas. John lo reconoció: era George Lockhart de Carnwath. Sintió que se le cerraba la garganta. Era increíble volver a encontrarse, después de todos esos años, a ese terco Lockhart de Carnwath, y precisamente en el Parlamento de Edimburgo y en aquellas circunstancias. Para su gran sorpresa, George elogió sus posturas en los tonos más encomiásticos.

—En contraste con vuestro discurso popular —añadió finalmente George—, vuestra grandiosa obra *Dinero y comercio* me ha entusiasmado. Y me pregunto por qué no nos habéis hablado de esta obra mayor vuestra. Porque, naturalmente, esa obra es vuestra, aunque se haya publicado sin vuestro honorable nombre. —Un murmullo recorrió la sala—. No obstante, no vamos a entenderlo como un insulto a nuestra inteligencia, sino como un intento bien intencionado de hacer comprensibles los principios de una teoría incluso a los poco leídos diputados presentes en esta sala.

Porque el hecho es que *Dinero y comercio* es una obra maestra. Nunca —dijo alzando la voz— un hombre ha reunido con tal exactitud en una teoría los conceptos de dinero, valor y comercio.

John estaba visiblemente sorprendido y perplejo ante el discurso de su antiguo rival. George se detuvo un instante y le sonrió como si hubieran sido amigos durante toda la vida. John agradeció las benévolas palabras con una breve inclinación. Algunos parlamentarios testimoniaron su aprobación con golpes o gritos de asentimiento.

—Sí —repitió George Lockhart de Carnwath, bajando la voz con efectismo—, nunca un hombre ha reflexionado de forma tan innovadora sobre la doble función del dinero como medio de intercambio y almacén de valor, sobre el dinero como medio de control central de una economía. Hasta ahora no conocíamos a John Law de Lauriston como teórico del dinero... —Bajó la voz casi hasta un susurro, para proseguir de pronto con una voz de trueno—: Lo conocíamos como jugador, como notorio jugador, como truhán, como vividor, como perseguidor de faldas, como notorio duelista, como asesino, como asesino condenado a muerte, como criminal buscado, como asesino en fuga...

La cara de George estaba congestionada. Con un enérgico movimiento, señaló a John.

—Inglaterra lo ha condenado a muerte. La reina Ana se niega a indultarlo. ¿Por qué? Porque es la escoria de Edimburgo. Está aquí en compañía de una católica inglesa casada con un francés. Sí, fornicaba con católicas inglesas casadas. Quien quiera la unión con Escocia, debería arrojar a John Law de Lauriston a las mazmorras de Edimburgo, para que se pudra allí hasta que lo alcance la justa sentencia de muerte desde Londres. ¡Prended a ese hombre! ¡Detened a ese asesino!

George inspiró, agotado. Los diputados aplaudían y gritaban en alocada confusión, mientras el presidente de la cámara llamaba al orden y golpeaba el púlpito con el mazo como si tratara de clavar un voluminoso clavo.

—¡Todavía no hay unión entre Inglaterra y Escocia! —gritó el presidente de la cámara, y golpeó nuevamente con el mazo para poner fin al tumulto.

—Pensaba que el consumo de alcohol estaba prohibido en el Parlamento —bromeó John, buscando apoyo en el presidente.

Pero la calma había desaparecido definitivamente. Los parlamentarios Fletcher y Baillie se agarraron de los pelos y se arrojaron mutuamente al suelo. Fletcher exigió un duelo, mientras el conde de Roxburghe lo conminaba a no hacer tal cosa, puesto que tenía una lesión de guerra. Pero Fletcher tiró al suelo todo lo que no estaba sujeto a algo y bramó que podía batirse hasta sentado, con un arma de fuego, ante lo cual Baillie aceptó y propuso una posada en la parte baja del río. Entretanto, ya no había ningún parlamentario que siguiera en su escaño. Algunos felicitaban a John por su obra, otros instaban al presidente a intervenir con firmeza. El presidente decidió hacer prender a Fletcher, por su propia seguridad. Éste arrancó el mazo al presidente y se

lanzó sobre Baillie, que ya festejaba la inminente detención.

Al fondo, John vio a Defoe. Éste le hizo una seña de que desapareciera con rapidez, y luego también él tuvo que defenderse de algunos indignados adversarios de la unión, que lo embestían e insultaban.

Aún no había pasado una hora desde el regreso de John Law a Lauriston Castle, cuando en el patio ya tenía un coche listo para partir. Catherine se despidió de madame Law hecha un mar de lágrimas. La servidumbre cargó el equipaje en el coche. John dio a su hermano las últimas instrucciones acerca de cómo tenía que llevar los negocios. En cuanto Catherine y él hubieran encontrado nuevo alojamiento en Ámsterdam, les harían llegar noticias suyas.

William miró preocupado a su hermano.

—Ten cuidado con Andrew Ramsay y sus hombres. Sospecho que querrá impedirte partir. Aún le debes una partida de faraón.

—No se atreverá.

—No lo conoces, es como un niño testarudo. Y tiene dinero suficiente para enviar contra ti un ejército entero sólo para tener su partida. —William le entregó una pequeña bolsa de viaje—. Ten cuidado con esto, es mucho dinero.

—Evitaré el puerto y embarcaré más al sur —dijo John. Miró a su madre, que parecía aferrarse a Catherine con ambas manos. No podía asimilar la rapidez con que había cambiado la situación. Buscaba febrilmente una solución, un consejo, palabras que ofrecer a su hijo para el camino. Pero el dolor la había alterado demasiado. John fue hacia ella y la tomó en sus brazos—. Volveré, madre.

Ella movió imperceptiblemente la cabeza cuando John y Catherine subieron al coche. Sus ojos parecían infinitamente tristes. Intuía que no habría otra vez para ella. John dio la señal de partir, y al instante el coche se lanzó a la noche oscura.

John se reclinó, agotado, y cerró los ojos por un momento.

—Lo siento tanto... —empezó.

Pero Catherine le sonrió cariñosa.

—Si estáis pensando en mí, no os preocupéis. Puedo soportar durante el viaje las náuseas que me atacan en los últimos tiempos, para vomitar no necesito Lauriston Castle. Y al fin y al cabo, Ámsterdam es una ciudad maravillosa.

John le apretó las manos con gratitud. A continuación abrió la portezuela y gritó algo al cochero. El carruaje tomó un desvío que llevaba a un pequeño lago.

Al otro lado del agua había una espléndida mansión con un jardín francés. Setos recortados y fuentes piramidales, sirenas de plomo sobredorado. Por todas partes brotaban, iluminados por antorchas, chorros de agua de los picos de cisnes cabalgados por querubines de mármol. Cuando llegaron al portal principal, unos hombres armados salían a todo galope en sus caballos. No llevaban uniformes. Tenía que ser la gente de Ramsay. El cochero paró. Unos criados acudieron corriendo y

abrieron la portezuela.

John lanzó una rápida mirada a Catherine.

—Estaré de vuelta dentro de una hora.

Abrió la pequeña bolsa de viaje que le había dado William y sacó dos pesados sacos de cuero. Mientras pasaba ante los perplejos criados, sopesó las dos bolsas de dinero en las manos y exclamó:

—Soy John Law de Lauriston. Comunicad al señor Andrew Ramsay mi llegada.

Atravesó el vestíbulo, decorado en estilo neogótico. Escudos pintados en el techo, espadas históricas en las pilastras. Tomó el ancho pasillo que se abría a la izquierda. Allí las paredes estaban recubiertas de damasco rojo y blanco con motivos chinos: músicos y bailarines.

—John Law de Lauriston —dijo alegremente Ramsay, saliendo a su encuentro en el salón rojo y llevándolo a la única mesa de faraón que había en la sala.

—Juguemos, señor Ramsay, mi tiempo es escaso.

Los invitados sentados a la mesa retrocedieron respetuosamente. Algunos se levantaron de sus asientos, solícitos. El que llevaba la banca se puso en pie, servicial, e hizo una reverencia. John ocupó su asiento y dejó las dos bolsas de dinero encima de la mesa.

—He oído decir —se volvió hacia los circundantes— que el señor Andrew Ramsay iba a gastar una fortuna en encontrarme. Como caballero, era mi obligación ahorrarle ese gasto y venir aquí en persona... para ganarle esa fortuna en la mesa de juego.

Los invitados rieron levemente, algunos carraspearon confundidos, las damas se abanicaron. Algunas requirieron frasquitos de perfume para impedir un inminente desvanecimiento. Ramsay estaba radiante como un niño que ha vuelto a encontrar su juguete favorito. Se sentó a la mesa frente a John, mientras un criado le traía una bandeja de plata cargada de monedas de oro.

—Sois en verdad un caballero, señor Law de Lauriston —sonrió Ramsay, y se frotó confuso las mejillas con los dedos. Su rostro ardía—. ¿Jugamos por todo? —preguntó a continuación, disfrutando de la ruidosa sorpresa que se extendía entre sus huéspedes.

—¿Cuánto es todo? —preguntó John con calma. Apiló en la mesa sus fichas de oro.

—Todo significa —el anfitrión alzó las manos al aire— que esta noche no tenemos límites. No hay límites.

En la sala se hizo de pronto un silencio absoluto. Todos miraron a John.

—Como queráis. Juguemos exactamente una hora, y no habrá límites.

Con un encantador suspiro, una joven dama se desplomó. Un caballero entrado en años impidió su caída. Le alcanzaron las sales. Un criado acudió presuroso con una compresa fría. Algunos se abrazaban y trataban de apoyarse mutuamente, porque la idea de que posiblemente dentro de una hora uno de los dos caballeros de la mesa lo

habría perdido todo les hacía bullir la sangre.

Lejos de los sangrientos campos de batalla de Europa y de la población que perecía víctima del hambre y la miseria, en la lejana Edimburgo dos aristócratas gozaban de la emoción y el nerviosismo de una partida de faraón.

Catherine bajó del coche a estirar las piernas al aire libre. Vio luces en el ala izquierda del edificio. A veces oía voces excitadas procedentes de la sala, de vez en cuando un grito de espanto, un susurro reprimido, luego otra vez silencio. Un jinete se acercaba y no parecía tener especial prisa. Catherine vio su silueta al final de las verjas. Llevaba un pesado capote de viaje. Delante del portal, descabalgó. Ella no pudo oír lo que decía a los criados, pero vio que le negaban la entrada. Un criado corrió hacia Catherine, que se había detenido ante la iluminada ala norte.

—Madame, un caballero de Londres busca a John Law de Lauriston.

—¿Ha manifestado algún deseo especial? —Siguió al criado hacia el portal.

—No, madame. Tenemos órdenes de no dejar pasar a nadie. Sin embargo, si vos lo deseáis le haremos llegar un mensaje al señor Law. —El alto criado se movía levemente encorvado, para no superar irrespetuosamente en estatura a Catherine.

—Hablaré con ese hombre —dijo ella. El criado se inclinó servicial y volvió a ocupar su lugar en la puerta.

Ella se dirigió al desconocido:

—¿Señor? ¿Buscáis a John Law?

El desconocido se volvió y se bajó la capucha. Era el capitán Wightman, el padrino del fallecido *Beau Wilson*. Catherine lo miró sobresaltada.

—¿Seguís queriendo batiros con John Law?

—¿Creéis que he recorrido este largo camino para felicitarlo por su libro?

—Eso presupondría cierta capacidad de entender de finanzas —sonrió forzosamente Catherine—, pero dudo que estéis versado en los cálculos de riesgos y las teorías monetarias.

—Si fuerais un hombre, madame, no aceptaría esa ofensa.

—¿Otro duelo? —repuso ella. Lo miró fríamente. Luego señaló el coche—. Pero haced el favor de subir, sir, así podré expresarme más comprensiblemente.

El capitán Wightman se inclinó brevemente ante Catherine, abrió la portezuela del coche y le cedió la preferencia. Ella subió y se sentó. Wightman se sentó enfrente.

—Ibais a expresaros de manera más comprensible —dijo Wightman al cabo.

—Si entendierais algo de cálculos de riesgo, sabríais que en un duelo John Law os mataría.

Wightman alzó las manos, despreciativo.

—Gracias por advertirme. Y ahora las teorías monetarias, madame.

—Suponiendo que matarais a John Law...

El capitán asintió.

—Bien, suponiendo que lo matéis, ¿en qué reside vuestro beneficio? ¿Os reporta alguna clase de intereses? ¿Algún valor añadido?

—Es una cuestión de honor, madame.

—¿Creéis que el difunto *Beau Wilson* os quedará reconocido?

—Sus parientes.

—¿Queréis decir que las familias de *Beau Wilson* pagan para obtener la satisfacción de la venganza?

Wightman asintió.

Catherine cogió el calentamanos de piel de zorro que había a su lado en el asiento y metió las manos en él.

—¿Podrían las familias sentir entonces satisfacción si John Law les pagara el doble?

—Eso es de hecho muy razonable, madame, y no excluiría que los parientes de *Beau Wilson* estén dispuestos, en determinadas circunstancias, a renunciar a la ejecución de la sentencia de muerte contra el pago de una sanción monetaria. Si me decís la suma, con gusto enviaré un jinete a Londres para que la propuesta sea examinada. Pero entretanto John Law de Lauriston no podrá abandonar Edimburgo.

—Sin duda, no me he expresado de forma comprensible —susurró Catherine, sacando de pronto una pistola de viaje del calentamanos—. Os recomiendo que no os mováis —continuó—, porque no tengo ninguna práctica en el manejo de armas. Puede dispararse en cualquier momento. Ya sabéis lo que pasa con estas pistolitas de viaje inglesas: cañón corto y liso, escasa puntería, sólo sirven para dos disparos a escasa distancia.

—¿Qué pretendéis? —repuso Wightman, estirando orgulloso el cuello, como si esperase con entero desprecio el mortal proyectil.

—Cuando una dama viaja sola en un coche, ha de tener cuidado. De pronto, en el coche se sienta un perturbado y se pone violento. Las costumbres se han vuelto rudas. Las guerras han echado a perder a los hombres.

—He comprendido, madame, no me moveré de mi sitio si así lo deseáis.

—Es una orden, capitán.

Andrew Ramsay solicitó un vaso de agua. Con voz ronca, pidió otra carta a John. Tiró, temeroso, del pañuelo empapado de sudor que llevaba al cuello. Regueros de polvos reblandecidos le corrían por las mejillas. El maquillaje de las pestañas le ardía en los ojos. Y entonces, un grito estremecedor recorrió la sala, como si todos los presentes hubieran dado al mismo tiempo voz a su desesperación.

—*Rouge, sept, impair et passe perd.* —John descubrió una segunda carta—: *La dame noire gagne.*

Ramsay estaba arruinado. Por un momento, el tiempo pareció detenerse. Nada se movía en la sala.

—Yo... no puedo pagaros, señor Law —balbuceó—. Nadie en Edimburgo dispone de tal cantidad de dinero en efectivo.

John tomó los dos documentos que ambos habían firmado antes de dar comienzo a la partida y anotó una deuda de mil doscientas libras. Entregó los papeles a Ramsay, que lo miró sin comprender. Finalmente, firmó.

—Mil doscientas libras es el valor de esta propiedad, señor Law. ¿Os daríais por satisfecho con eso?

John asintió. Bajo las cautivadas miradas de los presentes, Andrew Ramsay puso su propiedad a nombre de John Law de Lauriston.

—¿Para cuándo queréis que me marche? —preguntó, devolviendo a John el documento.

—Me alegraría poder manteneros como arrendatario. Discutid los detalles con mi hermano William. Se ocupa de mis asuntos en Edimburgo.

John cerró sus dos sacos de oro y se levantó de la mesa. Se inclinó profundamente.

—Damas y caballeros...

Con rápidos pasos, salió del edificio, bajó las escaleras de la explanada y llegó al coche. Abrió la portezuela del coche y se quedó petrificado: Catherine tenía encañonado a un hombre. Entonces reconoció al capitán Wightman. Miró alrededor y subió al coche con ellos.

—Estábamos charlando de filosofía —dijo Catherine, y sonrió a John. Éste dio al cochero la señal de partir—. Mi pregunta es: ¿puede el filósofo poner freno al egoísmo del individuo propagando la virtud?

John puso las dos bolsas de oro en las manos del perplejo capitán Wightman.

—Probablemente pueda enriquecer la conversación de los salones, pero no convertir a las personas. ¿No fue Spinoza quien dijo que el beneficio es la médula y el nervio de todas las acciones humanas?

John quitó el arma a Catherine.

—Sin duda vuestra mano está cansada. Y mientras dejamos que el peso del oro actúe sobre las manos del capitán, yo os llevaré esta pesada arma.

—Tampoco es tan pesada —repuso Catherine—. No está cargada.

Volvió a deslizar la pistola en el calentamanos y se disculpó con Wightman.

—Espero que tengáis sentido del humor. —Y volviéndose hacia John—: El capitán quería someter una oferta económica a la aprobación de los parientes del fallecido *Beau Wilson*.

—Ya la tiene en el bolsillo —bromeó John—. ¿Con cuánto dinero considerarían pagada los honorables e inconsolables parientes del fallecido *Beau Wilson* su renuncia a la ejecución de la sentencia de muerte?

Wightman pareció pensar de manera febril.

—Os ruego que no me toméis el pelo, capitán Wightman. Eso me irritaría de tal modo que os retaría a duelo en el acto. Un jugador está acostumbrado a leer en los

rostros. He leído en el vuestro. Decidme la suma que los deudos os han recomendado.

John recuperó las dos bolsas. El capitán metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un escrito sellado.

John lo leyó. Luego entregó una de las bolsas de dinero a Wightman y sacó unas monedas de oro de la otra.

—Con esto el asunto queda resuelto —dijo, y añadió otra moneda—. Por el caballo que habéis dejado en casa de Ramsay. Por si se muere de pena.

—La familia Wilson dejará de insistir en la ejecución de la sentencia y retirará su petición —afirmó Wightman—, pero la sentencia de muerte se mantendrá, la familia no tiene ninguna influencia en eso, y espero que la reina Ana os haga colgar.

—A un Law hay que colgarlo pronto, si se espera mucho se vuelve demasiado importante.

Holanda, 1705

Cuando John Law y Catherine Knollys, después de una tempestuosa travesía, alcanzaron tierra firme holandesa, los estados europeos volvían a estar ocupados en invertir hasta la última moneda en otra sangrienta guerra, esta vez desde Holanda hasta Italia y desde Baviera hasta Gibraltar. En todas partes se combatía por tierra, y por mar en las lejanas colonias. Los viajes particulares en carruaje exigían una buena dosis de valor o mera osadía.

John estaba bendecido con ambas virtudes. Y así, en los años siguientes viajó por Europa, de metrópoli en metrópoli. En Venecia prolongó el contrato de alquiler del almacén que el banquero Rezzonico le había arrendado hacía años, y le dio orden de comprar más cuadros. Tomó posiciones en La Haya, Ámsterdam, Viena, Turin y Génova. Y cada vez recalaba más en Ámsterdam. Profundizó sus conocimientos sobre el sistema bancario holandés, que actuaba a escala mundial; hizo nuevos contactos en los salones, brilló dando conferencias de teoría financiera mientras, *en passant*, jugaba a las cartas. Pero mientras su fama —y su patrimonio, a la sazón legendario— no hacía sino acrecentarse, sus peticiones de gracia seguían siendo rechazadas en Inglaterra.

Entretanto, Catherine había sido madre en dos ocasiones. Su salón de Ámsterdam era uno de los mejores lugares de reunión de la aristocracia holandesa del dinero y las finanzas. Allí se encontraban embajadores, eruditos, artistas, concubinas, espías; por allí pasaban príncipes rusos con la misma frecuencia que nobles procedentes de Italia o España. Pero nadie quería permitir a John Law demostrar lo correcto de sus teorías financieras en una economía real y llevarlas a la práctica a lo grande. Sus teorías todavía se consideraban extravagantes y entretenidas ideas de un notorio jugador de azar.

Ámsterdam, 1711

—Catherine, deberíamos volver a París.

Esa mañana había llegado una carta de Francia. El duque de Orleans había invitado a John Law a la corte. Luis XIV estaba enfermo. Muy enfermo.

—La invitación del duque es un guiño del cielo. Deberíamos aceptarla. Si hay un país en Europa que puede aplicar mis ideas, ése es Francia.

Catherine sostenía en sus brazos a Kate, de cinco años, que se había quedado dormida.

—Si quieres ir a Francia, John, iremos a Francia —musitó.

—¿Con el Rey Sol? —preguntó John, un año mayor que su hermana, que estaba

arrodillado en el suelo y hacía galopar un caballito de madera sobre la alfombra.

—Sí —dijo su padre—, el duque de Orleans es su sobrino.

—Seguro que está triste porque su tío esté tan enfermo —repuso el pequeño John, alzando la vista hacia su progenitor.

—No lo creo. El Rey Sol ha llegado a ser tres veces más viejo que la mayoría de las personas. Y no puede ser inmortal. Lo triste es lo que ha hecho a la gente de su país y lo que les deja: una deuda de dos mil millones de libras.

—¡Dos mil millones! —exclamó el pequeño. Su hermana se despertó sobresaltada, gimoteó con malhumor y volvió a dormirse.

—Sí, ¿y qué ha hecho a cambio con su vida? La ha despilfarrado absurdamente, en guerras, fastos cortesanos y fanatismo religioso. Ha arruinado su país. Ahora vende incluso su plata de mesa para poder pagar a sus soldados, y toda la nobleza tiene que hacer como él y sustituirla por la frágil porcelana.

El niño enganchó el caballo de madera a un carro de juguete y lo cargó con pequeños toneles.

—Y cuando el Rey Sol muera, ¿tu amigo el duque de Orleans será rey?

—Antes que él había cuatro herederos al trono. Sin embargo, tres de ellos han muerto en breve plazo. Ahora sólo queda uno, el duque Luis de Anjou, y aún es un bebé. Si el Rey Sol muere, el duque de Orleans gobernará Francia hasta la mayoría de edad del pequeño Luis. La posibilidad de que esto pudiera ocurrir sólo era del cinco por ciento. Y, sin embargo, ha sucedido, y ahora es del cien por cien.

Esto era demasiado complicado para el pequeño.

—Un rey paga a sus soldados con cucharas de sopa —murmuró, y descargó bajo el sofá los pequeños barriles.

—Pero ¿cómo vas a llegar a París? —preguntó Catherine—. Europa está en llamas, y la gente dice que nos espera uno de los inviernos más duros de las últimas décadas.

John sonrió.

—Naturalmente, también podemos quedarnos aquí y vender loterías a los holandeses.

—Pero los holandeses son muy avaros —terció el pequeño John, y galopó con su caballo de madera sobre los pies de su padre.

—Las personas avaras suelen ser también codiciosas. Por eso pierden tanto dinero en los juegos de azar y gustan de participar en loterías. —Alzó pensativo la vista hacia Catherine—: No tenemos por qué ir, cariño. Tenemos un patrimonio de más de quinientas mil libras esterlinas. Somos más ricos que más de una casa real europea.

—Lo sé. Un poco más de dinero no hace un poco más feliz, pero se trata de tu sueño.

—La inmortalidad —rió el pequeño John.

—John —dijo Catherine—, podemos quedarnos aquí y morirnos de frío. Pero me gustaría ver la cara del prefecto de policía cuando volvamos a París en un coche de

seis caballos y nos instalemos en una casa señorial en la place Louis le Grand.

—Siempre serás mi esposa, Catherine —sonrió John.

—Pero si no estáis casados —dijo el pequeño.

—Yo no —bromeó su padre—, pero tu madre sí.

Catherine agarró un cojín y se lo tiró. John lo recogió y dijo con voz seria:

—Felipe nos ha enviado salvoconductos y un permiso de residencia, ambos documentos llevan el sello de Luis XIV. Con eso podemos regresar a París. Viviremos en la rue Saint Honoré hasta que encontremos una casa adecuada.

—¿Y la guerra? —preguntó el inteligente chiquillo.

—La guerra pronto habrá terminado. Dicen que los jóvenes ingleses están volviendo a cruzar al continente y a viajar a Italia con fines de estudio. Ésa es una señal inequívoca de que la guerra se acerca a su fin.

Los viajes educativos por Europa, especialmente a Italia, eran una nueva moda muy extendida entre los jóvenes de buena familia que concluían su formación y querían ampliar horizontes.

Pero el viaje que la familia Law emprendió en enero de 1712 de Ámsterdam a París iba a ser más que un viaje educativo. Se convirtió en una cabalgada infernal por los abismos de la naturaleza humana. Cruzaron pueblos y ciudades reducidos a cenizas, pasaron ante cadáveres colgados de los árboles, atravesaron ríos tan llenos de cuerpos que el agua desbordaba sus orillas. La lucha por la sucesión española había precipitado al mundo entero a una guerra. Una guerra generalizada que costó la vida a cientos de miles de personas. Millones se vieron arrojadas a una pobreza aún mayor, muchos vegetaban como animales en las ruinas de los edificios y en los bosques. El severo invierno se llevaba a heridos y enfermos a la velocidad del rayo. Aquel viaje puso de manifiesto de manera espantosa cómo las personas que un día vivían pacíficamente juntas se volvían de pronto posesas que se mataban unas a otras, y aun no se conformaban con matarse. Se atormentaba y se torturaba, se sacaban ojos, se rajaba el vientre a las embarazadas y se clavaban los fetos en picas. Con pasión casi infernal, se cortaban los miembros al adversario, y apenas resultaba imaginable que un día volvieran a nacer personas que se trataran amablemente entre sí. No, lo que allí estaba ocurriendo arrebatava la última ilusión acerca de la Creación de Dios, y dejaba claro a todo el que saliera con vida que también en el futuro la gente siempre sería capaz de tales actos. Allí se mostraba que el ser humano no era, incluso en su más depravado extravío, un asesino animal de rapiña que, en su brutalidad, tiene ciertos límites, sino un ser perturbado que podía emplear toda su inteligencia en torturar y matar de forma aún más perversa, aún más brutal, aún más sanguinaria, más desenfrenada, más desmedida. El hombre era y seguía siendo un engendro maligno, un mal capricho de la naturaleza. Si el hombre estaba hecho a imagen y semejanza de Dios, entonces Dios era el Diablo en persona.

La familia Law había alquilado mercenarios que la escoltaban, pero las bandas de desertores y hambrientos alcanzaban a veces el tamaño de compañías militares. Se necesitaban exploradores experimentados para eludir a tiempo a esas hordas. Ni siquiera los soldados de uniforme decían ya nada de la bandera bajo la que servían. Reinaba la ley no escrita de la anarquía: todos contra todos. Increíblemente, el pequeño John se agarraba al asiento y lo miraba todo con los ojos muy abiertos, no de curiosidad, sino de miedo a verse arrastrado junto a esos cadáveres espantosamente mutilados. Durante horas olía a pelo y carne quemados. De los muros calcinados seguían alzándose gritos desgarradores y horribles gemidos. ¿Cómo podía ocurrir una cosa así? No había pasado ni medio siglo desde la guerra de los Treinta Años, que se había cobrado más de cinco millones de víctimas. ¿Es que el ser humano no tenía memoria? ¿Es que todo el dolor de aquella guerra ya había sido olvidado?

Nuevas generaciones habían sido llevadas al matadero. Luchaban por un rey o contra un país, por una religión o contra un acuerdo económico. Luchaban y morían y convertían Europa en un humeante infierno.

Y en Francia, alguien que se había designado a sí mismo como Rey Sol se hundía en una creciente oscuridad. Tenía ya más de setenta años. Había hecho la guerra durante la mayor parte de su vida. Hacía mucho que el lema «lo que el rey toca, el rey lo cura» había dejado de tener sentido. Todo lo que el Rey Sol tocaba se pudría en su mano, ya no era más que «mierda de ratón molida», como decía la gente, y toda Francia esperaba ansiosa su defunción.

Francia, 1712

Cuando el coche de la familia Law cruzó con el salvoconducto de Luis XIV las barreras fronterizas cubiertas de nieve de Valenciennes, John regresó a un país completamente arruinado, que pagaba por los intereses de su deuda más de lo que ingresaba por sus exorbitantes impuestos. Francia estaba en bancarrota. Epidemias, hambrunas, catástrofes naturales e interminables guerras habían despoblado zonas enteras del país. Un extraño cinismo se había apoderado de la nobleza; se sacaban de la bodega las mejores botellas y se apuraban. Pero el duro invierno hacía congelarse y reventar incluso las caras botellas de vino. Fuera, las personas se congelaban. Millares eran engullidas por el paisaje nevado y, al cabo de unos días, no eran más que una pequeña elevación bajo la capa de nieve. Algunos aún se acucillaban al borde de los caminos, espolvoreados por la nieve recién caída como seres fabulosos escapados de un mal sueño. Se sentaban allí, congelados, rígidos como argamasa.

Cuando el carruaje alcanzó los suburbios de París, los Law fueron recibidos por mendigos y enfermos. Gentes gimoteantes cubiertas de harapos. Ojos grandes, muy abiertos, que aferraban como si fueran manos a los viajeros. Algunos gritaban, imploraban, lloraban, otros golpeaban furiosos el coche con bastones. Los niños se ponían a cuatro patas, como animales, en las parcelas sin cultivar, y buscaban debajo

de la nieve raíces y bulbos que pudieran comer. En una calle, una multitud enardecida asaltaba una panadería. Algo más allá, policías con mosquetes listos para hacer fuego desfilaban calle abajo. Poco después se oían disparos. Gritos. De algún lugar se alzaba una nube de humo negro. John mandó parar y ordenó a su séquito comprar todo el pan de las panaderías del barrio y repartirlo entre la población.

Cuando el coche alcanzó los bulevares del norte de la ciudad, había menos motines y tumultos. Finalmente llegaron a un lugar protegido por soldados, en cuyo centro se alzaba una pomposa estatua ecuestre sobre un pedestal de varios metros. Representaba al Rey Sol a caballo, en posición de emperador romano. La estatua estaba cubierta de porquería. Le habían arrojado vejigas de cerdo rellenas de sangre y excrementos. Los pomposos palacios que rodeaban la plaza estaban reservados a influyentes financieros y arrendadores locales. La place Louis le Grand había sido diseñada como un salón al aire libre, para dar realce a una estatua. La plaza estaba adoquinada, y las casas decoradas con caras columnas, arquerías y fachadas escalonadas. Se había creado un barrio entero en honor de una estatua ecuestre. Allí, en aquella plaza, John había adquirido una casa señorial.

Dos docenas de lacayos, doncellas, cocineros, ayudas de cámara, cocheros y jardineros formaron en filas en el gran salón cuando John entró en la casa con Catherine y los dos niños. Un hombre enjuto de unos cuarenta años se inclinó ante él y se presentó:

—Mi nombre es Angelini, monsieur. Siempre estuve al servicio de mi fallecido señor, y atendí a su plena satisfacción todos sus deseos...

—Lo sé, Angelini, Maître le Maignen lo mencionaba en una de sus cartas. Vuestra familia siempre ha estado al servicio de grandes banqueros.

—Monsieur le Notaire, Maître le Maignen, vive muy cerca... —John asintió y acompañó a sus dos hijos hasta la gran chimenea.

Habían encendido un gran fuego. Angelini los siguió, inclinándose cada vez que John, Catherine o los niños lo miraban. Luego John se volvió hacia la servidumbre, que seguía en pie, temerosa y esperanzada.

—Pueden quedarse todos, Angelini —dijo en voz baja.

Aun así, las criadas y los lacayos lo oyeron. Sin poder reprimir sus sentimientos, algunos cayeron de rodillas, susurrando palabras de gratitud y elogios con voz ahogada por las lágrimas, otros intentaban compulsivamente mantener el tipo, inmóviles, con la cabeza levemente inclinada, como si no tuvieran nada que ver con las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. También Angelini parecía muy conmovido:

—¡No os defraudaremos, monsieur!

—Haced fuego en todos los salones y presentad al personal a madame y los niños. John entregó unas monedas a Angelini.

—Id a comprar. Tendremos invitados a comer a menudo. Y decid a la servidumbre que todos tendrán bastante de comer, así que no hay motivo para

robarme. Espero absoluta lealtad, discreción y fiabilidad.

—No os defraudaremos, monsieur —repitió Angelini, y salió de la sala caminando de espaldas, entre numerosas reverencias.

Kate lanzó una mirada inquisitiva a su hermano. Éste asintió con gesto serio, como para confirmar que el viaje infernal por los campos de batalla de Europa había terminado.

Una hora después, Maître le Maignen ya estaba sentado frente a John Law, en su gran despacho del primer piso. Era un notario conocido más allá de las fronteras de Francia, que gustaba de jactarse de su escogida clientela. Iba camino de los sesenta años, lo que ya era bastante extraordinario, y apenas había nadie en París con más experiencia en operaciones monetarias internacionales.

—Estoy muy satisfecho con la propiedad —dijo John—, pero las circunstancias de París me sorprenden. Superan todo lo que había oído en los últimos meses. Estoy horrorizado, monsieur.

—Lo lamento, monsieur Law. Los tiempos han ido a peor. El duque de Orleans podría cantaros una canción al respecto.

—Angelini —dijo John sin volverse a mirar a su nuevo secretario y ayuda de cámara—, ¿habéis informado ya de nuestra llegada al duque de Orleans?

—Todo París habla de vuestra llegada, monsieur. Y de vuestra compasión —añadió. El incidente del pan había corrido como la pólvora.

—Pero no todos están satisfechos, monsieur. Algunas influyentes personalidades opinan que irritáis a la nobleza. Dicen que si monsieur Law juega al buen samaritano ellos también tendrían que hacerlo —dijo Le Maignen. Se veía que compartía esa opinión.

John pasó por alto la observación y pidió despachar sus asuntos bancarios. Maître le Maignen no insistió. Ya había preparado los documentos para su firma. John leyó cada documento y los fue firmando.

Aún estaba ocupado con el notario cuando se anunció la llegada del duque de Saint Simon. John lanzó al notario una mirada inquisitiva. ¿Había que recibirle?

—Es un hombre muy próximo al duque de Orleans —dijo Maître le Maignen—. Pensad siempre que lo que contéis al duque de Saint Simon lo sabrá al día siguiente el sobrino del rey. Y lo que Saint Simon no cuenta...

—... se lo confío a mis diarios secretos —rió una voz sonora.

El duque irrumpió en el despacho. Era un hombre pequeño, de unos cuarenta años, que inspeccionó la sala con ojos ágiles y astutos y subrayaba cada palabra con vehementes movimientos.

—¡Mi estimadísimo monsieur Law de Lauriston! ¡Qué detalle por vuestra parte recibirme! Primero dais pan a los pobres y ahora me recibís a mí, el insignificante duque de Saint Simon, hijo del duque Claude Saint Simon, par de Francia, y de Charlotte d'Aubespine, que Dios tenga en su gloria. Nuestra familia ha tenido ocasión de servir al rey de Francia desde hace siglos, y por ello mi querido amigo

(puedo llamarle así incluso oficialmente) Felipe, duque de Orleans, me ha pedido que os visite y os dé la bienvenida a Francia en su lugar.

John soportó el torrente verbal hasta que Saint Simon hizo una pausa para respirar. Entonces saludó al duque y se inclinó respetuosamente ante él. Le pidió que tomara asiento. Angelini le sirvió vino de Alicante caliente y bizcochos. Saint Simon estaba entusiasmado. Con un gesto galante, expresó su reconocimiento:

—¿Monsieur conoce mis preferencias?

—Incluso en Ámsterdam —mintió John— se sabe que el duque de Saint Simon moja sus bizcochos en vino de Alicante caliente.

Saint Simon estaba visiblemente halagado. Pero luego torció el gesto en una mueca de teatral sufrimiento.

—¿No es terrible? Ayer fueron fusilados más de cuatrocientos saqueadores y se congelaron más de treinta mil personas. Nadie tiene trabajo, y el dinero ha vuelto a devaluarse. Simplemente ya nada tiene valor. ¡Y el que quiere comprar algo para escapar a la devaluación no encuentra productos! El rey ya paga a su entorno con cubiertos de plata, dos mil millones de libras de deuda... Los intereses anuales de la deuda cuestan noventa millones, pero ya no hay ingresos por los impuestos. La gente muere ahí fuera como moscas, y la nobleza se congela en sus palacios. —Suspiró como si el Juicio Final fuera inminente y añadió—: Y ahora el *affaire* Homberg, es increíble. ¡Homberg...!

Se interrumpió abruptamente, como si le resultara imposible decir aquello tan espantoso. Mojó otro bizcocho en el vino y se lo metió en la boca.

—¿Os referís al químico Homberg? ¿Ese alemán? —preguntó John.

—Sí —susurró Saint Simon—, Homberg. Bueno, es holandés. Y siempre estaba en la ciudad cuando ocurría. Y siempre era huésped de... Felipe, el duque de Orleans.

—¿Ocurría? ¿Qué ocurría a quién?

—Cuando murió el hijo del rey, el Delfín, y cuando murió el nieto del rey, el duque de Borgoña, y finalmente cuando murió el bisnieto del rey, el duque de Bretaña. En un plazo de tres años. Dicen que los tres herederos al trono fueron envenenados. Y en cada ocasión Homberg, el químico, era huésped de los salones del duque de Orleans. ¿Puede algo así ser una casualidad?

Ahora también Maître le Maignen miró al escocés.

—La probabilidad de lo improbable puede calcularse matemáticamente. Pero el problema es de percepción. Si el 0,01 por ciento de los franceses muriese de una enfermedad muy rara, en una población de veinte millones de personas se verían afectadas dos mil personas. Los dos mil afectados no podrían comprender por qué precisamente ellos habían sido víctimas de la enfermedad con una probabilidad de tan sólo el 0,01 por ciento. A los afectados les parecería un monstruoso azar, un complot. En cambio, para la estadística no sería nada extraordinario. Pero hay otro problema, y es la costumbre de las personas de combinar hechos y establecer relaciones. Nuestros antepasados eran cazadores y recolectores. Leían rastros y los combinaban. Sin esa

capacidad de establecer relaciones, ningún antepasado nuestro habría sobrevivido. Hoy los químicos, físicos, matemáticos, médicos e ingenieros tratan de establecer nuevas relaciones entre datos, hechos y observaciones para obtener nuevos conocimientos de ellos. Sólo la capacidad de establecer relaciones hace avanzar al hombre, impulsa la Historia. Y precisamente esa capacidad innata se convierte a menudo en funesta en cuestiones personales, y nos lleva a ver relaciones donde no las hay. Entonces degenera en capricho y desemboca en superstición, misticismo, astrología y religiosidad...

—Pero monsieur Law —se le escapó a Saint Simon—, ¿dudáis de Dios?

—No dudo de su necesidad, sólo de su existencia —sonrió John—. Pero, volviendo a la historia de la muerte de los tres herederos, hay que tener claro que el beneficiario de algo no tiene necesariamente que ser su causante. Esto, *cui bono*, puede llevar a menudo a resolver un enigma, pero no siempre.

Un silencio reflexivo se produjo en el despacho. Maître le Maignen parecía meditar acerca de lo que había oído. Estaba sorprendido por la capacidad de Law de aplicar de manera beneficiosa sus teorías matemáticas incluso a los acontecimientos cotidianos.

—¿Le contareis eso al Parlamento? —preguntó Saint Simon—. ¿Cómo pensáis contener los rumores? Podéis cortar la cabeza a un gallo, pero ¿cómo acalláis un rumor?

—¿Sigue Homberg en la ciudad? —preguntó John.

—No, pero sin duda pronto volverá a dejarse ver. No hay orgía en París en la que no se oiga su nombre. Dicen que tiene la costumbre de orinar sobre la gente cuando está borracho. Tiene que ser terrible, y dicen que su sexo es tan grande como el de un asno. Nadie sabe en qué estaba pensando el buen Dios... —reflexionó Saint Simon con aire inocente. Pero se le notaba que apreciaba el chismorreó, la intriga y la maledicencia por encima de todo.

—¿Veis? —sonrió John—, ahora intentáis establecer una relación entre los genitales del químico Homberg y determinada intención de Dios.

—Bien, monsieur Law, pero ¿qué hacemos ahora? —Hablaba con tanta excitación como si apenas pudiera esperar para forjar un complot—. Tenemos que ayudar al duque de Orleans. No podemos permitir que su reputación se vea perjudicada. Podría costarle la regencia.

—Habláis como si nuestro Rey Sol hubiera fallecido —se asombró Maître le Maignen—. ¿Tan enfermo está?

—Es un secreto —susurró Saint Simon—, pero su pierna izquierda se pudre. Lo han sangrado, le llenan los intestinos de zumo de manzana y leche de burra. No sirve de nada. La pierna izquierda parece atacada por la gangrena. Úlceras, forúnculos, abscesos purulentos. El rey sufre. Tiene ventosidades malolientes, y con lo que queda de sus dientes apenas puede...

—Yo respaldo al duque de Orleans —lo interrumpió Maître le Maignen—. Pero

tiene que poner fin de una vez a esas malditas orgías. —Miró con decisión a los otros dos. Luego se volvió hacia Saint Simon y dijo en voz baja—: No debe tensar la cuerda. Si el cuarto heredero al trono también muere...

—Un chiquillo de cuatro años —completó Saint Simon mirando a John.

—... estallará la anarquía. Puede ser regente hasta la mayoría de edad de ese chiquillo. ¡Tiene que conformarse con eso!

Angelini carraspeó con discreción y susurró algo al oído de su señor. Éste asintió, y un momento después se oyó cómo alguien subía enérgicamente las escaleras.

El marqués D'Argenson entró en el despacho. Apenas había cambiado exteriormente. Seguía llevando su peluca de rizos negra como la pez y su negra levita. Pero mostraba emociones. Temblaba de ira.

—¡Monsieur Law! Estáis loco...

—Pensaba que queríais darme la bienvenida a París, monsieur D'Argenson —bromeó John.

—¿En qué estáis pensando, monsieur, repartir pan al pueblo en las calles? Eso despierta necesidades...

—El hambre no es una necesidad que haya que despertar —sonrió John.

—Pero despertáis nuevos deseos. ¿Queréis desestabilizar nuestro sistema? —bufó D'Argenson.

—¿Buscáis un motivo para volver a expulsarme, monsieur?

—Es absolutamente absurdo dar a esa chusma de ahí fuera ni un trozo de pan. ¡Mañana volverán a tener hambre!

—En eso os doy la razón, monsieur —replicó John, y se incorporó.

—No os corresponde dar o quitar la razón al prefecto superior de policía de París. Sois un extranjero que instiga al populacho contra el rey.

—Comparto vuestra opinión de que no tiene sentido dar a nadie un trozo de pan si no tiene trabajo. Francia no necesita pan, sino un nuevo sistema financiero.

—Queréis convertir Francia en un casino, según me han dicho —espetó D'Argenson—. Pero os prometo que nuestro ministro de Hacienda Desmarteaux nunca os dará audiencia.

—Sólo se debe prometer lo que se puede cumplir, monsieur. Yo os prometí en su día que volvería. Aquí estoy. Y aquí me quedaré hasta que haya hablado con el ministro Desmarteaux.

—Y por eso no os habéis alojado en un hotel, sino adquirido un palacio, supongo.

—De hecho, hay una relación. Conseguí una audiencia con Desmarteaux. Quiero fundar un banco, aquí en París. Entonces, nadie más morirá de frío en las calles ni mendigará pan. ¡Francia no necesita benefactores, Francia necesita un banquero!

—¿Os envía la Corona inglesa para llevar a Francia a la ruina? —dijo venenoso D'Argenson.

—Francia ya está arruinada —replicó John.

Cuando entró en el salón de Marie-Anne de Châteauneuf, los presentes aplaudieron con júbilo. La gente dejó sus naipes, abandonó las mesas de juego y corrió festivamente hacia él, como si un rey hubiera entrado en la sala. La gente le quería. Habían oído hablar mucho de él, de sus exitosas aventuras financieras por todo el mundo, y su huida de Londres se había convertido en una leyenda de aventuras.

—La mesa es vuestra, John Law de Lauriston —dijo resplandeciente la Duclos. Llevaba el rostro muy empolvado, para encubrir los eccemas. Había envejecido. Pero aún irradiaba tanto amor y bondad como antaño.

—Os agradezco este honor, madame, pero he venido para hablar con el duque de Orleans.

—¿El doble Felipe? —bromeó la Duclos.

—Sí, madame, Felipe II —respondió John, mirando confuso a la Duclos—. Me haríais un gran servicio si pudierais llevarme ante él.

—Sin duda puedo hacerlo —respondió en voz baja la Duclos—, pero me temo que con eso no os haré un servicio especialmente importante. —Miró divertida a John y luego lo precedió.

Lo condujo a un oscuro salón, de cuyas paredes colgaban gruesas cortinas azules y numerosos gobelinos con motivos eróticos. El futuro gobernante de Francia yacía desnudo en un sofá, y dos muchachas se esforzaban en reanimar el riego de su flácido miembro. Músicos medio desnudos bailaban por el salón tocando el violín y la flauta, se reunían a la luz palpitante de una lámpara de aceite y volvían a separarse ligeros como elfos.

La Duclos señaló al duque y salió del salón. John se acercó:

—Monsieur le Duc...

—*Mon cul, monsieur* —maldijo el duque, estremeciéndose. Luego alzó la vista —: Me habéis sobresaltado, monsieur. Pero decidme, sois así de alto o estáis jugando a mis sentidos una mala pasada...

John respiró hondo. ¿De verdad había hecho ese largo camino a través de Europa, y pulido su sistema durante todos esos años, para plantarse delante de aquel lamentable guiñapo humano?

—Responded, por favor. ¿Sois así de alto? Se lo debéis a la ciencia. Porque cuando nuestros terneros crezcan dejará de haber hambrunas. Así que revelad a Francia el secreto.

—¡Soy John Law! —dijo en voz alta el escocés.

El duque se llevó las manos a la cabeza.

—No tan alto, tenéis una voz como una bala de cañón. —Entonces abrió mucho los ojos y miró de nuevo a John—: Ah, sois vos. ¡Nuestro banquero sin banco! He olvidado vuestro sistema, monsieur, pero recuerdo que era condenadamente bueno. ¡Sentaos!

John lo hizo a su lado en el sofá. El duque apartó a las muchachas, que se

levantaron y sonrieron a John.

—Donad un poquito de esperma para la ciencia, monsieur Law. Estas dos damas...

John dio a entender a las chicas que quería hablar a solas con el duque. Decepcionadas, ellas se retiraron y desaparecieron en la penumbra.

—Monsieur le Duc, yo puedo salvar a Francia. ¡Francia necesita un banco!

—Basta con un sofá. Y algo de beber.

—Monsieur, si hubiera más dinero en circulación, la gente volvería a tener trabajo. Tenéis que ayudarme a explicar mis ideas a Desmartes...

—Desmartes, Desmartes —balbuceó el duque—. ¡Desmartes nos está jodiendo, monsieur!

—Entonces, permitidme hablar con el rey.

—El rey no necesita un banco, monsieur, necesita una pierna nueva. Para el lado izquierdo. Insiste en ello. Tiene que ser para el lado izquierdo. —El duque alzó la mano—: *Monsieur a soif!* —Una atenta criada le alcanzó una copa—. Champán, monsieur. Esto es champán. Aún no hemos encontrado nada contra el hambre, pero la ciencia ha inventado el champán. Dom Perignon. ¿Por qué los curas siempre inventan algo para beber? ¿Es que su Dios no es lo bastante divertido? Bueno, él también convertía el agua en vino. También Dios bebe. ¿Cómo soportar, si no, esta miserable existencia? ¿Habéis leído a Montesquieu? Dice que no habría que llorar la muerte de un hombre, sino su nacimiento.

—Monsieur le Duc —rogó John—, yo quisiera...

—Yo también quisiera, pero ya no puedo... Y eso da sed. Cada vez más. Y cuanto más se bebe, más sed se tiene. Es como en vuestro sistema, monsieur Law. Eso de la circulación del dinero. Desmartes opina que puede recalentarse. Desmartes dice que necesitaríamos un sistema mixto. El champán también es un sistema mixto. Aunque Dom Perignon dice que beberlo es una moda decadente. Que nunca había sido su intención inventar una nueva bebida de moda... —Se incorporó de pronto y vomitó, resollando como un mulo. Cayó de rodillas y volvió a vomitar. Los espasmos estremecían su torso. Aulló como un perro pateado.

—¿Veis? —jadeó con voz débil—, ahora me he recalentado. Y ya vuelvo a tener sed.

—¿Podemos hablar de esto mañana, Monsieur le Duc?

El duque volvió a tener arcadas, pero ya se había vaciado. Sufrió una arcada tras otra. Su estómago estaba vacío. Un hilo de bilis se le escurría por la barbilla. Nada más.

—*L'état, c'est moi*, pronto, *mais je ne suis pas dans un bon état*. ¿Veis, monsieur?, si me habéis visto a mí, habéis visto a esta Gran Nación.

John y Catherine dieron las buenas noches a sus hijos. Ya era tarde. La gobernanta

acompañó a su dormitorio a Kate y su hermano. John y Catherine quedaron solos en el salón. Un fuego chisporroteaba en la chimenea.

Al cabo de un rato, John dijo:

—Le he enviado ya tantas cartas...

—Desmarte no quiere. Tienes que darte cuenta, simplemente no quiere. Dicen que D'Argenson ha ejercido presión sobre él.

—No voy a abandonar, Catherine. Un día mi idea será el mal menor. Quizá pase un año, quizá dos. Pero un día tendré un banco que imprima dinero de papel. ¿Cómo es que la gente no puede comprender la esencia del dinero?

Catherine lo miró. Tenía ya cuarenta y tres años y su aspecto seguía siendo espléndido. Un hombre que lo había alcanzado todo en la vida. Pero las apariencias engañaban. Los años tampoco habían pasado por John Law sin dejar huella. Su paso se había vuelto algo más lento, su mirada ya no centelleaba como antes. Pero lo que lo consumía no eran los años, sino la idea que tenía que hacer realidad. Catherine dejó a un lado el bordado en que había estado trabajando:

—Quizá... —empezó— quizá no baste con escribir cartas a Desmarte. He oído decir una y otra vez que el duque de Saint Simon es la llave del rey.

John la miró intrigado.

—¿Por qué no haces una visita al duque de Saint Simon?

—¿No hay formas más agradables de perder el tiempo?

—John, soy la mujer que te trae suerte. Ve a visitarlo. Por amor a mí.

Un criado acompañó a John hasta la biblioteca. Saint Simon lo saludó con una alegría un punto exagerada.

—Vuestra visita es un gran honor para mí, monsieur Law —dijo jovialmente. Había hecho acortar las patas de la silla del visitante que ofreció a Law para no parecer tan bajito.

—Sería por mi parte un honor, monsieur le Duc de Saint Simon, si me permitierais visitaros regularmente. Necesito conversar con una persona que entiende mis teorías porque dispone de los conocimientos necesarios y de la sabiduría para poder juzgar hasta qué punto son realizables o no.

—Me halagáis —dijo Saint Simon, removiéndose nervioso en su asiento de cuero—. Yo no soy más que un pequeño escritor de diarios, un cronista de nuestro tiempo, que gracias a su noble cuna tiene acceso a nuestra majestad y a la corte. Así le ha sido concedido a nuestra familia desde hace muchas generaciones. Yo fui testigo de cómo en el año mil seiscientos noventa y uno nuestro rey concedía a mi padre en Versalles el honor de abrazarlo tres veces. —Y pareció hundirse de pronto en sus pensamientos y acordarse nostálgico de aquella escena ocurrida en Versalles.

La criada trajo té y volvió a retirarse.

—Se habla de vuestras cartas al ministro de Hacienda, monsieur Law. Son leídas,

pero D'Argenson no quiere que sean respondidas. Considera peligrosas vuestras ideas. El duque de Orleans se ha empleado a favor, y repetidas veces, de que se os reciba. Pero su prestigio está sufriendo una devaluación más rápida que la de la divisa francesa.

Saint Simon se inclinó sobre la mesa y susurró con rapidez:

—Fornica como un conejo y bebe como un carretero. ¡Morirá antes que nuestro rey! —Volvió a reclinarsse—. Sin embargo, como me hacéis el honor de vuestra visita e incluso me ofrecéis la perspectiva de querer honrarme regularmente con ella, estoy gustosamente dispuesto a hacer valer mi humilde influencia en la corte. ¡Desmartes debe recibirnos, monsieur! Pero antes tengo que convencer al conde de Coubert.

John Law abandonó a pie su residencia en la place Louis le Grand, pasó ante la recién restaurada estatua ecuestre del Rey Sol y entró, al otro extremo de la plaza, en el fastuoso edificio de Samuel Bernard, conde de Coubert. Un portero le abrió y le mostró el camino hacia el templo del banquero y financiero. Bernard se incorporó enseguida tras su escritorio y salió amablemente al encuentro de John. El conde tenía una notable presencia, alto como John, pero mayor, y de complexión recia como un armario. Su cabeza mostraba cierta similitud con el busto de Neptuno que John había visto en la escalera, y cuando abrió la boca dejó ver una dentadura fuerte e intacta. Ese hombre tenía que estar camino de los setenta, pero rebosaba salud.

—Bienvenido a la casa Coubert, monsieur Law —rió Samuel Bernard—. Dos banqueros protestantes en París, y se evitan como el diablo al agua bendita.

—Os doy las gracias por la invitación, monsieur Bernard. La aprecio tanto más cuanto que sé que mis ideas no gozan precisamente del entusiasmo del banquero más asentado de París.

Samuel Bernard sonrió conciliador.

—Vuestras ideas son excelentes, mi querido John Law de Lauriston, ni más ni menos que geniales. Incluso Desmartes se inclina mucho por ellas...

Bernard se detuvo y le pidió que tomara asiento.

—Queréis fundar un banco nacional que emita papel moneda contra las correspondientes imposiciones.

—Sí, he intentado explicarlo en mis numerosas cartas...

—He leído vuestras cartas a Desmartes. Estoy impresionado. Todos estamos impresionados. —Bernard vio el asombro en el rostro de Law—. Mi familia forma parte, por así decirlo, del inventario de Versalles. Mi padre, el pintor, ya retrató de joven a Luis XIV. Estamos comprometidos con el arte, con la corte real... y con las finanzas. Ningún financiero ha prestado nunca tanto dinero a un rey francés. Ninguno. Por eso nuestra opinión no carece de importancia en Versalles. Vos queréis poner más dinero en circulación. Con ello devaluáis la moneda. Quien tiene deudas se beneficia, quien ha concedido créditos pierde. Por eso los banqueros franceses están

en contra de vuestros planes, monsieur.

John asintió.

—Ya que conocéis mis escritos, monsieur Bernard, sabréis que soy el último en no comprender esos aspectos. También hay una solución para ellos.

—¿Queréis disminuir las deudas del rey sin perjudicar a sus acreedores? No podéis servir a dos señores, monsieur Law.

—Encontraré una solución para eso, monsieur Bernard.

Samuel Bernard le pasó por encima de la mesa su última carta dirigida a Descartes.

—Desmartes me ha pedido que os devuelva la carta. Veréis sus observaciones manuscritas al margen. Opina que deberíais reelaborarlo. Querría más detalles. Sí, más detalles.

—La propuesta tiene que estar bien meditada —comentó Saint Simon, mirando con interés la botella de vino que Law le había traído.

—Más detalles, más detalles. Pronto hará dos años que le envío aclaraciones suplementarias. Empiezo a creer que Desmartes no entiende el contenido del asunto.

—¿Pensáis —sonrió Saint Simon— que su entendimiento se niega a obedecerle?

—Donde nada hay, nada puede negarse. ¡Necesito una audiencia con el rey, Saint Simon! Incluso si obtuviera una audiencia con Desmartes, ¿de qué me serviría? Volvería a necesitar...

—Más detalles —dijo divertido Saint Simon, dejando con cuidado la botella de vino—. Monsieur Bernard me ha confiado que está muy impresionado por vuestra persona. Pero es contrario a vuestros proyectos. Ahora, sólo el duque de Orleans puede ayudaros. Pero para eso el rey tendría que morir y el duque volverse sobrio. Esto último es más difícil que domesticar el Nuevo Mundo.

—¡Vos tenéis influencia con el duque! ¡Hablad con él! ¡Convencedle! ¡Poned fin a la miseria en las calles de París!

—Monsieur Law —suspiró Saint-Simon—, sin duda confío en poder arrancarle al duque la promesa de concederos la fundación de un banco del Estado. Sólo que el duque no mantiene su palabra. Se la da a todos y a cada uno. Como todo el mundo, presenta sus debilidades como virtudes. Se considera tolerante, pero yo creo que es débil e incapaz de ofrecer resistencia. Ni siquiera está a la altura de su propio carácter, y por eso se arruina en la embriaguez, en las interminables orgías y en las disputas con amantes y esposos cornudos. Hace poco se habla incluso de su proximidad a logias secretas...

—Intentadlo de todos modos. Os lo ruego.

—¿Dónde debo buscarlo? ¿En los salones? ¿En las mesas de juego? ¿En las galerías de París? ¿En la ópera? ¿En algún pabellón de caza? ¿O en las bóvedas subterráneas de Versalles, donde se supone que forja complots como gran maestro de

la orden del Temple?

—¿Es que su padre no tiene influencia sobre su hijo? —preguntó impaciente John.

—Su padre sólo se interesa por la anatomía del sexo masculino y la cabalística. Si no fuera el hermano del rey, hace tiempo que lo habrían enviado a galeras. Y la cabalística, no hace falta que os lo explique a vos, mi muy apreciado John Law, es sin duda la forma más necia de la superstición.

Saint Simon hablaba y hablaba, se enredaba en nuevos rumores e indiscreciones, adobados con excesos sexuales, intrigas, complots. Saint Simon era el eterno intrigante y criticón, que hacía su destino más soportable llevando un diario que consideraba crónica de su tiempo, y en el que él, el duque, representaba un papel clave.

—¿Qué me aconsejáis, monsieur?

—Paciencia. Francia está al final de sus fuerzas. Pero las cosas aún no están lo bastante mal. Sólo cuando Francia esté postrada en su último aliento tendréis una oportunidad de hacer realidad vuestro proyecto del banco. Entonces, el protestante escocés John Law será el mal menor.

—*Mesdames, messieurs, faites vos jeux* —dijo John, y observó a las jugadoras y jugadores, cómo cambiaban imperceptiblemente sus gestos al sentarse, sus movimientos, su actitud.

El duque de Orleans estaba sentado frente a él. Dos atractivas acompañantes se pegaban a sus hombros. Pareció arrastrado de un lado a otro, titubeó, mostró con afectado patetismo su vacilante desgarró y, finalmente, apostó con un rápido movimiento una pila de fichas al dos.

—El eclipse de sol de hace nueve años. El once de mayo de mil setecientos seis. Sumé los dos números del once.

Los otros jugadores hicieron a su vez sus apuestas.

—Apreciamos —dijo alegremente la bella Duclos— que honréis mi salón con vuestra última representación, monsieur Law.

Un murmullo de sorpresa recorrió la sala. John lo advirtió con satisfacción. Cómo había aprendido a odiar esas veladas en los últimos meses. Se había sentido como un general al que entretienen con soldados de juguete. No dejó, sin embargo, traslucir molestia alguna.

—Quería despedirme debidamente de los apreciados invitados de vuestro salón, madame.

El duque de Orleans besó una tras otra a sus dos acompañantes y bromeó:

—De algún modo tenemos que pasar el rato hasta que al rey se le pudra también la otra pierna.

Risas cautelosas. Cada uno intentaba leer en los ojos del otro hasta dónde había

descendido ya su respeto por Luis XIV.

—¿Habéis dicho despedida, monsieur Law? —El duque miró a John—. ¿Se me ha escapado algo? —Apuró su copa de champán.

—Mi esposa y yo vamos a dejar Francia —repuso John, y se volvió de nuevo hacia la mesa—: *Mesdames, messieurs, faites vos jeux*. —Con elegancia, puso el dedo corazón sobre la baraja y deslizó levemente hacia delante la carta superior mientras le daba la vuelta con un rápido movimiento del índice—: El cinco gana, el diez pierde.

—¿Dejar? ¿Cómo es que no me he enterado hasta ahora? —se horrorizó el duque—. ¿No os habrán violentado, monsieur? —dijo con torpe lengua.

—Muy al contrario, Monsieur le Duc, pero, desde la muerte de la reina inglesa, algunas cosas han cambiado en Inglaterra. El rey Jorge muestra gran interés por mis proyectos bancarios. Me ha comunicado que puedo llevarlos a la práctica en Inglaterra.

Los circundantes reaccionaron con asombro, algunos con consternación. Mientras John recogía con elegantes movimientos las apuestas perdedoras y contaba las ganancias, el duque empezó a pensar fatigosamente.

—¿No es posible hacerlos cambiar de opinión, monsieur?

—Aprecio extraordinariamente la atención que la corte de Versalles brinda a mi proyecto de banco —mintió John—, y acepto que en este momento no dé ningún uso a mi propuesta. Por eso, ruego comprensión ante el hecho de que vaya allá donde esa propuesta encuentra un eco positivo. A Inglaterra. Inglaterra tiene gran necesidad de capital para cubrir los costes de una nueva y más productiva era de las manufacturas. Para eso se necesita un nuevo sistema crediticio y bancario que aumente la cantidad de dinero. Y yo os aseguro que al cabo de un año cada inglés tendrá salario y pan.

El duque trataba de mantener la compostura, pero ahora parecía seriamente turbado.

—Inglaterra construirá una nueva flota, forzará el comercio de ultramar y nos combatirá en todos los continentes... ¿Tiene que ser precisamente Inglaterra? ¿Por qué Inglaterra, monsieur?

—Porque Francia no tiene necesidades. Yo produzco ideas. Tengo que ir allá donde compran mis ideas. ¿Acaso no comercia de igual modo cualquier vinatero o carpintero?

—Naturalmente —asintió con disgusto el duque—. Pero escuchad, monsieur. ¿Queréis una audiencia con el rey? ¿Es eso lo que queréis?

—Sería un gran honor ser recibido por el rey de Francia...

—¡Yo os llevaré al *Petit Lever* de Su Majestad!

Los presentes reaccionaron con asombro. Asintieron en dirección a John, como para testimoniarle su respeto. Era un extraordinario honor ser invitado al *Lever* del rey.

—Saldremos mañana temprano, a las cinco de la mañana, monsieur. —El duque

respiró hondo y suspiró—: Bueno, digamos a las seis.

Revisó por enésima vez su vestimenta. Repasó mentalmente los aspectos más importantes de su sistema, trató de simplificar las formulaciones que tenía en la cabeza. Frente a él en el coche se sentaba el duque de Orleans. No tenía buen aspecto.

—¡Por qué no podréis esperar a que su majestad se muera de una vez! ¿Y cómo es que su majestad no se ha muerto hace mucho? Hace ya nueve años se creía que el eclipse de sol era un signo inequívoco. Su majestad debería estar muerto hace ya mucho.

El duque inspiró hondo. Se sentía mal.

—No sólo necesitamos un sistema financiero mejor, monsieur Law, también necesitamos mejores vinos —jadeó—. ¿Es aceptable tener que sufrir tanto por un poquito de placer?

—Sólo cuando se toman más de cuatro botellas.

—Cuando yo sea regente todo será distinto. Prohibiré esos híbridos vinos espumosos. —Volvió a reclinarsse y cerró los ojos—: ¿Es cierto que consideráis la cabalística la forma más necia de la superstición?

—Sé quién ha dicho eso, y os aseguro que no fue ningún escocés.

—Sí, sí, ese viejo charlatán e intrigante de Saint Simon. Por una parte elogia vuestro proyecto, por otra lo considera inservible para este país. No logro hacer nada positivo con él...

Poco antes de las siete de la mañana, el coche alcanzó su meta. Versalles era más que un palacio real, Versalles era monumental, gigantesco, un mundo en sí mismo. Bullía de lacayos, ayudas de cámara, secretarios, porteadores de sillas de manos, mosqueteros, guardias, soldados y visitantes de todo el mundo. Por todas partes había caballos, coches, calesas y sillas de manos en movimiento. Quien no podía exhibir una recomendación o invitación, tenía que soportar a la entrada un fatigoso interrogatorio. Quien no iba vestido conforme a la etiqueta, podía alquilar las prendas necesarias. El palacio del Rey Sol estaba abierto al público en grandes zonas, pero según un protocolo regulado minuciosamente.

El coche del duque de Orleans entró inmediatamente en el atrio y pasó entre los impresionantes edificios administrativos hacia el adoquinado patio real. Los criados esperaban al duque. Abrieron la portezuela del coche, franquearon las puertas de varios metros de altura y acompañaron al duque y el escocés a la gran sala de los Embajadores. Ya estaba repleta de gente que había salido de madrugada desde diversos lugares de Francia para llegar al centro del poder. Como salidos de la nada, aparecieron nuevos criados, se inclinaron ante el duque y lo acompañaron entre la multitud hasta la gran escalera de mármol que llevaba a los aposentos del rey.

Allí había más mosqueteros que visitantes. En el piso superior, nuevos criados recibieron a los tempranos huéspedes y los acompañaron por una larga galería cuyas

diecisiete arcadas estaban revestidas de espejos. Las ventanas del otro lado estaban abiertas de par en par y dejaban ver un jardín en apariencia interminable: se veían fuentes, estanques y árboles de treinta metros de altura, formando avenidas a lo largo de los canales y lagos. Por grandes que fueran los árboles, habían sido recortados como si fueran setos. Hasta el visitante menos sensible tenía que quedar petrificado de admiración y respeto ante aquella grandeza y esplendor. Se tenía la impresión de estar mirando el jardín de Dios. Para un mortal normal, aquel gigantismo no tenía sentido. Sólo los dioses podían tallar bosques de treinta metros de altura como si fueran pequeños setos de jardín, porque para ellos la Tierra no era más que un pequeño jardín bajo el cielo.

John se detuvo de pronto, impresionado. El de Orleans tomó nota de ello con la sombra de una sonrisa. Aspiró con fuerza ante una ventana abierta. Pero el aire que entraba a raudales en la gran galería apestaba a orina agria y excrementos humanos. John miró alrededor, vio las docenas de arañas de cristal, los grandes candelabros de plata, los pesados cortinajes de damasco blanco entretejido con hilo dorado, el oro, la plata, el mármol, las pinturas, las esculturas clásicas en sus altos nichos abiertos en el muro, las estatuas de bronce sobredorado. La bóveda mostraba monumentales frescos, composiciones del pintor de la corte, Charles le Brun, que había eternizado la vida del Rey Sol en los techos de la gran galería.

—En la tradición clásica —sonrió el duque, señalando las pinturas—. Pero habríamos podido tomar prestadas otras cosas de la Antigüedad clásica. Dentro de estos muros viven ocho mil personas, y todos los días vienen a Versalles diez mil visitantes... ¿y sabéis cuántos retretes tenemos? Ninguno. Apenas trescientos orinales, eso es todo. Y eso es exactamente lo que estáis oliendo, monsieur: mierda y orines. Aquí se trabajó durante cincuenta años, miles de obreros, toneladas de oro, plata y mármol se trajeron aquí y se trabajaron. Pero no hay ni trescientos orinales.

Al final de la gran galería fueron recibidos por otros criados y llevados a la antecámara del rey. Allí esperaban ya tres docenas de personas. Las voces eran amortiguadas, se cuchicheaba, se susurraba. John miró en derredor y su mirada se detuvo en un rostro conocido: el marqués D'Argenson, que conversaba con el banquero Samuel Bernard.

El duque se volvió al segundo ayuda de cámara del rey.

—El *Petit Lever* —dijo.

El lacayo anunciaba personalmente a cada individuo que entraba en la antecámara:

—Monsieur John Law de Lauriston, matemático y banquero. Su padre fue el monedero real de Edimburgo.

El segundo ayuda de cámara se inclinó y se abrió camino entre los que esperaban, hasta desaparecer en el dormitorio del rey.

—Vais a ser presentado al rey, monsieur Law. Por el amor de Dios, conservad el sombrero puesto. No seáis el primero en hablar. Y si el rey dice «sentaos a mi mesa»,

tendréis que hacerlo, y todos los días, hasta que retire cortésmente su invitación. Pero sólo el rey comerá. Vos os sentaréis a la mesa en una silla plegable y conservaréis el sombrero puesto.

D'Argenson se abrió paso entre los que esperaban y fue directamente hacia John.

—Mis cumplidos, monsieur, tenéis valor. No todo el mundo está dispuesto a morir por sus ideas —sonrió el prefecto, y alzó un instante la vista hacia el duque de Orleans—: ¿Habéis acordado esta visita con Desmarteaux?

—No —respondió un hombre que enseguida se presentó como el ministro de Hacienda, Desmarteaux. Se volvió hacia Law—: ¿Creéis de veras que el rey entenderá vuestras ideas?

—¿Dudáis acaso del entendimiento de su majestad el rey? —dijo agudamente Saint Simon, abriéndose paso con audacia entre D'Argenson y Desmarteaux.

—¿Era eso lo que vos pensabais, monsieur de Saint Simon? —preguntó amenazador D'Argenson.

—*Messieurs! Silence! Le Roi se lève.*

Su majestad se había despertado. Un murmullo corrió entre los que esperaban. Las puertas del dormitorio real se abrieron. Los presentes se pusieron los sombreros y entraron, devotos, al aposento del Rey Sol. Los revestimientos de madera, las telas de las cortinas, las esculturas, las pilastras, todo estaba ennoblecido, decorado, bañado en oro... toda la estancia parecía fundida en oro. Y detrás de un cordón dorado que servía de barrera estaba él, Luis XIV, rey de Francia, envuelto en una desbordante bata de mañana. Rodeado por un enjambre de servidores, se sentaba en su *chaise d'affaire*, su orinal. En uno de los trescientos orinales. Incluso la deposición matinal era un acto público de Estado. Una ondulante bata ocultaba la piel desnuda. Un criado empapaba el sudor nocturno del soberano con paños perfumados, un segundo retiraba el gorro de dormir, mientras un tercero le encasquetaba una peluca recortada. Otros cuatro criados fueron necesarios para alcanzar al rey un vaso de agua. El «pequeño despertar» del rey requería hasta cien servidores.

Su majestad conversaba relajado, encantador, educado, gentil. Todo un gentilhomme. Luis XIV no se dirigía a nadie en particular, sólo peroraba. Decía que la noche había sido buena y sonaba como si hubiera anunciado: hemos vencido a Inglaterra. Parecía relajado, daba una impresión de marcado equilibrio espiritual. Cada gesto era de una serena elegancia; cada palabra, histórica. Un escribano plasmaba las palabras, un pintor hacía bocetos de la escena matinal. Su majestad era una institución pública, un hombre convertido en Dios del Sol. Incluso cuando se sentaba en la *chaise d'affaire*, no perdía dignidad. Luis XIV soportó con calma estoica los trabajos de su lento intestino, cambiando unas palabras con los príncipes, duques y condes presentes de las estirpes Rochefoucauld, Borbón, Anjou, mientras del recto real escapaban violentas ventosidades. El primer cirujano y el primer médico intercambiaron significativas miradas cuando su majestad señaló con laxo ademán al duque de Orleans y anunció con voz meliflua, casi alegre:

—Monsieur le Duc, vos tenéis el honor.

El duque se inclinó con gratitud y avanzó humildemente hacia el cordón dorado. Un criado lo soltó por uno de sus lados y dio acceso al de Orleans. El Rey Sol se inclinó un poco hacia delante, mientras dos criados levantaban la bata. El duque se arrodilló junto al soberano, sujetó el orinal, lo sacó de debajo de la silla sin asiento y volvió a incorporarse. Dos criados se arrodillaron detrás del rey, mientras otros criados les alcanzaban paños de lino empapados en vinagre, con los que limpiaron y atendieron el trasero real. El de Orleans se mantenía erguido junto al rey, con el orinal en la mano. El primer cirujano y el primer médico examinaron el contenido del mismo e hicieron una prueba de olor. Finalmente, el duque fue con el orinal hasta una mesita y lo depositó allí. Mientras el médico y el cirujano hurgaban en los excrementos del rey con dos varitas de madera, el duque regresó junto a su majestad, se inclinó ante él y esperó.

—He oído que una mujer vende un bollo italiano hecho con levadura. Dicen que el bollo se hincha de tal modo en el horno que se habla de brujería.

—Nada más que rumores, majestad. Homberg no tiene nada que ver con eso. Me he atenido al consejo de vuestra majestad y no he vuelto a invitar químicos a mis salones.

El rey sonrió y acarició a los presentes con una fugaz mirada.

—También he oído que tenéis un huésped capaz de hacer hincharse de tal modo el dinero de una nación que a los pocos meses ya nadie estará sin trabajo. —El rey sonrió. Extendió los brazos para que los criados pudieran vestirlo.

El duque señaló a John.

—Éste es monsieur John Law de Lauriston. Doy las gracias en su nombre a vuestra majestad por concederle el honor de poder participar en el *Petit Lever*.

—Que se... adelante —dijo el rey. Como de costumbre, hizo una pequeña pausa de efecto antes de la última palabra, y dio a esa última palabra una nota especialmente ligera, melodiosa.

El duque hizo una seña a John. El escocés se dirigió hacia el cordón y se arrodilló ante el rey. Éste no movió un músculo. El perfecto jugador de cartas, pensó John cuando alzó la cabeza para mirar a los ojos a un anciano de setenta y seis años que no dejaba traslucir la irritación causada por las dolencias y los achaques de la edad. El rey tenía sobrepeso. Debido a la pérdida de gran parte de los dientes, sus mejillas estaban caídas. Cuando hablaba, difundía un olor a podredumbre. Pero era el poder. Era el Estado. Era una institución pública.

—John Law de... Lauriston. Que hable y diga libremente lo que desea decir al... rey —dijo el monarca.

John quedó fascinado con la elegancia del casual movimiento de la mano con que Luis XIV orquestó la última palabra. Se incorporó.

—Que su majestad el rey de Francia me haga el honor de poder someterle mis ideas sobre la fundación de un banco del Estado francés. Con este banco, vuestra

majestad estará en condiciones de reducir en medida considerable las deudas del reino en muy breve tiempo. Las finanzas estarán equilibradas ya al cabo de un año. La población y los ingresos generales aumentarán, con lo que la necesidad de nuevos bienes crecerá y por tanto también los ingresos fiscales, sin que las cargas para el individuo se incrementen. Vuestra majestad podrá recomprar cargos gravosos y aumentar los ingresos del reino sin perjudicar a nadie...

—Que se reciba su manuscrito —lo interrumpió el rey.

Dos criados se acercaron dentro de la zona acordonada. Uno de ellos tomó el manuscrito y se lo entregó al segundo criado.

—¿Qué piensa *mon petit juif* de las ideas de monsieur Law? —preguntó Luis XIV.

El banquero Samuel Bernard dio un paso adelante y se arrodilló.

—Que se levante y hable —dijo el rey.

—Una idea excelente, majestad, brillante, genial...

John dio las gracias con una discreta cabezada.

—... pero —prosiguió el banquero judío Samuel Bernard—, posiblemente no del todo adecuada para una monarquía como la francesa. Un banco estatal es menos adecuado para una monarquía.

—*Alors, messieurs* —dijo el rey—, entonces tenemos que renunciar o a la monarquía o al banco del Estado.

John no estaba tan contento cuando se abrió paso con el duque de Orleans por los salones repletos, para volver al patio por la escalera de los Embajadores.

—Quedaos, monsieur Law —trató de calmarlo el duque—. Cuando el rey regrese de misa, volveremos a tener la posibilidad de hablar con él. Tan sólo tengo que anunciárselo a su primer ayuda de cámara. Nos dirá en qué sala podremos hablar con él.

John negó con la cabeza.

—No, Monsieur le Duc. Tengo una deuda de gratitud con vos. Habéis hecho lo que estaba en vuestra mano. Sin embargo, ¿qué habéis conseguido, aparte de poder sostener los excrementos de su majestad?

—¡No os burléis, monsieur! —se indignó el de Orleans—. Ese honor me cuesta cien mil libras al año. Y sólo se concede a aquel que puede probar su ascendencia hasta el siglo XIV.

John abandonó enojado el edificio, el duque corrió tras él.

—Os gusta bromear, monsieur —rió John—. ¿Pagáis cien mil libras por eso?

Salieron al patio. El duque indicó a un criado que llamara al coche.

—*Oui, monsieur*. ¿Acaso en la Antigüedad un romano no se habría sentido dichoso de poder eliminar los excrementos de un Zeus, un Mercurio o un Marte?

—Los romanos, monsieur —respondió con suficiencia John—, tenían hace ya dos

mil años instalaciones sanitarias y una cultura del baño y del cuerpo con la que nosotros ni siquiera nos atrevemos a soñar en Europa.

—Lamento que monsieur esté irritado —dijo el duque mientras subía al coche.

John lo siguió y cerró la portezuela. El duque ordenó al cochero tomar el camino que atravesaba los jardines de Versalles. Pero a John ya no le interesaba aquel jardín recortado para los dioses.

—Cincuenta años de obras, cien millones de libras de gastos... probablemente Samuel Bernard tenga incluso razón. Mi sistema bancario no es compatible con una monarquía. Un monarca tendría que resistir la tentación de imprimir dinero sin control para construir otro Versalles y hacer la guerra otros cien años. ¿Quién puede hacer entrar en razón a un monarca?

El duque estaba afligido.

—En realidad tendría que llamaros la atención, monsieur Law. Ofendéis a su majestad. Más de uno ha sido enviado a galeras por delitos menores que ése.

—Os pido perdón, Monsieur le Duc —sonrió John—, hubiera ofrecido gustoso mis servicios a Francia y servido al país, al pueblo y la Corona.

—Eso os ennoblece, monsieur —respondió conciliador el duque—, pero tened aún un poco de paciencia. ¿Habéis visto la pierna izquierda real? Apesta ya a putrefacción. En cuanto sea regente fundaréis el banco. ¡Os lo prometo! Con la condición de que me hagáis compañía esta tarde.

John rechazó el vaso de vino que la muchacha vestida con una ajustada piel de pantera le ofrecía. Estaba sentado en un sofá azul marino decorado con flores de lis bordadas. Esperaba. Esperaba con calma estoica. Pero la mañana no llegaba. El duque de Orleans dormía profundamente. Estaba en el suelo a unos metros de él, tendido como un soldado herido, medio desnudo.

Al cabo de un rato, John dijo:

—Os lo decía antes: bombead más dinero en el circuito de la economía, y el paciente revivirá.

El duque sólo emitió un gemido. Estaba inconsciente. Absolutamente inconsciente.

—¿Trabajando tan tarde, monsieur? —preguntó una voz, mientras unos guantes perfumados se posaban en los hombros de John. Esencia de naranja.

—Esperamos que el rey muera, madame —suspiró John.

—¿Y entretanto el duque se ha dormido? —le sopló al oído Catherine, sentándose junto a John en el sofá.

Estuvieron sentados un rato viendo roncar al de Orleans. Luego, John dijo:

—El paso de la pobreza a una existencia asegurada es emocionante, motivador. Pero cuando uno ya es rico, como nuestro duque, ser un poco más rico no hace más feliz. Sólo podéis tener medio kilo de carne, tres botellas de vino y un par de

orgasmos al día. Entonces, ¿para qué trabajar tanto?

—Por el amor —susurró ella, y lo besó en la mejilla.

—Sí, por vos, Catherine, merece la pena cada instante. Pero hay algo más: una idea. Una pasión.

—¿Una visión? —sonrió.

—No, no, nada de visiones —rió John, y sujetó tiernamente su mano—. Una idea. Es como un gran juego. Y quieres ganar. No se trata de dinero. Se trata de ganar. Por la satisfacción, que dura más que mil orgasmos, quinientas terneras y las botellas de quince viñedos. Esa satisfacción durará eternamente, porque todo un país accederá a un nuevo bienestar. Y todas las personas de este país llevarán una existencia digna. ¡Francia tiene que despertar de una vez!

Catherine señaló con la cabeza al duque, que seguía roncando:

—Por el momento, aún parece dormir profundamente.

Durante la primera noche de septiembre de 1715, fuertes vientos habían deshojado los árboles, convirtiéndolos en leñosos esqueletos engullidos por la niebla gris y húmeda. Las hojas cubrían los senderos, flotaban en el agua de las burbujeantes fuentes, se pegaban a las monumentales estatuas de dioses o volaban sin vida sobre laderas y terrazas, avenidas y escaleras. Había llegado el frío.

A lo lejos se oyó una carroza abandonar Versalles. Luego otra. Las concubinas regalaban sus vajillas, sus vestidos y ropa de cama a los empleados y se retiraban de la vida pública. Incluso la marquesa de Maintenon, el último gran amor del Rey Sol. Formaba parte de las reglas del juego de la corte irse antes de la muerte del monarca. La pensión vitalicia estaba garantizada y establecida testamentariamente.

Todas las luces del palacio estaban encendidas. En el dormitorio del rey esperaban docenas de personas. La cola llegaba hasta la sala de los Espejos.

—¿Por qué lloráis? —susurró el rey. Yacía en su cama de ceremonia, hundido casi por entero en incontables almohadas—. ¿Es que habíais pensado que iba a vivir eternamente? —Y se desvaneció de nuevo. Su pie izquierdo y la rodilla estaban atacados por la gangrena, el muslo estaba ya dolorosamente inflamado.

Cuando despertó, estaba bañado en sudor y vino de Alicante, y preguntó por madame de Maintenon. Pero ella ya había dejado Versalles, en completo silencio. Entonces, él volvió a perder el sentido. Los médicos decidieron administrarle la medicina del Abbé d'Aignan. Se suponía que era útil contra las pústulas. El rey no tenía pústulas, pero quién sabe, quizá de alguna forma se pudiera engañar a la Muerte. Con la ayuda de Dios. Aún se permitían algún que otro pequeño experimento.

El cardenal de Rohan ya había pronunciado la oración fúnebre durante la noche. Ahora murmuraba un padrenuestro tras otro, un trabajo que posiblemente una máquina de vapor habría podido hacer mejor.

Luis XIV, el rey de Francia que había elegido el Sol como símbolo de su reinado, murió el 1 de septiembre de 1715, a las ocho menos cuarto de la mañana, tres días antes de cumplir setenta y siete años. Su reinado duró setenta y dos años. En Versalles, todos los espejos fueron cubiertos con telas negras. En el patio de honor resonó el grito: «*Le Roi est mort!*». El rey ha muerto.

Felipe II, duque de Orleans, solicitó toallas húmedas, agua helada con zumo de frutas y la limonada fría que el Rey Sol tanto había amado. Yacía en su dormitorio, rodeado por Saint Simon, Law, Desmarte, D'Argenson y el banquero Bernard. Se encontraba mal. Afirmaba haber comido algo en mal estado la noche anterior. Pero las botellas vacías bajo su cama contaban otra historia.

—¿Es cierto que las gentes cantan y bailan de alegría en las calles de París? —preguntó con voz agotada, apretándose un pañuelo mojado contra la frente.

—El Parlamento os espera, Monsieur le Duc —apremió Desmarte.

—Soy el regente —repuso el duque con una sonrisa forzada—, puede que la corona la lleve el bisnieto de Luis, el duque de Anjou, pero hasta que ese mocoso crezca, si es que llega a hacerlo alguna vez, gobernaré Francia.

—Espero que no estaréis sugiriendo que al joven rey podría ocurrirle algo —observó relajado D'Argenson—. ¿Es que Homberg ha vuelto a la ciudad?

—Olvidáis al duque de Maine —tomó la palabra Saint Simon. Hablaba de forma apresurada, en voz baja y conspirativa—: Dicen que el rey ha dispuesto en su testamento que el duque de Maine esté al lado del duque de Orleans.

—¡Un testamento así me convertiría en una marioneta! —se indignó el aludido, y metió la cabeza en una palangana de agua fría, bebió, hizo gárgaras y escupió el agua en el suelo—. Dentro de una hora hablaré ante el Parlamento. Que preparen mi carroza.

Samuel Bernard se arrodilló ante el duque y dijo:

—El Parlamento puede declarar no válido el testamento. Apremiadle a hacerlo. Ya lo hizo una vez, a la muerte de Luis XIII. Tenéis que libraros del duque de Maine. Ese bastardo.

De hecho, el duque de Maine era uno de los innumerables hijos ilegítimos del rey. Los bastardos del rey formaban una casta por sí mismos.

—El Parlamento querrá concesiones —objetó Desmarte—, devolved al Parlamento los derechos que Luis XIV le quitó.

El duque hizo que sus criados lo vistieran. Ya estaba despejado, y apenas podía esperar a su comparecencia.

—El Parlamento podrá tener lo que Luis XIV le quitó. ¡Si a cambio anula el testamento!

Desmarte y D'Argenson salieron de la habitación. Fuera, en el salón, esperaba ya un centenar de personas. Querían ver al duque de Orleans, y éste hizo señas a los criados de que volvieran a cerrar las puertas con la mayor rapidez.

—Ojalá haya sido la decisión correcta —sonrió el de Orleans, cambiando una mirada con Saint Simon, Law y Bernard.

—Inglaterra no sucumbió por eso —repuso John—. El tiempo de las guerras ha pasado. No sólo necesitamos una revolución en el sistema financiero, sino también...

—Sí, sí —lo interrumpió el duque—. Tendréis vuestro banco, monsieur Law.

—¿Queréis arruinar del todo a Francia? —se indignó el normalmente tranquilo banquero Bernard.

—Cuando Francia haya reducido a la mitad sus deudas vos estaréis arruinado, monsieur Bernard. Pero vos no sois Francia, sois tan sólo uno de los mayores acreedores de nuestro difunto rey. ¡Y él ha muerto!

El duque se apresuró a salir de la habitación y se precipitó al salón, donde fue recibido con gran entusiasmo.

—Combatiré vuestra idea allá donde pueda, monsieur Law —dijo Bernard.

John se inclinó hacia el banquero y susurró:

—¿Con qué, monsieur? ¿Es que queréis batiros?

Pasaba ya la medianoche, pero el Grand Palais resplandecía como si fuera de día. Se habían encendido miles de velas. Su titilar se veía reproducido hasta el infinito por numerosos espejos tan altos como la pared. Las damas llevaban diamantes, oro, el cabello adornado con piedras preciosas, ropas fastuosas. Brillaban como imágenes divinas. Los escotes eran pecaminosamente profundos, los pechos abundantemente exhibidos. Galantes caballeros las rodeaban, competían por su atención. Y en medio de esas figuras luminosas el duque de Orléans, el nuevo soberano de Francia, el regente oficial, trataba a duras penas de mantenerse en pie.

—Monsieur le Régent —dijo sonriendo el duque de Orleans— ha tomado una decisión. —Desde esa mañana hablaba complacido de sí mismo en tercera persona—. Se queda en París. Ejercerá la regencia desde París. *Adieu*, Versailles.

Un murmullo llenó la sala.

—Ahorraré a mesdemoiselles —añadió sonriendo— el largo viaje hasta Versailles. —Risas. Asentimiento—. Desde ahora mismo, residirá en el Palais Royal. —Estaba visiblemente divertido y dejó, coqueto, que volvieran a llenar su copa—. Versailles está totalmente... pasado de orines —La jugosa elección de los términos del nuevo regente hizo que los presentes se permitieran observaciones de asentimiento y admiración. Hubo risas y aplausos—. Versailles se ha llenado de orines durante cincuenta años. Pasarán años hasta que vuelva a estar limpio. Así que podéis abandonar vuestras malolientes, húmedas y frías viviendas de Versailles y regresar a vuestras cálidas y espaciosas residencias y palacios de la ciudad. —Los asistentes lo aclamaron a voz en cuello—. El rey ha muerto, mesdames, messieurs, su sol se ha puesto. Esta mañana, después de la sesión del Parlamento, he decidido implantar un nuevo sistema de gobierno. En el futuro, un colegio de consejeros me asistirá. He nombrado al duque de Noailles presidente del Consejo de Finanzas.

—¿Y Desmarte? —preguntó preocupado alguien.

—¿Desmarte? —repitió el duque, asombrado, y miró teatral a su alrededor—. ¿No lo habré mandado por descuido a galeras?

A esa hora, sólo unas pocas luces ardían en Versalles. Al amparo de la oscuridad se habían congregado ante las puertas numerosas personas. Gente sencilla, artesanos, jornaleros, campesinos, hombres, mujeres y niños. Maldecían y daban rienda suelta a su disgusto. La indiferencia de los guardias no hacía sino azuzarlos. Arrojaron piedras y antorchas ardientes contra las puertas. Algunos dispararon con hondas contra los guardias. Cada vez más borrachos, empezaron a cantar versos satíricos y a bailar a las puertas de Versalles.

En el dormitorio del rey, el cadáver fue abierto en presencia de clérigos y cirujanos. Cuidadosamente, el corazón del rey fue extraído y depositado en un recipiente. Luego se extrajeron el hígado y los riñones, que también fueron a parar a sus particulares urnas. Los recipientes quedaron herméticamente cerrados. A veces, esos receptáculos explotaban a causa de los gases que se formaban. Había que tener mucho cuidado para impedir tan indigno espectáculo.

Su alteza real Monsieur le Régent, Felipe II, duque de Orleans, gustaba de las fiestas. Tenía la impresión de que aún no había celebrado cumplidamente el motivo que las originaba. Él invitaba y París acudía. A John y Catherine cada vez les gustaban menos esas celebraciones, que duraban hasta primeras horas de la mañana siguiente. También aquel día el duque de Orleans había empezado la noche con mucho júbilo y, ahora que ya alboreaba, yacía roncando en un sofá.

John estaba sentado con Catherine junto al gran fuego de la chimenea, y conversaba con Saint Simon, al que los acontecimientos de los días y semanas pasados habían conmovido mucho. Estaba incluso un poco entristecido. Pero no era la muerte del Rey Sol lo que le daba que pensar, sino la cuestión de si debía añadir en sus diarios una especial mención o escribir visiones retrospectivas sobre temas específicos. Como muchos escritores, se había ido limitando hasta alcanzar un alto nivel intelectual, y sentía más emoción ante la escritura de su diario que ante la vivencia de tragedias reales en su entorno inmediato. Al cabo de unas copas de vino, cuando ya las llevaba en la sangre, tendía al sentimentalismo, y podía moralizar y condenar con voz severa aunque le hubiera preocupado bien poco ser testigo, al volver a su casa, de cómo una anciana resbalaba en el estiércol de la calle y se rompía una pierna, o haber visto a una joven madre arrojar desesperada a su recién nacido al Sena.

—«Estáis viendo una especie de animales salvajes —citó Saint Simon, con grandes ademanes, al fallecido historiador Jean de la Bruyère—, machos y hembras, dispersos por el campo. Son negros y mortecinos, quemados por el sol e inclinados hacia la tierra, que escarban y revuelven con infatigable testarudez. Poseen algo parecido a una voz articulada, y cuando se incorporan, muestran un rostro humano. Mira por dónde, son seres humanos».

Algunos huéspedes seguían en pie y escuchaban a Saint Simon. Algunos dieron

libre curso a las lágrimas. Pero sólo era el alcohol y la falta de sueño lo que los hacía ponerse melancólicos y emotivos. Saint Simon se detuvo y miró alrededor con fingida y fervorosa consternación.

—¿Dónde queda la justicia? —preguntó.

—No hay justicia, duque de Saint Simon —repuso Catherine—, yo nací mujer, vos hombre, ¿dónde está la justicia? Uno nace ciego, el otro muere niño. Uno pierde una pierna en la guerra, el otro pierde el juicio. No hay justicia, y esos fantasiosos que hablan de ella sólo se refieren a la justicia económica. No es más que envidia oculta, monsieur.

—Oh, madame, ¿creéis acaso que ni siquiera habría que aspirar a la justicia?

—Ni siquiera Dios es capaz de alcanzarla —intervino con voz áspera el duque de Orleans—; de lo contrario, no habría dejado vivir setenta y siete años a mi tío, el rey.

John se irritó en silencio ante el lamentable estado del regente, pero no permitió que se notara.

—No podéis conseguir la justicia, pero podéis crear condiciones justas para la gente. Eso sí podéis hacerlo. Y deberíais aspirar a ello. Podéis facilitar a la gente trabajo, ingresos, propiedades, la expectativa de una vida mejor. Pero, para eso, Francia necesita un banco nacional. Un banco nacional que aumente la cantidad de dinero puede hacer más por la gente que un Montesquieu con sus escritos.

Sumido en sus pensamientos, Saint Simon miró al duque de Orleans, que avanzaba hacia una muchacha de grandes pechos y talle de avispa.

—¿Qué se opone aún a vuestro banco, monsieur Law? Desmartes ha sido despedido —dijo Saint Simon.

—Desmartes se ha ido, pero ha venido el duque de Noailles. Todo queda como estaba.

—Confiad en mí. El regente me ha hecho el honor de permitirme ingresar en su colegio de consejeros. Haré valer mi influencia y os conseguiré mañana mismo una audiencia con el duque de Noailles.

La estruendosa carcajada del duque de Orleans interrumpió todas las conversaciones. De pronto se hizo el silencio en la sala. Todas las miradas estaban vueltas hacia el regente. Había roto el escote de la muchacha. Ahora acariciaba sus pechos y empujaba a la joven contra una mesa. Ella echó el torso hacia atrás, derribando las copas, que cayeron con estrépito al suelo.

—La Parabère —susurró Saint Simon—, la nueva amante del regente. —Lanzó una mirada a John.

—¿Veis? —dijo Catherine en voz baja—, incluso si prescribís la justicia y dais dinero y talento a distintas personas, una hará algo con eso y otra lo derrochará de manera absurda y volverá a clamar pidiendo justicia.

—Oh —se le escapó a Saint Simon—, si un día las máquinas de vapor descargan de su trabajo al género femenino, apenas podemos intuir lo que ocurrirá...

Catherine sonrió cortésmente, mientras John se controlaba para no lanzar un

exabrupto.

—Si las manufacturas construyen gran número de máquinas de vapor, necesitarán un banco que conceda créditos a la producción. No hay progreso posible sin un sistema crediticio.

John dirigió una mirada penetrante a Saint Simon. Pero éste miraba de reojo al regente, que se tambaleaba delante de su amante semidesnuda y que de repente cayó al suelo como un saco de harina.

Cuando John y Catherine llegaron al amanecer a la place Louis le Grand, el lugar estaba en llamas. La policía disparaba contra la multitud. Unos cuantos habían trepado a la estatua ecuestre y trataban de cortar la cabeza al rey de piedra. Alguien abrió de golpe la portezuela del coche y lanzó dentro una antorcha encendida. John la tiró fuera de una patada y desenvainó la espada. El coche fue detenido. Valerosos, John y Catherine salieron de un salto y corrieron a su casa, asediados por la multitud enfurecida. Manos envueltas en harapos agarraban sus ropas. Algunos intentaban patearlos, golpearlos. John esgrimió la espada en todas direcciones mientras apretaba contra sí a Catherine. Alcanzó a uno en un brazo, trazó a otro un sangriento arañazo en la mejilla, un tercero recibió una estocada en el muslo. John estaba convencido de que lo conseguiría. Paso a paso, se abrió camino hasta su casa. Catherine se había apoderado del puñal de John y lo clavaba rápida como el rayo en cada mano que quería agarrarla. La distancia con los amotinados aumentó. La vehemente defensa de aquel alto escocés pareció intimidar a la gente. De pronto, John se detuvo y gritó:

—¿Quién quiere medirse conmigo? ¡Os desafío a duelo a cada uno de vosotros!

Los circundantes se detuvieron. Ninguno tuvo valor de acometerlo solo. La servidumbre, que al parecer había observado la escena desde las ventanas, salió corriendo, armada, y en un momento formó una línea ante Catherine, que se puso rápidamente a salvo. Entretanto, también la policía se había situado ante la casa de Law.

—¡Muerte al regente! —gritaba la multitud.

Poco después, Catherine y John se sentaban a la mesa en el salón y miraban cómo comían los dos niños. Fuera seguía la encarnizada batalla callejera. Ambas partes habían recibido refuerzos.

—¿Queréis dejar París? —preguntó John; miró a Catherine y luego a los dos niños.

Kate, de diez años, miró a su hermano mayor, que se encogió de hombros y lanzó a su madre una mirada inquisitiva.

—No tenemos miedo, madre —dijo el chico.

—De verdad no tenemos miedo —corroboró Kate.

—¿Acaso no has dicho siempre que Francia sólo aprobaría tu proyecto de banco cuando París ardiera? —preguntó Catherine.

—Sí —murmuró John, y respiró hondo—, el nuevo regente tiene mucho talento y mucho poder. Podría hacer más que un Dios en la Tierra.

—Pero no tiene disciplina —dijo el joven John, mirando por encima del borde del plato con una notable sabiduría para sus once años—. Sin disciplina, ningún talento tiene valor.

—Y se mueve como una brizna de paja al viento —rió Kate—, pero sólo la encina tiene arraigo. —Ambos hermanos se echaron a reír a carcajadas.

—Le daré otras cuatro semanas al regente. Si para entonces no ha dormido la mona, nos marcharemos de París —dijo John.

Cuando, unas semanas después, John Law se dirigía en un coche al Gran Palais en compañía de Saint Simon, gentes indignadas y grupos de guardias libraban duros enfrentamientos delante del palacio del regente. Al ver el coche, guardias a caballo se abrieron paso entre la multitud y lo escoltaron hasta el patio interior del palacio.

Law y Saint Simon bajaron del coche y corrieron al edificio, mientras sobre sus cabezas volaban piedras y frutos podridos que se estrellaban contra los muros.

—Monsieur le Duc demuestra una asombrosa rapidez. Es increíble la celeridad con que ha desarrollado ese nuevo sistema de administración y gobierno. Sólo que a menudo no está del todo sobrio.

—¿Seguís siendo parte de ese gremio de consejeros? —preguntó escéptico John.

—Cierto, monsieur —repuso Saint Simon con fingida modestia, pero hinchado de orgullo—. El regente dispone ahora de un sistema de colegios, a cuya cabeza ha puesto el Consejo de Regencia como órgano deliberante. Desde hace poco, a ese órgano deliberante se le subordinan seis consejos, los departamentos de Exteriores, Guerra, Finanzas, Marina, Interior y Cuestiones Religiosas.

—¿Y ese Noailles sustituye de hecho a Desmartes?

Subieron presurosos la ancha escalera que llevaba al piso superior.

—Al fin y al cabo, Noailles es sobrino de Colbert. Sólo tiene treinta y siete años, pero es muy inteligente...

—Ya conocéis mis opiniones, duque —dijo sonriente John—. La inteligencia no tiene valor cuando no está arropada por la disciplina, la resistencia y la moral.

—Ni Dios mismo dispone de tales cualidades —dijo divertido Saint Simon—, pero puede que tengáis razón. Dicen que Noailles es incapaz de decidir. Es un dubitativo, un terrible dubitativo. Si fuera cirujano, los pacientes se desangrarían ante sus ojos.

—Conozco a ese tipo de personas. En las mesas de juego, los más inteligentes pierden tanto como los más tontos.

Dos criados abrieron las puertas de la gran sala de Gobierno. El centro lo ocupaba una gran mesa con numerosas bebidas. D'Argenson y el banquero Samuel Bernard ya estaban allí. Apenas entraron Law y Saint Simon, resonó un grito:

—*Le Régent! Monsieur le Duc d'Orléans.*

Con pasos enérgicos, el duque entró en la sala, seguido por un Noailles rechoncho y jadeante, que apenas podía seguir el dinámico paso del regente.

—Hoy hemos invitado a monsieur John Law de Lauriston, al que no necesito presentar, para que explique su más que elaborado proyecto de banco. Luego estará a nuestra disposición para formularle preguntas. —El duque se sentó y pidió a los presentes que lo imitaran. Parecía fresco y lleno de energía—. Duque de Noailles, el actual informe financiero.

—¿Puedo hablar sinceramente? —preguntó Noailles.

El duque asintió; había aprendido de su tío a aumentar el peso de lo dicho reduciendo las palabras.

—Caballeros, Francia está en bancarrota.

Los presentes no parecieron especialmente sorprendidos. Todos habían desayunado esa mañana a las mil maravillas, y si un Estado en bancarrota ofrecía esa clase de mañanas, no era para inquietarse demasiado.

—Ahorraos las palabras, monsieur, queremos oír cifras —repuso escuetamente el regente.

—Las deudas del Estado ascienden a dos mil millones de libras, más exactamente a 2 062 138 000. Los intereses anuales ascienden en este momento a noventa millones, es decir, alrededor del cinco por ciento. Los ingresos fiscales de los próximos cuatro años ya han sido gastados. Apenas llegan impuestos al Estado, porque nuestro sistema fiscal está podrido y corrompido. La culpa es de los financieros, que nos han comprado los cargos y el derecho soberano a la recaudación tributaria, recaudan impuestos exorbitantes entre la población y no nos hacen llegar más que limosnas. Aunque esas sanguijuelas cada vez extorsionan más al pueblo, la Corona recibe cada vez menos.

Lanzó una mirada sombría a Samuel Bernard, que no movió un músculo.

—Cifras, cifras, cifras, Noailles... No os he nombrado para la judicatura. —Estaba claro que el duque de Orleans se encontraba en plena forma. Seguramente tenía muchos proyectos en mente.

—Las facturas que llegan todos los días son casi imposibles de tramitar, Monsieur le Duc, los atrasos en los pagos son tan enormes que apenas es posible cifrarlos. Hace mucho que hemos gastado los ingresos del futuro. Hemos despilfarrado el futuro de Francia. Lo mejor para todos es que Francia se declare en bancarrota y empezar de nuevo.

—No —dijo el regente—, declararnos en bancarrota no entra en consideración, messieurs.

—Pero Francia está en bancarrota, monsieur, lo declaremos o no —insistió Noailles.

El regente señaló a John Law.

—¿Monsieur? ¿Podemos salvar a Francia de la bancarrota con un banco de

Estado como el que habéis diseñado?

—Sí —respondió John con voz firme—, un banco de Estado aumentará inmediatamente la cantidad de dinero mediante la emisión de papel moneda, reactivando así el comercio.

—¿Para qué un banco? —interrumpió Bernard—. Esa función ya la cumplen los financieros de la Corona. Monsieur Law quiere sustituir a esos meritorios financieros por un banco de Estado. *Cui bono?* ¿Quién se beneficia de eso, monsieur? ¿Vos quizá? Desde luego, no la Corona.

—¿Y quién carga con el riesgo? —añadió Noailles—. El Estado, y no monsieur Law de Lauriston.

El duque de Orleans lanzó una mirada impaciente a John, pero Noailles insistió.

—Sin duda también sería muy difícil vender al Parlamento el proyecto bancario de un protestante, de un protestante inglés.

—¡Noailles! —lo increpó el regente—. No me he levantado esta mañana para discutir con vos cosas que se suponen imposibles.

Y se marchó de la sala con paso enérgico.

Cientos de presos harapientos abandonaron la Bastilla y fueron recibidos por una alborotada multitud. Parecían tímidos e inseguros.

La mayoría no soportaba la luz del día, y se quedaba a la sombra de los muros. Pero la multitud los arrastró a la calle, los llevó a hombros y los paseó como si hubieran conseguido una victoria.

—*Vive le Régent!* —gritaba la multitud—. *Vive Philipp d'Orléans!*

Felipe no oía esos vivas. Estaba sentado en su despacho del Palais Royal, y anulaba una *lettre de cachet* tras otra.

—Son miles, monsieur Law, miles de personas, las que vegetan sin juicio entre esos muros desde hace décadas —dijo el duque, y alzó brevemente la vista. Dos secretarios de Estado le alcanzaron más documentos. Las palabras que contenían eran siempre las mismas: «Sin acusación. Delito desconocido».

El duque seleccionó una de las *lettres de cachet*.

—Mirad esto: un infeliz de Marsella que ha estado en la cárcel treinta y cinco años, imaginaos eso, una salud espléndida, treinta y cinco años, pidió a los guardias que volvieran a dejarle entrar, porque fuera ya no iba a conocer a nadie y no se adaptaría.

El duque estaba del mejor humor. Su rostro antaño abotargado estaba terso y tenía un color sano. Firmaba y anulaba. Advirtió que John no mostraba ningún interés por sus historias.

—¿Estáis aquí otra vez por vuestro banco, monsieur Law?

El escocés asintió.

—El Parlamento no quiere un banco, monsieur. Lo lamento. *Voilà. C'est ça, c'est*

tout.

A John le costó ocultar su frustración y su ira, pero no quería perder el control. Si lo perdía, pondría demasiado fácil al duque indignarse a su vez. Se levantó y agradeció con una escueta reverencia la respuesta del regente.

—Lamento vuestra decepción, monsieur —dijo éste con voz enérgica—, pero necesito al Parlamento. La Corona española reclama sus derechos al trono francés. Felipe V de España percibe vientos favorables. Al fin y al cabo es nieto de Luis XIV, así que no carece del todo de expectativas de éxito. Difunde que tiene derecho a la Corona francesa. Intriga en el Parlamento. Necesito al Parlamento, monsieur. —Se detuvo un instante.

John cayó en la cuenta. Le llamó la atención que el regente parecía haber abandonado por completo su coquetería; estaba irreconocible. Y volvió a sorprenderle lo mucho que había adelgazado su rostro. El regente alzó la vista un momento y pareció sorprendido de que John siguiera allí.

—Sin el Parlamento, yo sería sustituido mañana, y vos podríais guardar para vuestras memorias vuestro proyecto de banco. Necesito al Parlamento, *voilà*, asegura mi regencia, y en contraprestación yo he vuelto a concederle sus antiguos privilegios. Os ruego que no lo olvidéis: sin Parlamento no habría sido posible anular el testamento de Luis XIV. Ese testamento me habría degradado a la condición de marioneta. Ni siquiera hubiera tenido el mando del ejército. Ahora soy yo quien ha degradado a mi vigilante, el duque de Maine, a la condición de marioneta. Se ocupa de la formación del pequeño rey, y yo gobierno Francia, monsieur Law. Ése es el trato. He establecido unas prioridades. De verdad que lo siento.

John estaba impresionado de que un vividor como el duque de Orleans, al que en el pasado apenas había alcanzado a ver sobrio, hubiera percibido en tan corto lapso de tiempo la situación y la hubiera manipulado a su favor. Se daba cuenta de que su proyecto de banco apenas tenía importancia comparado con los esfuerzos del regente por asegurar su poder a largo plazo.

—Os agradezco vuestra explicación, Monsieur le Duc —repuso cortésmente—. Sé apreciar vuestras palabras, sobre todo porque soy consciente de que no debéis cuenta alguna. Aun así, quisiera objetar que la implantación de un banco que concede créditos sobre rendimientos futuros aportaría más a una nación que todas las guerras de los últimos cincuenta años. Un banco que otorga créditos es más útil que el descubrimiento de las Indias Occidentales.

El regente firmó a toda prisa otras anulaciones.

—La utilidad del banco —prosiguió John— está hoy tan reconocida en todas las naciones comerciales que me parece insólito que vuestros consejeros la cuestionen. Holandeses, suecos, italianos, ingleses... ¡Francia está perdiendo su vinculación con los nuevos tiempos!

—La audiencia ha terminado, monsieur Law —dijo el regente. No alzó la vista de su escritorio.

John repartió las cartas, como en los viejos tiempos. Habían pasado unas semanas desde su última visita al regente. La concurrencia reunida en el salón de Antoine Crozat, marqués du Châtel, era más ruidosa, más abigarrada, más jovial de lo que había sido nunca en tiempos del Rey Sol. Y, a la luz deslumbrante de miles de velas, la sala parecía aún más grande y luminosa que antes. Numerosas muchachas con los pechos al aire, morenas como campesinas, vestidas apenas con mandiles y con un colorido adorno de plumas en el cabello negro y largo hasta los hombros, se divertían con los caballeros, príncipes e invitados del señor de la casa. Se movían flexibles entre los invitados, que sudaban bajo sus espesas pelucas rizadas y amenazaban con ahogarse en sus gruesas vestimentas, tras haber consumido abundante alcohol.

El gran Crozat se sentaba junto a John Law en la mesa de faraón. Con su impresionante gordura, el financiero sesentón era imposible de ignorar. Antoine Crozat era una leyenda. Lo llamaban *Crozat le Riche*.

—He oído decir que os interesáis por el arte, monsieur Law —empezó la conversación Crozat, mientras apostaba un montón de luises de oro al rey de picas. No puso las monedas de oro sobre un naipe de grueso papel, sino sobre el motivo en hilo de oro del rey de picas que, como las otras cincuenta y una cartas, estaba bordado en el tapete verde. Empujó los luises sobre la mesa como si se tratara de sacudir molestas migas de pan. Crozat llevaba una peluca canosa hasta los hombros, que hacía parecer aún más fofo su ovalado, hinchado y pálido rostro.

—No sólo por el arte, monsieur, mi interés se dirige a los nuevos instrumentos de política financiera para el saneamiento del presupuesto del Estado.

Crozat sonrió.

—Si queréis liquidar el déficit del Estado, tendréis que abolir la monarquía.

John lanzó una mirada al marqués, para cerciorarse de si bromeaba. El marqués pidió otra carta, perdió y apostó nuevamente.

—Pero, incluso si abolierais la monarquía e implantarais el poder de la plebe, en el sentido de Aristóteles, tarde o temprano el Estado se hundiría en el déficit. Siempre hay más personas que tienen deseos que personas que pueden hacerlos realidad con sus impuestos. Y la debilidad y falta de disciplina no son el privilegio de los reyes, sino la naturaleza humana.

Crozat volvió a pedir cartas y apostó. Los otros huéspedes en torno a la mesa escuchaban atentamente sus palabras.

—He estado en Luisiana, en el Nuevo Mundo, monsieur Law. Me he encontrado con tribus indias que posiblemente viven como nosotros vivíamos hace dos mil años. ¿Y qué constatamos?: que el beneficio es el nervio y la médula de todas las acciones humanas. Podéis refrenar por un tiempo al animal que hay dentro del hombre mediante la moral, las leyes penales y la religión, pero cualquier domador se agota, como cualquier padre y maestro de esgrima se agota con el paso de los años. Podéis aspirar a algo, tenéis que aspirar a ello. Pero jamás lo alcanzaréis.

—¿Qué tamaño tiene Luisiana, monsieur? —preguntó un joven aristócrata, al que las observaciones filosóficas del marqués interesaban poco.

—Se extiende por todo el valle del Misisipi. Abarca medio continente americano.

—¿Son sus riquezas naturales realmente tan grandes como se afirma? —preguntó John.

Crozat le Riche reflexionó. Pidió una nueva carta y apostó más luses.

—Hace tres años compré a nuestro difunto rey el derecho exclusivo de comercio en las colonias francesas de América. Hemos invertido mucho. Allí hay oro, una infinita cantidad de oro. Sólo hay que extraerlo y traerlo a Francia.

—Es el hombre más rico del mundo —dijo riendo el duque de Orleans—, pero en lugar de oro trae jovencitas a París. —Se acercó a la mesa de juego en compañía de dos muchachas indias. Su amante, La Parabère, lo miraba relajada. El duque le entregó unos luses de oro—. Apostad a la dama de corazones, madame, me traéis suerte.

La Parabère lo hizo.

—Monsieur Law —dijo el regente a Crozat— también invierte en arte. Compra maestros italianos, pero —añadió, volviéndose hacia John— Crozat le Riche tiene ya más de cuatrocientos cuadros, y dicen que su biblioteca es más grande que la del rey.

Crozat hizo un tímido gesto de rechazo.

—No seáis tan humilde —bromeó el regente—, he visto que habéis comprado más de cien cuadros a nuestro difunto rey.

De pronto, Crozat se mostró muy tranquilo.

—Algunos ministros están muy enfadados con eso, monsieur —rió el regente—, dicen que os aprovechasteis de los apuros financieros del rey.

La Parabère perdió y miró desvalida al regente. Con un fingido suspiro de lamento, éste se alejó de la mesa. Un criado le ofreció champán. El duque lo rechazó con decisión y salió de la sala.

—Si hubiera derrochado y despilfarrado mi dinero como su fallecida majestad —susurró Crozat—, hoy tendría menos envidiosos.

—En cambio, astutamente, habéis invertido vuestro patrimonio en cuadros —respondió John en tono aprobador.

Crozat respondió a la cortesía con una gentil cabezada.

—Si un día fundáis vuestro banco, monsieur Law, pensad en Luisiana.

John se detuvo un instante. Luego volvió a repartir cartas. Miró, inquisitivo, a los ojos de Crozat.

Éste hizo un mohín.

—Soy un gran paladín de vuestro proyecto, monsieur Law. Sigo vuestras ideas desde hace más de diez años. Me gustan las personas que tienen ideas, que persiguen una meta.

John estaba sentado a la gran mesa de encina del cuarto de la chimenea, y repartía papel moneda a sus dos hijos. Había diseñado un juego de mesa expresamente para ellos. Los niños estaban tan entusiasmados que ya no querían ningún otro juego de mesa o de naipes. Catherine estaba sentada de espaldas a la chimenea, leyendo. Kate y el joven John lanzaban los dados, movían sus fichas de bronce sobre las casillas, y comerciaban con mercancías que el jardinero había tallado en miniaturas de madera. A veces había exclamaciones horrorizadas o sonoras carcajadas. Catherine disfrutaba de esa atmósfera familiar. Y cuando John la miraba, su rostro resplandecía.

—¿No es extraño? —dijo él al cabo de un rato—. Yo quería fundar un banco, cambiar una nación, revolucionar el mundo de las finanzas, y ahora me siento aquí y me divierto con un tablero de juegos que entusiasma tan sólo a tres personas.

Los niños rieron en voz baja.

—Podrías inventar juegos, fundar una fábrica que produzca fichas, haga tableros y los pinte —rió Kate. Tenía el ánimo alegre y rebosaba salud, al contrario que su hermano, que enfermaba a menudo—. Tú inventas juegos —añadió— y nosotros los probamos. Te decimos si son divertidos.

—No, Kate —terció su hermano con voz grave—, yo quiero ser banquero.

Catherine dejó el libro a un lado y tocó la mano de John.

—Lo has intentado todo. Olvida a Felipe de Orleans. Eres un banquero de éxito y uno de los más renombrados marchantes de arte. Eres un huésped siempre bienvenido en todos los salones...

De pronto, John se estremeció y se apretó la parte alta del vientre con ambas manos. Su cabeza golpeó sobre la mesa. Los niños se quedaron petrificados.

—¿John? —Catherine se puso en pie de un salto—. John, ¿qué te pasa? ¿Quieres que llame al médico?

—¡No! —gimió—. Nada de médicos. ¿Crees que el duque confiaría las finanzas del Estado a un hombre enfermo?

Volvió a incorporarse. Sonrió a sus dos hijos.

—No os preocupéis. Son pequeñas piedras. Mucho más pequeñas que estas fichas. Se mueven por el cuerpo, y cuando pasan por un sitio estrecho causan dolor. Pero la vida sigue.

Mientras la familia Law se iba a la cama, las calles despertaban a una vida fantasmagórica. El frío del invierno que se aproximaba empujaba hacia la ciudad no sólo a los lobos y zorros, sino también a los salteadores de caminos, bandidos, soldados y desertores. Se trataba de una nueva categoría de bandidaje. La miseria social había empujado al crimen a miles de personas honestas y trabajadoras. En las primeras horas de la madrugada se oían gritos, tiros de pistola, el crujido de ventanas

al romperse, se veían incendios. La policía retiraba a sus hombres a los cuarteles. No tenía sentido enviarlos de noche a la muerte. Al amparo de la oscuridad, la anarquía corría como un fantasma por los angulosos callejones de París. Por la mañana se encontraba a las víctimas de las correrías y escaramuzas nocturnas, hombres y mujeres, apuñalados, estrangulados, muertos a golpes. Allá donde el brazo de la ley ya no se dejaba ver, la violencia se desbordaba. Recordaba los peores excesos de las guerras pasadas, pero en esa guerra no había ni banderas ni uniformes, no se luchaba ni por el honor ni por una nación, sino por la pura supervivencia. No se mataba por un reino, sino por un puñado de harina.

Una mañana de ese invierno de 1716, John Law recibió al marqués D'Argenson en el despacho del piso superior de su casa de la place Louis le Grand.

—Monsieur —sonrió el anfitrión—, no hace falta una orden de expulsión por vuestra parte para que abandone este país. Me iré voluntariamente, por convicción.

—No he venido para expulsaros, monsieur Law —le calmó D'Argenson—. Me envía el duque de Orleans. Os ha echado de menos. Está preocupado y quiere saber si os ocurre algo.

John lo invitó a tomar asiento e indicó al criado que trajera bebidas.

—Decid al regente que no me ocurre nada. Tengo fortuna suficiente como para cuidar de mí y de mi familia hasta el fin de nuestros días.

D'Argenson asintió con reconocimiento.

—No tengo que gestionar un banco para ganarme la vida —prosiguió John—. Mis negocios financieros son lo bastante exitosos. Tan sólo me hubiera gustado que el rey participara de mis éxitos. Sólo por ese motivo me he esforzado en fundar un banco durante más de diez años, por el bien de Francia, pero yo no necesito ese banco, ya no lo necesito.

El prefecto cogió la copa de vino que el lacayo le había servido y se la llevó a la nariz.

—Italia —sonrió John, y alzó a su vez su copa—. Venecia, Turin, Milán... En el Sur se aprecia mucho mi consejo. Y yo aprecio los vinos del Sur.

Ambos bebieron.

—Aún no está prohibido beber vinos italianos —bromeó D'Argenson—, pero de Noailles cabe esperar todo.

—¿Qué queréis decir?

—De él cabe incluso esperar que apruebe vuestro proyecto. Todavía está dudando.

John reflexionó, trató de descubrir una estrategia detrás de esa afirmación, relaciones, intenciones ocultas.

—¿Es eso una invitación a presentar nuevamente mi proyecto de banco? ¿El cuadragésimo séptimo proyecto de banco?

—Un banco estatal fue rechazado porque el Estado habría corrido con los riesgos, pero un banco privado, alimentado exclusivamente con el capital de personas

privadas, podría (digo podría) suscitar interés.

En un primer momento, John pareció confuso, pero luego creyó distinguir una táctica dilatoria en las manifestaciones de D'Argenson. Quizá la mala conciencia asediaba al regente, después de que John Law hubiera elaborado y propuesto sin éxito tantos proyectos durante todos esos años.

—No necesitáis instarme a permanecer en París con la vaga expectativa de un éxito tardío, monsieur D'Argenson. He aceptado ya que la Corona no desea mi colaboración. Pero pensad una cosa, y por favor hacédselo saber al regente: cuando sometí mi propuesta a su consideración, me guiaba la idea de ser útil al Estado. No era mi propio beneficio lo que estaba en primer término. Que ese móvil responde a la verdad, es algo que se desprende de la naturaleza de mi propuesta. Si hubiera querido enriquecerme personalmente no habría propuesto un banco del Estado, un banco nacional bajo supervisión del Estado, sino un banco privado que fuera mío y tuviera el privilegio de desarrollar funciones estatales por encargo del rey.

D'Argenson sonrió.

—Y ahora yo vengo aquí y os animo precisamente a presentar el proyecto de un banco privado.

—Sí.

D'Argenson volvió a sonreír.

—Pero monsieur, si proponéis un banco privado alimentado con capital propio, ni el Consejo de Estado, ni el Consejo de Finanzas ni el Parlamento se opondrán. Sólo los financieros; pero los financieros tienen malas cartas. Especialmente esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí, especialmente esta noche —confirmó el prefecto en voz baja. Había algo aciago en su voz—. Noailles hace responsables a los financieros del desastre económico. Sobre todo al *petit juif* de nuestro difunto rey. Reprocha a los financieros haber comprado a bajo precio los cargos que los facultan para recaudar los impuestos. Y ceder ahora a la Corona una mínima parte de los tributos recaudados. Y si los financieros desaparecieran de París de la noche a la mañana, necesitaríamos quien los sustituyera muy, muy urgentemente.

El lacayo volvió a escanciar vino. Law y D'Argenson guardaron silencio.

—Y yo que pensaba que esta mañana os habíais levantado con la intención de echarme de París —bromeó John.

—En los últimos años he aprendido a apreciaros, monsieur. Habéis aceptado cada derrota con dignidad y decencia, y nunca habéis sucumbido a la tentación de intrigar en nuestro embrollado sistema político. He tardado en darme cuenta de que no abogabais para vos, por la extremadamente lucrativa idea de un banco privado, sino tan sólo por un banco del Estado en el que tendríais el papel de un servidor. He cambiado mi opinión acerca de vuestros motivos, monsieur.

John le dio las gracias con una reverencia de reconocimiento.

—¿Y el duque de Noailles?

—Tan sólo da palos de ciego. Hace mucho que ya no se trata de superar una crisis financiera. Se trata de impedir una revolución. ¡El pueblo quiere culpables! Por eso, deberíais quedaros en casa durante las próximas veinticuatro horas.

Un joven desarrapado, vestido únicamente con sacos de lona y con los pies envueltos en tiras de tela, arrancó la peluca al banquero Samuel Bernard y se la puso, gritando. Bernard estaba furioso, pero no podía moverse. Tenía la cabeza y las manos atrapadas en el cepo, tras del cual colgaba un cartel: «*Voleurs du peuple*» (ladrones del pueblo). Una multitud que chillaba de alegría por el mal ajeno rodeaba la picota y arrojaba al banquero porquería y basura. Por fin podían dar rienda suelta a su ira. Por fin agarraban a uno de esos nobles señores que recorrían discretamente París en coches de cuatro caballos. No conocían a ese Samuel Bernard, sólo sabían que era rico y que la Corona lo había dado al pueblo para que lo devorase. Sobre él se descargaba toda la ira por su acomodada existencia en medio del hambre y la miseria del pueblo.

A lo largo de la tarde, otros financieros de París, hasta hacía poco muy prestigiosos, pasaron por la plaza. La muchedumbre acechaba como un lobo hambriento y comprobaba sin cesar hasta dónde podía sobrepasar los límites ante los ojos de la guardia. Los financieros debían sobrevivir a aquella jornada, pero ninguno debía olvidar jamás la lección que Noailles les estaba dando. Todo el mundo debía ver y entender que con Noailles ya no había intocables, que todo el mundo era atacable, daba igual lo reconocidos que pudieran haber sido sus méritos en el pasado.

Por la noche, ya eran dos docenas los financieros semidesnudos tirados en medio de la porquería. Los soldados les pusieron argollas en el cuello y los arrastraron por las calles como a presos de galeras. Todos llevaban colgado el cartel «*Voleurs du peuple*».

Esa noche, Antoine Crozat estaba en su galería privada, contemplando un cuadro que mostraba la llegada de unos barcos al Nuevo Mundo, cuando un lacayo anunció visita. Poco después apareció el duque de Noailles.

—Os estaba esperando —dijo Crozat le Riche, sin apartar la vista del cuadro.

—Lamento lo que le ha ocurrido al banquero Bernard.

—Vos no lamentáis nada, Noailles. Nos habéis mostrado en público a Samuel Bernard. Muy convincente. Ahora podéis decir vuestro precio.

Noailles se detuvo ante un boceto de Leonardo da Vinci y se hizo el interesado por el arte.

—¿Vuestra famosa colección de arte? Por desgracia, nunca he tenido el honor de estar entre vuestros invitados...

Crozat se encolerizó súbitamente y le gritó:

—He adquirido honestamente esta colección a lo largo de cuarenta años. ¡Y cada cuadro que compré a la colección real lo pagué al doble de su precio! ¡Decid vuestro precio, pero en luises de oro!

—Diez millones de libras —respondió secamente Noailles.

—¿Voy a cargar yo solo con todo el déficit del Estado? —exclamó Crozat—. ¿Así es como se castiga a los capaces? ¿Ésas son las pautas que queréis establecer? A ellos se les quita todo. Primero expulsaron a los hugonotes. Se fueron, y ayudaron a Ámsterdam a convertirse en una economía floreciente. ¿Ahora les toca el turno a los banqueros? Pronto estaréis solo en París, Noailles, sólo con vuestros bandidos. ¡Diez millones! ¡Estáis loco! ¡No pagaré por las necedades de nuestro difunto rey, por su podrido Versalles y sus insensatas guerras!

Noailles sonrió relajado y frunció los labios con aire suficiente:

—Subestimáis nuestras preocupaciones, monsieur —dijo con elegante lentitud—. El déficit del Estado crece de hora en hora hasta lo desbordante. Por eso hemos instaurado una sala de justicia en el Grand Augustin.

—Con una cámara subterránea de tortura, según me han dicho —le espetó Crozat.

—Sí —admitió de buen grado Noailles—, la comisión especial nombrada al efecto tiene, de hecho, la facultad de condenar y castigar a los que han obtenido beneficios excesivos. ¡Las sanguijuelas de la Corona van a ser sangradas! —sentenció triunfal—. Ocho mil personas van a entregar a la Corona doscientos veinte millones de libras. O así lo espero, porque tenemos pocas galeras para encadenar en sus bancadas a todas esas sanguijuelas.

—¡Tres millones! —siseó Crozat.

—Si pagáis tres millones —sonrió Noailles— os ahorraréis la pena de muerte. Tendréis derecho a galeras, segunda fila a la izquierda, con vistas al mar. Con cuatro millones, os concederé la gracia del potro, con posterior estancia en la Bastilla. Por tiempo indefinido.

—¡Estáis llevando a Francia a la ruina, Noailles! ¡Cortáis la mano que os da de comer!

—Seis millones seiscientos mil —repuso Noailles divertido—, da la impresión de que hemos regateado con dureza. Es mi última palabra. Aceptad o despedíos de vuestros seres queridos.

—Reuniré el dinero —dijo Crozat con un hilo de voz—. Pero ahora, ¡fuera de mi casa!

—Seis millones seiscientas mil libras —repitió John Law.

—Y de inmediato. —Crozat miraba fijamente por la ventana al patio interior de la propiedad de John—. Los garantizo con mi colección de pinturas.

Un criado anunció la llegada de Saint Simon. John dijo que lo hicieran pasar. Se volvió hacia Crozat.

—Podéis contar conmigo, monsieur. El respeto que debo a vuestros logros, vuestro valor y vuestra persona es muy grande.

Crozat se inclinó, lleno de gratitud. En ese momento Saint Simon irrumpió en el

salón, agitando un periódico de París.

—¡La anarquía, messieurs, ha estallado la anarquía! —Desplegó el periódico y leyó—: «Ya no es posible expresar con palabras la miseria que reina en las provincias. El campo bulle de ladrones, no nos atrevemos a salir de la ciudad por miedo a los asaltos que se cometen todos los días. En ninguna parte hay un país como éste, y si el rey no paga, nos arriesgamos a que se produzca una revuelta. Una gran revolución —casi gritó—. El rey ya no puede pagar a su guardia. Los oficiales amenazan abiertamente con la insubordinación. Y todos los financieros huyen al extranjero. El dinero se marcha con ellos. Aún tenemos menos dinero en el país que antes de esos vergonzosos procesos ejemplares. Se comenta que, tan sólo esta última semana, cientos de personas se han ahorcado en sus casas. ¡Cientos! La gente se quita la vida como quien se marcha sin pagar de un local».

De pronto, una ventana se rompió. Volaban piedras contra la fachada. Se oía gritar a la multitud furiosa. John desenvainó su espada y buscó cobertura en el hueco de la ventana.

—Todavía tendré que pedir os asilo —bromeó Crozat.

Saint Simon se había metido debajo de la mesa y lo miraba con los ojos desorbitados.

—Por el amor de Dios, poneos a cubierto, monsieur.

Crozat no parecía impresionado.

—Me acostumbré a esto en el Nuevo Mundo, Monsieur le Duc. —Desenvainó con tranquilidad su espada—. Allí, cada día os encontráis ante una situación nueva, alguien atenta contra vuestra vida, pero nadie quiere haceros aflojar seis millones seiscientos mil libras.

—No paguéis ni un céntimo —dijo Saint Simon—. Dirigíos a la amante de Noailles, pagadle en secreto medio millón de libras, y ella hará que Noailles divida vuestra deuda por la mitad. Ésa es la actual cotización.

Cuando entraron volando otras piedras, Saint Simon avanzó a gatas hasta la chimenea y se atrincheró detrás de una silla volcada. John dio orden a la servidumbre, que había entrado asustada en el salón, de contratar guardias.

Crozat avanzó valeroso hasta la ventana y miró a la calle.

—Ahora es el momento para vuestro proyecto de banco, monsieur Law. Si hasta la amante de Noailles extorsiona para proteger, es que hemos tocado fondo definitivamente.

Mientras pronunciaba esas últimas palabras, una antorcha ardiendo chocó con un crujido contra la ventana y se quedó colgando de la verja de hierro forjado.

—Noailles —gritó el duque de Orleans—, ¡el escocés debe abrir su banco!

El regente estaba en la oscuridad, ante el gran ventanal del primer piso, que daba directamente sobre el majestuoso portal de la entrada. Vio cómo abajo, en la plaza,

nuevos soldados se ponían en posición y efectuaban disparos de advertencia al aire. Alguien encendió una luz en el salón.

—¡Apagad esa luz! —bramó, dándose la vuelta—. ¿Es que queréis que todos aquí nos convirtamos en dianas? —Enseguida, el criado apagó la vela y caminó de espaldas hacia la salida, deshaciéndose en nerviosas reverencias.

—Necesito más detalles —susurró Noailles. También él se acercó a la ventana y bajó la vista hacia el patio.

—Más detalles, más detalles. Al infierno, Noailles, siempre necesitáis más detalles. Ni siquiera Dios puede daros más detalles. ¿Queréis garantías? No hay garantías. Ya no tenemos elección.

—¿Puedo decir lo que pienso, Monsieur le Régent?

—Sé lo que pensáis, Noailles. Ponderáis los pros y los contras, consideráis cuidadosamente, revisáis nuevamente cada aspecto...

—Soy cauteloso...

El regente se volvió abruptamente y miró de frente a Noailles.

—No os movéis del sitio, Noailles, si por vos fuera seguiríamos en cuevas, calentándonos las manos al fuego... No, ni siquiera nos habríamos servido del fuego. Podríamos quemarnos las manos... —Furioso, se volvió de nuevo hacia la ventana.

Noailles inclinó la cabeza.

—Sois injusto conmigo, alteza. Tan sólo intento protegeros de daños a vos y a la Corona.

—Estamos acabados, Noailles, por las noches reina la anarquía, sólo es cuestión de tiempo que estalle una revolución. Si no hacemos nada, todo habrá terminado. Y si lo intentamos con ese escocés, quizá aún así todo haya terminado. Pero no me quedaré aquí sin hacer nada, esperando a que llegue ese momento. ¡Voy a hacer algo! ¡Voy a dejar a ese escocés fundar su banco!

—Un protestante escocés —suspiró Noailles— que vive amancebado con una católica casada...

—¡Por mí puede tratarse de un satánico follacabras con pezuñas!

—Si ha de ser así, otorgadle al menos la nacionalidad francesa...

John se había dormido de agotamiento. Un sudor febril se le pegaba a la frente. Murmuraba en sueños. Pesadillas. Alguien llamó a la puerta. No lo oyó. Catherine entró en la habitación, acompañada por el duque de Orleans.

—Monsieur —susurró Catherine—, ¡el duque de Orleans, el regente!

—No puedo —murmuró John—, no puedo jugar... no quiero que me vean en los salones...

El regente le cogió la mano.

—Soy yo, monsieur Law, vuestro amigo Felipe de Orleans.

—¿Felipe? —murmuró John, y abrió con esfuerzo los ojos—. ¿Vos? —Agotados,

los ojos volvieron a cerrarse. Sólo la caja torácica pareció abombarse con más vigor, acelerando la respiración.

—Nada de operaciones... mi padre murió en una.

—Soy regente, monsieur, no cirujano.

—Ni una mesa más —murmuró John—, pero nada de operaciones. Prohibiréis el juego del faraón. Le cambiaremos el nombre. Jugaremos al «faro». Cambiaremos el nombre de todo lo que prohibáis. Pero nada de operaciones.

—Tenéis fiebre, monsieur. Habláis presa de la fiebre.

—¿Voy a morir? —preguntó John, y de pronto abrió de par en par los ojos—. Habéis venido a decirme *adieu*...

El regente sonrió amablemente y le tocó el hombro casi con ternura.

—Si morís, monsieur Law, al menos debéis hacerlo como francés. He venido a concederos la nacionalidad francesa.

John trató de incorporarse, pero estaba demasiado agotado.

—¿Es que los franceses no mueren de fiebre?

—Naturalmente, sería mejor que no sólo murierais como francés, sino como católico. Como católico francés. Entonces, Dios pensaría dos veces si ha de dejaros morir.

—Yo sólo quería un banco, monsieur. Un banco para Francia.

Catherine y Felipe lo ayudaron a incorporarse.

—Tendréis vuestro banco, monsieur.

John hizo un movimiento despectivo con la mano y pidió a su mujer que le trajera un vaso de agua. Ella lo ayudó a beber.

—He pensado, monsieur Law de Lauriston, que os hagáis francés, dejéis vuestra muerte para más adelante y fundéis mañana el Banco de Francia.

Con un brusco movimiento, John se volvió hacia el regente. El vaso cayó de las manos de Catherine.

—No estoy de humor para bromas, monsieur —jadeó John.

—Yo tampoco —respondió el regente, y desplegó un rollo de pergamino—. Ésta es la autorización para gestionar la Banque Générale.

—¿Tiempo? —preguntó rápido como el rayo John, de pronto totalmente despejado.

—Veinte años.

—Entonces tendré que levantarme —dijo decidido, y trató de sacar las piernas de la cama—. ¿Puedo emitir billetes y conceder créditos?

El duque sonrió.

—Sí. Y además, he dispuesto que en el futuro los impuestos puedan pagarse en billetes de banco. Y si eso no basta, se convertirá en obligación nacional.

John estaba ya sentado al borde de la cama.

—Si Noailles tuviera una pizca de vuestra pasión, monsieur... —sonrió el regente—. Pero mejor quedaos en la cama. Si os levantáis ahora, os marearéis y caeréis al

suelo. Y eso sería un mal presagio para la Banque Générale.

—¿Puedo confiar en vuestra palabra? —preguntó John escéptico.

—Sí. El tiempo de las fiestas ha terminado. Ahora se trabaja. Ahora vamos a llevar a Francia a un nuevo esplendor.

En la primavera de 1716, una cálida luz estival caía sobre los peldaños de mármol del palacio de la place Louis le Grand cuando unos lacayos suizos de librea verde abrieron las pesadas puertas de roble del nuevo templo del dinero. Algunos nobles y financieros habían acudido para asistir a la inauguración de un banco que desde hacía días era objeto de burlas en los periódicos, sobre todo en la *Gazette de la Régence*. El nuevo Banque Générale no disponía de un edificio propio, sino que estaba alojado en el domicilio privado de la familia Law.

Hacia el mediodía, para asombro de los mirones que esa mañana se habían congregado en la plaza para intercambiar maldades, un convoy de varios coches entró en el patio. Los coches llevaban las insignias del duque de Orleans. De ellos descendieron lacayos del regente que descargaron pesadas arcas de roble reforzadas con flejes de hierro fundido. Los hombres se tomaron su tiempo. Los curiosos debían tener ocasión de ver lo que estaba ocurriendo. El regente ingresaba dinero en el nuevo banco. El regente otorgaba su confianza pública a John Law. Las arcas fueron colocadas una tras otra. Eran tres. Seis lacayos se colocaron junto a cada una de ellas. «Messieurs», dijo en voz baja el primer lacayo. A esa orden, todos se agacharon al mismo tiempo hacia las asas de las arcas, las alzaron y subieron lentamente los peldaños del banco. Algunos de los presentes siguieron a los criados hasta el luminoso vestíbulo de la planta baja.

Un hombre alto con peluca castaño oscuro estaba detrás de la balaustrada del primer piso, y ahora descendía lentamente la escalera hacia la entrada. Llevaba una casaca bordada con hilos de terciopelo rojo. Era el dueño de la casa, John Law de Lauriston, director de la Banque Générale. Los lacayos suizos se movían a su alrededor, a respetuosa distancia. John saludó al primer lacayo del regente. Habló en voz alta y clara, para que todos los presentes pudieran entenderlo bien. Confirmó la recepción de un millón de libras en monedas de oro y plata.

—¡Un millón de libras! —se indignó Samuel Bernard en su salón, y tiró el periódico sobre la mesa.

Noailles, D'Argenson y Crozat cambiaron significativas miradas. Luego, todos se volvieron hacia Larcet, el editor de la *Gazette de la Régence*. Éste se hizo el inocente y se frotó nervioso las húmedas palmas.

—¡Cómo ha podido ocurrir! —gritó Bernard. En su rostro, profundos rasguños y heridas daban fe del público escarnio que se le había inferido poco antes—. Todo París se ríe de ese banco —añadió furioso, y volvió a levantar el periódico—. Vuestro periódico tendría que haber aplastado a ese escocés como a un piojo en pocas semanas. ¿Ya habéis olvidado con el dinero de quién habéis comprado vuestras prensas nuevas? En el futuro, pediréis vuestros créditos a nuestro ministro de

Finanzas, Noailles. —Bernard le lanzó una mirada envenenada.

—Protesto, monsieur —tomó la palabra, carraspeando y tosiendo, el editor Larcat—. Mediante su amnistía, el regente ha creado cientos de plazas libres en la Bastilla. ¡Podéis hacerme reproches, pero vuestros reproches pesan mucho menos que la expectativa de pasar un año en la Bastilla!

Bernard agarró el periódico y se lo tiró directamente a la cabeza.

—¡En vuestros escritorios os comportáis como fieros leones, intrépidos luchadores, pero aquí fuera, en la calle, no sois más que coyotes, carroñeros, cobardes, miserables cobardes!

Larcat estiró ofendido el cuello e hizo como si no hubiera oído nada.

Bernard añadió:

—Sois demasiado cobardes hasta para un duelo honorable.

—Incluso si os matara en duelo, monsieur, según la ley me esperaría la pena de muerte...

Bernard hizo un gesto de desdén con la mano. Larcat protestó:

—Si aceptara todos los desafíos, monsieur, el día no tendría bastantes horas para dar satisfacción a todos los lectores que se indignan.

Irritado, Bernard se limitó a sacudir la cabeza. Luego reinó un repentino silencio. Por fin, D'Argenson tomó la palabra. Trató de resultar tranquilizador.

—Después de que el regente haya depositado un millón en el banco, todo París cree que en realidad es el banco del regente. Y que monsieur Law no es más que una marioneta. Haced el favor de verlo así. Es el banco del escocés, pero de hecho es del regente.

—No quiero manifestarme al respecto —repuso malhumorado Noailles—, pero si los fondos reales afluyen a ese banco la *Gazette* podrá escribir lo que quiera. Mientras el regente proteja a John Law...

—¿Qué vais a hacer? —preguntó impaciente Bernard—. Cuando se trató de poner públicamente en la picota a los dignos financieros de la Corona, no fuisteis tímido.

—¡Sólo el Parlamento puede hacer caer a ese escocés! —gruñó Noailles, y se levantó de su asiento.

—Y vos, monsieur Crozat, ¿no tenéis ninguna opinión? —preguntó incisivo Noailles.

—¿Tiene opinión propia un hombre al que se le han extorsionado seis millones y medio de libras? Tiene intereses propios, monsieur, pero apenas puede permitirse tener opinión propia. He de desear suerte a monsieur Law, soy deudor suyo. ¿O preferiríais que tuviera que cederle mi concesión en el Misisipi?

—¡Misisipi! No soporto esa palabra. ¿Qué es vuestro Misisipi? ¿Una enfermedad? ¿Una plaga? ¡Una enfermedad venérea! —Noailles abandonó el salón. Un criado lo siguió al exterior.

—Visitad mañana a ese escocés —ordenó Bernard al editor de la *Gazette de la*

Régence—. ¡Analizad todas sus ofertas y contadle a todo París que nadie más puede permitírselas!

Ya era de noche cuando Catherine entró en el despacho de su esposo.

—¡Todo París envidia tu proximidad al regente!

—Sólo he podido colocar un cuarto de las acciones. Exactamente trescientas acciones. A un valor de emisión de cinco mil libras, eso hace exactamente un millón y medio de libras. Y hubiéramos necesitado seis millones para disponer de liquidez suficiente.

—Al fin y al cabo son un millón y medio, John.

Él rió, divertido:

—En realidad son aún menos. Porque el regente insiste en que nuestras acciones bancarias sólo pueden pagarse con bonos del Estado, que entretanto no tienen prácticamente ningún valor. ¿Sabes cuánto vale un bono del Estado? El cuarenta por ciento. Y tenemos que aceptar ese papelucho sin valor a cambio de nuestras valiosas acciones. Pero ni siquiera eso ha bastado para librarnos más que de una cuarta parte de ellas.

—Pero ahora tienes tu banco. Ése era el mayor obstáculo. ¡Todo lo demás está en tus manos!

Con ágiles movimientos, una mano se deslizó sobre un billete en blanco.

—El banco pagará al portador de este documento la suma de dos lises de oro en monedas, que corresponden a su valor en el momento de la recepción.

John alzó la vista de su escritorio. Frente a él se sentaba un escéptico monsieur Larcet, que dejó en la mesa dos lises de oro.

—Recibiréis mucho más, monsieur. Porque si devolvéis el billete y entretanto el dinero ha vuelto a devaluarse, aún así recibiréis monedas de oro que corresponden a su valor actual. Con el cambio en billetes os protegéis contra la devaluación de la moneda —sonrió John—, pero también podéis emplear este billete como medio de pago en el tráfico comercial cotidiano.

Larcet había entrado en el banco con el propósito de desentrañar el modelo de negocio de Law y ganarse así el reconocimiento de los antiguos financieros. Pero ahora se sentaba frente a aquel amable escocés y empezaba a intuir por qué ese John Law tenía tantos amigos en la ciudad.

—No había pensado en eso, monsieur. Cuando pienso que sólo durante mi vida la moneda francesa se ha devaluado cuarenta veces... Entonces, el cambio de monedas por billetes es la única protección contra la devaluación del dinero.

—Ése es sólo un agradable efecto accesorio de mi sistema, monsieur Larcet. Primero, se trata de dar nueva fortaleza a Francia —lo halagó John—. Cuando

entrasteis aquí poseíais dos luises de oro. Ahora ya habéis doblado esa cantidad. El banco sigue trabajando con vuestros dos luises de oro, los pone a disposición de la economía en forma de créditos, y vos hacéis circular vuestros billetes como si fueran monedas. De ese modo, multiplicamos la cantidad de dinero en circulación. Y precisamente por eso Francia saldrá de la crisis.

Larcas asintió. No podía evitarlo, le gustaba ese escocés, con su estilo tranquilo y reflexivo.

Meditó, metió la mano en el bolsillo, dejó sobre la mesa un escudo de plata y dijo abruptamente:

—Quisiera hacer llegar este escudo de plata a mi madre, en Marsella. ¿Cuáles son vuestras comisiones, monsieur?

—No recaudamos comisiones por eso, monsieur Larcas.

—Le ponéis a uno realmente difícil el no tomaros aprecio —bromeó Larcas.

—¡Nada de comisiones! —exclamó Samuel Bernard—. ¡Quiere arruinarnos por completo! ¡Intervenid, Noailles!

Noailles, D'Argenson, Larcas y Saint Simon se sentaban en el salón del banquero Bernard.

—Aún queda lo peor —murmuró Noailles—. El regente obligará mañana a todos los recaudadores de impuestos con licencia a remitir en el futuro el porcentaje de la Corona en papel moneda.

—*Billetes* —dijo sonriente Saint Simon—, a ese nuevo dinero de papel se le llama *billetes*.

—¿De dónde vamos a sacar esos billetes? —preguntó irritado Bernard—. ¿Tenemos que cambiar nuestro valioso dinero en metal por billetes para poder abonar en billetes nuestros pagos a la Corona?

Con cierta timidez, Larcas sacó del bolsillo el billete que Law le había expedido el día anterior y lo sostuvo en alto como una hostia.

—En el futuro, también la *Gazette* pagará sus impuestos en billetes.

—¿Es que os ha trastornado por completo el juicio?

—Ofrece transferencias de dinero gratuitas a otras ciudades y países. Incluso el cambio a otras divisas es gratuito.

—¡Eso lo arruinará! —dijo satisfecho Noailles—. No sobrevivirá a eso.

D'Argenson tomó la palabra:

—Los banqueros de vuestro cuño, monsieur Bernard, son los que se verán arruinados por esto. He oído decir que monsieur Law no cobra comisiones ni siquiera por descontar letras.

Bernard calló, turbado. Saint Simon miró el billete de Larcas y se lo pasó a D'Argenson. Noailles no quiso verlo, se lo devolvió enseguida a Bernard, que lo sujetó y se quedó mirándolo fijamente.

—Cuidado, monsieur, vale dos luises de oro.

Bernard alzó la cabeza, miró a Larcát y fue a replicar algo, pero cambió de idea. Miró nuevamente el billete.

—Y si le devolvéis este billete, volverá a pagaros dos luises de oro. —No era una pregunta, sino una simple constatación.

—Exactamente —respondió Larcát—, ése es el futuro, messieurs.

—Vaya, vaya —se limitó a murmurar Bernard. Una sonrisa ensanchó su rostro. Una sonrisa que pasó a convertirse en una gran sonrisa de oreja a oreja—: Y si de repente miles de personas al mismo tiempo quisieran devolver sus billetes y canjearlos por monedas...

—El banco tomaría los billetes y os pagaría en monedas —respondió Larcát encogiéndose de hombros—, pero ¿por qué iban a querer miles de personas cambiar sus billetes de nuevo por monedas?

Entonces, también Noailles sonrió de oreja a oreja.

—Fijaos, monsieur Larcát —empezó Bernard visiblemente complacido—, monsieur Law no cobra comisiones, con lo que arruina a todos los financieros asentados. Así que se plantea la cuestión: ¿cómo gana el banco su dinero? Concediendo créditos. Las monedas que cambia por billetes no se quedan simplemente almacenadas en el banco. No, monsieur Law vuelve a dar esas monedas en forma de créditos. Por eso, probablemente no tenga en su banco muchas monedas. Pero en cada billete figura la promesa de que retornará al portador el valor originario en monedas...

—Ooooh —dijo Larcát—. Queréis detener el futuro. Bueno, messieurs, podéis hacer caer a ese escocés, pero no podéis detener el futuro.

—Os juro, monsieur Larcát, que el billete de banco nunca se impondrá. Hay cosas que simplemente son invariables: la existencia de Dios, el caballo como medio de transporte más rápido, la función social de la mujer y la condición del dinero.

Las partes mecánicas estaban ensambladas hasta formar un cuerpo, en cuyos costados se habían montado unas alas gigantescas.

—El hijo de un campesino que se convirtió en artista —reflexionó Crozat. Estaba en su galería de pintura, y lanzó una mirada a John Law—: Un artista que llegó a ser un genio universal.

El boceto de Leonardo da Vinci mostraba un futurista aparato volador, que recordaba una cáscara de nuez a la que le hubieran puesto alas de murciélago.

—¿Consideráis posible, monsieur Law, que un día estos aparatos vuelen sobre los tejados de París?

—Estoy convencido de ello, monsieur Crozat —respondió John con gesto serio—. Creo que todo lo que imaginemos se hará realidad un día. Todo. No hay límites.

—¿Estáis seguro? —preguntó Crozat. Una extraña sonrisa afloró a sus labios—.

¿Creéis de veras que construiríamos tales artefactos si estuviéramos en condiciones de hacerlo? ¿Y que los utilizaríamos?

—Absolutamente seguro. —No entendía del todo adónde quería ir a parar Crozat. Ya estaba contemplando la siguiente estampa de Leonardo, un tornillo aéreo.

—Quizá los cocheros protestaran contra eso.

—¿Los cocheros?

—Probablemente esos objetos voladores les quitarían clientes. Sobre todo en los lucrativos desplazamientos por el campo. Imaginad que los cocheros quisieran quemar esos objetos voladores.

—Podrían vender sus coches y aprender a manejar esos objetos —reflexionó John.

—Un cochero nunca haría eso —dijo Crozat con voz grave—. Les prendería fuego a esos objetos, aun sabiendo que son el futuro. Simplemente porque perturban su negocio. El negocio del cochero puede ser el negocio de ayer, pero ¿de qué le sirve el progreso al cochero si reduce sus actuales ingresos? La gente es lenta y perezosa, monsieur, no le gusta aprender cosas nuevas ni abandonar las viejas costumbres. El progreso les da miedo. Y sienten odio y envidia hacia aquellos que se encaminan valerosamente hacia lo nuevo. Ése es el enemigo del progreso. Los objetos voladores serían algo maravilloso, pero incluso aunque fueran posibles los impedirían. Exactamente igual que vuestro banco, monsieur.

John se volvió abruptamente hacia el marqués.

—Puede que alguien quiera hacer caer mi sistema, monsieur. Pero no es posible detenerlo. El mundo entero empleará un día billetes de banco para el tráfico de pagos. Y estoy firmemente convencido de que, en un futuro lejano, esos billetes no estarán garantizados ni con plata ni con oro. Porque el mayor peligro para mi sistema son los caprichos de la monarquía. No el sistema.

Crozat respiró hondo. Ahora estaban delante de un boceto que mostraba un vehículo que podía desplazarse bajo el agua:

—Si creéis en vuestro sistema, monsieur, entonces no creéis en la monarquía.

—Si un día todos los hombres tienen trabajo, querrán tener educación. La educación no es compatible con Dios y la monarquía. Creo firmemente en mi sistema. Podéis sabotearlo y retrasarlo, pero no detenerlo.

Unas jovencísimas indias natchez sirvieron la cena. Las muchachas iban vestidas tan sólo con taparrabos de piel. Llevaban exóticas plumas de colores en su cabello negro como el azabache. Sus brazos estaban tatuados con misteriosos modelos geométricos nunca vistos en Europa. Entraron en el salón con paso ágil, se inclinaron con amabilidad y sirvieron pastel de pato, pollo asado, pechuga de paloma, albóndigas de ternera, filete de cerdo a la parrilla y verduras artísticamente dispuestas.

Crozat alzó su copa.

—Por vuestro banco y vuestro sistema, monsieur Law.

John dio las gracias con una inclinación y alzó a su vez la copa.

—Por nuestra amistad y por vuestra incomparable colección, monsieur.

Ambos bebieron y volvieron a dejar sus copas. Los criados sirvieron el siguiente plato.

—Monsieur —empezó Crozat—, me alegra extraordinariamente poder recibir en mi salón a un conocedor del arte. Como coleccionista, a veces uno se siente tan solo como el *marchand aventurier* en Luisiana. A través del arte se pueden intuir muchas cosas que el corazón desea y el entendimiento no puede expresar con palabras.

Crozat se detuvo. John percibió que quería ir a parar a algo concreto.

—En su momento, compré el privilegio real de explorar el Nuevo Mundo y poder extraer sus casi inagotables reservas de oro, plata y esmeraldas. Luisiana es más que un lugar, y el Misisipi más que un río. Es un continente, monsieur Law, un territorio mayor que Europa. Toda la madera de nuestros bosques no bastaría para construir suficientes barcos que trajeran todos esos tesoros: café, té, cacao... —Crozat siguió con la vista a una de las jóvenes natchez que volvía a salir de la sala. Sólo un cordel de cuero adornaba su trasero—. Tengo ya más de sesenta años, monsieur Law. Más de uno no alcanza ni siquiera la mitad de mi edad. Y si pudiera elegir morir en Luisiana o aquí, en medio de mis cuadros y bocetos, elegiría sin titubeos el Nuevo Mundo. —John asintió. Ahora creía saber adónde quería ir a parar Crozat—. La Corona me obliga a tomar una decisión. Mi colección o el Nuevo Mundo. Si fuera joven optaría por el Nuevo Mundo, pero por desgracia ya no lo soy.

—¿Queréis venderme la concesión para el Nuevo Mundo?

—Así es. Habéis prometido amablemente ayudarme con un crédito para poder comprar el rescate de esos bandidos reales con seis millones seiscientas mil libras. Pero me temo que sólo podré devolveros esa suma si vendo mi concesión o mi colección. Así que está claro que os ofrezco mi concesión. Sois más joven que yo, monsieur Law.

—¿Puedo pagaros en billetes de banco?

—Lo lamento, monsieur. Tenéis que pagar mi querida Luisiana en oro y plata. Las montañas y los ríos os lo devolverán multiplicado.

—Más de seis millones en monedas —se lamentó Angelini—, si monsieur me quita más de seis millones en monedas, apenas dispondremos de dinero en metálico...

La gran bóveda subterránea de la Banque Générale, que antaño había albergado nobles barriles de roble, estaba asegurada con macizas rejas de hierro. Sólo un poco de luz diurna de la place Louis le Grand entraba por las estrechas saeteras al piso subterráneo. Angelini encendía una vela tras otra.

—No es más que una falta de liquidez momentánea, Angelini. Ordeno por la presente que a monsieur Crozat se le paguen hoy mismo seis millones seiscientas mil

libras en monedas.

—¿Y si mañana alguien viene al banco y quiere cambiar en monedas tres millones de billetes de banco?

John sonrió.

—¿Queréis que calcule la probabilidad de que mañana alguien quiera cambiar en monedas tres millones de billetes del banco?

—Os pido perdón, monsieur —admitió Angelini—, pero es que esas grandes sumas me ponen nervioso. Os admiro por el hecho de que podáis pegar ojo por las noches.

—Razón y matemática —dijo sonriente el escocés.

Ya era de noche cuando Angelini volvió al despacho de su patrón.

—¿Es que no dormís nunca, Angelini? —preguntó John al ver a su agotado secretario.

Éste compuso una expresión seria. Se detuvo junto a John y dejó unas notas sobre la mesa.

—El éxito del banco os quebrará la cerviz. Imprimimos demasiados billetes, la cobertura es demasiado pequeña.

—Lo he calculado todo —murmuró John mientras repasaba las notas—. No esperaba otra cosa que esto, Angelini, no se trata de un acontecimiento imprevisto. No es más que una muestra del hambre que ha pasado el comercio. Lo esperaba desde el principio. Dentro de poco, incluso nuestros peores enemigos recibirán dinero y créditos en billetes.

—Eso debiera hacernos suspicaces, monsieur.

—Hasta el peor enemigo se convierte en socio cuando se le propone un negocio lucrativo.

—Monsieur —insistió Angelini—, todo va demasiado deprisa. Los billetes emitidos apenas están cubiertos...

—Para eso poseemos la concesión de Crozat para el Nuevo Mundo. La escasez sólo será pasajera, Angelini, creedme, dentro de unos meses alcanzaremos aguas más tranquilas. Y ahora marchaos a dormir, ¡para que al menos uno de nosotros duerma!

—Me honra, monsieur, que sigáis encontrando tiempo para recibirme —dijo Saint Simon cuando fue recibido por John en la gran sala del primer piso.

Entretanto, los cada vez más ágiles lacayos suizos de librea verde corrían por el *parquet*. Reinaba una gran actividad. Los clientes iban y venían y hablaban en voz baja. Un aire sacralizado inundaba el imponente salón de las columnas. En los huecos de las ventanas se habían dispuesto mesitas en las que distinguidos secretarios atendían a los clientes. En todas las mesas se habían formado colas.

—Pronto tendremos que trasladarnos —susurró John al duque, visiblemente impresionado. Lo llevó a otra sala que, como todas las puertas que daban a las salas traseras, estaba vigilada por guardias suizos.

Saint Simon entró en el despacho de Law. Cuatro secretarios se dedicaban a firmar billetes de banco y anotar a mano sus números de serie.

—Cada vez vienen más extranjeros a París a cobrar sus letras. He oído decir que nuestros billetes ya cotizan en Ámsterdam por encima de la paridad. Imaginaos: los bonos del Estado francés han perdido ya más del sesenta por ciento de su valor, pero un billete firmado en esta casa vale más que la suma que se garantiza en el papel.

—¿Y dónde almacenáis tanto dinero en metálico? —preguntó en voz baja Saint Simon.

—Eso es un secreto.

—En París se murmura que tenéis falta de cobertura. Que por cada moneda emitís diez veces su valor en billetes. Si todos los portadores de billetes quisieran cambiar el mismo día sus documentos por monedas, sólo podríais satisfacer al diez por ciento de ellos.

—¿Qué insinuáis, Monsieur le Duc? —repuso John mirándolo inquisitivo.

—Tenéis enemigos, monsieur —dijo Saint Simon. Titubeó, como indeciso acerca de cuánto debía contar.

El escocés se acercó al gran ventanal y contempló la estatua ecuestre de la place Louis le Grand. Saint Simon lo siguió.

—Estoy sinceramente sorprendido —empezó de nuevo— de lo rápido que vuestro banco deja ver sus efectos. Conozco gentes que han tomado crédito con vos y de repente invierten, emplean trabajadores...

—¿A qué habéis venido, monsieur le Duc? —Su voz sonó muy seria—. ¿Qué queréis decirme?

—Incluso si vuestro sistema triunfa, monsieur, vos sucumbiréis. Pero me temo que llego demasiado tarde.

Saint Simon miró el coche que entraba en la plaza. Lo seguía un segundo vehículo. Y luego otros.

—Sí, he llegado demasiado tarde, monsieur Law...

John vio el espanto en el rostro de Saint Simon. Se dio la vuelta.

—Disculpadme, tengo que bajar a recibir a los clientes —dijo con voz contenida. Cuando descendió la escalera, Samuel Bernard ya entraba por el portal.

—¡Monsieur Law! —exclamó el banquero, en voz alta, tronante, de manera que todos en el gran salón de las columnas pudieran oírle—. Monsieur Law, visito hoy la Banque Générale para cambiar billetes de banco por valor de cinco millones de libras por monedas de oro y plata.

—Os doy la más cordial bienvenida, monsieur Bernard. Nos halaga que nos hagáis el honor de poder hacer una operación para vos. —John habló tan alto como Bernard. Lentamente, descendió los últimos peldaños. Desde el exterior, cada vez

más curiosos entraban a la sala. Al parecer se había corrido la voz de lo que iba a ocurrir ese día en el banco.

—¿Dónde pueden recibir el dinero mis ayudantes? —preguntó Bernard, ya no tan seguro de su victoria, volviéndose con aire teatral hacia los presentes.

—Aquí, monsieur, en esta sala —repuso John.

Bernard empezó a irritarse. El rubor de la ira hacía arder su rostro. Terco, añadió:

—Espero, pues.

—Mañana a las diez —repuso John—; hoy esperamos enviados de Rusia, Holanda e Italia. Os ruego comprensión para el hecho de que, para una transacción de cinco millones de libras, necesitemos veinticuatro horas. ¿Puedo pedirlos que subáis al piso de arriba? Aún tenemos que tramitar algunas formalidades.

John hizo una reverencia y pasó de largo ante Samuel Bernard y los curiosos. Pidió su coche. Los guardias suizos le abrieron paso hacia la place Louis le Grand. El coche de Law, que tenía sus propios colores y su propio escudo, paró ante él.

—¡John! —gritó alguien. Él miró por encima del hombro y vio a un hombre que se había atascado con su coche entre la multitud. Había abierto la puerta y ahora estaba de pie en el estribo, gesticulando furiosamente—: ¡John, soy yo!

Creyó reconocer la voz. Le hizo pensar en caballos, prados húmedos.

—¡John! —oyó llamar de nuevo. Esta vez, la voz sonó malhumorada e imperativa.

Subió a su coche y dio un fuerte golpe en el techo con la contera del bastón.

William Law miró perplejo al coche que se abría camino entre los curiosos.

—¿Y ése es tu hermano? —preguntó una fría voz femenina en el interior del coche.

—¡No me ha visto! —murmuró William, regresando al vehículo—. Pero ¿qué importa? Quiero hacer negocios con él, no intercambiar recuerdos de infancia.

Entretanto, la criada sentada en el pescante junto al cochero había descendido. Llevaba un manto de viaje negro con capucha. Se quitó la capucha. Era Janine.

—Ve —le espetó él—. Casi no puedes esperar para volver a ponerte a su servicio. Probablemente tenga más tiempo para ti...

Antoine Crozat yacía bajo un baldaquino decorado con plumas de colores, en medio de pieles de animales y cojines bordados en seda, en brazos de una joven india natchez. De las paredes cubiertas por plafones de madera enmarcados en dorado colgaban las cabezas disecadas de tigres, panteras, leones, osos y un animal parecido a una res, con cuernos y abundante pelo.

—Ellos lo llaman bisonte —dijo Crozat con voz jovial. Algo se movió bajo las pieles y se desplazó hasta el extremo superior del lecho. Entonces John Law vio que había otra india en la cama de Crozat.

—Sabéis por qué estoy aquí, monsieur.

—No es nada personal, monsieur Law, sólo puramente comercial.

—Puramente comercial —repitió en voz baja John.

—¡Sí! —exclamó de pronto Crozat. Las dos muchachas retrocedieron asustadas—. ¡Sí, monsieur Law! ¡Puramente comercial! ¿Me he quejado yo alguna vez por haber perdido tanto dinero en una mesa de juego? ¡He perdido cientos de miles en vuestra mesa! ¿Me he quejado alguna vez? ¡No, monsieur! ¿Y por qué? ¡Porque no tiene nada que ver con vuestra persona! ¡Es un juego! ¡Nada más que un juego! ¡Quien no sabe perder, no debe jugar! ¡Y quien no puede soportar pérdidas no debe hacer negocios!

—¿Os ha movido Noailles a esto?

—¡Preguntadle a él! ¡Sabéis dónde encontrarlo!

—Éste es probablemente el fin de vuestro sistema, monsieur Law —dijo Noailles al cabo de un rato.

El regente no pareció especialmente impresionado. Miró a Noailles, luego a John. Reflexionó, jugueteó con sus uñas.

—No es el sistema el que ha fallado, monsieur Noailles. Es la envidia de los financieros de París la que sabotea nuestro banco —dijo John. Ocultaba a duras penas sus emociones. Quien lo conocía de las mesas de juego estaba hoy viviendo una sorpresa: John Law estaba nervioso.

—¿Nuestro banco? —rió Noailles—. Es vuestro banco, monsieur Law. Y es vuestro banco el que mañana irá a la bancarrota.

—Es nuestro banco, Noailles —le interrumpió el regente—. Yo quería ese banco. El Parlamento me ha prohibido ese banco. Así que encargué a monsieur Law de Lauriston dirigirlo en nombre propio.

—Monsieur —dijo John con voz penetrante—, traedme esta noche cinco millones en monedas al banco, y os juro que en el futuro nada podrá detener su éxito. ¡Para fama de Francia y su Corona!

—¡Cinco millones! —sonrió Noailles—. Esto no es una mesa de juego, monsieur. El regente se pulía pensativo las uñas de la mano izquierda:

—Monsieur le Duc, con todo el respeto por vuestros motivos, incluso si el banco fracasara mañana, eso no aportaría una prueba de su inutilidad. El sistema no quedaría refutado por ello. La envidia y la ingratitud no son magnitudes matemáticas.

—¿Puedo hablar, monsieur? —preguntó Noailles irritado.

—No, Noailles —respondió el regente—, cuando arruinasteis a los financieros de París, lo único que os importaba era el bien de las finanzas, el bien de la Corona, el bien de Francia. Ahora, cuando queréis hacer caer la Banque Générale para golpear a monsieur Law, despreciáis el bien de Francia. No debe preocuparos el bienestar de monsieur Law, sino el de la Corona. ¿Cuál es la utilidad para Francia de que ese banco vaya mañana a la bancarrota?

—Monsieur —insistió Noailles, y se inclinó sumiso varias veces.

—No os he permitido hablar, Noailles —lo interrumpió el regente—. Francia yacía en la agonía. Gracias a ese banco, se ha puesto más dinero en circulación que en los últimos veinte años. Francia despierta de la agonía. Miembros muertos ven cómo les llega sangre fresca, la gente vuelve a creer en el futuro, toma créditos, compra materias primas, contrata trabajadores que a su vez ganan dinero y compran bienes. D'Argenson me informó ayer de que incluso la criminalidad callejera ha disminuido significativamente. ¡Noailles! ¿Queréis hacer caer este magnífico sistema sólo para arruinar a monsieur Law?

Reinó un embarazoso silencio. El regente volvió a dedicarse a sus uñas. Al cabo de un rato, mostró a Law las de la mano izquierda:

—¿Veis las manchas blancas en las uñas? Las causa el champán de ese Dom Perignon. Dicen que el vino tinto es más sano. Pero de todos modos he renunciado al placer. Llevaré a Francia a un nuevo esplendor. —Volvió la mano y le mostró la palma—. ¿Veis mi línea de la vida? Dicen que llegaré a ser más viejo que nuestro difunto Rey Sol. —Hizo un mohín—: Para todo hay un sistema, ¿verdad? Los sistemas son algo maravilloso cuando funcionan. La gente se aferra a los sistemas. También Dios es en cierto modo un sistema, ¿no es verdad, Noailles?

Noailles pareció violento.

—Me uno a vuestra argumentación, alteza, pero lamentablemente he de comunicaros que el tesoro real no dispone actualmente de cinco millones de libras en monedas de oro y plata —Noailles miró a John—. Nos gustaría, pero no podemos.

El regente alzó los brazos, como si quisiera implorar al Espíritu Santo.

—Lo lamento, monsieur Law. Si nuestros alquimistas pudieran convertir la mierda de ratón en oro, hace mucho que lo habrían hecho. *Voilà. C'est ça.*

John pareció derrumbarse.

El regente se volvió de nuevo hacia su ministro de Hacienda:

—Decidme, Noailles, ¿es cierto que vuestra amante ha ofrecido a Crozat le Riche una condonación de deuda del cincuenta por ciento si monsieur Law vendiera la concesión del Misisipi y recibiera el dinero en moneda?

Noailles, que hasta entonces había reprimido un mohín de satisfacción, se puso blanco como la cal.

—Así que es cierto —murmuró el regente, y volvió a sus uñas—; un cincuenta por ciento significa una condonación de deuda de más tres millones trescientas mil libras. ¿Regaláis esa suma para satisfacer vuestro odio personal contra monsieur Law?

Noailles calló y miró furioso al escocés.

—Si vuestro odio personal vale tanto, deberíais pagarlo vos mismo, Monsieur le Duc.

—¿Queréis que os ofrezca mi renuncia? —preguntó sumiso Noailles.

—Quiero que mañana temprano acudáis al tesoro real y toméis la cantidad en

efectivo necesaria para el banco.

Noailles asintió.

—Ayudaréis un poco a monsieur Law —prosiguió el regente—; al fin y al cabo, es vuestro compatriota, ahora es francés.

—¿Puedo hablaros a solas, alteza? —preguntó Noailles.

—Monsieur —el regente se dirigió a John—, os agradezco vuestra visita.

John se inclinó en una reverencia. Noailles sonrió con desvergüenza y sólo recobró la compostura cuando el regente se volvió hacia él. A John no le gustó ese gesto. ¿Tenía Noailles otro triunfo en la mano?

En la casa de la place Louis le Grand, Janine estaba sirviendo un pequeño refrigerio. En el lejano Edimburgo, Jean Law había muerto hacía meses, a la edad de setenta años. William había arrendado Lauriston Castle y había viajado a París con su reciente esposa Rebecca y con Janine, que ahora tenía cincuenta y cuatro años, para sacar provecho de la posición de su hermano. Después de varios intercambios de cartas, por fin John había accedido a acoger en su casa de París a William y confiarle un puesto importante en el banco. Ahora estaba allí, el hermano menor, y seguía pareciendo ofendido porque esa mañana John lo había ignorado. Éste trató de explicarle cómo estaban las cosas. William escuchaba malhumorado.

A su lado resplandecía la bellísima y atractiva Rebecca Dives, la hija de un adinerado comerciante de carbón londinense. Trataba de ser conciliadora con su esposo.

—Él no quiso ofenderte, William.

—No me ha ofendido —refunfuñó éste—. Tan sólo estoy un poco cansado, a causa del largo viaje.

John dedicó una sonrisa agradecida a su cuñada. Ella le correspondió con espontaneidad, lo que irritó aún más a William. Kate y su hermano John intercambiaron significativas miradas. Les gustaba sentarse a la mesa cuando sus padres tenían invitados. Los observaban en silencio, y luego se retiraban educadamente a su cuarto y se partían de risa imitando a los invitados y su peculiar comportamiento.

—Podéis vivir con nosotros mientras queráis. —Catherine también intentó ayudar a mejorar el humor de William.

Rebecca la miró con una sonrisa un tanto forzada. No le gustaba especialmente aquella mujer. Parecía tan dominante, imperativa, y desde luego ningún hombre se habría atrevido a ignorarla en sociedad sólo por pertenecer al sexo femenino. Eso le faltaba a Rebecca, que era simplemente hermosa. Hermosa y aburrida.

—Muy bien —refunfuñó William—, vayamos al grano de una vez. Me has escrito que has fundado un banco y que ahora hay mucho que hacer. ¿Qué me ofreces?

—Hablaremos de eso mañana, en el banco —repuso John.

William apenas había cambiado. Seguía siendo el envidioso hermano menor que siempre se sentía ofendido en su honor y aun así siempre estaba dispuesto a dejar a un lado la ofensa si eso le reportaba unos luises de oro. John se daba cuenta de que le ocurría algo.

—William —empezó de nuevo—, tenemos una situación nueva todos los días. La Banque Générale es más importante que el descubrimiento de América.

—Alguien nos contó en la frontera que tu banco está al borde de la bancarrota —dijo enojado William—. Me molestaría mucho haber venido en vano hasta París...

—William —sonrió Catherine—, mañana tendréis todo el día para estar de mal humor. El duque de Orleans ha prometido su apoyo a John. Dudamos mucho que mantenga su palabra, pero si la mantiene o no, lo veremos mañana. Así que, ¿por qué acalorarnos esta noche por acontecimientos que no tendrán lugar hasta mañana?

—Tú y tus castillos en el aire —refunfuñó William—. Siempre fuiste un soñador, John...

—¿Confías en un rumor más que en la palabra de tu hermano? —Su paciencia empezaba a agotarse.

—Atengámonos a los hechos, messieurs —dijo Catherine, con su acostumbrada voz enérgica—: El duque de Orleans ha prometido su ayuda. Y mañana veremos si mantiene su palabra.

—¿Queréis impedirnos conversar, madame? —repuso William.

Catherine lo miró con desaprobación.

—En esta casa no estamos acostumbrados a debatir interminablemente sobre cosas en las que no podemos influir. No nos peleamos con las cosas. Las cambiamos. Y si eso cae fuera de nuestro alcance, las aceptamos.

William y Rebecca se miraron. Luego miraron a John, como si esperasen un gesto de autoridad por su parte. Pero él dedicó una cariñosa sonrisa a Catherine y asintió, aprobatorio. Se puso en pie.

—Mañana nos espera un día agotador.

William se mantuvo sentado.

—¿Es cierto que aún no estáis casados?

—Catherine está casada —dijo John, y sonrió—: Yo todavía no.

—¿Cómo es posible eso? —preguntó Rebecca, y su bonita frente se llenó de arruguitas.

—Catherine aún está casada. John aún no lo está —sonrió William.

—Pero si tenéis dos hijos —dijo horrorizada Rebecca.

—La naturaleza no tiene en cuenta esos detalles burocráticos —bromeó John, y abrió la puerta del salón. Quería irse a dormir.

William se levantó.

—Pero eso no es inteligente, John. Si mueres, Catherine no heredará nada —rió William—; como aún está casada, según la ley no puede ser tu mujer, y los niños que

ha parido no pueden ser tus hijos legítimos...

—No querrás pelearte con John, ¿verdad? —se divirtió por su parte Catherine.

—Otra vez no, William —rió John—. La Banque Générale aún nos necesita a ambos, y te prometo, tan cierto como que estoy aquí, que no será en tu perjuicio. Mantendré mi palabra.

El banquero Samuel Bernard llegó a la place Louis le Grand a las diez en punto, al frente de cinco coches. Numerosas personas se habían congregado en la plaza. Se había corrido la voz de que ese día la Banque Générale iba a quebrar y no faltaba ningún financiero de París. Algunos habían dejado sus coches discretamente al extremo de la calle y esperaban expectantes ante la ancha escalinata que llevaba al banco. Los coches de Bernard se detuvieron delante del banco. Un criado abrió la puerta del primero y el banquero descendió.

En ese momento, dos lacayos suizos abrieron las dos hojas de la puerta de la Banque Générale. John Law salió al exterior. Su mirada se paseó por la plaza. Bajó unos peldaños y se detuvo. Bernard se quedó al pie de la escalinata y alzó la vista hacia John.

—Monsieur Law de Lauriston. Ayer deposité en vuestro banco, en presencia de nuestros notarios, cinco millones en billetes de banco. En vuestros billetes está escrito que el banco promete pagar en el acto y en moneda al portador la suma que figura en ellos. Aquí estoy, y pido que se me pague.

—Monsieur Bernard —replicó John con una voz que podía oírse desde lejos—, a la Banque Générale le alegra satisfacer enteramente a un hombre de vuestro prestigio. —Se volvió hacia William, que se había quedado con la servidumbre, a respetuosa distancia, en el peldaño más alto, y le dijo—: Que se cumpla el deseo de monsieur Bernard.

A continuación, los lacayos suizos salieron y empezaron a bajar los escalones, cargando pesados sacos de cuero llenos de luises de oro y escudos de plata, encabezados por William. John había ordenado que el pago no se hiciera en unas pocas arcas, sino en pequeños sacos de cuero. Era una interminable procesión de lacayos hacia los coches de Samuel Bernard, donde dejaban los sacos.

El editor Larcas salió con incrédulo asombro de detrás de uno de los coches de Bernard y se acercó al financiero. Cuando éste lo vio, arrebató un saco de manos de un criado y lo rasgó: un puñado de luises de oro cayó tintineando al suelo.

Larcas recogió algunos y los sopesó, asombrado.

—Son auténticos —balbuceó.

—¿De dónde ha sacado ese tipo todo este dinero en tan poco tiempo? —se indignó Bernard.

—¿Importa eso? —preguntó con fingida inocencia Larcas—. La Banque Générale ha cumplido su promesa, el sistema funciona.

Bernard hizo un movimiento despectivo con la mano.

Larcat sonrió.

—¿Qué vais a hacer ahora con todo ese dinero? ¿Volver a traerlo mañana al banco?

Furioso, Bernard arrebató las monedas de oro al periodista Larcat y subió a su coche.

Bailarinas indias se movían al rítmico sonido de tambores y flautas sobre el escenario, mientras grandes indios con exóticos adornos de plumas presentaban estatuas doradas de dioses. Luego aparecieron papagayos amaestrados, animales salvajes en jaulas rodantes, y por todas partes se veía oro. Brazaletes de oro, collares de oro, figuras y amuletos de oro. Una balanza descendió del techo impulsada por una polea sobre el escenario. Los dos platos eran tan grandes que una persona podía sentarse en ellos. Los empolvados huéspedes de los palcos se asombraron no poco cuando de repente un indio adornado con vestimentas sagradas salió al escenario. Los tambores enmudecieron. Las bailarinas se detuvieron. El indio llevaba una larga túnica con tiras de colores, y un báculo dorado en la mano. El cabello, negro azabache, estaba adornado por un tocado de plumas doradas que los huéspedes entendieron enseguida como rayos de sol.

—Oh —hizo un mohín el duque de Orleans, sentado junto a John—. ¿Es esto una alusión, monsieur? ¿El nuevo Rey Sol viene del Nuevo Mundo?

—El sol es venerado en todas las culturas —dijo Catherine—; sin sol no habría vida sobre la Tierra. Incluso el aura de los santos cristianos se remonta al dios solar persa Mitra.

—Oh, madame —suspiró el duque—, si las damas de la sociedad parisina tuvieran tan sólo un poquito de vuestro *esprit*.

Catherine se inclinó respetuosa.

—Monsieur, ¿puedo presentaros a mi hermano William y su esposa Rebecca? —John los señaló con un gesto, sentados en la segunda fila.

Ambos se levantaron con elegante lentitud, aunque apenas podían reprimir la emoción. El regente pareció complacido, sobre todo con la hermosa Rebecca, pero un redoble de tambor llevó nuevamente su atención hacia el escenario. El sacerdote se sentó en uno de los platillos de la balanza. Entonces, entre nuevos redobles de tambor, otros indios salieron al escenario y echaron con palas pesados montones de oro en el segundo platillo. Poco a poco, el sacerdote fue elevándose, y los espectadores aplaudieron entusiasmados. John Law era celebrado. Reclamaban su presencia. Querían verlo, oírlo hablar.

John bajó al patio de butacas y salió al escenario. Declaró fundada la *Compagnie de la Louisiana ou d'Occident*. Sus colonias abarcaban casi la mitad del continente norteamericano. El escocés agradeció al regente haber concedido a la sociedad el

derecho de comercio durante veinticinco años y anunció que la nueva compañía haría prosperar a Francia y la convertiría en la mayor potencia del mundo. Pero, para alcanzar ese objetivo, necesitaba capital fresco por una cuantía de más de cien millones de libras. Con ese fin, iba a vender doscientas mil acciones de la Banque Générale, con un valor de quinientas libras cada una. A partir del día siguiente, todo el mundo podría suscribirlas para participar en la mayor aventura de los mercados financieros.

El duque de Noailles, sentado en el patio de butacas, estaba indignado ante el espectáculo, que consideraba indigno.

—¿Cómo es que convierte a ese extranjero en rey del Nuevo Mundo?

—Ahora también es francés —repuso Saint Simon—, y, por lo demás, tan sólo es el gerente de la *Compagnie de la Louisiana ou d'Occident*.

—Dejad ya toda esa confusión de nombres —se indignó Noailles—, para nosotros los franceses sigue siendo la Compañía del Misisipi.

—Respeto vuestro enfado, Monsieur le Ministre —susurró Samuel Bernard—, pero ¿cómo vais a parar a ese escocés? Ahora incluso ha hecho venir a su hermano. Lo que necesitamos no es vuestra indignación, sino un plan.

—Sólo el Parlamento puede derrumbar la obra de ese protestante escocés —se defendió Noailles.

—Tenéis que hacer caer su banco. Entonces, también haréis caer su Compañía del Misisipi —aguijoneó Bernard.

—Me habéis arrebatado la Compañía del Misisipi —gruñó Crozat—, y ahora un protestante escocés tiene por veinticinco años el derecho exclusivo de comercio entre Francia y las colonias. ¡Ésta es vuestra obra, Noailles!

Noailles se apartó de Crozat, buscando apoyo en Saint Simon y Bernard.

—Él tiene razón —repitió el financiero—, es vuestra obra. Así que os corresponde volver a poner las cosas en orden.

—Dudo que nuestro ministro esté en condiciones de hacer tal cosa —dijo una voz profunda. Todos se volvieron. Era D'Argenson, había escuchado su conversación—. Lo que os falta, messieurs, es una estrategia. Quien declara la guerra abierta al escocés, ya ha perdido.

—Es lo que yo digo —asintió Bernard—. ¡Necesitamos un plan!

D'Argenson sonrió significativamente y se alejó del reducido grupo.

William y Rebecca gozaban de la noche. Llevaban tan sólo unas semanas en París y ya conocían a todo el que tenía rango y nombre.

—¡John! —exclamó William al ver a su hermano—. ¿Cómo podré darte las gracias? He sido injusto contigo.

John sonrió, conciliador.

—No tienes por qué darme las gracias, William. Y si aun así quieres hacerlo,

hazlo de algún modo a mi familia. A Catherine, John y Kate.

—Estamos extasiados, John —se le escapó a Rebecca. Le brillaban los ojos como a una jovencita—. París os idolatra —sonrió—. Como a un rey —añadió con embeleso.

John notó que Rebecca sentía más que agrado por su persona. Su hermano William le dio pena. Rebecca advirtió la mirada desconfiada de su esposo y repitió tercamente que de hecho su cuñado era tratado como un rey.

—Donde hay un rey, los regicidas no andan lejos —bromeó John.

—También nos los hemos encontrado hoy —dijo William en voz baja—. He oído decir que el Parlamento quiere hacerte daño. Quieren hacer uso de su derecho de objeción y aniquilarte.

—Sí, en su momento el regente tuvo que restituir al Parlamento ese viejo derecho para que ellos a su vez lo aceptaran como regente. Necesitaba ese trueque en la lucha contra España, que después de la muerte del Rey Sol había reclamado su derecho a la Corona.

John se despidió de su hermano y de su cuñada. Había visto al fondo al duque de Orleans, y se dirigió hacia él. Para su sorpresa, incluso esa noche el regente sólo bebía agua.

Cuando el duque vio venir a John, le salió al paso.

—¿Puedo hacer algo más por vos, monsieur? —preguntó altanero.

—No —respondió amablemente John—, admiro vuestro nuevo valor para la claridad.

—Eso me gusta —sonrió el regente, y alzó teatralmente su copa—, valor para la claridad, eso me gusta, monsieur. Es bueno. ¡Muy bueno!

—Habéis demostrado valor, Monsieur le Régent, no os arrepentiréis. Pero vuestro valor sólo habrá merecido la pena si os atrevéis a dar el siguiente paso.

—¿Otro paso más? —bromeó el otro con fingida indignación, y rechazó la copa de champán que un criado le ofrecía—. La servidumbre aún tiene que acostumbrarse a que su alteza real ya no bebe —dijo en voz baja—, eso les da miedo a los señores ministros y parlamentarios. Que de pronto encuentre más placer en los negocios de Estado que en el trasero de una joven. Pero vos, monsieur Law, me dais miedo cuando pedís aún más pasos.

—Sólo con un poco de maquillaje no recuperaréis las riendas de las finanzas del Estado. No podéis devaluar constantemente la moneda para pagar vuestras deudas. Necesitáis el valor de pasar a la ofensiva. Tenemos que nacionalizar el banco. El banco necesita más autoridad, y tenemos que ampliar la compañía hasta convertirla en la mayor sociedad mercantil del mundo.

—Para eso tendría que arrojar el Parlamento a la Bastilla —gruñó el regente. De pronto, volvía a parecer aburrido.

—Empezad por Noailles, no sería ningún mal comienzo.

El regente asintió con la atención puesta en otra parte.

—Eso es realmente bueno. Ahora, si queréis disculparme...

El duque había descubierto a una muchacha india especialmente atractiva, y dejó plantado al escocés sin prestar atención a sus palabras. Hasta primeras horas de la mañana, el de Orleans se había solazado con varias jóvenes indias entre los decorados del teatro, amontonados detrás del escenario. Yacía casi desnudo sobre un triclinio romano, entre bustos pintados de emperadores, fragmentos de columnas, animales disecados, muñecas de porcelana vestidas con trajes rígidos y árboles artificiales. Cuando Crozat pasó detrás del escenario, las muchachas se vistieron. Crozat les hizo señas de que lo siguieran.

—¿Adónde vais, Crozat le Riche? —dijo riendo el duque de Orleans.

Pero Crozat no lo escuchaba. Cuando volvió a salir al escenario y bajó con las chicas la estrecha escalera que daba al patio de butacas, se encontró con Noailles y D'Argenson.

—¿Dónde está el regente? —le preguntó Noailles.

Crozat señaló detrás del escenario y prosiguió su camino con las muchachas.

—¿Dónde están las chicas? —preguntó el duque de Orleans mientras ponía sus ropas en orden.

—Crozat le Riche ha vuelto a llevárselas —repuso Noailles.

—Crozat le Pauvre —bromeó D'Argenson—. Si seguís ordeñando a todos los potentados de París, pronto no tendréis a nadie que financie este Estado.

—Dejemos las charlatanerías —dijo Noailles—. ¿Es cierto, Monsieur le Régent, que me habéis relevado del cargo de ministro de Hacienda?

El duque reprimió un bostezo.

—Sí, sí, Noailles —murmuró—. Sois una calamidad. El pueblo os odia. El Parlamento se burla de vos. vuestras recetas... ya no aguanto vuestras recetas. Francia no os necesita para ir a la bancarrota. Os odio.

—Con vuestro permiso, Monsieur le Régent...

—No quiero oír nada más, Noailles. A veces se necesita valor para la claridad. ¿Oís? Valor para la claridad. Estáis relevado de vuestro cargo.

—¿Y quién va a ser mi sucesor?

—Lo tenéis junto a vos.

—¿D'Argenson? —preguntó estupefacto Noailles—. Con vuestro permiso, ¿qué capacita al prefecto de policía para asumir la dirección de los asuntos financieros?

D'Argenson rió complacido.

El de Orleans se incorporó con lentitud.

—Es respetado, Noailles. Respetado.

—Es temido —replicó Noailles—, no respetado. Porque pone su mano protectora sobre esa chusma malcriada de parlamentarios cuando violan criadas mientras están borrachos y apuñalan a mozos de cuadra en supuestos duelos.

D'Argenson sonrió divertido.

—Respetado, temido, como preferáis, Noailles —prosiguió el duque—. El

Parlamento hierve, lo siento con claridad, me niega el respeto, trata de ponerme palos entre las piernas, dicen que soy demasiado débil. ¿Os parece que soy demasiado débil, Noailles?

—No, Monsieur le Duc. No comparto esa opinión. —Noailles vio la amplia sonrisa en el rostro de D'Argenson.

El nuevo ministro de Hacienda se inclinó ante Noailles y le susurró al oído:

—Ya tenéis un pie en la Bastilla.

Violentas contracciones desencajaron los rasgos del ex ministro de Hacienda. Miró a D'Argenson, vio su mirada penetrante, la burla y el desprecio, luego miró al regente y se arrodilló:

—Creo que habéis tomado la decisión correcta, alteza —se dominó—, y me alegraré de poder seros útil en otra función.

—¿Un puesto como consejero en el Consejo de Regencia, si os place? —preguntó el regente.

En el Parlamento francés hubo escenas tumultuosas. Noailles había caído en desgracia y D'Argenson había asumido el puesto de ministro de Hacienda. Y enseguida se supo que la libra había vuelto a ser devaluada en una sexta parte. Eso era, definitivamente, demasiado. El que tenía deudas podía alegrarse, pero el que había administrado bien su dinero y había ahorrado resultaba amargamente castigado. Los indignados parlamentarios decidieron dar una lección al regente.

—Haremos uso de nuestro derecho de objeción y exigiremos al regente que retire la devaluación de la libra. —El orador fue premiado con un aplauso cerrado. Entonces, otros parlamentarios se envalentonaron y subieron a la tribuna de oradores.

—Exigimos la separación de la Banque Générale de los asuntos del Estado. Los fondos públicos tienen que ser retirados de inmediato de la Banque Générale.

Los parlamentarios aplaudieron con vehemencia.

—Los impuestos no pueden seguir pagándose en billetes de la Banque Générale —propuso el siguiente.

Las exigencias se iban haciendo cada vez más audaces.

—A los extranjeros les está vedada toda actividad en los asuntos del Estado. Y esto vale para los extranjeros que se hayan nacionalizado.

—¡Decidnos una ley que nos impida colgar al escocés! —gritó de pronto alguien desde la última fila, y recibió un estruendoso aplauso.

Saint Simon dejó a toda prisa el Parlamento y corrió con su carroza al Palais Royal. Por el camino, redactó apresuradamente una nota. Cuando llegó, dio al cochero la nota manuscrita y le ordenó ir enseguida a la Banque Générale y entregarla en persona a monsieur Law. Luego entró en el palacio.

El regente se puso fuera de sí cuando Saint Simon le contó lo ocurrido en la sesión del Parlamento y las intenciones de los diputados. Mandó reunir a los soldados

de la guardia y dio orden de poner hombres armados en todas las puertas. Ordenó además emplazar guardias suizos, mosqueteros y guardias de corps en lugares estratégicos. Todo el entorno del Palais Royal debía estar protegido con líneas avanzadas de defensa. En ninguna circunstancia debía librarse un enfrentamiento en el patio interior del palacio.

John leyó perplejo la escueta nota de Saint Simon. Se volvió hacia el cochero, que estaba en la sala principal, abajo, con expresión inquisitiva. Pero tampoco él podía contarle más.

Cuando el cochero volvió a marcharse, los primeros guardias suizos llegaban ya a la place Louis le Grand. Se apostaron en las escaleras exteriores del banco.

—¿Estamos bajo arresto? —preguntó William, asomado a uno de los grandes ventanales del despacho de John.

—No lo sé. Quizá los envíe el regente. Para protegernos —repuso John—. Ve abajo, William, y haz cerrar el banco —ordenó. Luego se dirigió a Angelini—: Cerrad la cámara del tesoro y reforzad la guardia. Enviad un mensajero a los jacobitas. Contratad a sueldo tantos guardias como sea posible.

Al llegar la noche, la place Louis le Grand estaba fantasmagóricamente iluminada por numerosas antorchas. Apenas cincuenta guardias vigilaban el banco. De vez en cuando se producían pequeñas escaramuzas: grupos de jóvenes corrían hacia la plaza, tiraban piedras a los guardias y se retiraban.

—Todavía son pocos —dijo William. Junto con John, estaba en la ventana del primer piso y esperaba tenso la llegada del amanecer—. Quizá pronto sean cientos, miles...

—Quizá, y quizá no —dijo sobriamente John—, pero dudo que los financieros de París paguen a tantos tipos para tirar piedras, sólo para infundir miedo a mi hermano.

—No debería haber venido, John. Ha sido mi mayor error. Tenía que haberme quedado en Londres. Pero me he dejado arrastrar por tus promesas. Como todos aquí, en París. —William se volvió hacia su hermano—. Ése es tu don, John, vuelves loca a la gente: a las mujeres, a los financieros, a los jugadores...

—Entonces vete —dijo una voz de mujer en la oscuridad.

John se volvió hacia Catherine. Había entrado en la sala y se estaba sentando junto a la chimenea. Un criado se disponía a echar más leña. Rebecca seguía tendida en la *chaise-longue* en que se había quedado dormida al anocheecer.

—Catherine tiene razón, William —dijo John al cabo de un rato—. Si quieres irte, te pagaré por tus servicios y te haré escoltar mañana hasta Calais. Todos los días salen barcos correo a Londres.

—¡Mañana, mañana! ¡Quizá mañana todo esto esté reducido a cenizas!

—¿Qué ha pasado? —exclamó de pronto Rebecca, sobresaltada. El sonido de las voces la había despertado.

—No ha pasado nada —respondió Catherine con calma—, sólo estamos charlando, y algún día nos acordaremos de esta noche y nos reiremos.

—¡Sí, sí, reír! —exclamó William—. No comprendes la gravedad de la situación. Se hace responsable a John de la devaluación de la libra...

—D'Argenson ha provocado la devaluación. ¡Yo estaba en contra! —lo interrumpió John.

—¡Eso le da igual a la gente de ahí fuera! Tú eres el odioso escocés...

—Francés —bromeó John.

—¡Un escocés protestante que vive con una católica casada y es financiado por banqueros judíos! Eso es lo que dice la gente de ahí fuera. ¡Ahora te hacen único responsable de todo!

—Me honra que me crean capaz de organizar en pocos meses un fiasco mayor que el Rey Sol en cincuenta años.

William hizo un gesto desabrido con la mano.

—Siempre has querido ser más importante que los demás. Ahora lo has conseguido. Tu cabeza destaca sobre todas. ¡Y ésa es la que quieren poner en el tajo!

—¡El que teme al fuego no debe hacerse cocinero, William! Nunca he afirmado que mis negocios no albergaran riesgos. ¡Nunca! Si todos los negocios reportaran beneficios, todos los hombres harían negocios. Soy un Law, William, ni oscuro ni pequeño. Tengo un plan para sanear el presupuesto, y me atengo a él. Porque es correcto. Y nadie puede impedírmelo.

—Deberíamos irnos, William —sugirió Rebecca con voz atemorizada—, enseguida. —Estaba próxima a las lágrimas.

—Ten valor, William —dijo Catherine, levantándose de su asiento—. ¡Distínguese de los otros hombres! ¡Muestra fortaleza!

—Calla —repuso Rebecca—, ¡no puedo seguir oyendo todo esto! Debemos regresar a Londres.

—Es demasiado tarde —respondió resignado William. Y tras una pausa dijo—: Voy a cargar mis pistolas.

—Por fin una propuesta constructiva —sonrió John.

El duque de Saint Simon recibió a John con los brazos abiertos.

—Dicen que os habéis atrincherado en el banco. Yo daré testimonio de que no es así.

John sonrió. Pero no se podía ignorar que las últimas semanas habían sido duras. Su mirada era fugaz, inquieta, como si esperase una nueva catástrofe en cualquier momento.

—¿Habéis hablado con el regente? —preguntó sin rodeos.

—Sí —respondió Saint Simon con gravedad, y bajó la vista—; el regente se encuentra en una situación delicada. Con su frívola vida, ha puesto al Parlamento en

su contra. Quieren derrocarlo. Presentan objeción contra todo lo que el regente decide. Quieren deshacerlo todo. El regente tendrá que designar algún chivo expiatorio si quiere superar esta crisis.

—¿Os referís a mí?

—No tiene elección, monsieur Law, el Parlamento quiere veros colgado. Habéis sido muy imprudente al venir aquí. Muy imprudente.

Saint Simon calló. En algún sitio se oyó una puerta cerrarse de golpe. John se estremeció.

—Sólo es mi criado, monsieur Law. Espera fuera.

—Decid al regente que tiene que mostrar fortaleza. No se salvará dejándome caer, tan sólo se acercará más al abismo. Decidle que ayudaré a Francia a alcanzar un renovado esplendor. Pero tiene que aguantar.

Saint Simon calló.

Al cabo de un rato, Law preguntó:

—¿Lo haréis?

Saint Simon asintió.

—¿Hoy mismo?

—Sí —respondió el duque—, os llevaré a casa en mi coche. Es lo más seguro. Luego iré al Palais Royal.

Cuando los Law se reunieron para cenar, apenas intercambiaron palabra alguna. También los criados parecían impresionados: al parecer, ya no era un secreto que todo el mundo quería ver colgado a su amo.

—Es mejor que os preparéis para partir lo más temprano posible —dijo John al cabo.

—¿Y tú? —preguntó su hijo.

—A mí no me dejarán ir. Me quedaré aquí.

El niño, de trece años, se volvió hacia su tío William. Éste miró su plato y calló.

—Yo también me quedo —dijo Catherine al cabo.

—Y yo —dijo el pequeño John. Y su hermana Kate se apresuró a asentir con la cabeza; hacía rato que el miedo no le dejaba pronunciar palabra.

Entonces todos miraron a William. Seguía con la vista fija en el plato, como si algún guisante de la sopa de verdura lo hubiera hipnotizado.

París, 26 de agosto de 1718

A las cinco de la mañana se oyó un redoble de tambores en los alrededores del Palais Royal. Varios cientos de mosqueteros y soldados de la guardia se congregaron en el patio del palacio formando dos filas. Poco a poco llegaron los primeros coches con los parlamentarios. Se reunieron delante del Palais Royal y entraron a pie en las Tullerías. Dos horas después —en las calles ya se había reunido una multitud de curiosos—, se abrieron las puertas de la sala de la guardia. Los parlamentarios entraron en el edificio. En la gran antesala donde solía comer el joven rey Luis XV se había instalado una sala del trono. En la parte trasera se había levantado un entarimado de cuatro escalones. En el centro estaba el trono, sobre el que habían puesto un baldaquino bordado en oro. Como ministro de Hacienda y supremo administrador del sello de la Corona, D'Argenson ostentaba el honor de anunciar la llegada del monarca.

—¡Su majestad el rey!

La sala estaba tan atiborrada de parlamentarios, soldados y nobles, que costaba arrodillarse. El joven rey entró. Dos oficiales de su guardia de corps le abrieron paso; subió los peldaños de la tarima y se sentó en el trono. Entonces, el duque de Orleans entró en la sala y se arrodilló ante el peldaño más bajo. Luego se incorporó, subió y se quedó en pie a la derecha del trono. A continuación explicó brevemente por qué había decidido convocar el Tribunal de la Corona. Habló alto y claro para que se lo escuchara hasta en las últimas filas. Por último, pidió a D'Argenson, como supremo administrador del sello de la Corona, que expusiera el uso de la *remonstration*, el derecho del Parlamento a presentar objeciones.

D'Argenson se incorporó y expuso por qué motivo la insurrección de los parlamentarios no se ajustaba a derecho. Explicó las nuevas reglas de juego que estarían vigentes desde ese día. El disgusto se extendió entre los presentes. D'Argenson interrumpió su discurso en mitad de una frase. Silencio. Se dirigió hacia el rey y se arrodilló. El joven monarca le susurró algo al oído.

D'Argenson se incorporó y anunció en voz alta y recia:

—El rey exige obediencia. ¡Inmediata e incondicional obediencia!

Todos los presentes se arrodillaron, salvo tres parlamentarios. Oficiales de la guardia se los llevaron y nunca se volvió a saber de ellos.

Saint Simon subió corriendo la escalinata de la Banque Générale. Tenía ganas de cantar. En el vestíbulo se amontonaban ya los pertrechos para el viaje. William estaba bajando la escalera. John estaba en pie tras la balastrada del primer piso, y

observaba los preparativos del viaje de su hermano.

—¡Monsieur Law! —exclamó Saint Simon—. El rey ha exigido obediencia. ¡Inmediata e incondicional obediencia!

William no entendió el significado de ese giro. Tan sólo vio cómo Saint Simon pasaba corriendo delante de él como un niño emocionado e iba hacia John, que lo recibía con alegría y lo abrazaba de todo corazón.

—¡Estáis salvado, monsieur! —exclamó Saint Simon.

Entonces también Catherine y Rebecca salieron a la galería.

—El rey ha declarado su confianza en el regente y aplastado la sublevación del Parlamento —explicó Saint Simon.

—Estoy en deuda con vos —dijo John, y volvió a abrazarlo.

—Vuestra amistad es para mí suficiente pago, monsieur —repuso turbado Saint Simon.

—Nunca lo olvidaremos, monsieur —dijo Catherine, y lo abrazó también. Al separarse de él, su mirada cayó sobre William. Había vuelto a subir la escalera y parecía indeciso. Rebecca se arrojó en sus brazos y sollozó silenciosamente. William apenas la vio. Buscaba una respuesta en los ojos de John y Catherine.

—Nunca lo olvidaremos —repitió Catherine, pero sus palabras parecían más dirigidas a William que al conmovido Saint Simon.

John trabajó en su despacho hasta primeras horas de la mañana. Al principio, ni siquiera advirtió que llamaban a la puerta. Cuando lo hicieron con más fuerza, alzó sorprendido la vista. Fuera ya amanecía. Debían de ser más de las cuatro de la mañana.

—¿Sí? —dijo.

La puerta se abrió. William entró en el despacho.

—¿Te molesto? —preguntó inseguro.

—Pasa.

William cerró silenciosamente la puerta a sus espaldas. Parecía desgarrado, atormentado, impulsado por malos pensamientos.

—Aún no he pegado ojo, John.

—Yo también trabajo. ¿Me quejo acaso?

—Quería decirte...

John alzó brevemente la vista hacia su hermano.

—... que puedes contar conmigo —dijo en voz baja William.

—Eso ya lo hemos visto, William. ¿Es todo lo que tienes que decirme?

—¿Por qué eres tan duro?

—La vida es dura conmigo. Acepto esa dureza. No me quejo. También es duro ver cómo mi propio hermano quiere escaquearse. No me quejo. Lo acepto. Así que hazme un favor: no te hagas la víctima. Eres uno de los verdugos, William.

Volvió de nuevo a sus tareas. William siguió callado. Al cabo dijo:

—Si quieres, encabezaré la expedición al Nuevo Mundo. He oído que nadie quiere ese cargo. Yo lo haré. Te demostraré que soy un Law. Ni oscuro ni pequeño.

John dejó a un lado la pluma y lo miró.

—Miremos adelante, William. Tengo planes ambiciosos.

El regente había leído el documento. Titubeó antes de tomar la pluma que el criado le tendía. Miró con rostro serio a sus consejeros. A su derecha se sentaba D'Argenson, a su izquierda Saint Simon, frente a él John Law.

—Mediante este acto —dijo el regente—, el banco privado de John Law, la Banque Générale, pasa a ser propiedad de la Corona, y en adelante llevará el nombre de Banque Royale. Monsieur Law seguirá siendo su director. La inspección de la impresión de billetes incumbirá en el futuro a la Corona. El banco desplazará su sede al Hôtel de Nevers. Quien quiera decir algo al respecto, que lo haga ahora.

D'Argenson no mostró emoción alguna.

Saint Simon tomó la palabra:

—La Banque Générale, Monsieur le Duc, dispone hoy de reservas en metálico de unos diez millones de libras. En cambio, los billetes ya expedidos ascienden a cuarenta millones de libras. Lo considero una proporción sensata.

»Aun así, quiero señalar que es necesaria nuestra sabiduría y disciplina para mantener estable esa sensatez y no sucumbir a la tentación de expedir de forma incontrolada papel dinero fresco.

El regente tomó nota, sonriendo, del voto de Saint Simon, y se volvió hacia D'Argenson. Éste gruñó que estaba en manos de Saint Simon impedir tal cosa, ya que era miembro del Consejo de Regencia y la Comisión Asesora de Finanzas.

—Así es, messieurs —dijo el regente. Y tras estas palabras firmó el documento—. Y ahora que el banco es de la Corona —añadió—, abogo por que las transacciones que superen las seiscientas libras tengan que hacerse en papel moneda. Monsieur Law ha demostrado de forma impresionante la eficacia de su sistema, así que vamos a abastecer su circulación con la necesaria savia nueva.

En diciembre de 1718, ocho impresores trabajaban las veinticuatro horas para satisfacer la creciente demanda de nuevos billetes de diez, cincuenta y cien. D'Argenson y John estaban en la imprenta observando el trajín.

—Es fascinante —dijo el francés al cabo de un rato—, durante siglos los seres humanos se han esforzado en las minas para obtener metal para las monedas. Y nosotros estamos aquí e imprimimos dinero de papel.

Ambos pasaron ante los soldados armados que guardaban la puerta de la imprenta, y salieron a la calle.

—Pero tengo que confesaros, monsieur D'Argenson, que no me alegra mucho oír que el contravalor de un billete no corresponderá en el futuro al valor que en su día tuvo al recibirlo.

D'Argenson hizo un gesto de desdén.

—La gente, aquí en Francia, está acostumbrada a que el valor de una moneda esté sometido a constante cambio. Por eso, tampoco les preocupará que eso también valga para los billetes.

—Contradice un aspecto fundamental de mi sistema, monsieur. Estoy seriamente en contra y lo considero un error.

—Los artistas y sus sistemas —rió D'Argenson—; alegraos de no tener ya la responsabilidad exclusiva.

—Mientras vaya bien —bromeó John.

—¿Es que podría ir mejor, monsieur? En toda Francia surgen nuevas sucursales de la Banque Royale. Casi cien mil artesanos han venido ya de todos los países de Europa para fundar sus industrias aquí. Apenas se encuentra a nadie sin trabajo. Linda con lo milagroso. ¡Y nosotros que creíamos que sus teorías eran los delirios de un jugador de naipes, sólo un gran juego! Monsieur Law, se dará vuestro nombre a muchas de nuestras calles.

—Me contentaré con que ya no quieran colgarme —respondió John, y se despidió de D'Argenson, cuyo coche acababa de parar ante ellos.

—Por cierto —preguntó D'Argenson cuando John iba a subir también al suyo—, ¿es cierto que habéis adquirido el Hôtel de Soisson?

—Sí —sonrió—, necesitamos urgentemente una nueva sede para la Compañía del Misisipi.

—Vuestro decimoquinto inmueble, monsieur.

John se volvió de nuevo.

—¿Lleváis la cuenta?

—No os pierdo de vista —sonrió D'Argenson—. Hay pocos franceses que dispongan de tanta propiedad inmobiliaria en París.

—Me alegro de que incluso vos reconozcáis que ahora soy francés —sonrió John, y subió a su coche.

—Sí —dijo D'Argenson, y le dirigió una mirada penetrante—, incluso habéis perdido el acento.

El regente escuchó con atención a D'Argenson.

—Ahora quiere adquirir la Compañía de las Indias Orientales y China y fusionarla con su Compañía del Misisipi.

—Que lo haga, que lo haga —dijo el regente—, las dos compañías son meras montañas de deudas, y todos los años deparan a la Corona inmensas pérdidas. Pero ¿de qué le servirán a ese escocés? Necesitaría mucho dinero para pagar las deudas y

abastecer de nuevos recursos a esas sociedades en quiebra.

—Quiere emitir nuevas acciones —terció Saint Simon—, él las llama *filles*, porque son las hijas de las primeras acciones que emitió en su día para la Compañía del Misisipi.

—Ofrece a la Corona suscribir una parte de ellas —concretó D'Argenson. Al decirlo, expresó con una cansada sonrisa toda su aversión por Law y su propuesta.

—Oh —gimió el regente, y volvió los ojos al cielo, como solía hacer en los últimos tiempos—. Esas consideraciones me agotan. ¿Qué proponéis, messieurs? ¿Se ríe de nosotros monsieur Law? ¿Quiere realmente ofrecernos acciones de unas sociedades mercantiles en bancarrota?

D'Argenson se adhirió a la opinión del regente.

—Si monsieur Law estuviera realmente convencido del éxito, él mismo suscribiría las acciones con su patrimonio privado. —Y miró al de Orleans, como si esperase el reconocimiento de su audaz conclusión.

—*Voilà* —dijo, jovial, el regente—, entonces se verá si monsieur Law quiere tomarnos el pelo. Pero ahora vamos a comer. Tengo hambre.

—Perdón, alteza —pidió nuevamente atención Saint Simon—, pero monsieur Law me ha hecho saber que estaría dispuesto a comprar toda la emisión de acciones con su patrimonio privado.

—¿Lo ha dicho así? —preguntó el regente.

—Sí, dijo que era una promesa vinculante y que debía exponérsela así, Monsieur le Duc. Mantendrá su palabra.

El regente pareció reflexionar. Al cabo de un momento dijo:

—Conozco lo bastante a ese escocés como para saber que es muy astuto. Jamás en la vida... ¿A cuánto asciende toda la emisión?

—Veinticinco millones de libras —gruñó D'Argenson, que intuía lo peor.

—Jamás en la vida —prosiguió el regente— invertiría veinticinco millones de libras de su dinero privado si no estuviera seguro de obtener unas ganancias multiplicadas.

—Con vuestro permiso, monsieur, eso es una hipótesis, pura especulación —trató de objetar D'Argenson.

—Siempre fuisteis un hombre adecuado para lo tosco, D'Argenson. Pero aquí se trata de matices, tenéis que percibir las sutilezas. Tenéis que oler el viento antes de que los abedules tiemblen. ¿Comprendéis, D'Argenson?

—Monsieur Law ofrece incluso más —interrumpió de nuevo Saint Simon—: ofrece suscribir todas las acciones por encima de su valor nominal. Pagaría un diez por ciento más.

—¿Qué decís ahora, D'Argenson? —se burló el regente—. Vaya. Desde luego no dejaremos escapar algo así. Monsieur Law tiene una deuda de gratitud conmigo y por eso me hace esta oferta. Es un hombre de honor.

D'Argenson lanzó una mirada asesina a Saint Simon, que se encogió de hombros

con aire inocente.

—He decidido, messieurs —anunció el regente con voz triunfal—, que compraremos acciones, todas las que monsieur Law pueda vendernos, y le daremos el derecho a fusionar las distintas compañías comerciales. ¡Y ahora, a comer, messieurs! Quien haga pasar hambre al regente terminará en una galera de ultramar.

El 23 de mayo de 1719, la nueva compañía mercantil compró el Hôtel de Soisson, la última adquisición de John Law, una finca monumental con una fastuosa fachada y un extenso jardín. La sociedad reunía todos los derechos comerciales de las que hasta entonces habían actuado en África, las Indias Orientales, China y el Nuevo Mundo. Pero eso no impidió que la gente siguiera hablando exclusivamente de la Compañía del Misisipi.

Con la segunda emisión de acciones había suficiente capital disponible para reanimar el comercio ultramarino francés. En adelante, quien suscribía acciones ya no participaba en una empresa podrida, como se burlaban los periódicos, sino en la mayor compañía mercantil del mundo. Sin embargo, resultaba espectacular que, en teoría, cualquier cochero y cualquier cocinera pudieran adquirir una acción y participar así en los futuros beneficios de la sociedad, de la misma manera que un gran financiero.

Con los ingresos de la emisión de acciones, John y William encargaron la construcción de veinticuatro barcos, con un volumen de carga de quinientas toneladas cada uno. Una gran expedición iba a ponerse en marcha, dejando pequeño todo lo hasta entonces conocido.

—Se apuntan pocos voluntarios —se quejó William con expresión pesarosa—. Tenemos veinticuatro barcos, pero poca gente que quiera asentarse en el Nuevo Mundo.

John observó a su hermano, sentado e inclinado sobre los mapas y listas de provisiones, devanándose los sesos con problemas que, en su opinión, eran fáciles de resolver.

—¿Cómo es que no encuentras gente, William? —preguntó con aire inocente.

—La gente tiene miedo. Cuentan que en Luisiana hay terribles ciénagas llenas de gigantescos cocodrilos. Que el continente entero es un pantano maloliente, lleno de insectos que contagian enfermedades incurables.

—¿Pero tú no tienes miedo?

William alzó la vista hacia su hermano, irritado:

—Me has concedido créditos para comprar acciones. Ahora soy propietario, John. Moveré cielo y tierra para tener éxito. Pero ¿cómo convenzo a unos desconocidos para que se me unan?

—El ser humano elige siempre el mal menor, William.

—¿Qué quieres decir?

Cientos de presos engrilletados fueron llevados a los puertos del Sena, y embarcados. Esa misma mañana los siguieron unos centenares de prostitutas, recogidas por las calles la noche anterior.

William estaba en el puente del buque insignia y supervisaba el trajín. Abajo, en el muelle, los curiosos esperaban que se levaran anclas.

—Me ha prometido un gorro de piel de castor —dijo el pequeño John, y miró a su padre.

—Eso es lo mínimo que debería traer —respondió John.

—El proyecto de vuestro esposo es digno de admiración —afirmó Saint Simon, que gustaba de buscar la proximidad de Catherine.

—He oído decir que la población estaba muy indignada —repuso Catherine.

—Nadie ha sido obligado —respondió John—. Si yo estuviera pudriéndome en una gélida celda, también me apuntaría para ir al Nuevo Mundo. Trabajarán como negros, pero serán libres. Y Crozat le Riche me contó que en Luisiana hace sol todo el año.

Saint Simon parecía un tanto escéptico.

—Quizá el modelo de negocio del buen Dios era un poco más prometedor cuando sólo puso a Adán y Eva en el Paraíso. Adán no era un criminal y Eva no era una prostituta.

—¿Quién puede saberlo hoy? Tal vez el buen Dios tuviera un sistema mejor —bromeó Law—, pero tampoco tenía tantos accionistas echándole el aliento en la nuca.

Pocas semanas después de que los barcos se hicieran a la mar, la hermosa Rebecca se sentó desesperada en su salón y dio libre curso a sus lágrimas. Se había negado a ir al puerto a despedir a William. Ahora estaba sola con sus sirvientes en un fastuoso palacio y ya no se alegraba de haber obligado a William, después de semanas de escenas y disputas, a comprar esa casa tan grande. Pasó los días siguientes preocupada e imaginó mil y una catástrofes que siempre terminaban con la espantosa muerte de su esposo, torturado hasta la muerte por salvajes en los pantanos del Nuevo Mundo.

—Deberíais escribir novelas, madame —le recomendó su doncella.

Rebecca se puso furiosa. Insultó a la doncella del modo más zafio y la despidió. Cuando la doncella bajaba la escalera con su maletita, la joven fue tras ella y le pidió entre lágrimas que se quedara. Cuando, más tarde, ordenó al personal correr las cortinas y llevarle un auténtico *whisky* escocés, la servidumbre transmitió su alarma a Catherine. Sin embargo, ésta fue rechazada en la puerta: la señora estaba enferma y no recibía a nadie. Así que finalmente Catherine pidió a John que fuera a visitar a su cuñada.

A éste no se le negó la entrada. La doncella lo llevó al dormitorio de Rebecca.

Estaba oscuro. John se sentó en el borde del lecho y Rebecca susurró que nadie podía imaginar la magnitud de su sufrimiento.

—¿Estáis enferma? —preguntó él.

Ella abrió los ojos un momento y volvió a cerrarlos.

—He soñado que nunca volveré a ver a William.

—Rebecca, ¿queréis charlar acerca de sueños? —No pudo ocultar su disgusto.

Ella se sobresaltó. Abrió los ojos y se incorporó. Tenía el torso desnudo, pero se subió la sábana hasta medio cubrirse el pecho con marcada lentitud.

—Sí —dijo—, quería confiarme a vos, hablar de mis sentimientos, pero vuestro interés se centra única y exclusivamente en vuestras acciones. ¡Así que hablemos de acciones! La cotización no sube. Cuando William regrese algún día, sus acciones ya no valdrán nada. ¿Y qué habrá obtenido a cambio? ¡Deudas! ¡Nada más que deudas!

John se incorporó y descorrió las cortinas. Un sol deslumbrante entró en la habitación. Rebecca se protegió los ojos con la mano.

Él se acercó a la cama.

—¿Qué queréis, Rebecca? —preguntó con voz grave.

Ella bajó lentamente la sábana y dejó sus pechos al descubierto.

—Tomadme en vuestros brazos, monsieur. Os pertenezco.

John estaba sentado a su escritorio con mirada sombría, ante la ventana. A su derecha se encontraba el escritorio de Angelini, que observaba a su señor.

—Parecís cansado, monsieur —comentó, y miró intrigado a John.

Al cabo, éste respondió a su mirada y sonrió para sus adentros.

—Las compras del regente han dado impulso a la cotización, pero seguimos sentados sobre una montaña de acciones —dijo Angelini.

—Nos hacen falta buenas noticias.

—Vuestro hermano tendrá que traer muchas buenas noticias para estimular la imaginación de los inversores.

—Ofreced a los accionistas la recompra de sus acciones con una prima del veinte por ciento —decidió John.

—Entonces nos sentaremos sobre más acciones aún, monsieur.

—Ninguna noticia es tan buena como la que se desarrolla en la cabeza de los inversores. Cuando la cotización suba un veinte por ciento, algunos venderán y se jactarán en todas partes de sus beneficios. La gente pensará que hay novedades del Nuevo Mundo, información que ellos aún no tienen. Comprarán, habrá rumores, y las profecías se habrán cumplido *a posteriori*. Tenemos que ayudar a los inversores a tener suerte.

—Doy gracias a Dios de que los dos muchachos se entiendan tan bien —dijo la viuda

de Orleans cuando los dos chiquillos pasaron galopando por la orilla del Gran Canal.

John y Catherine se inclinaron respetuosos ante la anciana. Iba camino de los setenta, y había acumulado un buen montón de grasa. Reinaba majestuosa en el asiento acolchado de la góndola veneciana que, lentamente, guiada por un gondolero italiano, recorría el canal a espaldas del palacio de Versalles. John y Catherine se sentaban en el banco, un poco más bajo. En la orilla, la sociedad cortesana saludaba desde la sombra de los árboles.

—Para nosotros es un gran honor conocer personalmente a la madre de nuestro muy respetado regente —dijo John, respondiendo a la cálida sonrisa de la princesa alemana, nacida en el Palatinado.

—Felipe me ha hablado mucho de vos, monsieur. También yo necesitaba conocer al gran John Law. Ejercéis una maravillosa influencia sobre mi hijo. Ya no bebe una gota de alcohol.

Siguió con los ojos el galope de los dos muchachos, que acababan de llegar al final del canal y volvían a picar espuelas a sus caballos.

—Felipe odia Versalles. Pero todos los años, el nueve de junio, tiene que hacerme compañía aquí. Su padre, que por desgracia también se llamaba Felipe, murió hace hoy dieciocho años, en una de sus numerosas orgías. Siempre celebro el acontecimiento con una buena botella de Burdeos.

John y Catherine intercambiaron una breve mirada.

—Al padre de Felipe no le interesaban mucho las mujeres. Lo que realmente no puede afirmarse de su hermano, el Rey Sol. Podéis imaginaros que no fue un matrimonio divertido para una mujer joven. Por eso me dediqué a la comida. La comida es, si queréis, la lujuria de la vejez —sonrió Charlotte von de Pfalz, a la que en la corte llamaban tan sólo la viuda de Orleans.

Los dos jóvenes cabalgaban ahora ante la sociedad cortesana. Los criados servían zumos de frutas refrescados con hielo.

—Nuestro joven rey cabalga ya con buenas maneras, diría yo. Para sus nueve años. ¿Qué edad tiene vuestro muchacho, monsieur?

—Catorce —respondió John—. Nuestro hijo ya tiene catorce. Hasta ahora ha tenido pocas oportunidades de cabalgar.

—Eso va a cambiar —sonrió la anciana. Tenía una manera muy franca y directa de hablar con otras personas—: El joven rey aprecia mucho la compañía de vuestro hijo, monsieur. Vuestra llegada a París es una bendición para él, pero también para nuestro regente. Y para la ciudad. Y, quién sabe, quizá para toda nuestra nación. —Rió, estremeciéndose de arriba abajo. La góndola se meció.

—Ésa es mi aspiración, madame, hacer de Francia la nación más poderosa del mundo.

Charlotte von der Pfalz sonrió, divertida.

—¡Monsieur, quiero comprar acciones!

—Decidme el número, madame, y os prometo que haré todo lo posible.

—¿Puedo confiar en vos? —preguntó la viuda con severidad.

—Naturalmente... —Iba a añadir algo más, pero la anciana todavía tenía algo que decir.

—Como viuda, tengo que cuidar por mí misma de que mi posición se mantenga, monsieur. Cuando mi esposo murió hace dieciocho años, no me sobrecogió la idea de que estaba muerto, sino saber que, en tanto que viuda, no me quedaba más que ingresar en un convento. Estoy obligada a una eterna gratitud hacia nuestro difunto rey Luis XIV por haberme ahorrado ese destino y por poner discretamente a mi disposición los medios para sobrevivir en Versalles siendo viuda. También mi hijo se preocupa por mí, pero por desgracia ha heredado alguna que otra virtud de su padre. —Dirigió una mirada penetrante a John. Al cabo dijo—: Sobreviví a la peste cuando tenía cuarenta años, imagináoslo. Todos mueren, y la gorda del Palatinado vuelve a despertarse cada mañana. —Y rió con estrépito, haciendo mecerse una vez más la góndola.

—Puedo tener algo muy especial para vos —empezó cauteloso John—. He hecho a vuestro hijo Felipe de Orleans la oferta de adquirir por cincuenta millones de libras los derechos sobre la Real Casa de la Moneda. Si acepta, financiaré ese coste con la emisión de un tercer paquete de acciones. Con cincuenta mil *petites filles*, así llamamos a las acciones de la tercera emisión. Si queréis comprar una acción de la tercera emisión, no necesitaréis dinero en metálico, sino cuatro acciones de la primera emisión y una de la segunda. Así empujaremos al alza los precios de las acciones de la primera y segunda emisión. Pero vos, madame, tendréis lo que deseáis.

—Suponiendo que mi hijo acepte vender la Real Casa de la Moneda —dijo con un mohín la viuda de Orleans.

—Así es, madame.

El coche descubierto de la viuda de Orleans esperaba en el muelle. Con algún esfuerzo, tres criados ayudaron a bajar a tierra a la corpulenta princesa. Ésta, John y Catherine subieron al coche. Al llegar ante los cortesanos se detuvieron.

—¡Madame, vamos a comer! —gritó el duque de Orleans a su madre. Se liberó del abrazo de su nueva amante y trató de incorporarse, pero sólo alcanzó a ponerse de rodillas.

La viuda se volvió, un tanto pesadamente, hacia su hijo y le gritó, enérgica:

—Es el sol, Felipe. Cuántas veces tengo que deciros que no debéis beber con tanto sol.

—El pescado estaba en malas condiciones, madame. Ha sido el pescado —gimió el regente—. No he probado una gota.

Sus acompañantes prorrumpieron en carcajadas.

—Bueno —suspiró la anciana—, el camino hacia el infierno está empedrado de buenas intenciones. —Se volvió hacia John y susurró—: El peso del cargo lo va a matar. Me alegro de que nuestro joven rey vaya a ser coronado dentro de tres años. Entonces Felipe volverá a tener más tiempo para las bellas artes. Pero hasta entonces,

monsieur, cuento con vuestra ayuda. Felipe os necesita. —Sonrió, y añadió con picardía—: Y yo necesito vuestras acciones.

Algunos guardias suizos contenían a la impaciente multitud que quería entrar en la casa de John Law. Estaban apiñados hombro con hombro en la place Louis le Grand, nobles, truhanes, artesanos, prostitutas, sencillamente todo el que en París tenía dos pies y podía utilizarlos. Exigían entrar, pedían audiencia, hablaban a coro, llamaban a John. Lo que unía a todas esas personas y las volvía iguales entre iguales era la codicia de más acciones. Las acciones de la Compañía del Misisipi habían pasado en sólo tres meses de valer cuatrocientas noventa libras a valer tres mil quinientas. ¿Para qué trabajar? Ésa era la pregunta que se hacía todo París. Los créditos eran baratísimos. Incluso a una cocinera le resultaba posible tomar un crédito y comprar acciones. Si es que aún había.

Algunas jóvenes nobles lograron deslizarse entre los guardias suizos, que no se atrevieron a actuar contra unas jóvenes tan distinguidas. Irrumpieron en el vestíbulo de la sociedad mercantil, subieron corriendo la escalera y entraron en el despacho de John. Angelini estaba a punto de pagar a un cochero que había vendido acciones.

Cuando las jóvenes entraron, el cochero, que quería compartir su alegría con todo el mundo, exclamó:

—¡Tenía que vender mil acciones a dos mil quinientas libras por encargo de mi señor, y las he vendido a tres mil quinientas! He ganado... —El cochero se interrumpió abruptamente. Se rascó la cabeza y miró a John Law buscando ayuda.

—Un millón —susurró éste.

—¡He ganado un millón de libras! ¡Un millón! —gritó el hombre.

—¡Nosotras queremos comprar esas acciones! —gritaron las mujeres, rodeando a John.

—Mesdames, tengo que resolver un asunto muy urgente —las rechazó él. Llevaba allí sentado desde primeras horas de la mañana, y aún no había tenido oportunidad de aliviarse.

—¿Qué es más urgente que recibirnos? —replicó la más joven de las damas, evidentemente para impresionar a sus amigas.

—Orinar, mesdames, simplemente orinar.

—No os preocupéis por eso, monsieur, no nos molesta que orinéis aquí, ¡pero vendednos esas acciones!

Una de las damas tomó en sus manos las acciones que el dichoso cochero había vendido y gritó:

—¡Compro estos papeles!

El cochero se inclinó hacia Angelini, visiblemente marcado por el cansancio, y preguntó de nuevo:

—¿Cómo se llama a alguien que tiene un millón de libras?

—¡Millonario!

—¿Qué es un millonario? —preguntó una de las jóvenes.

—Alguien que tiene un millón de libras —repuso John, mientras vaciaba la vejiga en un orinal en un rincón de la sala.

—¡Nosotras también queremos ser millonarias! —gritó la más joven, y se acercó al banquero que orinaba.

Las otras la imitaron y gritaron que querían ser millonarias. Una de ellas se arrodilló ante John, tiró al suelo el pañuelo que llevaba al cuello y descubrió los pechos:

—Monsieur, haré lo que queráis.

Entonces también las otras arrojaron al suelo los pañuelos y se descubrieron los pechos. En ese momento Catherine entró en el despacho. Llegó a tiempo de ver cómo John volvía a meterse el miembro en los pantalones mientras Angelini daba furiosos puñetazos en la mesa para poner fin a la situación.

—¡No dejéis pasar a nadie más, madame! —gritó John—. ¡La gente ha perdido el juicio!

El cochero empujó a Catherine, se disculpó varias veces y tropezó luego con varias personas que también se habían abierto paso y ahora querían ver a John Law.

—¡Atrancad la puerta! —ordenó Angelini—. ¡Necesitamos soldados!

Entretanto, el cochero salió a la calle y rugió a pleno pulmón:

—¡Soy millonario!

Y su voz resonó en toda la place Louis le Grand.

—Millonario —rió Larcet—, ésa es una palabra nueva. Desde hoy, a alguien que tiene un millón de libras se le llama millonario.

Larcet estaba sentado en la sala de reuniones del piso superior de la imprenta, y miraba divertido a sus huéspedes. Samuel Bernard hizo un gesto despectivo; hervía de ira, buscaba las palabras, y todavía más una escapatoria. D'Argenson y Crozat intercambiaron una mirada. Sencillamente, no podían entender lo que estaba pasando en París.

Saint Simon hizo un mohín.

—¡Será difícil derribar a monsieur Law, ahora que todos los parlamentarios compran acciones!

—Citad al menos a Voltaire —le dijo el banquero Bernard al editor Larcet—. Voltaire ha escrito una carta al Parlamento. Escribe: «¿Es que todos en París os habéis vuelto locos? ¡Sólo oigo hablar de millones! ¿Es que media nación ha encontrado la piedra filosofal en las prensas de papel? ¿Es Law un dios, un truhán o un charlatán que se intoxica él mismo con la droga que reparte a todos?» ¡Citad esta carta, monsieur!

—Es posible que Voltaire y yo —dijo divertido Saint Simon— seamos los únicos

parisinos que aún no han suscrito acciones.

—¿De veras? —preguntó escéptico D'Argenson.

—Sí, de veras. Admiro las capacidades de monsieur Law, aprecio sus modales cultivados, pero...

—La madre del regente cuenta que se descubrió el sexo y orinó en presencia de cinco damas —protestó Bernard—. ¿Es eso cultura?

—Lo obligaron a ello —intervino Crozat—, lo he oído de fuente muy fiable, y por lo demás, monsieur Bernard, sólo comprenderéis lo que es cultura cuando hayáis visto Luisiana. ¿Cómo vais a valorar el tamaño de una manzana sin compararla con otra manzana?

—¡Basta de cháchara, Crozat, seguro que vos también habéis suscrito acciones! —gritó Bernard.

Crozat asintió, sonriendo de oreja a oreja.

—Messieurs —protestó Saint Simon—, me habéis interrumpido. Iba a manifestar que aprecio en extremo a monsieur Law, aunque no puedo aprobar en modo alguno los actuales acontecimientos. Pero estoy convencido de su sinceridad. Sus motivos son nobles. ¡No piensa en sí mismo, sino en Francia!

D'Argenson se volvió hacia Larcas.

—¿Y qué dirá mañana el periódico, monsieur?

—Hay cosas que tienen muy poca importancia —pontificó Larcas— pero son muy interesantes. Y hay cosas que no son interesantes pero tienen mucha importancia.

Todos los presentes lo miraron expectantes.

—Desde hoy hay una palabra nueva. ¡Millonario! Y creo que esa palabra nueva interesa a todo París. A toda Francia. ¡A toda Europa!

—¡Oh! —suspiró el duque de Orleans—, otra palabra nueva.

Dejó caer el periódico sobre la mesa. El título del editorial de la primera página tenía una sola palabra: «Millonario.»

El duque se esforzó por mantener los ojos abiertos. Estaba cansado, y se encontraba mal. Se sentó a la cabecera de la mesa de reuniones y reflexionó. No se sabía con exactitud, pero se intuía lo que estaba pensando, aunque era perfectamente posible que estuviera quedándose dormido. Al cabo de un rato dijo:

—Monsieur Law, cuando esta mañana visité a mi querida madre en su dormitorio, me dijo que era cinco veces millonaria. —Felipe hizo una pausa y alzó la vista hacia Saint Simon, que sonreía taimado para sus adentros—. ¿También hay una palabra nueva para cuando se es cinco veces millonario?

—No lo sé, monsieur. Pero creo que con un beneficio de cinco millones de libras en tres meses es posible soportar la incertidumbre lingüística.

—Me temo que tenéis razón, monsieur. —El regente se volvió hacia D'Argenson

—. ¿También vos sois... millonario, monsieur?

—Sí, alteza —admitió D'Argenson con algún esfuerzo—. No soy ningún tonto.

—¿Es entonces el duque de Saint Simon un tonto porque sigue negándose, con ejemplar testarudez, a adquirir acciones? —El duque miró alrededor y añadió—: Incluso le he ofrecido regalarle acciones, pero lo ha rechazado.

D'Argenson sonrió.

—Saint Simon sostendrá esto en sus diarios, para que la posteridad sepa de su constancia. Sin duda, esa idea puede valer un millón. Yo, en cambio, no escribo diarios. Compró acciones.

—Monsieur Law —empezó el regente la parte más seria de la reunión—, no he convocado al Consejo de Regencia para charlar sobre nuevas palabras. Francia prospera, pero necesitamos más liquidez aún para poder crecer más deprisa. Los banqueros de París se niegan a conceder crédito a la Corona. Demasiados créditos se hundieron en el canal que hay entre Francia e Inglaterra. No puedo reprochárselo a nadie. Pero monsieur Law se ha ofrecido a pensar en ello. ¿Lo habéis hecho, monsieur?

—Ofrezco a la Corona un crédito de mil doscientos millones de libras a un interés del tres por ciento. Con eso podrá pagar su deuda de la noche a la mañana.

—¿Cómo vais a financiarlo? —preguntó D'Argenson—. ¿De dónde vais a sacar todo ese dinero? —Estaba visiblemente irritado.

—Asumiendo, por cincuenta y dos millones de libras, el derecho exclusivo a recaudar impuestos en Francia.

—¿A quién más queréis convertir en vuestro enemigo, monsieur? —D'Argenson lanzó una rápida mirada al regente.

—La compañía me paga para hacer negocios, monsieur, no para ser popular. Pero pienso que mi oferta es muy generosa. Hasta ahora un sindicato de cuarenta financieros de París mantenía arrendado el derecho a cobrar tributos. Y por mucho menos dinero.

—No veo el problema, D'Argenson —terció el regente—. La oferta de monsieur Law es más favorable. ¿Qué nos importan las animosidades, la envidia y los celos?

D'Argenson se volvió hacia Law.

—¿Cómo vais a lograr que ese negocio produzca beneficios? ¿Queréis arruinar con nuevos impuestos a la población de Francia?

—Muy al contrario —sonrió John. Parecía disfrutar de la renovada enemistad de D'Argenson—. Suprimiré sin sustituto alguno la mitad de los impuestos. Ya no habrá impuestos para la leña, ya no habrá impuestos para el carbón, ya no habrá impuestos para las bebidas y los alimentos.

D'Argenson abrió desorbitadamente los ojos.

—Pagáis más por el derecho a recaudar impuestos y ahora calculáis menos ingresos. ¿Es posible que durante la clase me haya perdido alguna lección, monsieur?

—Todo francés dispuesto a trabajar tiene hoy trabajo, medio millón de personas

afluye a Francia desde todos los lugares de Europa, el comercio florece. Cada vez más gente gana cada vez más dinero, y por tanto paga cada vez más impuestos. ¡Incluso si bajamos los impuestos, tendremos más ingresos que hace un año!

—Es realmente brillante —rió el regente.

D'Argenson reflexionó. El regente lo miró. D'Argenson calló. Al cabo de un rato, se encogió de hombros y alzó las cejas.

—Muy bien, no me opondré, pero con una condición: llevaos vuestra venta de acciones a la rue Quincampoix. Ayer estuve una hora entera atascado por la multitud. Todos querían acciones.

—Como vos —dijo John.

A las siete en punto resonó un redoble de tambores en los dos extremos de la rue Quincampoix. Cuando los tambores enmudecieron, un soldado de la guardia tocó el gong. Las barreras que cerraban la calle fueron levantadas y los soldados se apartaron. Miles de personas entraron corriendo, gritando, y dándose brutales codazos, pisándose unos a otros y cayendo en el estrecho callejón de aquel barrio maloliente y venido a menos. Todos tenían una sola cosa en mente: comprar acciones. El que tropezaba, caía. Y el que caía, se quedaba tirado en el lodo en medio de la estrecha calle y acababa pisoteado y zarandeado como un trapo.

La sede principal de la Compañía del Misisipi, en aquel momento la mayor sociedad mercantil del mundo, abría sus puertas ese 17 de septiembre de 1719 en la legendaria rue Quincampoix, que ya en el siglo XII había sido la calle de los cambistas. John Law había lanzado la cuarta emisión de acciones, esta vez de cien mil, a las que llamaba *cinq-cents*, y que ofrecía un valor nominal de quinientas libras por cinco mil.

El ansia de beneficio rápido hacía caer todas las barreras sociales. En la rue Quincampoix no sólo se vendían y compraban acciones, sino que también se intercambiaba información. Allí, un marino que acababa de regresar de España se vio asediado porque se suponía que posiblemente se había encontrado a otro marino que conocía a un tercer marino que frecuentaba una taberna portuaria a la que iban marinos que de vez en cuando tenían contacto con marinos que habían regresado de Luisiana. Donde faltaban hechos y cifras, florecían la especulación y la superstición. Los soldados intentaban contener con amenazas y con violencia a la multitud enloquecida. Pero apenas una doncella chillaba que tenía un par de acciones que vender, resonaba un rugido como el de un huracán y la horda corría en su dirección.

A Daniel Defoe le costó mucho esfuerzo alcanzar la sede de la compañía. Apenas avanzaba un par de pasos, cuando era rechazado por la siguiente oleada humana y estrujado contra los coches y las paredes. Era casi para volverse loco. Junto a él maldecían unos cuantos italianos expresamente venidos de Roma para adquirir acciones, en el suelo gimoteaba un joven holandés al que un coche había roto la tibia.

La gente quería acciones, acciones y más acciones, a cuatro mil quinientas libras la unidad. Era diez veces el precio de emisión de hacía cuatro meses.

—¡Pliego cuatro mil setecientos! —ofreció un enjuto lacayo de librea ocre.

Fue como una sentencia de muerte. Numerosas personas se vieron arrastradas contracorriente hacia el vendedor, que se apoyó contra una pared en temerosa espera. Daniel Defoe fue arrastrado y no tuvo elección. Era asombroso lo arrolladora que podía ser una multitud puesta en movimiento.

—¡Cuatro-ocho!

—¡Cuatro-ocho-cinco!

—¡Cuatro-nueve!

—¡Cinco-uno!

La gente alzaba al cielo los puños, esgrimía bolsas de dinero y billetes y se abría paso, maldiciendo y rugiendo, hacia el enjuto criado de chaqueta ocre. Defoe se vio estrujado una vez más contra la pared.

Un grueso individuo de sotana negra lanzó el brazo hacia delante, como un piquetero experimentado, y alcanzó unos billetes al asustado lacayo.

—¡Para la Iglesia —rugió—, ocho unidades, a cinco-uno!

—¡Ciento veinte unidades! —gritó el criado. Parecía cercano a las lágrimas, y no paraba de mover los ojos.

Un joven noble, queapestaba como un tonel de Burdeos, dio al clérigo un violento codazo en el vientre. Esto indignó al capuchino, que imploró a voz en cuello la ayuda de Dios, alzó los brazos al cielo y, al hacerlo, golpeó en el rostro a Defoe, que estaba tras él. Dos jóvenes aprendices de panadería se habían abierto paso hacia el criado de librea ocre. Mientras uno mantenía a raya a la concurrencia, el otro compró al agotado criado las ciento veinte acciones a cinco mil cien libras cada una. Seiscientos doce mil libras, por unas acciones que cuatro meses antes habían costado cincuenta y cuatro mil.

Apenas los dos mozos tuvieron sus acciones en la mano, uno de ellos gritó:

—¡Pliego cinco mil cuatro...!

En la pared de enfrente, otro gritó:

—¡Pliego cinco mil tres...!

La multitud se movió hacia el otro lado del callejón. Defoe y el lacayo de la librea respiraron. Entretanto, coches y caballos estaban atascados en la calle, cada vez más gente era presa del pánico y algunos yacían heridos en el suelo, pero nadie se apiadaba de ellos. La gente quería acciones y nada más que acciones.

Defoe echó una mirada al de la librea y sonrió.

Él sonrió a su vez.

—Sólo debía vender por cuatro mil setecientas —jadeó.

—Vuestros señores se alegrarán —repuso el escritor en su mal francés.

—Les pagaré una cotización de cuatro-siete. Mis señores estarán satisfechos con un beneficio de diez veces más. Muy satisfechos. Pero lo que va de cuatro-siete a

cinco-uno es mío. Cuarenta y ocho mil libras son cinco años de trabajo, monsieur. Cinco años de trabajo en unos pocos minutos.

—¿Y qué vais a hacer con vuestras ganancias? —preguntó Defoe, mientras volvía a contemplar las preocupantes escenas de la calle.

—¡Dinero, cinco-dos! —rugió de pronto el enjuto criado, tan alto que se le quebró la voz. Luego volvió a correr hacia la multitud, sin temor y dispuesto a todo. Quería convertirse en millonario.

Defoe se volvió y se abrió paso en dirección al edificio. No era difícil distinguir el portal de la entrada: dos docenas de soldados apostados en los escalones hacían retroceder a la multitud con lanzas que mantenían horizontales a la altura del pecho. Tras ellos había otros, dispuestos a clavar las bayonetas si fuera necesario.

Defoe trató de llegar hasta la primera fila, pero era imposible. Los que esperaban estaban ya tan agotados que reaccionaban violentamente contra todo el que quería adelantarse.

—¡Soy Daniel Defoe, tengo que ver a John Law! —rugió, para general diversión de los que esperaban.

—Todos queremos ver a monsieur Law —rió una joven. El moreno de sus desnudos brazos y piernas y los harapos que asomaban bajo su coqueta falda revelaban que hasta hacía poco había trabajado en el campo.

—¡Me envía la Corona inglesa! —bramó Defoe, y volvió a cosechar carcajadas.

—Aunque fuerais el Papa —se burló un aristócrata que se presentó como abogado—, tendríais que hacer cola como cualquier otro. Ante la Compañía del Misisipi todos los hombres son iguales.

—¡Dios bendiga al rey y a monsieur Law! —gritó alguien.

La multitud aplaudió. Entonces, de pronto, Angelini apareció en los escalones. Todos gritaron y gesticularon como locos. Angelini se mantuvo resguardado tras los soldados. Susurró algo al oído del capitán de la guardia, quien se inclinó hacia delante entre los lanceros y señaló a un hombre entre la multitud. Lo dejaron pasar. Era Saint Simon.

Defoe rugió:

—¡Soy el tío de John Law!

Angelini pareció haberlo oído. Escudriñó la multitud y Defoe volvió a rugir:

—¡Soy el tío de John Law!

Sacó un libro del bolsillo interior de su levita y se lo lanzó a Angelini trazando un amplio arco. Los soldados lo alcanzaron hábilmente al vuelo con sus lanzas. Angelini dio orden de que le entregaran el libro. Lo sujetó y regresó al edificio con Saint Simon.

En el interior había más guardias suizos, ante cada puerta estaban apostados lacayos y ayudas de cámara, corrían mensajeros en todas direcciones. Reinaba un estado de asedio en toda regla. Angelini guió a Saint Simon por la gran sala de espera hasta la antecámara, y de allí al despacho de John Law, donde dos docenas de

personas esperaban ya que los secretarios les entregaran los prometidos documentos accionariales. Había seis mesas alineadas una tras otra. En todas se sentaba un secretario que escribía a toda prisa y firmaba las acciones impresas, poniéndoles fecha y número de documento.

John fue al encuentro de Saint Simon con los brazos abiertos:

—Monsieur le Duc, ¿qué puedo hacer por vos?

Saint Simon miró a los visitantes, que esperaban tensos la expedición de sus acciones.

John comprendió y sonrió.

—Vamos aquí al lado.

—Vuestro tío espera fuera, monsieur Law —dijo Angelini. Se encogió de hombros con aire desvalido y entregó a John el libro que Defoe le había lanzado. John lo abrió. Una sonrisa iluminó su rostro.

Robinson Crusoe. Escrito por él mismo.

—Pero eso lo ha escrito un periodista inglés —dijo Saint Simon, que se había acercado con interés—; apareció en abril y a las pocas semanas ya estaba agotado.

—Que pase, Angelini. Llévalo a la sala de embajadores.

Luego, John se retiró con Saint Simon a una estancia contigua. Era una maravillosa biblioteca, con fascinantes grabados en las paredes que mostraban escenas del Nuevo Mundo: barcos, nativos, plantas exóticas, animales misteriosos, extraños paisajes.

—¿Lo habéis pensado mejor, mi querido duque? —preguntó John, posando afectuoso la mano en el hombro del francés.

—Jamás —susurró el duque— una obsesión tal ha hecho presa en los hombres, jamás había visto semejante locura. Junto a esto, la manía holandesa de los tulipanes^[1] parece una pequeña escaramuza.

—Todo necesita su tiempo, mi querido duque. En este momento la situación está un poco recalentada. Pero se enfriará.

—Sí —dijo Saint Simon con gesto sombrío—, quién sabe dónde terminará todo esto.

—Saldrá bien, monsieur —dijo John con voz firme, y le indicó que tomara asiento—, porque tenemos la cantidad de dinero bajo control y porque pronto aportaremos pruebas de que las acciones del Misisipi tienen un valor constante.

—¿Valor constante? —repitió confundido el duque—. Otra palabra nueva. ¿Necesitaremos una palabra nueva todos los días para explicar esta locura? Eso me da miedo, monsieur Law, me parece sacar el dinero del bolsillo a alguien para metérselo a otro. Y cuando el gran juego termine...

—Esto no es ningún juego, monsieur —John intentó calmar los temores del duque—, es el principio de una nueva era.

Angelini entró sigiloso en el despacho y se dirigió a su señor:

—La Charité, monsieur.

John asintió:

—Cien mil.

—¿Y la iglesia de St. Roche? —preguntó Angelini.

—Cien mil —repitió John.

Angelini se retiró tan sigilosamente como había venido.

—Vuestra generosidad os ha hecho ya más popular que nuestro rey —dijo Saint Simon haciendo un mohín—, dicen que sois más caritativo que el buen Dios.

—Me he convertido en el súbdito más adinerado de Europa, monsieur, y eso obliga.

De pronto, alguien golpeó el cristal de la ventana. Por un instante, se asomó una cabeza. Alguien intentaba auparse al alféizar. John se levantó de su sillón y fue hacia la ventana. En el jardín se habían congregado varias docenas de personas. Al ver al gran John Law, empezaron a gritar a voz en cuello su nombre y exigieron acciones. Cuando Saint Simon se acercó, los soldados ya los devolvían a la atiborrada rue Quincampoix.

—Así todos los días —suspiró John—, de la mañana a la noche. Todos quieren acciones —alzó la vista—. Excepto vos.

—Ya sé —dijo Saint Simon— que eso me ha reportado muchos enemigos. Ayer estuve con el regente en St. Cloud. En la Orangerie. Volvió a empezar con esa eterna discusión sobre las acciones, y me calificó de autocomplaciente porque rechacé las acciones que me ofrecía de forma gratuita. Dijo que muchas personas de rango y nombre enloquecerían por recibir un regalo del rey o el regente. Y más aún un regalo en forma de acciones del Misisipi. Me llamó desvergonzado. Desvergonzado o simple. Me dejaba elegir. Yo le expliqué con detalle que no quería tomar parte en esta locura, que soy un hombre de pensamiento y el dinero no significa mucho para mí. Entonces el regente se enfadó y dijo que todas mis explicaciones no cambiaban mi desvergüenza al rechazar un regalo del rey. —Saint Simon respiró hondo.

John trató de reprimir una sonrisa. Le parecía conocer toda la gama de potenciales peticionarios.

—Entonces —trató de hilar Saint Simon la parte más difícil de su discurso—, le recordé al regente que durante las guerras civiles mi difunto padre había defendido dieciocho meses la fortaleza contra el bando de Monsieur le Prince. Le dije que durante ese año y medio mi padre había fundido cañones, fortificado plazas, mantenido a quinientos nobles y pagado el sueldo de todas las tropas. Una vez terminadas las guerras civiles, el rey quiso reembolsar a mi padre la suma de quinientas mil libras. Pero la Corona jamás llegó a hacerlo. Así que le dije al regente que, si quería hacerme un regalo, me entregara sencillamente acciones por valor de aquellas quinientas mil libras.

John reprimió una sonrisa y asintió con marcada comprensión. Saint Simon estaba sorprendido de cómo había llegado a disfrutar con tanta facilidad de medio millón de libras, y añadió, confundido:

—Con los intereses e intereses compuestos, podría ascender a un millón de libras, monsieur.

—Daré ahora mismo las órdenes oportunas, Monsieur le Duc.

Saint Simon alzó un índice admonitorio.

—Pero quemaré una parte, para demostrar mi perseverancia. Sólo emplearé una pequeña parte en la restauración de mi propiedad.

—Pero ¿no pensáis que hay tiempo para eso? También deberíais apartar una suma para futuras restauraciones.

—Bueno —murmuró el duque, ceñudo—, de hecho la casa ya no es nueva. Y normalmente uno no hace gastos superfluos, ¿no creéis?

Cuando el banquero hubo despedido al duque, pidió a Angelini que llamara a su supuesto tío. John saludó al escritor con un ferviente abrazo. Tomó en sus manos el ejemplar de *Robinson Crusoe*.

—Os felicito por vuestra obra, monsieur Defoe, acaban de decirme que habéis tenido un gran éxito con ella.

—Estoy satisfecho —repuso modestamente Defoe—; la primera edición se publicó en abril de este año, hemos impreso una nueva cada mes, y ya hay en perspectiva traducciones al francés y el alemán.

Defoe dejó un segundo libro sobre la mesa:

—Ésta es la continuación. Se publicó en agosto. Aún habrá una tercera parte. —Y observó cómo Law hojeaba el libro.

—Echo de menos vuestro nombre en la portada.

—Aparezco en la página tres, como editor —dijo Defoe, y abrió la página.

—*Robinson Crusoe. Escrito por él mismo* —leyó John.

Defoe se echó a reír.

—Quería dar la impresión de que era un hecho cierto, ocurrido en realidad. A la gente le gusta ese estilo de escritura cercana a la realidad, como una noticia del periódico. Dicen que he inventado un nuevo género.

—Estoy orgulloso de vos, sir.

—Gracias, sir. Vuestro reconocimiento significa mucho para mí. Mi Robinson encarna la burguesía empresarial emergente de nuestro siglo. Y vos, monsieur Law, la estáis haciendo posible. Sois parte de ese impulso. Desde que vuestra estrella se alzó en el cielo europeo, las sociedades mercantiles de los otros países decaen. Dicen que con vuestra Compañía del Misisipi vais a poner de rodillas a Inglaterra.

—Muchos enemigos, muchos honores —rió John—. En cuanto sean superiores en número, los envidiosos vendrán con la guadaña.

—A quién se lo decís —repuso melancólico Defoe—. Me reprochan haber utilizado el relato de viaje del médico naval Henry Pitman y el libro *Krinke Kesmes* de Hendrik Smeeks, y haber hecho con eso un potaje nuevo. Pero al menos admiten que mi potaje es muy sabroso.

—Me conmueve que hayáis pensado en mí, monsieur —dijo John al ver la

dedicatoria de los dos libros.

—Os lo había prometido. Entretanto, he estado alojado varias veces en la prisión de Newgate. No podía evitar pensar en vos, monsieur. Y me juré que, si salía alguna vez, vendría a París y os traería un ejemplar. Ahora se han convertido en dos.

—Gracias, señor Defoe. ¿Puedo compensaros de algún modo?

—Me gustaría invertir mis honorarios como autor en acciones del Misisipi. Pero los precios que figuran ahí fuera son demasiado altos para mí.

John sonrió complacido y le pidió que tomara asiento.

Poco después, Defoe se sentaba frente a John en un coche que se dirigía lentamente a la place Louis le Grand. Lo seguía una multitud. Se oían gritos:

—¡Dios guarde al rey y a John Law!

Defoe sujetaba entre las rodillas un tintero del tamaño de un puño. Escuchaba con atención las explicaciones de John, mojaba la pluma y tomaba notas.

—Mis lectores quedarán extasiados —comentó jovialmente, echando una mirada fugaz a la gente que seguía al coche corriendo.

John sacó una caja de madera de debajo de su asiento. Estaba abierta y llena de escudos de plata. Metió una mano en ella, y con la otra abrió la puerta del coche en marcha y arrojó el dinero a la multitud. Una y otra vez, lanzó a la calle escudos de plata mientras la multitud estallaba en gritos histéricos.

—Escribid que en Francia todo el mundo encuentra trabajo. Que la pobreza y el hambre pertenecen al pasado. Que vienen artesanos de todas partes; las manufacturas están sobrecargadas de pedidos para años y la gente tiene dinero como nunca antes. Los impuestos bajan; en los últimos meses se han suprimido más de cuarenta, sin sustituirlos por otros. Escribid que en Francia hemos implantado el papel moneda, y que el sistema funciona.

—Escribo que las gentes cantan y bailan por las calles...

—Escribid que construimos carreteras y puentes, que invertimos millones en la ciencia. Escribid que Francia se dispone a explorar nuevos continentes. La Compañía del Misisipi dejará pequeño todo lo que la humanidad ha visto hasta ahora.

John habría podido contestar a cualquier pregunta. Defoe era un feliz accionista de la Compañía del Misisipi, y estaba entrevistando al hombre más poderoso del mundo.

—He oído —dijo con admiración— que invertís vuestro dinero en inmuebles, diamantes y terrenos, que compráis barrios enteros aquí en París. Un tercio del continente americano es de vuestra propiedad. Vuestra participación en la Compañía del Misisipi vale miles de millones. ¿Cómo se siente alguien al ser el hombre más rico del mundo?

—Cuando se tiene dinero, es fácil manifestar desprecio acerca de él. Pero a mí nunca me ha interesado el dinero en sí, sino el sistema. No estoy orgulloso de los

miles de millones, estoy orgulloso de que el sistema funcione. Para la humanidad, es tan importante como la invención de la rueda. ¡La gente vuelve a tener trabajo y comida!

—¿Hace feliz el dinero?

—Da igual en qué situación de la vida os encontréis, con un poquito más de dinero será un poco más fácil de superar. Pero no se trata de dinero, señor Defoe, si se tratara de eso yo ya habría dejado de trabajar. Se trata de más. Se trata de una idea. Estamos en vísperas de una gran revolución. Nada volverá a ser como antes. No serán los predicadores los que liberen a los hombres, no serán los Voltaires y los Montesquieu, sino las máquinas. Y éstas serán impulsadas con dinero. Con un dinero que no existe.

La recepción que ofreció la Compañía del Misisipi en diciembre de aquel año fue más grandiosa que todas las fiestas que el regente había organizado en los últimos años. Reyes, príncipes, duques, condes, obispos, banqueros, artistas, el nuncio del Papa... todos habían seguido la fama de la compañía mercantil hasta París para ver al gran John Law. Sus dos hijos se habían convertido en los más cotizados candidatos al matrimonio de Europa.

—Hacéis la competencia a la corte —susurró el duque de Orleans cuando pudo hacer un aparte de algunos minutos con John—. ¿Qué más puedo ofrecer, John Law de Lauriston, gobernador de la Luisiana, duque de Arkansas y miembro de honor de la Academia de las Ciencias?

—Un cargo —sonrió él—, un cargo del Estado.

—¿Queréis ser inspector general de Finanzas? —preguntó el regente con escepticismo.

John asintió.

—Sólo estoy al principio de mi trabajo, monsieur. Dadme el poder para terminarlo.

—Hay ciertos problemas... —caviló el regente.

—Monsieur, la Corona ha pagado sus deudas este año y ha acumulado un patrimonio de cinco mil doscientos millones de libras. Francia, el país más poblado de Europa, tiene suficiente trabajo para todos. El país florece, dadme el instrumento para hacerlo inmortal. Con eso también vos seréis inmortal. Dejadme culminar mi obra.

—Bien —dijo el regente con sorprendente rapidez—, destituiré a D'Argenson... y os haréis católico.

—Si no es más que eso —se burló John.

—Se os va a poner a prueba en todos los órdenes, monsieur. Al lado de esto, la fundación de la Compañía del Misisipi habrá sido un juego de niños.

—John —exclamó en ese momento Rebecca, y se acercó a su cuñado junto con

Catherine. Lo abrazó y lo besó en la boca, y luego lo miró significativamente. Catherine tomó nota en silencio.

—Monsieur le Régent... mi cuñada Rebecca —la presentó John.

—Sufrió mucho cuando su esposo partió hacia el Nuevo Mundo —añadió Catherine con descarada burla—, pero la subida de las acciones ayuda a superar incluso la separación más dolorosa, ¿verdad, John?

Él la ignoró.

—Perdón si he sido maleducada —bromeó Rebecca. En su esfuerzo por volverse hacia el duque, tropezó. Éste la sostuvo. Rebecca estaba bebida—. Ahora todos somos misisipeños —dijo alegremente, y volvió a echarse al cuello de John. Lo besó nuevamente en la boca y pasó la punta de la lengua por sus labios. Nadie lo advirtió—. Todos somos misisipeños —repitió, mirando profundamente a los ojos de su cuñado—. William es tan distinto de vos, John. Es tan espantosamente... aburrido. —La última palabra la escupió con furia. Deseaba a John Law.

—¿Puedo consolaros, madame? —sonrió el regente. Rebecca sacó una ampollita de perfume y trató de olería. Se le escurrió de las manos. El regente y Rebecca se agacharon a un tiempo—: Aunque os la bebáis entera, madame, ya no os subirá más rubor al rostro —susurró él. Luego la sujetó por las caderas, la atrajo hacia sí y le susurró al oído—: ¡Pequeña ramera!

John y Catherine se habían vuelto hacia Angelini, que corría hacia su señor con un puñado de notas.

—¡Todos quieren acciones, monsieur! ¡Más acciones aún! —dijo espantado, entregando a Law las peticiones.

—Todo el mundo quiere hacerse rico —constató lapidario John.

—A veces pienso —dijo Catherine en tono grave— que deberíamos levantar nuestra tienda y marcharnos a Ámsterdam o Venecia. Hay que dejar la fiesta cuando se es más querido.

—Pero antes me haré católico —repuso John.

El viaje al monasterio duró apenas una hora. John lo visitó, como el regente le había recomendado, en las primeras horas de la mañana. Parecía desierto; probablemente las monjas asistieran en ese momento a la misa matinal. Una monja entrada en años abrió la puerta y le franqueó el paso; lo acompañó a la galería del piso superior. Abrió una pesada puerta de roble y pidió a John que subiera la escalera.

Mientras él ascendía por la angosta escalera de caracol, la monja cerró la puerta. La escalera llevaba a una pequeña biblioteca; una sola ventana en un mirador iluminaba la mesa redonda en el centro del ático. En el cono de luz se veían volar gruesas motas de polvo. John se puso de puntillas ante el tragaluz y miró los campos cubiertos de nieve.

Al cabo de un rato oyó que se abría la puerta del piso inferior y alguien subía por

la escalera. Una joven monja le trajo una bandeja con un vaso de estaño y la dejó sobre la mesa.

—¿Así que queréis haceros católico, monsieur?

John se irritó por un momento.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—El abate de Tencin me ha pedido que mantenga una conversación preliminar con vos.

La monja se sentó al fondo de la biblioteca. Sólo entonces John se dio cuenta de que era bella y jovencísima.

—Sí, quiero hacerme católico —respondió.

—¿Hay una vivencia especial que haya hecho madurar tal decisión en vos? — John no respondió enseguida—. Tomaos vuestro tiempo. Bebed. Aceptad nuestra hospitalidad.

Él cogió el vaso y lo apuró. El regente le había hecho alguna que otra recomendación, pero el monasterio le causaba una notable inseguridad.

—De hecho —empezó cauteloso—, hubo una vivencia muy especial.

—Por favor —dijo la monja con voz melodiosa—, describid esa experiencia que os ha acercado a Dios.

—Bueno, fue la propuesta del regente de nombrarme inspector general de Finanzas. Habéis de saber que soy escocés; protestante escocés.

La monja se mantuvo en silencio. Probablemente John había dado la respuesta equivocada. Sorprendido, comprobó que la hermosa monja lo excitaba de forma manifiesta. Había ido allí a alcanzar su último objetivo, y ahora estaba en el desván de un apartado convento de monjas y tenía una durísima erección. Algo aturdido, dejó el vaso. Por un momento, se preguntó si la bebida podía haberlo excitado así; pero no podía ser, quizá se trataba de que en los últimos meses sólo se había dedicado a sus ambiciosos planes financieros y había descuidado su cuerpo.

—¿Monsieur? ¿No os encontráis bien?

—No, no, al contrario.

—Apreciamos vuestra sinceridad, monsieur. Puede que seáis un pecador, pero honesto. Dios ama a los pecadores honestos.

—Eso está bien —murmuró él, y se volvió hacia el tragaluz. Quizá la visión del hielo y la nieve aliviara algo su excitación. Tras haber desechado varias posibles causas para su inadecuada erección, pensó que alguien le había echado algo en el vaso. Así que se volvió y avanzó unos pasos hacia la monja.

—Voy a ponerlos a prueba en todos los órdenes —susurró la monja. Estaba sentada en un ancho sofá y se había levantado el hábito. Debajo, estaba desnuda—. Queréis hacer negocios con la Iglesia, monsieur. Muy bien. Hagamos uno. Soy Claudine de Tencin, la hermana del abate de Tencin, que dentro de pocas semanas os acogerá en Melun en la Iglesia católica apostólica romana.

John se desnudó a toda prisa y se postró de rodillas ante la hermosa joven.

Tempestuosa y apasionadamente, empezó a acariciar su blanco cuerpo. La bebida lo había convertido en un animal. En aquel momento, habría dado todo su imperio por esa Claudine de Tencin.

Regresaron juntos a París en el coche de John. Claudine de Tencin miró divertida al banquero.

—Sois un buen católico, monsieur Law, un verdadero servidor de Dios.

—Si lo hubiera sabido, me habría convertido antes, pero decidme, por favor, ¿qué me echasteis en la bebida?

Claudine de Tencin rió a carcajadas.

—La mayoría de los hombres me preguntan si soy realmente monja. Pero vos, monsieur Law, sois un hombre práctico y preguntáis por la hierba pagana de los celtas.

John se incorporó y se sentó junto a ella. La enlazó por el talle y la besó.

—Mi hermano quiere acciones del Misisipi por valor de doscientas mil libras, monsieur.

—¿Y entonces seré católico?

—Sí —respondió ella. Parecía gustarle mucho aquel escocés—. Pero tenéis que venir regularmente a confesar y pagar por vuestros pecados.

John reflexionó y regresó al asiento de enfrente.

—¿A quién más oís regularmente en confesión? —preguntó.

—Al regente; es tan débil... Y a D'Argenson, un gran pecador.

John se quedó sin habla. Miró incrédulo a la bella Claudine. Ella formó un beso con sus maravillosos labios y sonrió tan encantadoramente como sólo las mejores amantes y cortesanas de la capital sabían hacerlo.

—Siempre había considerado la Iglesia católica un asunto de hipócritas, pero que estuviera tan degenerada y depravada es algo que ni en mis más audaces sueños...

—¿... os habríais atrevido a esperar? —concluyó Claudine, divertida—. Mirad, monsieur Law, mi hermano intuye que la nueva ciencia va a convertirse en nueva religión, y que arrojará a Dios del Olimpo. Al cabo de casi dos mil años, nadie ha dado una auténtica prueba de la existencia de Dios. Vos, en cambio, monsieur, vos ponéis en el mundo teorías acerca del dinero y el comercio y demostráis que funcionan. Convertís a la gente en millonaria, al regente en mil millonario, a la nación más poblada de Europa en billonaria.

—Estoy sinceramente sorprendido, madame; he gozado mucho, pero estoy sorprendido.

—¿Veis, monsieur?, también el catolicismo, al que pronto os vais a convertir, fue una maravillosa idea. Pero sus súbditos en la Tierra han fracasado, y Spinoza constata que el provecho es el nervio y la médula de todas las acciones humanas.

—Basta, madame, tengo muy poco vino en mi bodega como para poder

emborracharme después de tan profundos pensamientos.

—¿Por qué creéis que Jesús tuvo que convertir el agua en vino?

El 22 de diciembre de 1719, John Law fue admitido en la Iglesia católica en el curso de una misa solemne. Dirigió la ceremonia el ambicioso abate de Tencin, el hermano de la no menos diestra en los negocios Claudine. John se arrodilló ante él y recibió el bautismo, la bendición de la Iglesia, el Espíritu Santo y todo el programa que el nuevo misisipeño abate de Tencin tenía que ofrecer. Entregó a John la hostia consagrada pronunciando las palabras «*Corpus Christi*» e, involuntariamente, John recordó las descripciones de Crozat le Riche, que le había contado que algunas tribus nativas de los pantanos de Luisiana practicaban una forma de canibalismo. Ahora él se arrodillaba allí y devoraba el cuerpo de un dios hecho hombre. Muchachos con conmovedoras expresiones de inocencia se arrodillaban, con sus pulcras túnicas de ministrante, sobre pequeños cojines de terciopelo rojo, agitando incensarios, como ya habían hecho los antiguos romanos cuando adoraban a sus numerosos dioses. Luego resonaron las notas del potente órgano, y los creyentes ensalzaron a pleno pulmón al Señor, mientras el abate alcanzaba el cáliz a John:

—*Corpus Christi*.

John creyó distinguir la sombra de una sonrisa en el rostro del abate cuando apuró el vino en pocos tragos, mientras miraba escéptico sobre el borde del cáliz. Probablemente en ese momento también aquel religioso pensaba en la bebida que su hermana Claudine había ofrecido al futuro inspector general de Finanzas en aquel polvoriento desván. Cuando volvió a incorporarse y bajó los peldaños hacia la nave central, vio la taimada sonrisa de Claudine de Tencin, el rostro pétreo de Catherine, que probablemente ya había oído este o aquel rumor, y vio a los creyentes y los incrédulos, los comerciantes acomodados, los grandes terratenientes, los nobles y los no nobles... todos ellos convertidos en misisipeños.

Guardaba absoluta inmovilidad. Estaba sentado en una silla de frágil elegancia, de tapicería bordada con escenas de fábulas. Al fondo, una pintura panorámica que representaba barcos comerciales en la costa de Luisiana adornaba la pared. John Law estaba posando para el famoso pintor Hyacinthe Rigaud. Con ese motivo llevaba levita, chaleco y calzones ceñidos a la rodilla en suaves tonos marrones, y camisa blanca con puños de encaje. Levita y chaleco estaban decorados con cuentas transparentes de facetas azuladas. Donde los calzones ceñían las rodillas, centelleaban unas hebillas doradas. De debajo de los faldones de la levita salía un reloj de oro unido a una cadena. El escocés, que ya contaba cuarenta y ocho años, llevaba la peluca de rizos, larga hasta los hombros, empolvada en gris, conforme a su edad. Y del cuello colgaba la medalla de inspector general de Finanzas que el regente le había concedido ese día. Hasta entonces, John Law no había sido más que el hombre más rico del mundo; ahora, como ministro de Hacienda de la nación más grande de Europa, también era el más poderoso.

El retrato del nuevo inspector general de Finanzas era un acto público. Estaban presentes casi cien personas, que habían acudido a la sala de la Compañía del Misisipi como antaño corrieran al *Petit Lever* del Rey Sol.

Pero John Law no era ningún rey. Ni rey ni papa. Encarnaba una tercera fuerza, la ciencia. Era el hombre que había reinventado el dinero, el hombre que había desarrollado el sistema monetario sobre el que toda la economía mundial había de asentarse incluso siglos después.

Mientras Rigaud mezclaba sus colores y los aplicaba con sentido artístico sobre el lienzo, Angelini y sus secretarios auxiliares entraban en la sala una y otra vez por una puerta lateral y recibían instrucciones de Law, que apenas movía un músculo. Sólo en una ocasión no pudo evitar una sonrisa. Dio su asentimiento a Angelini con un parpadeo.

—Mesdames, messieurs —anunció entonces Angelini al público, que observaba con devoción—, en este momento cada acción del Misisipi acaba de superar la mágica cifra de diez mil libras. Con eso, nuestras acciones se han multiplicado por veinte en pocos meses.

Los invitados aplaudieron, alegrándose a voz en cuello como nuevos ricos. Habían pasado los tiempos en que la alegría se expresaba de forma contenida, discreta y controlada.

Todos los martes por la mañana, el nuevo ministro de Hacienda visitaba a su amigo Saint Simon. El alza de las acciones no había pasado sin dejar huella por la casa del duque.

—Lo que veo alegra mi corazón —sonrió John—; muebles nuevos, nueva

cupertería de plata, fuera una nueva carroza, la fachada restaurada, otro establo, más mensajeros...

Saint Simon hizo un gesto de modesto rechazo, como si temiera que todo París pudiera estar escuchando.

—Monsieur, doy trabajo a algunas personas, y hago así mi modesta contribución al florecimiento de nuestra nación.

—Qué desinteresado seguís siendo, mi querido duque —exclamó John, y abrazó cordialmente a su amigo.

—Aprecio en extremo vuestra presencia, monsieur. ¿Qué hombre de vuestra condición visitaría a alguien tan insignificante como yo?

—Una amistad nunca es insignificante, monsieur —repuso John con mirada sincera—. Aprecio vuestra sabiduría, vuestra honradez...

—... y mi proximidad al regente —sonrió a su vez Saint Simon.

—Sí, así es, y por cierto, nuestro Felipe de Orleans me preocupa mucho.

—Os confieso que a mí también; tiene que atenerse de una vez a sus obligaciones. Desde que la cotización de las acciones superó la marca de los seis mil, no ha dejado de organizar fiestas. Sus excesos nocturnos socavan su autoridad, la autoridad del rey. Y cuando bebe, cuenta cosas espantosas. Tiene más concubinas que el rey caballos en su yeguada. Cuando hablo con él se contiene, se arrepiente de todo y promete cambiar de vida. Pero nada cambia. ¡Tenéis que hablar con él, monsieur! ¡A vos os escuchará!

Catherine lanzó su copa a John y gritó:

—¡Todo París se ríe con tus escapadas! ¡Cómo has podido liarte con una monja católica!

—Ése era el precio, madame...

Ella cogió un jarrón de porcelana y lo arrojó con furia contra la vitrina de las miniaturas chinas.

—¡Y éste es el mío, monsieur!

—¡Era el precio de la Iglesia católica! —gritó John, y quiso acercarse a Catherine. Pero ella corrió alrededor de la mesa, descolgando una espada de una panoplia en la pared, y lo mantuvo en jaque.

—¡No querrás batirte!

—¿Por qué no? ¡No hay límites! ¿No dijiste tú mismo que un día incluso las mujeres se batirían? ¿No te jactas tú mismo de que vamos por delante de nuestro tiempo? ¡Entonces desenvaina, monsieur Law de Lauriston!

—¡Catherine, te lo ruego! ¡Entra en razón! —Y añadió sonriendo—: ¡Soy el inspector general de Finanzas!

Pero ella había perdido el sentido del humor. Se sentía profundamente herida. Se acercó a él con gesto furioso. John retrocedió unos pasos.

—Te he seguido a todas partes, por toda Europa, siempre te he apoyado, insuflado valor, dado dos hijos...

—¡Me doblegaron con un bebedizo!

—Oh, doblegaron a monsieur... ¡y él se deja doblegar de nuevo todos los días! — Se detuvo ante una mesita de servir y se sirvió una copa de vino tinto. La mitad cayó fuera. Apuró la copa de un trago—. ¡Monsieur alega circunstancias atenuantes! — volvió a gritar, barriendo de la mesa platos y copas con un impetuoso movimiento.

—En realidad íbamos a cenar, madame —repuso en voz baja John.

La puerta se abrió apenas un resquicio. Angelini asomó la cabeza.

—Luego, Angelini —dijo John.

—Sólo quería ver si todo iba bien —repuso Angelini en voz baja, y volvió a cerrar la puerta.

—Sí, sí —murmuró John.

—Nada va bien —rugió Catherine tan alto como pudo, y volvió a servirse más vino.

—Deja ya eso, va a ocurrir una desgracia —trató de calmarla. Pero ya no era posible calmar a Catherine. Se arqueó como un felino y avanzó lenta y amenazante hacia él—. Deja esa espada —dijo impaciente John.

Cuando llegó ante el nuevo retrato de John, le lanzó una estocada. Atravesó el lienzo y lo rasgó hacia abajo con un furioso mandoble. Él quiso detenerla, pero ella volvió a mantenerlo a distancia con la espada.

—¡Estás loca!

—¡¿Loca?! ¿Fornicas con una monja, y yo estoy loca? Fornicas con tu cuñada, con las criadas...

—¡Dejó de ser monja cuando tenía ocho años! Eso no es más que un juego...

Catherine volvió a clavar la espada en el cuadro e impulsó la hoja hacia arriba.

—¡Entonces juguemos, monsieur!

De pronto la puerta se abrió de golpe, y los dos niños irrumpieron en el comedor. Su hijo John se puso enseguida delante de su padre, protector, y murmuró a modo de disculpa:

—Él sólo quería hacerse católico.

Kate se situó sollozando delante de su madre y acarició la mano que sostenía la espada. Al cabo de un rato, Catherine la dejó caer. Kate la abrazó y la sujetó. Luego miró el rasgado retrato de su padre. También su hermano lo miraba. Kate tocó con los dedos el lienzo.

Rió entre dientes.

—La pintura aún no estaba seca.

Catherine miró a sus hijos y no pudo reprimir una titubeante sonrisa.

D'Argenson estaba de pie, perdido, en su despacho del Palais Royal. Dos ayudas de cámara seguían sus instrucciones y metían sus efectos personales en grandes cajas. Cuando John Law apareció en la puerta, el ex ministro ordenó a los criados

abandonar la estancia y cerrar la puerta.

—Apenas podéis esperar para ocupar mi sitio, monsieur —observó malhumorado.

—Ahorrad vuestros reproches para vuestro diario, monsieur. He oído decir que todo París escribe diarios. ¿Quién va a leer todo eso?

—La gente tendrá mucho tiempo, Monsieur le Controlleur des Finances, cuando vuestra pompa de jabón estalle. —Estaba furioso y planeaba una venganza.

John se acercó lentamente a él.

—¿Os acordáis... aquella vez, en el cementerio? Os dije que volvería. Hubierais podido tener éxito a mi lado, D'Argenson.

—Jamás, John Law. Entonces ya le dije a la encantadora madame Duclos que sólo temía a los hombres que tienen ideas. Nunca hubiera debido subestimaros, pero la partida aún no ha terminado. ¡Acaba de empezar!

D'Argenson adoptó un gesto triunfante. John no estaba seguro de si sólo fanfarroneaba. Pero tampoco quería preguntar la razón, porque el otro lo habría interpretado como una debilidad.

—Espero que la partida aún no haya terminado —repuso impertérrito.

D'Argenson le arrojó un puñado de documentos a los pies.

—Ésta es la primera semana de enero. Los precios de los inmuebles han vuelto a subir en un veinticinco por ciento. Una propiedad que hace apenas un año costaba setecientas mil libras, ahora ya casi roza los tres millones. —Dirigió una mirada penetrante a John.

—¿Un nuevo ascenso del veinticinco por ciento? —Intuía que D'Argenson quería ir a parar a un punto determinado.

—La gente nada en vuestro papel moneda, y huye hacia los valores reales —constató secamente el ex prefecto de policía.

John comprendió en qué estaba pensando su interlocutor.

—Contaba con una moderada subida de precios —dijo—. Es parte del sistema. Pero si en enero ha vuelto a registrarse un veinticinco por ciento...

D'Argenson alzó teatralmente los brazos.

—Ya no es problema mío, monsieur. Los documentos están a vuestros pies. Y toda Francia.

John no recogió el papel. Se acercó al otro y se detuvo ante él.

Ambos estaban junto a la ventana, erguidos. D'Argenson lo miraba lanzando chispas.

—Con esto queda concluido el traspaso de poderes, monsieur —dijo con amargura y odio en la voz—. Si me dierais otra hora para despejar mi despacho...

John asintió y le volvió la espalda.

—Monsieur —añadió D'Argenson mientras John iba hacia la puerta—, siempre os he dicho que vuestro sistema merece respeto. Pero sigue siendo cierto que no es adecuado para una monarquía.

John se detuvo, como en trance, en la puerta abierta. Tenía una sospecha

monstruosa. No era el estilo de D'Argenson poner en circulación un simple rumor sólo para irritar a su eterno rival.

—No está hecho para la monarquía... —murmuró.

—¡No digáis que no os he advertido!

La orgía estaba en pleno desarrollo cuando John entró en el salón secreto del regente. Los participantes eran los mismos de todas las noches. Los jóvenes ociosos que D'Argenson siempre había protegido se atiborraban de vino y champán y se privaban del entendimiento con exóticos polvillos y extraños productos para fumar. El uno copulaba sobre la mesa cantando salmos eclesiásticos, el otro rociaba los pechos de su compañera con zumos helados, algunos se manoseaban mutuamente el sexo mientras se oían en confesión, otros cantaban obscenas canciones mientras el regente se inclinaba sobre su plato como una débil rata de albañal, sin saber si vomitar o irse a dormir.

John se arrodilló junto a él.

—Monsieur, tengo que hablar con vos inmediatamente.

—*Non nobis Domine, non nobis, sed nomine tuo da gloriam!* —atronó el regente hacia la sala y alzó su copa. Los hombres de la sala respondieron a coro:

—No el nuestro, Señor, no el nuestro, sino tu nombre, es el que da la gloria. — También ellos alzaron sus copas.

—Perturbáis el capítulo general de la Orden del Temple —murmuró el regente, y lanzó un largo eructo.

—¡Os lo imploro, escuchadme!

—¿Os envía Saint Simon? —murmuró el regente con lengua espesa. Su rostro estaba gris, seriamente marcado por las largas noches de excesos.

—Estamos experimentando un inexplicable aumento de la cantidad de dinero, monsieur.

—El diluvio —susurró el regente, y miró al vacío con una expresión que presagiaba desgracia.

—¿De dónde sale todo ese dinero? —preguntó John con voz preocupada, agarrándolo rudamente por el brazo—. ¡Está ahogando toda la economía!

—No me toquéis —chilló el regente—, todo lo que tocáis se transforma en oro. —Y rió a carcajadas.

—Monsieur Misisipi —suspiró una joven que se ocupaba de la entropierna del regente.

—¡Estamos experimentando una gigantesca inflación, monsieur! —siseó John, sujetándolo con rudeza por los hombros.

El de Orleans se estremeció y compuso un rostro bastante compungido.

—Entonces, ¿D'Argenson os lo ha contado todo?

—¿Qué habéis hecho? —le increpó John.

—Lo sé, soy débil —gimoteó el duque—, lo sé, soy tan débil...

John se incorporó. Espantó con brusquedad a la muchacha que colgaba como una cadena del cuello del regente, se inclinó hacia él y lo sujetó por la mandíbula.

—¿Qué habéis hecho?

El regente se liberó con un abrupto movimiento.

—Os lo ruego, monsieur. ¡Exijo respeto! En el acto. Para vos sigo siendo su alteza real.

—¡El respeto hay que ganarlo! ¿Qué habéis hecho?

—¿Qué he hecho? Dios es mi testigo, lo hice... por la Orden del Temple. Soy el cuadragésimo cuarto Gran Maestre de la Orden... Los caballeros del Temple no pueden extinguirse, monsieur, porque con ellos se extinguiría el Santo Grial, el conocimiento acerca de la descendencia de Jesús...

—¿Habéis impreso dinero en secreto?

—Sólo un poquito, *voilà. C'est ça*. En dos años ese chiquillo será coronado rey... y yo... ¿qué va a ser entonces de mí y de mi madre? —Compuso un rostro quejumbroso, próximo a las lágrimas.

—¡Entonces habéis impreso dinero en secreto! —John estaba perplejo.

—Sólo un poquito, monsieur, un poquitín.

—¿Cuánto? —jadeó el escocés. Le faltaba el aire. Creía que iba a estallarle la cabeza—. ¿Cuánto?

—Al principio sólo unos millones... —susurró el duque con voz ronca. Se retorció como una anguila, balbuceaba y volvía la cabeza como si quisiera escapar de su propia piel.

—¡Loco! —rugió John—. ¿Cuánto dinero habéis impreso en total?

—Bueno, yo diría... hmmm... unos dos, hm... más bien tres... mil millones.

John bramó:

—¡Decidme que no es cierto!

Agarró al regente por los hombros y lo sacudió.

El de Orleans bajó la mirada y rompió a sollozar.

—Lo he destruido todo, ¿verdad? —dijo entre llantos.

—¡El regente llora! —exclamó alguien.

Algunos rieron. Otros quisieron consolarlo y le gritaron palabras de ánimo.

—Ha hecho llorar al regente —sollozó la muchacha a la que John había ahuyentado.

Un joven se cruzó en el camino de John. Se quedó allí plantado, vacilante, con el puño aferrando el pomo de su espada.

—Habéis hecho llorar al regente —balbuceó—. Os desafío a duelo, monsieur.

—Pronto toda Francia llorará —maldijo John, y le dio un rodillazo en el bajo vientre.

Luego lo sujetó por el cuello y lo arrojó con fuerza sobre la mesa. Resbaló igual que un pescado por el tablero y cayó con estrépito al suelo, al otro lado de la mesa.

El fuego en el patio de la Banque Royale ya ardía con grandes llamaradas cuando Angelini arrojó sobre las llamas cajas enteras de billetes de banco. Detrás de las ventanas se veían rostros de incrédulo asombro contra los cristales.

—Un banquero que destruye dinero —murmuró Saint Simon.

John Law estaba con él junto a la ventana, mirando fijamente al patio.

—Es nuestra última oportunidad. La burbuja puede explotar en cualquier momento. El regente ha impreso mucho más dinero del que admite, en la imprenta dicen que agotó todas las reservas de papel.

—¿Y así pensáis volver a reducir la cantidad de dinero? —preguntó Saint Simon a media voz.

—¿Qué queréis que haga, Monsieur le Duc? Hay demasiado dinero en circulación. El dinero es demasiado barato. Todo el mundo tiene demasiado. Los precios de los alimentos se disparan sin pausa. Mañana necesitaréis una carretilla para llevar el dinero al panadero si queréis comprar un mendrugo de pan.

—¿Queda esperanza, monsieur? —susurró Saint Simon.

—¿Habéis visto alguna vez un rebaño de ovejas presa del pánico?

—¿Creéis que debería desprenderme ahora de mis acciones?

—En cuanto la primera oveja pierda el control, se acabó.

—Monsieur Law está empezando a perder el control —se divirtió el banquero Samuel Bernard cuando saludó, a hora tardía, en su salón, a los cuarenta miembros del sindicato de banqueros y recaudadores de impuestos. Hombres, todos ellos, que con la ascensión de John Law habían perdido un sustancioso negocio—. He oído decir que en los últimos tiempos alza mucho la voz, y que a veces tiembla de pies a cabeza cuando se acalora.

D'Argenson y Crozat le Riche, que también estaban invitados aunque no pertenecían al sindicato, cambiaron una mirada.

—Tenemos que reconocerle —tomó la palabra Crozat— que su sistema era genial.

—No hubiera debido ensayarlo en Francia —terció D'Argenson—. Siempre le advertimos que la monarquía no es caldo de cultivo adecuado para tales experimentos. Como nunca nos hubiéramos atrevido a suponer falta de disciplina en la Corona, lo dejamos en esa mera advertencia. He oído que el regente ha confesado a monsieur Law haber impreso dinero en secreto. Dicen que tres mil millones de libras.

Una exclamación de sorpresa recorrió la sala. Los hombres habían esperado lo peor, pero no de esas dimensiones.

—Eso significa —asumió Bernard el resto de la exposición— que la supervivencia del banco pende de un hilo. Si devolvemos nuestros billetes hoy, nadie estará en condiciones de abastecer a corto plazo a monsieur Law de dinero en

metálico.

—Estoy de acuerdo —dijo D'Argenson—. Desde mañana, el dinero de monsieur Law no valdrá más que el pis de una rata.

Angelini irrumpió sin llamar en el despacho de su señor.

—Esto es un complot, monsieur, en pocas horas varias docenas de banqueros han traído billetes para que les sean cambiados por monedas.

—Eso ya ocurrió una vez —murmuró John sin levantar la vista de la carta que estaba escribiendo.

—¿Procedemos al cambio, monsieur?

Entonces, John sí alzó la vista. Parecía cansado y derrotado.

—En estos momentos estoy redactando un edicto que prohíbe, bajo pena de prisión de hasta quince años, poseer oro o plata por valor de más de quinientas libras. Quien posea más, lo perderá todo. Quien denuncie a alguien que esconda monedas obtendrá el diez por ciento de la cantidad incautada.

—Con permiso, señor, eso es despótico —dijo horrorizado Angelini—, ¿no podéis hacer eso!

John estampó su firma al pie del documento.

—Acabo de hacerlo. Mi cargo me confiere el poder necesario.

Entregó el decreto a Angelini.

—Enviad enseguida un mensajero al Palais Royal. Ahora estamos en guerra, Angelini. Y cada uno combate con las armas de que dispone.

John estaba sentado, absorto en sus pensamientos, ante la chimenea encendida de su despacho. Fuera, en la calle, se oyeron gritos aislados, virulentos insultos. Les siguieron pasos apresurados y órdenes militares. Finalmente, volvió a reinar el silencio.

Poco después de medianoche, Janine entró en la habitación.

—Monsieur debería dormir —susurró. Pero apenas había entrado, Catherine apareció en la puerta.

—Janine, ahora no os necesitamos.

La criada titubeó un momento. Luego se controló y dijo con timidez:

—Monsieur no debe rendirse. Ya de pequeño jamás se rindió. ¡Siempre he creído en él!

—Ahora marchaos, Janine —repitió Catherine, en tono amable pero firme.

Janine hizo una genuflexión y salió de la estancia. Cerró la puerta tras de sí. Catherine se quedó en pie junto a la chimenea. Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Se acabó?

—Esa chusma decadente lo ha destruido todo. ¡Todo! Yo había aportado la

prueba...

—Él no te escucha —lo interrumpió Catherine—. Si quieres desahogarte, ve a visitar a tu puta católica.

John la miró sorprendido.

—No soy cualquier mujer. Si el juego está perdido deberíamos irnos, mientras aún hay tiempo.

—¡Nunca fue un juego, Catherine! Siempre fue mi intención hacer el bien. Con dinero se pueden hacer muchas cosas buenas. —Quiso tocarla, pero ella retrocedió.

—El regente ha vuelto a preguntar por ti. Te espera en palacio.

Cuando a primeras horas de la mañana John entró en el dormitorio del regente, éste estaba sentado en su retrete, aliviándose. Apenas vio a John le gritó furioso:

—¿Queréis derrocarme, monsieur? ¿Queréis una revolución?

John estalló.

—¿Quién ha impreso en secreto tres mil millones de libras y ha hecho tambalearse todo mi sistema? ¡Sólo porque sois débil es por lo que ahora tengo que imponer al pueblo esta dureza!

—¡Os prohíbo emplear ese tono! —chilló el regente, poniéndose en pie de un salto.

Pareció querer lanzarse sobre John, pero olvidó que llevaba los calzones bajados y tropezó al dar el primer paso. El retrete se volcó con estrépito y se derramó sobre la alfombra.

—¡Voy a enviaros a la Bastilla! —maldijo el regente, mientras sacaba con repugnancia la mano izquierda del charco de orina.

Furioso, John dio una patada en el suelo y gritó:

—¡Habéis ganado más de cinco mil millones de libras en pocos meses! Pero os parecía poco, ¿verdad? Como un niño malcriado, habéis seguido mordiendo la golosina...

—¡Vos y vuestros frutos prohibidos! ¡Vuestras manzanas apestan, monsieur!

—Sólo ahora entiendo por qué siempre me advertían que no podía poner a prueba mi sistema en una monarquía. Sois demasiado débiles, demasiado degenerados, demasiado decadentes...

—Cuidad vuestra lengua, monsieur. ¡Eso podría costaros veinte años en galeras!

—¡Ya no podéis permitir tal cosa! ¡Mi edicto entrará en vigor mañana, o podréis nombrar a vuestro bufón inspector general de Finanzas!

—¿Es que queréis la Corona? —gritó el regente.

—¡Yo no veo aquí más que un montón de mierda! Renuncio, monsieur. Ya no soy vuestro inspector general de Finanzas. ¡Dejaré París con mi familia mañana mismo!

—No haréis tal cosa —gimió asustado el regente—. ¡Os prohibiré salir del país! *Voilà*. ¡Volveréis a ponerlo todo en orden!

—¡Quemaré en público los tres mil millones que habéis impreso en secreto!

—¡No haréis tal cosa!

—Y os prohíbo acercaros siquiera a nuestra imprenta —añadió iracundo John.

—Nadie se ha dirigido así al regente —gimoteó el duque de Orleans, sentado en medio de sus excrementos, y rompió a llorar como un niño.

Despectivo, John lo miró y espetó:

—Habéis robado a Francia la confianza, la confianza en mi sistema. Las acciones se encuentran en plena caída...

—El regente está furioso con vos, monsieur —dijo Saint Simon en su habitual encuentro de los martes.

—Nos ha jugado una mala pasada —repuso John con amargura—. Ya he metido en el banco la mitad de mi patrimonio para sostener la cotización de las acciones del Misisipi. La confianza ha desaparecido. Sólo se necesita cualquier pequeñez para que todo el andamiaje se desplome sobre sí mismo.

—Es probable, monsieur, que lo más inteligente fuera llevar vuestros bienes al otro lado de la frontera y abandonar Francia con vuestra familia. No sería honorable, pero ¡por Dios que sería lo más sensato!

—El regente nos ha prohibido a mí y a mi familia salir de Francia. Pero mi edicto, por desagradable que sea, dará sus frutos, Monsieur le Duc —replicó impertérrito John.

—¿No estáis subestimando la imaginación de la gente, su desmedida codicia y su voluntad de defender sus posesiones? —John le lanzó una mirada intrigada—. Habéis prohibido a la gente la posesión de dinero en metálico por encima de quinientas libras. ¿Y qué hace la gente ahora? Funden sus monedas y se hace con ellas objetos sagrados: crucifijos, cálices para la misa, bustos de la virgen...

—¿Es eso cierto? —preguntó John incrédulo.

—¿Dudáis acaso de mis palabras?

—¡Entonces prohibiré todo el dinero en metálico! ¡Aboliré el dinero en metálico por completo!

—Dios omnipotente, desde que Abraham pagó cuatrocientos siclos de plata por el entierro de Sara, los pueblos más grandes y más sabios utilizan dinero en metálico. ¿Y vos queréis abolirlo por completo? ¡Monsieur, eso es suicida!

El coche de John no llegó a la place Louis le Grand. Una multitud furiosa lo había reconocido y lo había obligado a detenerse. Al instante, ciudadanos enloquecidos habían forzado las portezuelas, otros habían destrozado las ruedas con hachas, desenganchado los caballos y subido al techo. John sabía lo que había que hacer. Sacó la arqueta del dinero de debajo de su asiento y arrojó el dinero a la multitud

trazando un amplio arco. La gente se dispersó como una bandada de palomas y empezó a pelearse por cada moneda que pudiera conseguir. John aprovechó la oportunidad para huir. Ahora se trataba de salvar la vida.

Cuando llegó a la place Louis le Grand, los soldados de su guardia salieron a su encuentro. Formaron un pasillo ante la estatua del Rey Sol. John pasó corriendo entre ellos. Tras él venía el cochero. La multitud le había arrancado casi toda la ropa.

Janine había contemplado la escena desde la ventana del dormitorio de madame. No parecía inquieta, se quitó el delantal, se quitó incluso la ropa interior; luego recogió los espléndidos vestidos de madame y se los puso. Por fin, escogió el hermoso manto de bordados azules y se lo echó por los hombros. Se contempló en el espejo, dio un giro sobre los talones y luego eligió un bolso de mano del cajón superior de la cómoda. En la cajita del maquillaje encontró unas monedas de oro, joyas y dos pequeños diamantes. Lo metió todo en el bolso y pegó el oído a la puerta.

Después huyó por la parte trasera del jardín. No podía salir a la place Louis le Grand. Unos soldados de guardia la vieron, pero no se movieron de su sitio. La tomaron por madame, tanto más porque se había echado la capucha sobre la frente. Ningún soldado se hubiera atrevido a pedir explicaciones a madame.

Pero también los ladrones y salteadores que desde hacía horas vigilaban la propiedad tomaron a la criada por madame Law, y se pegaron a sus talones.

Sólo cuando Janine hubo abandonado el barrio noble, sus perseguidores se olvidaron de toda precaución. Le gritaron que se detuviera, pero Janine echó a correr.

—¡Es la esposa de John Law! —rugió uno.

Los transeúntes prestaron atención y se unieron a la persecución. Janine fue alcanzada en un puente. Abrió el bolso y arrojó el dinero y las joyas al rostro de sus perseguidores. La gente se agachó a recogerlas y se pelearon por ellas. Pero eran demasiados; no era posible satisfacer a todos. Pálida como la cal, se detuvo de espaldas al pretil del puente:

—Yo no soy madame —sonrió—, no soy más que una criada.

No recibió más que ásperas carcajadas. Por un momento se vio rodeada por dos docenas de individuos que no tenían nada que perder. Pero ninguno se atrevía a tocar a la que creían madame Law. De pronto, una mujer de largo y desgredado pelo se lanzó entre los hombres y golpeó a Janine en la cara con una piedra grande como un puño. El dique se había roto. Los hombres se precipitaron sobre Janine, la golpearon, le patearon el vientre, le tiraron del pelo y los pechos. Al final, la cogieron y la lanzaron por encima del pretil al río.

Más o menos al mismo tiempo, un barco echaba el ancla en El Havre. Los pocos hombres que llevaba a bordo estaban gravemente enfermos y la policía del puerto les prohibió abandonar el buque. Los hombres venían del Nuevo Mundo; como habían sido puestos en cuarentena, tiraron el saco del correo a tierra. El comandante del

puerto preguntó si eran cartas del Nuevo Mundo.

—No —respondió un hombre de agotado acento escocés—, son noticias del Infierno.

—Vuestra guardia privada exige mayor salario, monsieur —dijo Angelini al día siguiente mientras revisaban los negocios en el despacho de Law.

—Entonces dadles más salario, Angelini. Sin guardias no sobreviviríamos un solo día en esta ciudad.

—El comandante exige cinco veces más para sus hombres y diez veces más para él. Dice que hasta un mendrugo de pan cuesta más en París de lo que se puede ganar en un día.

—Pagadle, Angelini. ¿Qué más tenemos?

John bostezó. Estaba cansado, a punto de derrumbarse. Le habían salido profundas ojeras bajo los ojos.

—Desde esta mañana la cotización está por debajo de tres mil libras... Se ha reducido a la mitad en unos pocos días.

—Cerrad las oficinas de la Compañía del Misisipi. Ahora todas las malas noticias están incluidas en la cotización. La situación se calmará. Siguiendo asunto.

—Una carta de Luisiana.

John vio el espanto en los ojos de su secretario italiano.

—La carta está dirigida a la Compañía del Misisipi, monsieur.

—¿Queréis decir —dijo cauteloso John mientras sujetaba la carta— que hay noticias que aún no están incluidas en la cotización?

Angelini asintió. El sello ya estaba roto. John volvió a tirar la carta sobre la mesa.

—¡Suéltalo, Angelini! —exigió, impaciente.

—El famoso asentamiento comercial de Luisiana consiste en cuatro modestas casas en mitad de un terreno pantanoso. Cuando vuestro hermano William llegó allí, la mayoría de sus habitantes ya habían muerto. Disentería, malaria, fiebre amarilla, casi nadie sobrevive un semestre. La tripulación de vuestro hermano está diezmada. Todas las noches hay ataques de los indios. Durante el día, los colonos españoles cometen actos de sabotaje, y en el mar los ingleses intentan echar a pique los barcos franceses. Casi ninguno consigue llegar. —Angelini terminó casi en un susurro.

—¿Han encontrado oro?

—Sólo una especie de aceite negro y pegajoso. Pero no tiene empleo alguno. Ese aceite es la burla de la Naturaleza, escribe vuestro hermano. Tan sólo porquería y perdición.

—Sí, esas noticias aún no están incluidas en la cotización. ¿Cuándo regresa?

—Ha añadido algo en el sobre. Ya está aquí. Fue puesto en cuarentena en El Havre.

—Entonces se acabó —dijo John como para sí mismo. Sentía que perdía pie poco

a poco. Era como si se viera abrumado por una pesada soledad y fuera a caer al fin. Lo paralizó un miedo tan intenso como una fuerza de la Naturaleza. Nunca había sabido que existían sentimientos que podían asediar a un hombre como olas gigantes, que de pronto se alzaban como fuerzas ancestrales y lo enterraban y destruían todo a su paso.

—Os ruega, además, que vendáis sus acciones lo antes posible.

—¿Quién? —Alzó la vista. ¿Qué había dicho Angelini de vender acciones?

John estaba hundido sobre la mesa. Le temblaba todo el cuerpo, como si fuera a echarse a llorar, pero era una risa muda la que lo sacudía. Si quería vender las acciones de William, primero tenía que encontrar un comprador. Nada menos que un comprador. Rió en silencio y sin fuerza. Se rió de la mala jugada que el destino estaba a punto de hacerle. Se rió, aunque tenía ganas de llorar.

—Hay algo más —dijo Angelini, confuso.

—¿Ah, sí? ¿Eso aún no era todo?

—Mi anciano padre... está muy enfermo...

—Está bien, Angelini. Sois libre, podéis iros.

El secretario se puso en pie de un salto y cayó de rodillas ante John:

—¡Gracias, monsieur! ¡Que Dios os lo pague, monsieur Law!

Durante la ausencia de su esposo, Rebecca había disfrutado de los galanes y hombres ricos de la sociedad parisina. Al principio, John y Catherine la habían invitado a sus fiestas para liberarla de su melancolía. Pero el renombre que Rebecca de pronto había disfrutado en la sociedad de París se le había subido a la cabeza. Incluso había violentado a Catherine al dejar caer que sin duda ella estaba casada, pero no con su cuñado John Law.

John y Catherine habían reducido a lo imprescindible el contacto con ella. Así, no estaban presentes cuando Rebecca ofreció una *soirée* en diciembre de 1719. Estaba coqueteando con un joven príncipe, cuando un grito estridente sacudió a los reunidos. Un vagabundo había entrado en el salón, un tipo barbudo con el pelo enmarañado. Los huéspedes se apartaron de él, asombrados de que la servidumbre hubiese dejado entrar a aquel individuo.

Rebecca se separó de su joven amante y avanzó enérgica hacia el intruso. De pronto, se paró en seco.

—¡Vos, monsieur!

—¡Sí! —exclamó el desconocido—, soy William Law, el jefe de la expedición del Misisipi... ¡de vuelta del Nuevo Mundo, de vuelta del Infierno!

William agarró una jarra de vino que un camarero llevaba sobre una bandeja de plata y bebió ávidamente. La mayoría del contenido le corrió por el mentón y las mejillas.

—¿Hay oro? —preguntó Rebecca en voz baja.

—Sí —preguntó otro—, ¿habéis encontrado oro?

William sacó un recipiente de barro de su bolsillo y lo tiró al suelo. El recipiente reventó, y un líquido negro y pegajoso se vertió en el suelo de mármol.

—Éste es el oro negro de Luisiana... aceite. Los colonos españoles lo vertían en las bocas de los indios presos para sonsacarles dónde estaba el oro. Si hubiera oro, lo habrían confesado. Pero no hay oro, por eso no decían nada, y los españoles prendían el aceite y los indios ardían en llamaradas.

La multitud había esperado hechizada la respuesta de William ahora se apartaban horrorizados de su figura harapienta, como de una aparición.

Ante la sede central de la Compañía del Misisipi ocurrían escenas dignas de una guerra civil. Hombres armados disparaban a los guardias, algunos jóvenes arrojaban antorchas encendidas contra las ventanas. Cada coche que osaba adentrarse en la angosta rue Quincampoix era despedazado e incendiado. No había un policía ni un soldado hasta donde alcanzaba la vista. Estaban ocupados en proteger los edificios estratégicos: el Palais Royal, los cuarteles, la Casa Real de la moneda.

Por la noche, la chusma había crecido hasta convertirse en una multitud inabarcable. La zona fue presa de la barbarie, se incendiaron casas y se pisotearon personas hasta la muerte.

Al día siguiente, 22 de mayo de 1720, la muchedumbre enfurecida llevó los cadáveres en larga procesión al Palais Royal. El regente tuvo que reunir a toda prisa seis mil soldados para reforzar la guardia de la ciudad.

En su despacho de la place Louis le Grand, John Law se había levantado de un salto de su escritorio.

—¿Te atreves a pisar mi casa después de tu aparición pública? —le espetó a su hermano.

—¿Es que quieres batirte? —se burló William—. Entonces elijamos pistola, no espada. El tiempo de las espadas ha pasado hace mucho, John. Tu tiempo también ha pasado. Todo París se ríe de ti. Escriben versos sarcásticos sobre ti y el regente.

—Tengo que hacer, William, di lo que quieras y vete.

—Quiero vender mis acciones. ¡Enseguida!

—Las transacciones están suspendidas, William, no puedo comprar tus acciones.

William se plantó tembloroso ante su hermano; la furia lo hacía enrojecer.

—¡Para qué tanto sufrimiento, John! ¡Quiero ver por lo menos dinero!

—Si la Compañía del Misisipi recompra tus acciones seré sancionado, y la compra anulada. Sencillamente es demasiado tarde, William.

—¡Nunca debí venir a París, John! ¡Nunca!

—¿Por qué siempre te pones de parte de aquellos que quieren mi ruina? ¿Por qué

no estás del lado de la familia?

—¿Has tenido a tu lado a alguien en algún lugar del extranjero? —preguntó William. Se inclinó sobre el escritorio y lo miró con odio.

—Escucha, te pagaré un cuarto de millón en monedas, William. De manera privada. De mi patrimonio. En forma de préstamo sin interés.

—Eso no es suficiente, John, tiene que haber más. ¿Dónde has escondido la plata de la que habla toda la ciudad? ¿Dónde? —William daba vueltas en torno a la mesa como un tigre enjaulado, y se detuvo detrás de su hermano. John permaneció sentado.

—No hay montañas de plata, William, ni reservas secretas de oro, ni tesoros enterrados... Sólo mi necio hermano pequeño, que hubiera debido quedarse en Edimburgo jugando con sus pistolas, se cree eso.

William respiró hondo. Estaba detrás de John, mirando fijamente su nuca.

—Te lo advierto, William. No te dejes arrastrar a cosas de las que te arrepentirás. Todo podría terminar peor que en los pantanos de Luisiana.

Llamaron a la puerta.

—Pase —dijo John.

Era Saint Simon.

—Pasad, Monsieur le Duc. La servidumbre hace cosas extrañas estos días...

—¿Os molesto, monsieur? —preguntó Saint Simon, lanzando una afable mirada a los dos hermanos.

—No. William se iba en este momento.

William titubeó. Miró amenazante a su hermano.

—¿Cuándo podré contar con ello?

—Pensaré algo —prometió John—, pero espero que en las próximas semanas renuncies a hacer apariciones públicas.

William asintió con gesto sombrío, se inclinó brevemente ante Saint Simon y salió del despacho.

El francés esperó hasta que hubo cerrado la puerta, luego dejó su abrigo y empezó a hablar con voz excitada:

—¡Tenéis que abandonar París, monsieur! El Parlamento reclama cambios. Quiere hacer pagar al regente las humillaciones públicas de los últimos años. En efectivo. Quiere aprovechar el favor del momento, quiere debilitar al regente. Por eso, empezará por atacar su columna más fuerte: a vos, monsieur. Quieren arrojaros a la Bastilla. Se os acusa de haberos enriquecido secretamente y haber depositado cuantiosas reservas de plata en el extranjero. Se os acusa de haber empujado a la ruina a todo el país, y haber engañado al Parlamento y al pueblo. Exigen la revocación de todos los edictos, vuestra inmediata destitución, vuestra cabeza. ¡Quieren veros colgado! —Saint Simon estaba visiblemente preocupado. Continuó—: Monsieur Law de Lauriston, he aprendido a estimaros como a un hombre prudente, de extraordinario entendimiento. Sois un verdadero amigo para mí, quizá sea la última vez que nos veamos. Decidme, ¿es cierto lo que se cuenta por París?

—Mi sistema era correcto, monsieur. Estaba bien pensado. Pero no conté con que el regente...

—... imprimiera en secreto tres mil millones en papel moneda.

John lo miró con ceño.

—Entonces, es cierto lo que me han confiado, bajo el sello de la máxima discreción —añadió el francés.

—Sí, es cierto. Sólo puedo probar mi inocencia haciendo pública la culpa del regente.

—No, no —se horrorizó Saint Simon—, el Parlamento nunca tomará partido por vos. No quiere derrocar al regente, sólo debilitarlo. ¡Tenéis que huir, monsieur!

—Aún no está todo perdido. Os lo imploro: decid al regente que tiene que aguantar, ¡si me quita las riendas ahora, la nación se hundirá en el caos!

—Los financieros de París aceptarían eso con tal de que el Parlamento os hiciera colgar. La envidia se ha convertido en odio, monsieur.

Delante de la casa se sucedían escenas parecidas a las ocurridas ante la sede de la Compañía del Misisipi. John había triplicado su guardia y multiplicado por diez sus salarios. Las casas de la place Louis le Grand, un tercio de las cuales había comprado John, se habían reconvertido en una fortaleza. La multitud indignada ya no se conformaba con maldiciones a voz en cuello y con lanzar piedras. Continuamente, unos jóvenes corrían disparando salvas contra la casa, entre el aplauso de la multitud insurgente. Poco a poco se fueron rompiendo todas las ventanas, que fueron atrancadas por dentro con tablas.

John estaba sentado en el salón, rodeado de su familia.

—Da igual lo que ocurra en los próximos días —dijo en voz baja—, pensad siempre que os quiero por encima de todo. Si una noche no regreso, no os preocupéis y no dudéis de mí: volveré con vosotros. Haré todo lo humanamente posible para volver a estar con vosotros.

Cuando D'Argenson apareció en la place Louis le Grand con una partida a caballo, la ira general se dirigió contra las tropas reales. La gente atacó a los soldados, que dispararon dos salvas. Algunos hombres cayeron muertos, otros resultaron gravemente heridos y trataron de ponerse a salvo entre gritos de dolor.

Cuando la multitud se hubo dispersado, D'Argenson desmontó y entró en la casa de Law.

John le salió al encuentro en el vestíbulo. Una sonrisa afloró en su rostro:

—Esta ronda es para vos, D'Argenson.

—Me temo que ha sido la última ronda —repuso secamente el marqués—. Toda buena racha termina alguna vez.

—La suerte nunca fue mi territorio, monsieur —porfió John. Guió a D'Argenson hasta su despacho—. ¿Estoy detenido? —preguntó.

—No, monsieur, el regente sale fiador de vuestra integridad. Por eso apostamos hombres de la guardia real delante de vuestra casa.

Por alguna razón, D'Argenson parecía no disfrutar del todo el momento de su triunfo. John titubeó: ¿acaso estaba sintiendo compasión de él?

—¿Estoy bajo arresto? —preguntó.

—Habéis sido destituido con efecto inmediato de todos vuestros cargos, monsieur. El Parlamento ha iniciado una investigación contra vos. Ha de examinarse si os habéis enriquecido indebidamente.

—D'Argenson, nunca fuimos grandes amigos, pero os pregunto: ¿creéis de veras que he hecho todo esto sólo para enriquecerme indebidamente?

—Hay gente en la corte que cree que, con la complicidad de misteriosos banqueros extranjeros, habéis inundado el mundo entero de papel moneda francés para adquirir secretamente valores reales. Se supone que habéis comprado cientos de inmuebles, fincas rurales, almacenes de materias primas y manufacturas, y obligado a los vendedores a aceptar como pago papel moneda carente de valor. Y ahora dejáis intencionadamente que ese papel moneda se desplome.

—Y lo único que queda —sonrió John moviendo la cabeza— son mis valores reales, y todos los demás están en bancarrota.

—Ésa es la última teoría que circula por la corte, monsieur.

—Incluso si fuera lógica, monsieur, simplemente no es cierta. ¿O acaso creéis en ella? —preguntó Law con mirada inquisitiva.

—Lo que yo crea, monsieur, no le interesa a la comisión parlamentaria. Crozat le Riche va a dirigir la investigación. No yo.

—Me gustaría oír vuestra opinión, D'Argenson.

Éste no parpadeó.

—¿Puedo pedir os que me acompañéis, monsieur?

—Si vais a llevarme a la Bastilla, dejadme al menos despedirme de mi familia.

—Únicamente os llevo ante el regente, y luego os traeré de vuelta a casa. Ya he dicho que no estáis bajo arresto.

El regente se hizo esperar. John estaba en una antecámara que daba a la sala del Consejo de Regencia. Conocía cada uno de aquellos rincones. Allí había estado como en su casa todos aquellos años, un habitual que entraba y salía a diario. Ahora todo le parecía extraño. Los guardias ante las puertas, la habitación, el olor. Quizá ésa era la última vez que estaría allí, la última vez que caminaría sobre las brillantes losas de mármol, que alzaría la vista hacia la gran araña del techo, que vería al regente. Pero el regente no aparecía. Los soldados se relevaban, la noche caía. Catherine debía de estar preocupada. John se sentó en una silla. En las primeras horas de la madrugada,

se quedó dormido.

Un soldado lo despertó:

—Monsieur le Régent os manda pasar.

John fue conducido a otra parte del edificio. Sentía desconfianza. Temía más que nunca que fueran a encarcelarlo. Pero, para su gran sorpresa, realmente lo llevaron ante el regente. A su cuarto de juego privado.

—No tenemos mucho tiempo, monsieur —empezó sin rodeos el regente. Estaba sobrio y parecía contenido—. Ya no puedo garantizar vuestra seguridad. Todo París quiere veros colgado. —Dejó una carta lacrada sobre la mesa de billar—. Vuestro pasaporte, os permito partir, podéis llevar con vos a vuestro hijo.

—¿Y mi esposa y mi hija?

—Se quedan aquí, monsieur, como prenda. Hasta que la investigación haya concluido. Entonces, también madame y su hija podrán abandonar el país. Hasta entonces, todos vuestros haberes y propiedades quedan requisados por la Corona.

—Os juro por Dios que he ejercido mis negocios de buena fe y nunca, ¡nunca!, me he enriquecido indebidamente en modo alguno.

—Constatarlo es tarea de la comisión parlamentaria de investigación, monsieur. ¿Tenéis algún otro deseo?

John no vaciló.

—En su momento, llegué a París con quinientas mil libras. Cedo todo mi patrimonio a la Corona. Pero os ruego que nos dejéis a mí a y mi familia esas quinientas mil libras y nos permitáis abandonar París.

—Se os conceden las quinientas mil libras, pero vuestra esposa se quedará en París como prenda.

—Entonces, también yo me quedaré.

—¿Para ser ahorcado, monsieur? Ya no puedo garantizar vuestra seguridad. Es perfectamente posible que el Parlamento os condene mañana a muerte. Así que no tenéis elección: ¡vuestra esposa puede veros colgado o saber que estáis a salvo en el extranjero! *Voilà. C'est tout.*

—¿Ha olvidado el regente todo lo que he hecho por él y la Corona? ¿Habéis olvidado ya en qué estado se encontraba Francia cuando me instalé en París? La gente no tenía trabajo, vivía en la más amarga pobreza, el endeudamiento del Estado... —Se acercó al duque—: ¡Os lo ruego, monsieur, os ruego justicia!

—Vamos a anular todo lo que habéis hecho, monsieur Law. ¡Todo!

—¡Pero aún hay salvación! ¡Tened el valor de ser fuerte! ¡Si lo anuláis todo ahora, precipitaréis al país en el caos! —John estaba desesperado. Creía que la salvación era posible. Simplemente, había que resistir la actual situación.

—Monsieur, ya he decidido. Mi decisión es irreversible. Si en otra ocasión puedo concederos algún deseo, lo haré gustoso. Pero abandonaréis París y dejaréis todo lo que amáis. Hasta que la comisión haya probado vuestra inocencia.

—¿También vos creéis que he amontonado misteriosas montañas de plata en

algún lugar del extranjero?

El regente no movió un músculo.

—Si así fuera, monsieur, estaríais bien aconsejado si devolvierais a la Corona esos valores patrimoniales. A cambio, vuestra familia podría seguir al extranjero.

—Es sencillamente increíble —se indignó John—. Juro por Dios que no he sacado un céntimo al extranjero. ¿Por eso me obligáis a dejar el país? ¿Para que os devuelva esos imaginarios valores patrimoniales? ¿O más bien porque vos habéis impreso secretamente tres mil millones en billetes de banco...?

—¡Si concluís esa frase, monsieur, os arrojaré inmediatamente a la Bastilla! ¡Ni siquiera podéis pensarla! ¡No dudará en reduciros al silencio si volvéis a mencionar ese asunto!

John se quedó petrificado. Ahora entendía por qué el regente ya no quería tenerlo en Francia.

—Siempre estuve de vuestra parte, monsieur —susurró—, por vos lo hubiera dado todo, todo. Siempre he creído en nuestra causa. Ni en sueños habría pensado en llevarme al extranjero... —Se le quebró la voz—. Además, ¿para qué, monsieur? Mi sistema ha funcionado. Lo he demostrado. ¿Para qué iba yo a construir en el extranjero un almacén secreto de oro o plata? Siempre quise quedarme en Francia, a vuestro lado, y servir a vos y la Corona. —Trastornado, buscó la mirada del regente, un signo que le recordase su vieja unión.

Pero el duque de Orleans volvió la cabeza. Sin duda, sabía que estaba siendo injusto con el escocés.

—Si no tenéis otro deseo —dijo en voz baja—, haré que os lleven de vuelta a vuestra casa. Mañana abandonaréis París. Todos los documentos necesarios os serán entregados en el momento de partir.

—Otra vez a la ópera —dijo de repente John—. Quisiera ir una vez más a la ópera con mi familia. Mañana por la noche. Luego abandonaré París para siempre.

—Se os concede ese deseo —dijo el regente con voz conmovida. Y salió del cuarto de juego sin decir una palabra más.

Dos guardias entraron y acompañaron a John al patio. Allí esperaba el coche de D'Argenson.

Todo el que tenía algún rango y nombre asistió el 12 de diciembre de 1720 a la representación del *Teseo* de Lully. John Law y su familia ocupaban uno de los palcos reales. La gente alzaba la vista y cuchicheaba. ¿De dónde sacaba ese escocés, al que el Parlamento quería ver colgado, el valor para ir a la ópera? John Law no se escondía. Se despedía de un mundo del que ya no quería formar parte. Había deseado esa última noche en la ópera para facilitar un nuevo comienzo a Catherine y Kate. Si hubiera huido de París atropelladamente y en secreto, ella habría sido la esposa abandonada de un jugador de azar. Así, se despedía oficialmente para un supuesto

viaje de negocios al extranjero, y Catherine seguiría siendo la mujer del gran John Law.

—Lamento en esta hora todo el daño que te he hecho —le susurró con la voz ahogada por el llanto.

Ella lo miró.

—Dime sinceramente, ¿también con Rebecca...?

—No —respondió con vehemencia John—. Tuve muchos líos, pero no con Rebecca.

Catherine asintió. Al cabo de un rato dijo:

—Yo tampoco fui ningún ángel, John. Quizá decírtelo hoy te haga más fácil la despedida. No fui ningún ángel. —Las lágrimas le corrían por las mejillas—. Ocúpate bien de nuestro hijo —susurró, y empezó a sollozar quedamente.

—¡Lo prometo! Haré todo lo que pueda para que el destino vuelva a reunimos.

—Lo sé, John —musitó ella, y apretó el rostro empapado de lágrimas contra su mejilla.

—¡La comisión probará mi inocencia! —susurró él.

Ella asintió brevemente y se abandonó, rendida, a sus brazos.

—No le digas a nadie lo que sabes del regente. Te destruiría por eso.

Catherine se secó los ojos y volvió a incorporarse.

—¿Cómo puede el mundo ser tan malo? —susurró—. ¿Acaso no estamos lo bastante atormentados con los dolores y las preocupaciones, la enfermedad y la muerte? ¿Es que además los hombres tienen que hacerse daño unos a otros?

—Sí, por eso el ser humano ha sometido el mundo. El ser humano es malo, su Dios es malo. Pero yo te amo, Catherine. Da igual dónde vaya, tú estarás en todas partes, por las noches susurraré tu nombre, sentiré tu calor, adivinaré tus pensamientos, y cuando la nostalgia de ti me desgare, te hablaré.

—Y yo te escucharé, John, dondequiera que estés. Eres parte de mí, John Law de Lauriston.

—Para siempre.

Antes de que la ópera terminase, John se levantó. Por última vez, estrechó contra su pecho a Kate y Catherine, su gran amor. Kate se despidió de su hermano, lo abrazó con fuerza y lo mantuvo a su lado. Luego el joven John se despidió de su madre y se dejó estrechar contra su pecho una última vez. Por fin, padre e hijo dejaron el palco.

En diciembre de 1720 John Law atravesó la nevada Francia en dirección a Marsella, junto con su hijo de quince años, tres ayudas de cámara y una escolta militar de doce jinetes. Quería llegar a Génova en barco, pero Marsella estaba separada del mundo por un cordón militar. Un barco había traído la peste a Europa. ¡La peste! La servidumbre abandonó el servicio y huyó a París. John y su hijo se quedaron solos con su escolta montada. Decidieron seguir hacia Génova por tierra.

En la frontera con Italia examinaron sus documentos.

—¿Monsieur du Jardin? —preguntó el soldado francés.

John asintió. El soldado miró el pasaporte con más atención. Luego examinó el del muchacho. Al cabo alzó la vista y preguntó de nuevo:

—¿Monsieur du Jardin?

John asintió.

—*Oui*. Monsieur du Jardin.

El soldado se fue con los pasaportes a la caseta de madera y estuvo ausente un largo rato. John y su hijo permanecieron en el coche, esperando. Hacía un frío lacerante. Al cabo de un rato, el soldado volvió acompañado de su coronel. Éste exigió a John que bajara del coche. Su rostro le resultaba extrañamente familiar. Trató de acordarse; entonces se le ocurrió, y por un momento tuvo la sensación de que el destino se conjuraba contra él.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

Pero el coronel se limitó a sonreír.

—Creéis conocerme, monsieur, pero sólo os recuerdo a mi padre, recientemente fallecido. Soy el hijo mayor del marqués D'Argenson.

—Entonces sabéis quién soy —respondió sorprendido John, entregándole otros dos documentos—. Tenemos salvoconductos. El regente los ha expedido en persona, y nos garantiza el cruce de la frontera.

El joven D'Argenson ignoró sus explicaciones. Se agachó dentro del coche abierto y sacó un pesado arcón de debajo del asiento.

—También tengo un escrito del regente que me permite sacar esa suma —dijo John.

D'Argenson abrió sonriente el arcón. En él había ochocientos luises de oro. Sin mirar a John, tendió la mano.

—Los papeles...

John le entregó el escrito con el sello del regente. El oficial pasó la vista por él. Luego lo rompió.

—*Voilà*, monsieur —dijo fríamente—. En uno de vuestros edictos disponíais que no se pueden poseer sumas en efectivo de más de quinientas libras.

—Monsieur, estáis excediendo vuestras competencias.

El joven D'Argenson se encogió de hombros. A todas luces, quería causar

impresión en París y promocionarse para tareas más elevadas.

—¿Es ésta una forma de bandidaje sancionado por el Estado, monsieur? ¿Queréis robarme y hacerme cruzar la frontera con un solo luis de oro?

El militar no movió ni un músculo.

—Monsieur, según otro edicto salido de vuestra pluma, está prohibido sacar oro y plata de Francia; por tanto, no puedo permitirlos que os llevéis ni un solo luis de oro. ¡Confisco el arca entera!

—¡Despreciáis una disposición del regente!

—No hay ninguna disposición del regente, monsieur —respondió el joven D'Argenson, empujando con el pie los trozos de papel—. Muy bien, podéis cruzar la frontera de Italia, monsieur, o quedaros aquí y seguir abusando de mi paciencia. Entonces os haré llevar a Marsella. Allí, dicen que un tercio de la población ha sucumbido ya a la peste. Todo se muere, monsieur, incluso tuvimos que pegarle fuego, por orden del Comité de Salubridad, a los barcos de vuestra Compañía del Misisipi. Quién sabe qué otras preocupaciones nos habría deparado el Misisipi.

John miró a su hijo, que estaba pálido como la cera junto a él y temblaba de frío.

—Insisto en que me hagáis entrega de un escrito que atestigüe que os habéis incautado de mis ochocientos luses de oro.

—Lo haré gustoso, monsieur. Tiene que haber orden, pero espero que comprendáis que tema más la ira de mi familia que el reproche de nuestro regente. Porque mientras el regente puede seguir entregándose a su caro estilo de vida, la familia D'Argenson ha perdido todo su patrimonio con vuestras malditas acciones del Misisipi.

Los fogosos ojos del joven reflejaban ira, todo el odio que albergaba contra aquel escocés. Regresó a la caseta dando zancadas, y poco después entregó a John el recibo por la incautación de las monedas.

Cuando el coche volvió a ponerse en marcha, el joven John, que había estado callado todo el tiempo, dijo a su padre:

—Parece una maldición que tengamos que encontrarnos aquí en la frontera precisamente a un hijo de D'Argenson.

—No, no, John —trató de consolarlo su padre—, el azar se produce con más frecuencia de lo que creemos. Es algo que tiene que ver con nuestra percepción. Pero no te preocupes, aún tengo dos diamantes en las botas. Al llegar a Venecia los empeñaremos. Tenemos suficiente para mantenernos a flote por el momento. Y estoy convencido de que el regente pronto libraré las quinientas mil libras prometidas.

—¿Y si no lo hace? —preguntó preocupado el muchacho.

—Entonces se nos ocurrirá alguna otra cosa, John. Siempre hay un camino. Soy un Law, tú eres un Law. Ni oscuro ni pequeño.

Venecia, primavera de 1722

Más de un año después, John Law estaba sentado en un café de Venecia con su hijo, esperando que abriera el *ridotto*. Hasta que llegara ese momento, escribía una carta, y cuando alzaba la vista veía el trajín en el Gran Canal. Había alquilado al conde Colloredo un *palazzo* justo al lado del Ridotto, y el café también estaba a pocos pasos del famoso Casino de Venecia.

No era la primera carta que escribía al regente, recordándole las quinientas mil libras prometidas. Y tampoco era la primera en que le exponía nuevas medidas para superar la crisis del Estado. Le ofrecía sus servicios. Pero, sobre todo, le pedía la liberación de su amada Catherine y su hija Kate.

—No responde a vuestras cartas, padre —dijo su hijo. La picardía había desaparecido de su rostro. Los meses transcurridos habían hecho madurar al joven. Estaba allí sentado, serio y decidido, ordenando el correo de su padre.

—Responderá —murmuró John—, no puede seguir ignorando mis ruegos durante mucho tiempo.

Entretanto, se había acostumbrado al olor a podredumbre que ascendía con la niebla de los canales y se extendía sobre la *piazza* Grande.

—La peste ha hecho sucumbir todo el tráfico marítimo entre Europa y el Nuevo Mundo —dijo el joven, pasando la vista por otra carta. Sentía pena por su padre. Le dolía ver que quien hasta hacía poco era el hombre más poderoso de Europa estaba sentado, delicado de salud, en una temblona silla de madera junto al Gran Canal, con un simple sombrero de tres picos, envuelto en un raído manto negro de tela barata.

—La peste pasará, John —murmuró impertérito su padre—, todo pasa. Venecia fue un día la economía y la potencia naval más poderosa del Mediterráneo. ¿Y hoy? Hoy todo ha pasado.

—Pero Venecia no regresará, padre. No todo se repite. No todo regresa.

—Pero la peste pasará. Y estoy seguro de que un día el regente volverá a llamarme a París. No sé quién más podría resolver su problema.

—¿Por qué París, padre? Dinamarca y Rusia estarían dispuestas a tomaros a su servicio. ¿Por qué precisamente París?

—No se trata de los cien millones que he dejado allí. Se trata de Catherine. Me gustaría volver a vivir como antes, como un ciudadano privado, sin el peso de un cargo público. Venecia es maravillosa. Todo lo que se necesita para vivir se encuentra a pocos pasos y no necesito ni guardias ni criados. Ya estuve una vez en Venecia, hace mucho tiempo, con Catherine; tú aún no habías nacido. Teníamos unos recursos modestos, pero éramos felices. Aquí en Venecia, el recuerdo de ella está vivo. Pensaba que eso me haría bien, pero duele. Está en todas partes y, sin embargo, en ninguna.

John miró el montón de cartas con los sellos rotos.

Su hijo se encogió de hombros.

—Nada importante. Mucha gente escribe que querría visitaros. Están dispuestos a emprender viajes muy trabajosos para veros.

Su padre carraspeó, primero débilmente, luego empezó a toser, cada vez más fuerte, y su rostro enrojeció. Boqueó para tomar aire. Su hijo se puso en pie y le palmeó la espalda. John le pidió por señas que dejara de hacerlo.

—Me vas a romper todas las vértebras.

El joven estaba muy preocupado.

—La mañana es aún demasiado fría, padre. No deberíais escribir las cartas al aire libre.

John Law pasaba las tardes y las noches en el *ridotto*, jugando al faraón. Pero cada vez menos se le ofrecía el lucrativo honor de llevar la banca, así que hacía apuestas con los clientes. Ofrecía, por ejemplo, inmensas ganancias a quien sacara el seis cuatro veces consecutivas. Pero, naturalmente, la probabilidad de que el seis saliera cuatro veces seguidas era extremadamente pequeña. Así se ganaba la vida John Law. A veces ganaba lo suficiente como para entregarse a otra vieja pasión: compraba cuadros, y pronto fue considerado en Venecia un singular coleccionista de arte.

«Querida Catherine —escribió a la mañana siguiente, sentado a su escritorio ante la puerta abierta del balcón, mirando el Gran Canal—, no puedes rendirte. Vuelve a solicitar los pasaportes. El regente no podrá rechazar eternamente vuestro ruego.»

Alguien entró en el pequeño despacho. Era su hijo, acompañado de una hermosa joven.

—Has estado toda la noche fuera y me habías preocupado —dijo John. Al decirlo sonrió, como si estuviera orgulloso de que su hijo hubiera pasado la noche en un dormitorio ajeno.

—Lo siento, padre —dijo el joven, y le pasó un brazo por los hombros. Le dio un beso. Lo hacía raras veces—. ¿Puedo presentaros a María?

John Law se incorporó y saludó a la joven. Enseguida se dio cuenta de que ella conocía todas las historias que contaban acerca de él, el escocés de Venecia. Tenía unos ojos cálidos y amistosos y un brillo en el rostro que hacía acelerarse cualquier corazón. Parecía tan feliz y despreocupada como si aún no hubiera experimentado ninguna de las maldades del destino. Se sintió feliz de que John hubiera encontrado a María.

—¿Hay novedades? —preguntó cautelosamente el muchacho, al depositar el nuevo correo sobre el escritorio de su padre.

—Estaba escribiendo a tu madre que debe volver a solicitar los pasaportes. También volveré a escribir al regente y endureceré el tono, le diré que ofreceré mis servicios a otras naciones si no responde de una vez.

El chico asintió. Luego se despidió de su padre para ir a pasear con María. Cuando ambos se marcharon, John volvió a sentarse a su escritorio. Sentía que su hijo pronto seguiría su propio camino, y eso lo conmovió profundamente. Por un

instante, lo acometió una sensación de tristeza y pensó en Catherine y Kate; las echaba espantosamente de menos. Se sentía viejo, sentía más que nunca los pequeños achaques de la edad; su cuerpo perdía fuerza, vitalidad.

Desanimado, echó un vistazo al correo que su hijo le había traído. Había una carta de Catherine. La leyó y releyó. Y cuando, por la noche, volvía a estar en su mesa del *ridotto* y hacía sus apuestas, oía la voz de Catherine como si estuviera a su lado, allí, en la sala, en algún sitio en la oscuridad, como entonces en el salón de su cuñado en Londres.

«Mi querido John —había escrito—, Kate y yo estamos bien. En París todo el mundo cree que van a llamarte de una vez. Crozat ha concluido la investigación contra ti y ha informado al regente de que hiciste de forma correcta todos tus negocios y no te enriqueciste ni directa ni indirectamente. Mucha gente cree que se ha cometido una gran injusticia contigo. Tan sólo unos pocos envidiosos difunden el rumor de que en el extranjero acumulaste incalculables tesoros. Hablan de un tesoro de plata de dimensiones salomónicas. Las acciones del Misisipi han vuelto a recuperarse; el Nuevo Mundo parece contener lo que tú prometiste en su día. Kate y yo hemos recuperado la esperanza. Pronto volveremos a vernos, John. He vuelto a preguntar, a través del duque de Saint Simon, si el regente tendría la clemencia de expedir pasaportes para mí y Kate. He oído decir que vuelve a estar sometido a presión, desde que el joven rey enfermó gravemente. Corre el rumor de que ese químico, Homberg, está de nuevo en la ciudad; espero que el joven rey sane pronto y el regente pueda ocuparse de nuestros pasaportes. Confiamos en ello. La fuga no sería aconsejable; tu hermano William lo intentó y fue prendido no lejos de París con varios millones de libras en oro y plata, y desde entonces está en la Bastilla. Voy todos los días a visitarlo, le llevo comida y ayudo a Rebecca. Apenas puedo esperar a volver a tenerte entre mis brazos.»

—¿Monsieur Law? —lo urgió nuevamente una voz.

John alzó la vista. Lo había olvidado todo a su alrededor. Los jugadores de la mesa de faraón esperaban una nueva carta. Todos lo miraban. John Law, el gran maestro del cálculo de probabilidades, el virtuoso, el genial pensador y estratega, estaba perdido en sus pensamientos y miraba incrédulo a su alrededor, como si apenas pudiera entender qué lo había llevado a aquel *ridotto*.

En las primeras horas de la mañana del 2 de diciembre de 1723, Saint Simon llevó al regente un nuevo escrito de John Law desde Venecia. Fue conducido por el ayuda de cámara hasta el dormitorio del duque de Orleans. Desde que la viuda de Orleans había muerto, el regente había perdido su punto de apoyo y había cambiado el salón de reuniones por el dormitorio.

—Monsieur —empezó Saint Simon—, ¿puedo recordaros vuestra promesa de permitir el regreso a París de monsieur Law de Lauriston si la investigación contra él

demuestra su inocencia? ¿Puedo además rogaros que expidáis por fin a madame Law los pasaportes solicitados, una vez confirmada la inocencia de su esposo?

Saint Simon se quedó en pie delante de la cama, esperando paciente la respuesta del regente. Éste yacía en los brazos de la duquesa Marie-Thérèse de Falaris, como un bebé dormido contra el pecho de su nodriza. La duquesa se sentaba erguida, con el torso desnudo y acariciaba mecánicamente los ralos cabellos de su amante.

—No os oye —dijo.

—¿Cuándo puedo volver a intentarlo, madame?

—El duque de Orleans ha muerto —respondió la duquesa.

En la primavera de 1724, un grave enfriamiento volvió a postrar en su lecho a John Law.

—Venecia es mala para vuestros pulmones —dijo su hijo, trayéndole té caliente.

—¿Has enviado las cartas?

—Sí, padre, lleva tiempo. Pasarán semanas hasta que lleguen, y más semanas antes de que recibamos la respuesta.

—Sí, sí —repuso desabrido John, y trató de incorporarse—, tu madre tiene que abandonar París, tiene que huir. Nunca le otorgarán los pasaportes. Ahora que el regente ha muerto y el Parlamento ha ordenado una nueva investigación contra mí, ya no quedan motivos para la esperanza. El Parlamento ha contratado ochocientos funcionarios para la investigación. ¡Ochocientos! Ya no lo veré. Me absolverán, pero ya no lo veré. Sólo mi muerte puede salvaros. Sólo después de mi muerte aceptarán de una vez que he muerto pobre como una rata.

—Padre, ¿quién está pensando en morir? —susurró su hijo, secándole la frente con un paño húmedo.

—El duque de Orleans tenía cuarenta y nueve años, John... yo pronto cumpliré cincuenta y tres...

—No vais a morir, padre, creedme, no es más que un enfriamiento.

—Sí, sí —bromeó John después de beber la benéfica infusión—, seguro que seré el primer hombre en alcanzar la inmortalidad.

El 24 de enero de 1724, Catherine y Kate hicieron un intento de fuga. Se habían llevado tantas cosas como pudieron meter en el coche. En un bosque cercano a Orleans fueron detenidas por jinetes de la guardia real. A su regreso a París, se les informó de que habían perdido todas sus posesiones. Todo su patrimonio había sido confiscado por la Corona.

Alquilaron el ático de una pensión. Tuvieron que mendigar a los amigos incluso los medios para escribir y poder enviar una carta. Catherine escribió a su marido que en París se había dictado una nueva disposición según la cual cualquiera que creyera

haber perdido dinero por culpa de John Law podía acudir a cualquiera de los ochocientos funcionarios investigadores. Decían que se había presentado más de medio millón de personas...

No mencionó que ahora se alojaban en un miserable cuchitril.

En primavera, cuando John se recuperó de la fiebre, llevó a su hijo a un gran almacén que había alquilado hacía décadas, en el *palazzo* de la renombrada familia de banqueros genoveses Rezzonico.

—¿Qué queréis enseñarme, padre? —preguntó su hijo. John Law sonrió. Su hijo advirtió el fuego en sus ojos. Se había vuelto tan infrecuente...—. Entonces ¿es cierto que habéis apartado algo en secreto?

—No. Lo que vas a ver lo adquiriré hace mucho tiempo. Tú aún no habías nacido. Hace mucho de eso —sonrió mientras abría la puerta del almacén. En todas las paredes había cuadros, alineados como libros en una estantería.

—Ahora son cuatrocientos ochenta y ocho, John —dijo el anciano con un soplo de orgullo. Pero al ver la mirada sorprendida de su hijo, pareció casi un poco confuso.

—La gente afirma que un cuadro nunca gana valor, padre. Dicen que si hoy compras un cuadro de Leonardo, mañana apenas habrá ganado valor.

John se detuvo abruptamente. Le dolía que su hijo defendiera esa opinión, que se adhiriese a la opinión de otros.

—¿En qué se ha distinguido la gente que defiende esa opinión?

El joven calló. Su padre lo conocía lo bastante bien como para saber lo que estaba pasando por su mente.

—Muy bien —prosiguió John—, puedes pensar que sin duda esa gente no hizo nada en su vida, pero hoy su situación financiera es mejor que la mía.

—Yo no he dicho eso, padre.

—Quiero que un día llesves a Holanda todos estos cuadros. He acordado con tu madre que Ámsterdam será el lugar en el que volveréis a veros.

—¿Y vos, padre?

—Yo venderé unos cuantos cuadros. Con el producto, podrás seguir pagando el alquiler aquí y el transporte a Ámsterdam. Los valores siempre se mantendrán. Los auténticos valores. Un Tiziano, un Rafael, un Tintoretto, Veronese, Holbein, Miguel Ángel, Poussin o Leonardo, son valores. Son testigos únicos de nuestra Historia. Si el milagro que hice en París hubiera durado más, la gente estaría hoy comprando cuadros. Hasta la cocinera compraría cuadros. Otras naciones abrazarán mi sistema. Un día, el mundo entero pagará únicamente con dinero de papel. Y esa gente aún comprará más cuadros.

El joven torció el gesto. No compartía las opiniones de su padre. Era escéptico. De alguna manera, las palabras de su padre sonaban como la profecía de un alquimista fracasado que seguía creyendo poder fabricar oro a partir del plomo.

Como siempre, John pasó la noche del 29 de agosto de 1728 en el *ridotto*. Hizo nuevas apuestas. Ofreció diez mil doblones a quien consiguiera sacar cifras distintas seis veces consecutivas. Frente a él se sentó un hombre que se dio a conocer como Montesquieu. No quería jugar a los dados. Quería una partida de faraón.

—¿El famoso escritor y filósofo? —preguntó John con una sombra de burla.

No le gustaba ese francés. Se había topado a menudo en su vida con esa clase de hombre, y nunca lo había apreciado. Esa gente era leída, rápida, dotada de un brillante entendimiento y, sin embargo, sus análisis fallaban a menudo porque a sus creadores les faltaba una buena ración de sano sentido común. Eran los eternos moralistas que predicaban agua y bebían vino, y que no se distinguían mucho de aquéllos a los que condenaban con vehemencia.

—He leído hace poco vuestras *Cartas persas* —continuó—. No me sorprende que el libro se venda bien. Los libros moralizantes siempre se venden bien. ¿Quién no va a estar de acuerdo con un autor así?

El francés pareció sorprendido por la hostil actitud de Law.

—¿Por qué vivís aquí en tan míseras condiciones, monsieur? —preguntó Montesquieu.

—Vivo en las condiciones que mi situación financiera me permite —dijo John, repartiendo cartas a Montesquieu. Sólo eran dos. Ya era entrada la madrugada y la mayoría de los clientes se habían marchado.

—Aún tenéis que disponer de ciertos valores patrimoniales —insistió Montesquieu.

—¿Habláis por vos, monsieur?

—Sólo un loco habría dejado de sacar secretamente dinero del país durante los prósperos años de la Compañía del Misisipi —lo contradijo Montesquieu.

Era el clásico representante de esos moralistas iracundos que nunca hacían justicia a sus propias exigencias. Se regodeaban en la idea de ser sabios y famosos, se hacían los filántropos, los amantes de la naturaleza, los protectores de los débiles y, sin embargo, no tenían el menor interés en las personas reales. Su vida se desarrollaba en el espíritu. Del gran moralista y filósofo Montesquieu contaban que no sentía afecto ni por los miembros más próximos de su familia, y que podía viajar durante años sin escribir una sola carta a sus allegados. Era el clásico egoísta, el egocéntrico, el alma contrahecha tan pagada de su propia persona que ni siquiera podía intuir sus propios defectos humanos.

—Monsieur Montesquieu, vos nunca entendisteis mi sistema y, sin embargo, siempre tuvisteis opinión sobre él. En su momento, creo que fue en el año mil setecientos quince, entregasteis al regente un escrito sobre el saneamiento de las finanzas del Estado. Se titulaba «Memorial sobre las deudas del Estado»...

Montesquieu sonrió y asintió satisfecho. Sin embargo, su afable reacción no se debía a la fenomenal memoria de John Law, sino a la circunstancia de que su obra

tenía que haber sido muy importante para que se acordasen de ella.

—Puede que vuestra enemistad aún venga de aquellos días, monsieur. Pero dudo que con vuestro memorial quisierais conseguir nada más que una cena con el regente. Yo, en cambio, creía en mi sistema. Así que, ¿por qué tenía que tomar medidas de precaución para un eventual fracaso? Quizá la historia enseñe un día que yo hice justicia al hombre moral reclamado por Montesquieu, pero no fui reconocido como tal porque precisamente moralistas como Montesquieu no creían en la existencia de tales personas. Y menos aún en forma de banquero.

Montesquieu hizo su apuesta y pidió otra carta. Perdió. Dejó las cartas a un lado.

—Monsieur Law, en ese caso, os ruego que me expliquéis vuestro sistema. No quisiera tener sobre mí el reproche de que sólo condené vuestra acción porque con ella os hicisteis rico.

John también dejó a un lado sus cartas. Y entonces le explicó a Montesquieu la esencia del dinero, la esencia del comercio y la esencia del crédito. Como en sus mejores días, diseccionó los problemas económicos y monetarios de la actualidad y explicó con fundamento por qué únicamente su sistema podía ayudar a las naciones a alcanzar un nuevo esplendor.

Mientras John hablaba y hablaba, Montesquieu formulaba en su cabeza el informe que de él esperaban en París: «Monsieur Law continúa siendo el mismo, posee recursos escasos pero sigue jugando audazmente, ocupa su mente con nuevos proyectos, tiene la cabeza llena de fórmulas y cálculos. De hecho, está más enamorado de sus ideas que del dinero. Y aunque su suerte sigue siendo escasa, a veces aún juega lo que es en verdad un gran juego.»

John estaba en su balcón y dejaba vagar la mirada sobre la *piazza* de San Marco, sobre los canales, las góndolas y las abigarradas figuras que poco antes de la cuaresma asediaban la ciudad de la laguna para entregarse, con sus máscaras y disfraces, a las locuras del carnaval. Embozados y envueltos en largos mantos de seda negra afluían a la plaza desde los callejones circundantes. Llevaban capuchas hasta los hombros y anchas máscaras, otros llevaban la vestimenta roja de los príncipes mercaderes venecianos, con una máscara negra como ala de cuervo, o el abigarrado disfraz de arlequín con la máscara de abombados carrillos y chata nariz. Cada disfraz tenía su historia, el Pierrot francés, el doctor de la peste, con su sombría vestimenta y su larga nariz característica. Incluso en aquel abigarrado día de carnaval del año 1729 se advertía, en las numerosas nuevas máscaras y figuras, el reforzamiento de una burguesía consciente de sí misma. A pesar del ambiente relajado, que se manifestaba en decoraciones festivas y bailes lujuriosos, no era posible ignorar que las monarquías y el clero perdían brillo a manos del empuje de una burguesía ansiosa de conocimiento. Los parlamentos asfixiaban a las monarquías, el conocimiento ponía en ridículo a los clérigos.

—¿Ves? —sonrió John mientras miraba a todas aquellas personas, apoyado en su hijo—, cuando estuve aquí con tu madre por primera vez sólo había unos pocos disfraces. Todo estaba severamente reglamentado, como para impedir que el mundo se saliera del orden establecido. ¿Y en cambio hoy? Las máscaras permanecen, pero bajo cada una de ellas se puede ocultar quien quiera. —Rió en voz baja.

Su hijo no entendía del todo a su padre. Tampoco lo oía bien. Estaba muy preocupado, ocupado en evitar que su padre no se enfriase aún más.

Por la noche, cuando se acostó, la fiebre volvió a subir. Su hijo llamó de nuevo al médico. En medio de la noche vino un sacerdote. El hijo dijo con lágrimas en los ojos que no había pedido un sacerdote. El cura asintió comprensivo y murmuró que París lo había enviado para rendir los últimos honores a un gran hombre.

—Ahora oiré a vuestro padre en confesión, si queréis disculparnos.

—No —susurró John Law, y buscó la mano de su hijo—, no tengo nada de que confesarme.

El sacerdote se inclinó y le susurró al oído:

—¿Dónde está el tesoro, monsieur? Poned vuestra vida en orden y revelad a la Iglesia dónde habéis escondido la plata.

—No tengo nada, monsieur. Tan sólo espero la muerte —jadeó John Law con voz débil.

Su hijo le cogió la mano, la llevó a su pecho y la apretó con fuerza. Sentía que todo iba a terminar en cualquier momento, y temía el vacío que lo asaltaría y lo precipitaría en un padecimiento inconsolable.

—Han de ser millones de escudos de plata, monsieur, escondidos en algún sitio, tratad de acordaros —insistió el sacerdote.

—Con mi muerte libero a mi familia de esa espantosa maldición —jadeó John Law.

Cuando el sacerdote quiso volver a hablarle, el joven John se incorporó, lo agarró con rudeza por el brazo y lo sacó a tirones de la habitación. Después, lo empujó al pasillo, donde ya se había congregado una docena de personas.

—¿Lo ha revelado? —preguntó uno.

Otro intentó abrirse paso. Tenía una oreja mutilada, y resoplaba diciendo que tenían que dejarlo ver al escocés.

El muchacho cerró la puerta con llave. Se sentó junto a su padre y le acarició cariñosamente la cabeza ardiente por la fiebre.

—Lo he echado —susurró.

John Law volvió a abrir los ojos y sonrió.

—¿Estamos solos?

—Sí, padre.

—No te entristezcas, John. Mientras viva, no habrá justicia para mí y mi familia. Sólo mi muerte puede poner fin al asunto. Por eso es bueno que muera, John. Muero gustoso. Dile a tu madre que he muerto a gusto: dile a Catherine que con mi muerte

cancelo la maldición que traje a mi familia. Y no olvides el bastón. *Non obscura nec ima.*

Aquellas palabras agotaron a John Law. Su respiración se hizo más agitada, más rápida. El anciano se arqueó un momento. Luego, un largo suspiro escapó de su pecho. La respiración se atenuó. John Law sujetó de nuevo la mano de su hijo y musitó que había sido su mejor amigo. Sólo podía verlo de manera borrosa. Oyó los sonidos de la procesión de carnaval que pasaba por San Marco. Trató de volver a abrir los ojos, pero sólo distinguía una niebla lechosa que envolvía el rostro de su hijo. Tuvo la sensación de caer hacia una infinita profundidad. Y luego la niebla cayó sobre él. Creyó distinguir el muelle de los gondoleros. Los postes llevaban las armas familiares de los Longhenas. No dudó en subir a la góndola. Sabía que era bueno. El gondolero le hizo señas lentamente. Llevaba un disfraz de seda negra y la máscara del médico de la peste, la máscara de la muerte. Entregó al gondolero una moneda de oro y se sentó en el banco tapizado en rojo. El gondolero subió a la popa de la góndola y sujetó pensativo el remo de pala acanalada. En silencio, se apartó de la orilla. A lo lejos se formaba una niebla aún más densa. John Law creyó distinguir un puente. Pero no había ningún puente, sólo un abismo oscuro e infinito. Se volvió. El gondolero había desaparecido. Ya no podía distinguir contornos, ni casas, ni canales, tan sólo una inmensa profundidad negra. Probablemente el último camino siempre se recorre solo, pensó. No pensó nada más. Estaba bien así...

Epílogo

John Law murió el 21 de marzo de 1729, poco antes de cumplir cincuenta y ocho años, durante el carnaval de Venecia. Hasta el último momento sus adversarios creyeron que había escondido en el extranjero un millonario tesoro en plata.

Después de su muerte, las investigaciones contra él quedaron definitivamente suspendidas y fue absuelto de toda sospecha a título póstumo.

Su hijo regresó a París con el testamento. William Law fue liberado de la Bastilla. Impugnó el testamento arguyendo que John y Catherine no estaban casados, con lo que ni Catherine ni sus hijos ilegítimos Kate y John podían ser sus legítimos herederos. El tribunal le dio la razón, pero no instituyó al demandante William Law como heredero, sino a sus hijos.

Catherine se trasladó a Utrecht con su hijo. El barco que debía llevar la colección de cuadros de Law de Venecia a Ámsterdam estuvo a punto de naufragar y los cuadros sufrieron serios daños.

John compró una patente de oficial, sirvió en un regimiento de dragones austríaco y murió de viruela cinco años después.

Marcada por el destino, Catherine se retiró a un convento. Murió a avanzada edad, en 1747. Compartía la opinión de Montesquieu de que no había que llorar la muerte de un ser humano, sino su nacimiento.

Su hija Kate se trasladó a Londres, se casó con lord Wallingford y llevó una vida lujosa y feliz como dama muy popular de la sociedad londinense.

La colección de pintura que John Law había reunido en Venecia valdría hoy miles de millones. Incluía obras de Tiziano, Rafael, Tintoretto, Veronese, Paolo, Holbein, Miguel Ángel, Poussin, Leonardo da Vinci, Rubens, Canaletto, Gianantonio Guardi, Giovanni Antonio Pellegrini, Marco Ricci, Giambattista Tiepolo, Van Dyck y Rosalba Carriera, que también había retratado a Kate Law. El 16 de febrero de 1782, setenta y siete cuadros de la colección fueron subastados por la casa Christie's.

John Law fue enterrado en la iglesia veneciana de San Geminiano, en la *piazza* de San Marco. Casi cien años después, Venecia estuvo sometida al dominio napoleónico. Cuando la iglesia iba a ser derribada, el entonces gobernador francés de Venecia, Alexander Law —sobrino nieto de nuestro John— dispuso el traslado de sus restos a la cercana iglesia de San Moisè. Allí sigue enterrado John Law.

Nota final

John Law fue uno de los más importantes teóricos del dinero de todos los tiempos. El mundo financiero sigue basándose hoy en el sistema de Law, aunque en las democracias modernas hemos integrado mecanismos de control y dirección más madurados y refinados, que restringen las inestabilidades devastadoras. Mientras a finales del siglo XVII John Law ya advertía la necesidad de abandonar la cobertura en metal de los recién implantados billetes, el gobierno americano (y con él el resto del mundo) no abandonó hasta 1971 la idea de tener que respaldar una divisa con oro físico. Numerosos productos derivados, como los futuros o las opciones de compra, fueron ya inventados e implantados por John Law.

Con el *boom* de la Compañía del Misisipi, a principios del siglo XVIII, se superaron por vez primera las barreras sociales: el cochero que se había hecho millonario de la noche a la mañana adquirió en el ropavejero los elegantes vestidos de la empobrecida nobleza rural, y la doncella convertida en millonaria se permitió collares de diamantes y se abrió paso, segura de sí misma, hasta la alta sociedad. La euforia de aquella compañía dio temporalmente a todo el mundo, con independencia de su posición, la posibilidad teórica de convertirse en millonario. En la rue Quincampoix reinó, también temporalmente, esa *égalité* que décadas después la Revolución Francesa escribiría en sus banderas y que todavía hoy es la esencia de todos los estados democráticos.

John Law fue, como puede demostrarse, un idealista que con la materia prima del dinero quiso mejorar el mundo y las condiciones de vida de las gentes. Incluso Montesquieu, hostil a Law y sus ideas (y que lo visitó en Venecia poco antes de su muerte), tuvo que constatar al final que John estaba «más enamorado de sus ideas que del dinero».

En sus modelos matemáticos no tomó en consideración el factor humano. No contó ni con la indisciplina de su alteza real ni con la *madness of crowds*.

Por último, pero no por ello menos importante, la historia de John Law y su época es un notable ejemplo de que a pesar de los malos augurios todo mejora. Cuando Luis XIV murió, las gentes de Europa tenían a sus espaldas cuarenta años de guerra; el desempleo en Francia representaba más o menos el noventa por ciento; en un solo invierno, murieron en París más de treinta mil personas: morían entre ocho y nueve de cada diez niños, cualquier enfermedad insignificante podía conllevar la muerte.

Ocuparse de John Law y su época puede insuflar valor para soportar los golpes, duros y a menudo inesperados, de la vida y para intentar siempre lo imposible.



CLAUDE CUENI (Basilea, Suiza, 13 de enero de 1956). Escribió su primera novela en 1980, y desde entonces, ha publicado más de 40, de géneros que van desde el policíaco al de ficción histórica, pasando por el fantástico, que se han traducido a multitud de idiomas. Ha escrito novelas radiofónicas y obras para teatro. Con sus guiones, se han rodado más de 50 películas, incluidas algunas de sus novelas. Es también conocido por haber fundado una empresa de *software* (*Black Pencil*).

Más rápido que la vista (*Schneller als das Auge*, 1987), *El druida del César* (*Caesars Druiden*, 1998) y *El jugador* (*Das große Spiel*, 2006) han alcanzado un notable éxito internacional. *La cuarta corona* (*Der vierte Kranz*, 1989) ha sido la última en publicarse en español en 2010.

Notas

[1] El duque hace referencia a un acontecimiento económico ocurrido en Holanda entre 1620 y 1640, cuando el precio de los tulipanes alcanzó dimensiones astronómicas por efecto especulativo. Millares de personas de todo el mundo invirtieron en tulipanes, hasta que en 1637 los precios iniciaron un derrumbe espectacular, arrastrando a la ruina a mucha gente. (*N. del T.*). <<